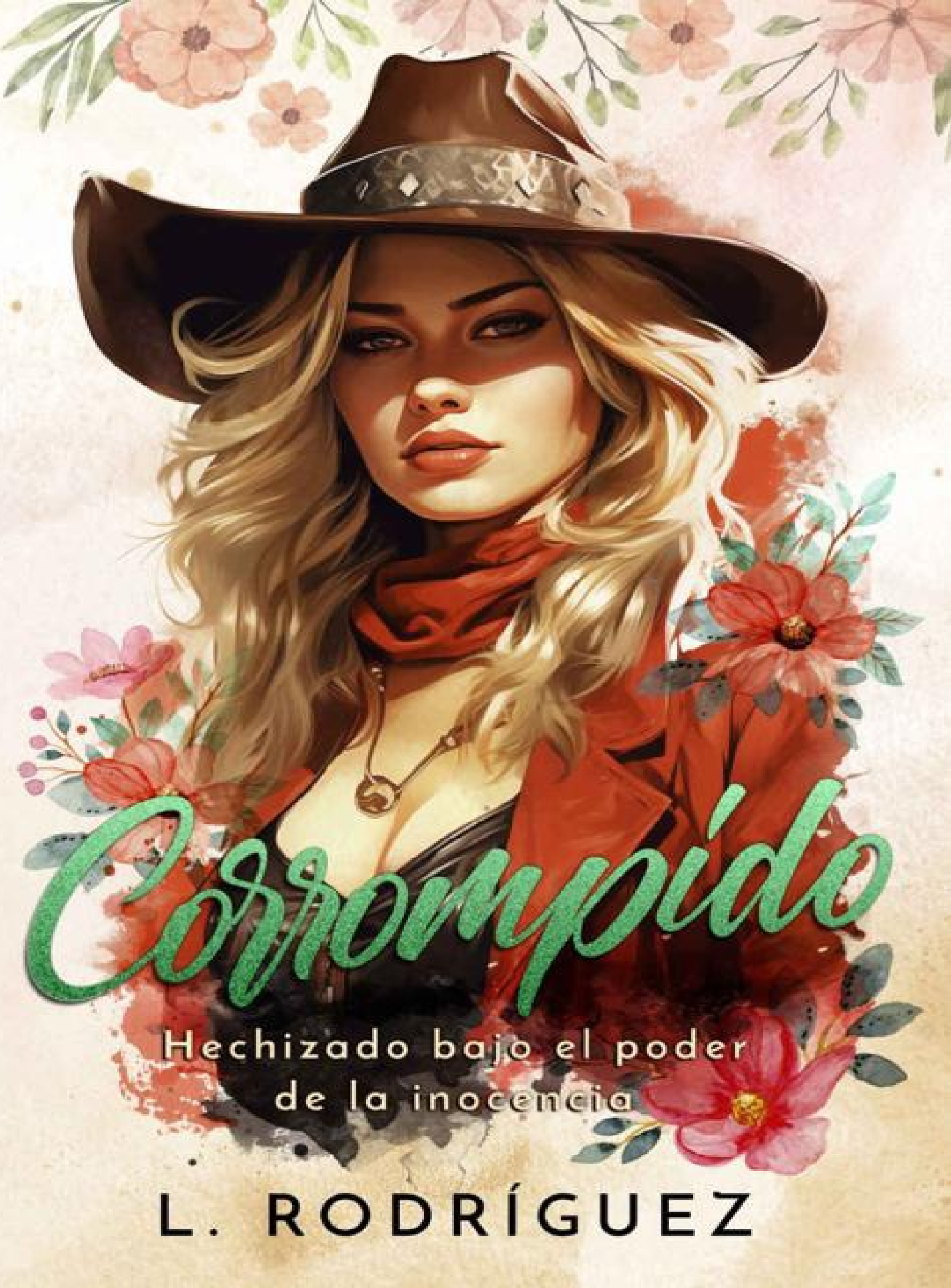

Corrompido
Hechizado bajo el poder de la inocencia
L. RODRÍGUEZ

L. RODRIGUEZ

Corrompido

Hechizado bajo el poder
de la inocencia

Copyright © L. Rodriguez
Segunda edición 2024
Diseño de portada: H. Kramer
Diseño interior: Lotus Ediciones.
Edición: Isaura Tapia
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

Contenido

Contenido
AGRADECIMIENTOS
Introducción
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
Epílogo
PLAYLIST
Continúa leyendo: Polvorón de Canela
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Sobre la Autora
Sus novelas bajo el seudónimo de L. Rodriguez

AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias a mucha gente que llevo en el corazón y, que se han vuelto parte de mi familia.

Gracias primero a Dios, a mi marido y a mi hermoso hijo por su paciencia, cariño y comprensión. Sacrifican muchas horas para que yo siga viviendo mi sueño.

A mi lectora beta, Mónica Rodríguez, quien se involucró en el proyecto, gracias por ser una luz en mi camino y presentarme a tantas personas tan lindas que conforman la comunidad confidente de lecturas, de la cual solo he recibido cosas bonitas ¡Los quiero mucho, chic@s!

Este libro es una obra de algo inesperado lleno de amor. ¡Gracias por estar presentes!

A los blogueros que comparten mi trabajo y reseñan mis libros solo por el amor a la lectura.

GRACIAS a todos mis amigos lectores en especial a mi amada comunidad LIBROS QUE DEJAN HUELLA, por su apoyo y su cariño. Sin ustedes, esto no sería posible.

A Isa Quintín, por diseñar la fantástica cubierta de la primera edición y ahora a H. Kramer por representar lo que quería trasmitir en esta edición de aniversario, por tu tiempo, talento y toda la paciencia de esos días que trabajamos juntos hasta conseguirlo ¡Lo logramos, eres genial!

A las escritoras Gleen Black y Jasmín Martínez por impulsarme a seguir trabajando, por guiarme hasta las manos de la escritora y diseñadora Jessyca Vilca Aparicio para que ilustrara esta novela y le diera un toque mágico con esta preciosa maquetación. Jess, gracias por tu tiempo y por siempre escuchar mis dudas y darme tranquilidad al entregarte mi trabajo.

A Isaura Tapia por hacerle un espacio a mis letras en tu agenda, hemos caminado por un año difícil, lleno de cambios y adversidades, pero aun con esto he logrado una vez más poder contar con tu talento, consejos y sobre todo con tu amistad.

"Dentro de un año, desearás haber comenzado hoy"



Introducción

LISANDRO PRESCOTT

Observo a Martina, todavía con el corazón acelerado, tomar agua a la orilla del río tratando de recomponerse tras la larga travesía por la que la hice pasar al tratar de huir lo más pronto posible del rancho sin rumbo fijo.

Mi pobre yegua corrió desesperada casi tan perpleja y perdida al igual que yo.

«¿Cómo diablos se le ocurrió a esa niña atreverse a meterse a hurtadillas a mi habitación?».

Me encuentro en uno de mis lugares favoritos de mi propiedad, recargado sobre el tronco de un alto y viejo árbol tratando de procesar los acontecimientos vividos que me tienen la cabeza hecha un lío.

Muy en el fondo algo me decía que algún día llegaría este momento, hubo un montón de señales que no quise ver, pero es que nunca pensé que lo tendría que afrontar de esta manera tan inesperada.

Hace tan solo unos años Corina corría tras de mí, esa pequeña niña de ojos expresivos con largas trenzas rubias que cuando pasaba largas jornadas entre los huertos corría y gritaba desesperada mi nombre hasta encontrarme y preguntarme sobre esas inquietudes que perturbaban a los *chiquillos* a esa corta edad, aunque la mayoría de las veces no me tomaba el tiempo de contestarle, solo fue un verano que la dejé acercarse con el único propósito de enseñarle cosas que pensé útiles para su porvenir fuera de estas tierras.

—Landro, Landro ¿podrías ir a mi clase de inglés como si fueras mi papá? —me pregunta con sus ojos aguamarina muy abiertos, sus mejillas están sonrojadas por la agitación de llegar corriendo hasta mí.

De esos recuerdos Corina apenas cursaba el jardín de niños, pero desde muy temprana edad actuaba como toda una señorita grande.

Desde que la chiquilla llegó a mi vida de una manera tan trágica e inesperada, se rodeó de mis trabajadores, gente adulta que venía y salía de mis propiedades. Esto contribuyó a su desenvolvimiento, algo que la hacía actuar y verse mucho mayor a su edad. Sin embargo, pese a que

no era cercano a ella ya que siempre trataba de mantener una distancia sana entre los dos, en todo momento estaba al tanto de sus movimientos, era mi pupila y, aunque podría ser un hijo de puta sin sentimientos, por una extraña razón sentía la necesidad de que se encontrara bien atendida, así que siempre procuré proveer lo necesario para su educación y crecimiento.

Era como si de alguna rara manera al contribuir con su formación y bienestar, la mierda en la que vivía y la que solía hacerme tomar malas decisiones de las cuales nunca había podido salir y cada vez me sumergía en lo más bajo de mi existencia, me ayudara a que mi conciencia se adormilara, a que mi alma podrida tuviese un poco de descanso al pensar que tan siquiera eso lo estaba haciendo bien, no como padre ni como amigo, sino simplemente como un ser humano que era consciente de que podía ayudar al prójimo.

Corina siempre estuvo al tanto de que yo no era su padre y de que se encontraba en el rancho únicamente para evitar que quedara a cargo del estado al no tener ninguna familia directa que se encargaran de ella, no obstante, poco a poco fui notando cómo le gustaba pretender ser la señorita de la casa, incluso a pesar de saber muy bien que no compartíamos ningún parentesco sanguíneo.

—Miss Margarita nos hará pasar frente a la clase, para presentar a nuestros padres y bueno, ya sabes… —Noto que mira hacia el suelo y comienza a mover la tierra con su diminuto pie con notoria vergüenza al proponerme de manera indirecta que me presente en la escuela para tomar el rol de su progenitor.

Su pregunta me toma por sorpresa, pues cuando acepté que se quedara no lo hice para tomar el rol de padre, así que sin consideración y tomándome mi tiempo, me quito el sombrero que llevo puesto, saco el pañuelo que tengo medio metido en la bolsa de atrás de mis pantalones de mezclilla analizando cómo proceder. A continuación, me limpio el sudor del rostro y cuando me siento preparado hablo sin titubeos.

—Corina, no puedo ayudarte, yo no soy tu padre. —Al escuchar mi voz fría y autoritaria levanta la mirada y sus ojos se cruzan con los míos—. Yo no soy nada tuyo. —En cuanto me oye le tiembla ligeramente el labio inferior, al notarlo me hace sentir un dolor en el estómago. No obstante, no dejo que me amedrente, ya que reconozco que no existe otra forma de decirle las cosas y dejar claro este asunto de una vez por todas—. Es mejor que desde aquí en adelante puedas lograr enfrentar el hecho de que no tienes padres ni familia en este pueblo.

Honestamente no me espero su reacción, pero de manera admirable no deja que ninguna lágrima se le derrame por sus mejillas, se limita a asentir y con voz clara contesta:

—Gracias, Landro. —Se gira sin esperar ninguna respuesta de mi parte y emprende el viaje de regreso.

Mantengo mis ojos en su espalda, esta vez se retira con paso lento. La contemplo hasta que se pierde al girar en una de las hileras de árboles frutales. Agito mi cabeza sintiéndome todavía confundido ante su proposición y me pregunto si acaso esa niña está empezando a pensar que yo tomaré el rol de padre o si quizás guarda la esperanza de que la adopte a largo plazo, pues eso está descartado entre mis planes, no ahora ni nunca.

En ese instante, antes de volver al trabajo y todavía con la mente lúcida pues soy consciente de que cuando llegue a casa me perderé en el alcohol como lo suelo hacer con regularidad, prometo comenzar a organizar todo para que en unos cuantos años Corina se vaya a un internado en donde puedan darle las herramientas para forjar su propio futuro lejos de aquí, alejada de estas tierras.

Al recordar aquello me paso mis callosas manos por el rostro y me cuestiono «¿Cuántos años han pasado de esos tranquilos días? Quizás unos diez o tal vez más, ¿cómo es posible que ahora tuviese que lidiar con esto?».

Aunque nunca me ha importado el reconocimiento de los demás, de manera inconsciente y al estar solamente enfocado en el trabajo, me he vuelto uno de los rancheros más reconocidos y tiranos de la región.

Después del accidente que marcó mi existencia decidí quedarme a pasar el resto de mi vida desolada en estas tierras, fue mi decisión, pero hasta el día de hoy no deja de dolerme, más cuando estoy alcoholizado y perdido entre las paredes de mi casa. En el momento en que los fantasmas me acechan para que reconozca mi cobardía y la estupidez en la que me vi envuelto a tan temprana edad, pero este ha sido un castigo autoimpuesto por todas esas malas decisiones que hice en el pasado.

Mientras medito me doy cuenta de que la mayoría de las personas pasan la vida soñando qué harán con su vida, se preguntan qué van a estudiar, a dónde les gustaría viajar cuando sean mayores o cuándo se irán de casa de sus padres; un día ese fui yo, sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos todo cambió y ya no tuve el tiempo para preguntarme o tan siquiera inquietarme por buscar el momento correcto para casarme o cuestionarme si la mujer que paseaba de mi brazo era el amor de mi vida o qué ocurriría el día siguiente al verme solo en la hacienda, pasé de ser un chico feliz, amistoso, conocido por todo el pueblo como un joven servicial, el hijo pequeño de los Prescott ese de buen humor, a un ser amargado que casi nunca se deja ver en el pueblo a excepción de cuando voy a buscar más alcohol o alguna mujer dispuesta a pasar el rato conmigo que esté suficientemente

entumida para recibirme en su interior sin cortejos ni juegos previos solo para cumplir mi placer y mis demandas.

Soy un hombre dedicado totalmente al trabajo que cuando termino de laborar me pierdo y no sé cómo funcionar más que perdiéndome en el alcohol y en lo que el vicio trae de la mano: *mujeres y sexo*.

Durante todo este tiempo he vivido en la soledad de mis propias paredes donde solo dejo entrar a mis trabajadores y a esas mujeres que desfilan por mi despacho a complacer mis necesidades básicas como chupármela para después empotrarlas sin necesidad de ver su rostro. Cada una de ellas son un borrón en mi mente, pues siempre estoy tan tomado que algunas veces me he quedado tan perdido después de una mamada que no he podido levantarme de la silla y solo me limito a gritarles que salgan de mi hogar después de pagarles por sus servicios.

Ahora, ante todo lo ocurrido con la llegada de Corina, miro el presente sintiéndome un espectador dándome cuenta de que todos estos años me han pasado por enfrente dándome una cachetada de realidad, pues me quedé tan enfocado y sumergido en autocastigarme que solo he vivido como un cascarón sin ningún propósito en vida, limitándome a levantarme con la única intención de sacar adelante estas tierras que me dejó mi padre intentando seguir con su patrimonio para no defraudarlo más de lo que ya lo he hecho.

Es extraño reconocer que los años me han pasado frente a los ojos como una película aburrida, sin cortos ni anuncios publicitarios advirtiéndome de lo inevitable de mi desenlace, y en este instante de lucidez estoy aquí sintiéndome un estúpido sin saber reconocer qué es lo que siento en realidad. Sin entender si esto que percibo en el pecho está bien o si está mal o si simplemente soy un maldito enfermo por tener estos sentimientos confusos por alguien a quien siempre vi como una chiquilla que creció a mi lado, *caray* que la vi dar sus primeros pasos, a la que miré desde mi ventana el día en que partió en su primer año de colegio al cual yo mismo la inscribí cuando su comportamiento fue más evidente en el momento en que empezaba a verme con otros ojos, con una mirada ilusionada y soñadora con la esperanza de un día ser la mujer de la casa.

Pensé que al marcharse le pasaría como a mí que me quedé deslumbrado al conocer la gran ciudad y ya después no me pareció nada atractivo pasar mis días en un rancho como en el que había nacido. Claro, vivía en una ostentosa hacienda con todas las comodidades, sin embargo, después de ese día viví exasperado, todo el tiempo me sentía como si estuviese preso entre estas tierras, los animales,

los inmensos cercados, nada de esto era para mí y me rehusaba pasarme la vida entera viviendo de esto.

«Qué ironía».

En todo momento esperaba poder tener la oportunidad de salir. Todos mis hermanos amaban la vida del campo, mientras que yo solo deseaba que mi padre tuviese un nuevo pedido de ganado, para acompañarlo a hacer las entregas de esas mercancías y así poder recorrer la ciudad que, un día, se convertiría en mi nuevo hogar.

Denver fue el lugar donde siempre deseé vivir, en el que soñé llevar una vida plena, sin imaginar que un inesperado accidente lo cambiaría todo.

No entendía por qué ella, al contrario de mi persona, deseaba quedarse aquí entre la mediocridad teniendo de frente un futuro brillante.

Esta es mi amarga historia, la travesía de un calvario impuesto por mí mismo, un autocastigo forzado con el único propósito de hacerme pagar mi catastrófico error, sin embargo, para ella, ¿qué era regresar?, ¿por qué motivo deseaba quedarse?, ¿acaso había perdido la razón?



1

LISANDRO PRESCOTT

Yuma Colorado

VERANO DE 1994

El sol se estampa en mi pecho desnudo, quemando como cualquier día de verano. En ese preciso momento termina de escucharse una de las mejores canciones de country del momento Amarillo by Morning de George Strait. En el instante en que el locutor termina de interactuar con las llamadas telefónicas anuncia que nos encontramos en los treinta y seis grados centígrados y que, lamentablemente, las temperaturas seguirían ascendiendo durante el resto de la semana pues se pronostica un verano intenso.

Esto no es muy común en Yuma, comparado a lo que vivimos el año pasado en la pisca de melón en Pecos en el estado de Texas, donde cada día sufríamos las altas temperaturas cargando pesados costales de fruta; surco por surco, teníamos que piscar sin parar hasta terminar todas las huertas por las que éramos contratados.

A pesar de ser los chicos más adinerados del pueblo, mi padre nos manda cada año a la pisca para que según él nos formemos como hombres de campo y en cada receso escolar nos envía a trabajar en las tierras de otros familiares, pues en Arizona según mi progenitor si nos quedamos a su lado, sus trabajadores no nos ponen la misma presión solo por ser los hijos del patrón.

—¡Lisandro! —De manera inesperada alguien me quita el sombrero del rostro y tengo que cerrar los ojos para cubrirme del sol, la luz no me permite ver quién se encuentra frente a mí—. ¿En serio pretendes quedarte acostadito aquí descansando? No pues —suelta mi hermano mayor con voz incrédula—, sí que te ves muy cómodo aquí arriba del cofre, mientras el resto de tus hermanos terminan de encerrar todas las vacas. —Con sarcasmo Rey enfatiza notoriamente enojado.

—¡Hermano, yo ya hice mi parte! A mí se me encargó bañar y cepillar a las yeguas —le contesto indignado, pues ya he hecho mi trabajo y me parecía justo y merecedor estar aquí descansando, en tanto los demás terminan con sus obligaciones.

—Lisandro, estamos cansados, hermano. Si nos ayudas, nos podremos ir todos más pronto a casa. —Utiliza un tono de voz más mesurado tratando de meterme en razón, así que para no hacerlo enojar me bajo del cofre de un brinco

y lo miro evaluando cómo proceder, también se encuentra sudoroso y exhausto como yo.

—¡Veinte dólares! —exclamo como es mi costumbre y comienzo a negociar ayudarles, sabiendo muy en el fondo a dónde nos llevará esta plática.

—¿Qué? ¡Jodida lagartija! —grita de manera encolerizada perdiendo por completo los papeles.

Como es de esperarse, el temperamento de Rey explota y se enoja al instante que escucha la broma de la apuesta que propongo para ir a ayudarlos.

Soy consciente de que lo único que quiere es que los ayude para que terminen de una vez por todas y así poder largarnos al rancho, pero mi personalidad me impulsa a hacerle una jugarreta, aunque sé que solo lo estoy haciendo perder más el tiempo y quizás no gane nada más que una buena pelea.

Reynold es el hermano mayor de cinco hombres, así que no le cuesta nada moverse rápido, y con agilidad me toma del hombro, me gira y me dobla el brazo hacia atrás, a continuación, levanta la pierna y me encaja la rodilla en la espalda haciéndome caer al piso, sin perder el tiempo se monta encima de mí y se inclina para gritarme al oído:

—¡Vamos a ver, pequeño hijo de papi! Pon atención y cáptalo. ¡Nos vas ayudar! —advierte cansado de mis boberías—. ¡Siempre te quieres salir con la tuya! Pero aquí no está mi padre para salvarle el trasero al bebé de la casa. —Me retuerzo para intentar zafarme, aunque no contesto pues aprieto los labios temiendo que la tierra se me meta a la boca.

—¡Cabrones! Vénganse a trabajar. —Escucho que a lo lejos grita John y por el rabillo del ojo percibo que se encuentra viéndonos desde adentro del corral claramente molesto por la situación, mientras que Ben sin perder el tiempo se sube a la cerca de madera y comienza a vociferar.

—¡Franky! ¡John! Inician las apuestas, cinco dólares a que le patean el trasero a Lisandro. —revela conocedor mientras abre las apuestas pues estos arrebatos son muy comunes entre mi hermano mayor y yo.

—¿Otra vez esos dos se están peleando? —John le pregunta en un grito, pero sin esperar respuesta agrega—: Oh pues, esto ya no es novedad...

En los días junto a mis hermanos siempre estaban presentes las peleas seguras, los baños en el lago, las cascaritas de futbol. Esos fueron los buenos tiempos antes de que la tragedia llegara a nuestras vidas y consumiera a toda mi familia. Tenía tan solo doce años cuando todo cambió, mi

padre me dejaba manejar la Chevrolet con la única condición de que no descuidara la escuela.

Recuerdo con claridad que nunca estuve conforme con nadie ni con nada, siempre cambiaba de parecer y arrastraba a Franky para cubrirme la espalda. Mi hermano en todo momento estuvo a mi lado, socorriéndome ante cualquier estupidez que hiciera para que mi padre no me pusiera una tunda, decidido en meterme en cintura.

Nos llevábamos tan solo un año de diferencia y, aunque yo era el menor, Franky me seguía como una sombra, mientras que Reynold tenía diecisiete, John dieciséis, y Benjamín de quince. Yo era el más pequeño y consentido de los Prescott. No tuve la fortuna de conocer a mi madre, pues las tragedias con las mujeres comenzaron desde mi nacimiento.

Siempre tomé ventaja de ser el mimado de la familia y, aunque mi viejo insistía en enseñarme todo sobre la labor, los animales y hasta de los huertos, esperando que alguno de estos oficios me llamara la atención, nunca me vi con la idea de quedarme aquí y hacer crecer estas tierras. Lo único que pensaba era que cuando me graduara de la preparatoria, ese mismo día me marcharía del pueblo para no volver a ver atrás.



2

CORINA MCKAY

ACTUALIDAD

Llego con la esperanza de encontrar a Lisandro en el amplio recibidor esperando por mí, pero el lugar se encuentra vacío, no es de admirarse, esto es normal desde que tengo uso de razón, sin embargo, nunca perdí la esperanza de que esta vez fuera diferente, sin embargo, estoy agradecida de que no se olvidara de mi llegada pues me lo demuestra el hecho de que le ordenó a uno de los peones ir a recogerme a la ciudad.

Al llegar, antes de subir a desempacar le pido al chico de manera cordial que vaya a mi habitación para dejar mis maletas y al verlo avanzar tras las escaleras sin perder el tiempo me voy directo a la cocina en busca de un refrigerio.

Conozco esta casa como la palma de mi mano, nada ha cambiado desde la última vez que estuve por aquí. Mientras avanzo noto los mismos muebles, como siempre limpios y relucientes, el olor a fresco y a lavanda me recuerdan a mi niñez, sin embargo, me pongo tensa antes de tener oportunidad de pasar el marco de la puerta que da al pasillo a la cocina.

Escucho cómo dos mujeres que no logro reconocer sus voces cuchichean en evidente tono de secreto, me detengo sin poder evitarlo y oigo la plática con inmensa intriga ante el misterio que se traen entre manos.

Una de ellas habla con voz altanera y cuenta con detalles explícitos, cómo el señor de la casa la ha tomado la noche anterior y asegura que está confiada de que muy pronto llegará a ser la señora y dueña de la hacienda.

«Sobre mi cadáver».

Me encuentro perpleja, tanto que cuando recobro la razón me doy cuenta de que tengo mis dos manos en puños y las uñas dolorosamente encajadas en mis palmas, lentamente inspiro profundo, lo hago varias veces más para tratar de calmarme, pero las habladurías de la mujer me han dado fuerza para actuar lo más pronto posible y llego a la conclusión de que lo tengo que hacer esta noche.

No puedo seguir perdiendo más tiempo, mucho menos ahora que estoy por cumplir la mayoría de edad y podría tener una oportunidad con Lisandro.

Estoy cansada de sentirme desplazada por él y por todos en este rancho. Me ven como una más del montón, como la protegida del patrón que solo por suerte llegó a su vida.

No puedo soportar saber que Lisandro tiene una mujer de planta y, mucho menos ahora que he decidido regresar para quedarme, necesito de una vez por todas ser honesta y confesarle mis sentimientos. Tengo que abrirle los ojos para que se dé cuenta de que ya no soy una niña, de que me he convertido en una mujer que si me da una oportunidad lo puedo hacer feliz. El destino desde siempre nos mantuvo juntos y la razón es muy clara, hemos sido creados para estar el uno junto al otro.

Respiro profundo, retomo el paso y actúo de manera casual.

—Buenas tardes —saludo como si no estuviese al corriente de la conversación que mantenían.

Las mujeres al notar mi presencia de pronto se callan y nerviosas se miran entre ellas.

—Señorita Corina, no sabíamos que ya había llegado. —Al escuchar su voz me doy cuenta de que no es ella la mujer que se está revolcando con Lisandro.

Ha pasado demasiado tiempo desde que anduve por aquí, sin embargo, a ella sí la conozco mientras que a la otra mujer que me observa con una mirada curiosa jamás la he visto por la casa.

Es de mediana edad, supongo que debe de tener casi los mismos años que Lisandro, tengo que reconocer que es muy guapa y, aunque no viste ropa exuberante ni llamativa, se nota que posee un cuerpo de curvas pronunciadas bajo ese mandil que cubre su atuendo.

Estoy segura de que hace suspirar a cualquier hombre de los alrededores y a Lisandro no le debe pasar desapercibido este detalle pues ya se la ha llevado a su cama. Su cabello es abundante, rizado, largo y negro como la noche, en cambio el mío es rubio y lacio, me es imposible no compararme con ella y eso me hace volverme a sentir insegura y poca cosa en estas tierras.

Me pregunto con melancolía si así es como le gustan las mujeres a Landro, robustas y castañas, el

pensamiento de inmediato hace que mi confianza trastabille.

—No hay problema, Rossy, acabo de llegar. —Me recompongo y respondo con amabilidad.

Nunca he sido hostil ni mal educada con la gente de la hacienda, aunque tengo que reconocer que, en una época de mi vida, antes de que me fuera al internado comencé a comportarme altanera al sentirme respaldada por Lisandro, sin embargo, tengo que ser sincera y aceptar que él jamás me demostró alguna atención que me hiciese pensar que fuera parte de su familia, no obstante, la inmadurez y los sueños constantes de creerme parte de todo esto me hicieron comportarme altiva rozando la soberbia en más de una ocasión.

Para Lisandro solo he sido la huérfana que llegó inesperadamente a su vida, su obra de caridad, en cambio para mí desde la última vez que estuve aquí, cuando empecé a interesarme por los chicos, solo él ha rondado mis pensamientos y sueño despierta en que algún día pueda interesarse en mí y ser correspondida.

—¿Quiere que le prepare algo de comer? —me pregunta dirigiéndose al fregadero donde abre la llave y comienza a lavarse las manos.

Reviso mi reloj de pulsera y me doy cuenta de que son pasadas las seis de la tarde, si ha sido un buen día quizás Lisandro ya se encuentre de camino.

—No, gracias, Ross —agradezco y deprisa pregunto—. ¿Sabes si el señor Prescott ha llegado a la casa? —La mujer que todavía no conozco su nombre levanta el rostro y cruza su mirada con la mía, dando a entender que ella también lo está esperando.

Respiro con normalidad esperando que no se me note la incomodidad que me provoca su presencia y los nuevos descubrimientos.

—La verdad no sabríamos decirle —informa con tono seguro—. Hemos estado haciendo los quehaceres. —Comienza a explicar—. Esta mañana el patrón antes de irse nos pidió que preparáramos su cuarto, que cambiáramos las sábanas, que abriéramos las ventanas para que se oreara la recámara. No tenemos mucho que acabamos y ahora nos disponemos a empezar a preparar la cena para que cuando llegue tengamos todo listo.

Sus palabras sin proponérmelo me llegan al alma, demostrando de nuevo que Lisandro está al tanto de mi llegada y de los pequeños detalles que siempre hace para mí ya sea consciente o inconscientemente.

Sé que esta estancia no es como cualquier otra, me he graduado, y ya no tengo que regresar al colegio. Con facilidad me puedo quedar aquí junto a él en la hacienda ayudando en sus negocios, utilizando por fin todas esas herramientas que me han enseñado en la ciudad, regresando un poco de la educación que gracias a él he obtenido durante todos estos años.

—*Okey*, no te preocupes, Rossy. Subiré a mi cuarto, me pondré a desempacar mientras hago algo de tiempo —revelo mis planes próximos.

—Me parece muy bien, señorita McKay, la comida debe estar lista en una hora más o menos. —Me pone al corriente.

—Entonces, está mucho mejor. —Concuerdo—. Cuando termine de alistarme iré al despacho del señor Prescott para avisarle sobre la cena, pues si llega temprano lo más probable es que después de bañarse se vaya para allá —expongo muy segura ya que conozco muy bien su rutina que ha sido la misma desde que tengo uso de razón.

Observo cómo asiente, pues al igual que yo sabe que no siempre llega en la camioneta y si llega montando a caballo es muy fácil pasar desapercibido su arribo, quizás hasta ahora mismo ya se encuentre en su cuarto, sin embargo, prefiero ir a refrescarme primero para después bajar y buscarlo para poder hablarle de mis planes.

Este lugar es enorme, así que sin tomar nada para picotear pues el apetito se me ha disipado momentáneamente me giro agregando un seco "con permiso" y deprisa salgo del lugar agradeciendo en silencio que Rossy no me haya presentado a la nueva mujer de servicio, no creo haber podido aparentar normalidad por más tiempo frente a esa intrusa.

Tomo el pasillo de regreso y me voy rumbo a las escaleras que dan al segundo piso, sigo adentrándome por el lugar ya conocido hasta que entro a mi recámara y como lo ha dicho la mujer, el cuarto huele a limpio, sin embargo, todo se ve exactamente como lo dejé cuando me fui la última vez.

Veo mis maletas y me dirijo a ellas para a continuación llevarlas a la cama donde las abro, pero con muy pocas ganas de desempacar solo tomo mis artículos de higiene junto con mi ropa interior y sin perder el tiempo me dirijo al baño.

Frente al espejo me pongo una gorrita de plástico para no mojarme el cabello y me meto bajo la regadera sin prisa. Cuando el agua rocía mi rostro vuelvo a repasar mi plan como lo he hecho estos últimos días, y hasta que noto que mis manos se están arrugando ante el tiempo que he pasado bajo el chorro, cierro el agua y me seco con calma.

Me visto y regreso a mi cuarto, agarro la bolsa de maquillaje que yace sobre la cama y, aunque no suelo usar colores llamativos, comienzo a ponerme la base para después delinearme con cuidado los ojos con un tono negro que enmarca mi mirada, enchino mis pestañas, le doy contorno a mis cejas, rebusco un labial rosa fucsia que le da más iluminación a mi color de piel y termino con un rubor mucho más bajo que el color de mis labios.

Me contemplo pensativa, pues me veo demasiado joven, y me debato si así debería de ir a buscar a Lisandro a su despacho. Visto unos pantalones de mezclilla ajustado al cuerpo junto con una camisa de cuello con rayas y botones en la parte de enfrente, me la he amarrado a la altura de la cintura donde se puede apreciar mi ombligo. Tengo pensado ponerme mis viejas botas, sin embargo, sigo pensando que el maquillaje es demasiado angelical.

No tengo mucho que hacer al respecto, tampoco me quiero pintarrajear la cara como una mujer de la calle y que no me tome en serio a la hora de platicar sobre lo que me ha hecho regresar a la hacienda esta vez, así que sin meditarlo más me limito a salir del cuarto de baño vistiendo como pienso que de aquí en adelante lo haré si me permite quedarme a vivir bajo su mismo techo.

Me encamino al clóset y encuentro mis botas preferidas, las contemplo y al observarlas con atención me doy cuenta de que las suelas van a necesitar remplazarse muy pronto, me planteo un día de estos ir al pueblo para buscar un zapatero que pueda arreglarlas lo más pronto posible, y sin mucha importancia más me las calzo deprisa y salgo de mi recámara poniendo candado tras de mí.

Bajo las escaleras con paso firme, giro al bajar por completo y me encamino hasta el otro extremo de la propiedad, avanzo hasta el fondo y me detengo en este lugar tan conocido para mí. Tomo aire profundo y cuando me siento lista toco varias veces y al ver que nadie abre o me da el paso giro la perilla esperando que la puerta esté cerrada, sin embargo, esta cede sorprendiéndome e invitándome

a entrar.

Sin titubear me abro paso por el despacho decidida a lograr mi cometido. Desde hace varios años atrás soñé con este momento y, ahora que por fin he conseguido el coraje suficiente, espero encontrar a Lisandro aquí, ese hombre que por todo reacciona mal y es la razón por la que me encuentro tan nerviosa.

Todavía no puedo creer cómo nunca se ha planteado que quiera quedarme aquí y cómo tampoco se ha dado cuenta de que llegué a su vida con la única finalidad de hacerlo feliz.

Mientras estudiaba en uno de los colegios más prestigiosos de Colorado, cortesía del señor Prescott, lo soporté todo: la lejanía, la tristeza de estar lejos de lo que conocía como mi hogar, las visitas cortas que fueron muy pocas durante todos los años que estuve ahí internada y las escasas llamadas telefónicas en las que se limitaba a preguntar si me encontraba bien y si necesitaba dinero, solo eso de la única persona que de cierta manera me demostró con un afecto extraño que se preocupaba por mí.

Lo aguanté pues sabía que cuando regresara a estas tierras, Lisandro por fin abriría los ojos y podría contar con la oportunidad de que me viera de verdad, se daría cuenta de que soy la persona que le puede permitir enmendar su vida, brindándole una verdadera razón por la cual valdría la pena vivir de verdad y no seguir autodestruyéndose como lo ha hecho durante todo este tiempo, relacionándose con mujeres que solo lo quieren por su dinero.

Me apena su situación, a pesar de ser tan apuesto, tan trabajador y de haberse convertido en uno de los hombres más poderosos y ricos de la región, a puerta cerrada su despacho se convierte en su infierno. Puede pasar días enteros encerrado bebiendo en su miseria, botella tras botella y solo permitiendo dejar entrar a mujeres que llegan con la única finalidad de complacerlo, solo el trabajo lo hace salir de ahí.

Fueron exageradas las veces que me topé en los pasillos a chicas con rostros extasiados y felices contando el dinero que se ganaron por su visita y, aunque las hubiese corrido con un grito ensordecedor lleno de insultos y de malas palabras, lo soporté pues no tenía edad para montarle cara ni a él y mucho menos a las mujeres que con su consentimiento entraban en la que yo consideraba mi casa.

Conocía mi lugar y desgraciadamente no podía hacer nada al respecto, lo único que me quedaba fue hacer de tripas corazón y tragarme lo que para mí era una falta de respeto a mi persona, pues también vivía en este sitio.

Sin embargo, aun a pesar de todas sus actitudes denigrantes, tengo claro que Lisandro es mi salvador, el hombre que me roba el sueño desde que las hormonas invadieron mi cuerpo, el macho al que he contemplado infinitas veces desde la mecedora vieja de madera en el porche, mientras tomaba limonada fresca para calmar momentáneamente la sed que me recorría entera al verlo trabajar en la más mínima obra que necesitara su presencia, sin preocupación de ensuciarse y mucho menos excusándose de ser el jefe.

Es un acto tan sensual ver a Lisandro con su camisa de cuadros desabotonada mostrando su cuerpo esculpido por el trabajo de campo, al tiempo que cargan los camiones junto a los trabajadores para salir a la ciudad, y vender la pisca de esa temporada.

Es cuestión de tiempo que abra los ojos y acepte que el salvarme de ese accidente automovilístico es una señal gritando que estamos hechos el uno para el otro.

Las casualidades no existen, desde muy joven comprendí que, el que Lisandro pasara exactamente esa noche por la interestatal, y presenciara cuando el coche de mis padres al esquivar un venado se volteara y cayera al barranco por esas espantosas montañas cubiertas de nieve, debía ser una especie de señal.

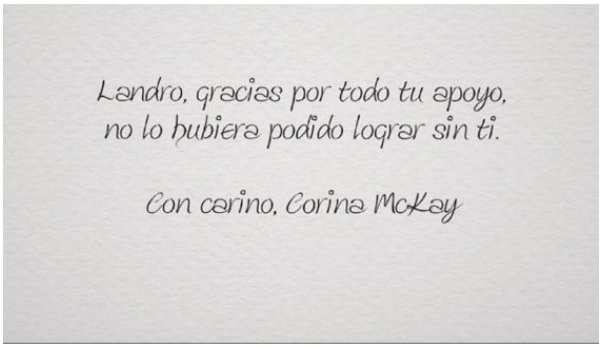
Esos sucesos no pueden ser tomados a la ligera, pues comprueban el hecho de que a pesar de que el ganadero es un hombre amargado, temido por todos en la región y enfadado con el mundo entero, no me dejó abandonada, sino todo lo contrario, reportó el accidente donde mis padres murieron, me sacó de la sillita donde viajaba y si no fuera por él, con seguridad hubiera muerto de hipotermia, también puedo agregar a su defensa que cuando el *sheriff* le avisó que a la pequeña huérfana de tres años que rescató nadie la reclamó y no tenía un familiar directo para vivir y que, por obvias razones, me pondrían en el sistema, él se encargó de mí sin pensárselo demasiado, tomó la decisión y la acataron todos en la hacienda.

—Landro, ¿te avisaron que la cena estará lista en cualquier momento? —cuestiono mientras me adentro indecisa en la oficina polvorienta y desordenada.

Nadie está alrededor, así que me acerco a la mesa y mi corazón comienza a latir desbordando de felicidad al notar que Lisandro tiene la fotografía de mi graduación sobre su imponente escritorio. La foto no está en ningún marco, simplemente yace sobre su mesa de madera junto a un montón de papeles. Deprisa doy por hecho que quizás la acaba de recibir y, es por eso que se halla aquí todavía arriba del sobre postal en el que la envié.

Mandándosela no pretendía que la pusiera en ningún lugar especial de su oficina, simplemente le daba las gracias de corazón por todo lo que hizo por mí.

Volteo la fotografía y leo mis letras que dicen:



Calculo nuestras edades y recuerdo que Lisandro tiene treinta y seis años y yo estoy por cumplir dieciocho. Desde que me dio un techo y comida convivimos por tan solo tres años más, pero al cumplir los seis, espontáneamente me mandó a un colegio privado en Denver y no fue hasta que cumplí los trece, que le exigí que me dejara regresar a la hacienda.

Extrañaba el campo, quería regresar y volver a conectar con este lugar que desde que tenía uso de razón me tranquilizaba, me llenaba de paz, me hacía sentir que pertenecía.

Durante los próximos dos años regresé en cada oportunidad que tuve, pero después de mis quince por una cosa u otra ya no me permitió regresar y me concentré en mis estudios.

Sin embargo, de esa última vez guardaba muchos bonitos recuerdos y sin poder evitarlo vivía anhelando volver al que consideraba mi hogar.

Fueron muchas veces las que me gané las burlas de las encargadas de la limpieza, llegué a escuchar sin que se dieran cuenta cómo se mofaban dejando claro que, aunque tuviese una habitación en la

hacienda, no era nada más que una arrimada en el frío hogar del solitario patrón.

Todavía viene a mi mente un día que me marcó y que estoy segura siempre tendré en la memoria, pues cada vez que sentía que pertenecía a estas tierras era como si alguien se encargara de recordarme mi lugar en el mundo, lo que me recordaba que no tenía a nadie, que me encontraba sola y sin familia.



VERANO 2014

Con una sonrisa de suficiencia espero a que el señor Marcelino llegue por mí para que me siga enseñando a montar a caballo, ya casi se cumple un mes de que comenzaron mis clases, pues inmediatamente que salí de vacaciones y llegué a la hacienda, le pregunté a Lisandro mientras se encontraba en su despacho si alguien me podría enseñar a montar a caballo, ya que, desde que tengo memoria, me sigue deslumbrando ver cómo con agilidad se sube a los animales y se baja de un salto, y no solo él, sino también casi todos los trabajadores que llegan a la casa grande con premura utilizando este método para trasportarse.

Todavía recuerdo que pensé que no me había escuchado cuando pasé por su despacho a preguntarle, estaba a punto de repetirme en el momento que este sin siquiera levantar la vista de los papeles que tenía frente a él, los cuales suponía estaba revisando. Solo con una contestación distante con la que me dijo que fuera a las caballerizas y le dijera a Marcelino que me había mandado con él para que me instruyera, fueron sus escuetas indicaciones.

No obstante, me quedé parada por unos minutos esperando que agregara algo más, sin embargo, supongo que al ver que no me retiré al instante, se limitó a levantar el rostro de manera curiosa y me vio con esos ojos oscuros y penetrantes que habitualmente hacen temblar a todos a su alrededor en el momento que va a dar alguna orden y me preguntó: si necesitaba algo más, así que con un "no, nada" que me salió tembloroso partí de prisa de su oficina.

Esa mañana, diligente y con el propósito en mente de aprender, me fui a las caballerizas, ya conozco bien al señor Marcelino, pues desde que tengo memoria trabaja para Lisandro, es un hombre de rancho que siempre conserva una sonrisa amable en su rostro. Ahora sé que lleva muchos años laborando con la familia Prescott, pues entre las clases me ha comentado cómo fue el momento en que Lisandro decidió independizarse y, él, tras una plática con el señor Reynold, tomó la decisión de venirse con el hijo de su patrón, por supuesto que el hombre no me lo contó por su cuenta,

de hecho, ya es costumbre que mientras hacemos nuestro recorrido le pregunte sobre su trabajo. Me encanta que me relate anécdotas de lo que ha vivido durante todos estos años que lleva siendo parte importante en las funciones de la hacienda, siempre son muy interesantes sus historias, hasta una que otra vez se me ha puesto la piel de gallina cuando ha comenzado a platicar de nuevo, respondiendo a mi curiosidad sobre las cosas más extrañas que le han sucedido a lo largo de su vida.

El señor Marcelino tiene a su cargo a varios jóvenes que le ayudan con la limpieza de las caballerizas y la subsistencia de los caballos, sin embargo, siempre que lo busco lo encuentro trabajando como uno más, enfrascado en sus labores y ahora cuando terminamos nuestro recorrido final me permite acompañarlo a desmontar a la yegua a la que le he tomado mucho cariño durante estas últimas semanas.

Compruebo la hora en mi celular y me debato si me da tiempo para regresar rápido a mi recámara, ya que me acabo de dar cuenta de que se me olvidó ponerme protector solar. Lo considero muy en serio, pues el hombre cuando aceptó a darme las clases me dijo claramente que lo tendríamos que hacer muy de mañana, pues no se puede atrasar en sus responsabilidades. Es la razón por la que me preparo desde muy temprano y siempre estoy a tiempo en el porche donde nos vemos cada mañana.

De aquí nos vamos juntos hasta las caballerizas, esta semana me está dejando practicar colocar las sillas de montar, ya que ahora nos enfocamos en galopar y pasear por los alrededores, más ahora que me he comenzado a sentir más confiada a hacerlo por mi cuenta, gracias a las semanas de instrucción que me ha dado durante este tiempo.

*—¡**Sí** la hago! —me animo a ir en voz alta, ya que sé que, si no me pongo la loción, terminaré como un camarón cocido al acabar la tarde.*

Subo las escaleras deprisa de dos en dos, me encamino por el pasillo y noto que la puerta de mi habitación está abierta. El hecho no me alerta, ya que las mujeres que trabajan en la hacienda semanalmente se pasan por mi cuarto a dar un recorrido, sacan basura o cosas que se me hayan olvidado, aunque yo personalmente me encargo de limpiar mi habitación.

Me acerco a mi cómoda para agarrar lo que busco, sin embargo, me detengo curiosa al notar que las mujeres no se encuentran en el baño sino en mi clóset. Al principio me pasa por la cabeza pensar que quizás están buscando ropa sucia olvidada, pero de inmediato me digo que no tiene sentido, ya que el cesto se encuentra en el baño. Sigilosa me acerco y conteniendo por unos segundos la respiración empiezo a escuchar la conversación que se está llevando a cabo.

—¿Ya supiste lo que se le metió en la cabeza a la chiquilla esa? —comenta una de las mujeres con un tono en la

voz que revela evidente desprecio.

—A la patroncita la andan enseñando a montar ¿no? —replica la otra en son de burla.

Escucho cómo siguen abriendo mis cajones en los cuales estoy segura que no encontrarán nada de valor si es lo que esperan hallar.

—¡Nombre, eso no! —Trago saliva esperando que es lo que está a punto de revelar—: Escuché a la muy estúpida diciéndole a Marcelino que quería decirle al patrón que le gustaría restaurar la zona de la noria, y obviamente que si se atreve la mocosa a decírselo al señor Lisandro, estoy segura de que nos van a poner a nosotras a ayudarla.

—¡Hija de la chingada! —La otra agrega de inmediato—: ¿La viste?, llegó muy altanera creyéndose la dueña de la hacienda solo porque tiene una recámara en la casa grande, ¡pinche recogida!, mira, está igual de jodida que uno o quizás peor, pues ni familia tiene, yo no sé por qué el patrón no la pone a trabajar... —pronuncia con desprecio.

Me doy la media vuelta sin ganas de seguir escuchando más, pues las cosas que están comentando no son lo que me duele, ya que no mienten, solamente soy una recogida que ha corrido con suerte y que gracias a la caridad del dueño de esta hacienda, me está dando estudio y me permite tener ventajas como estas de aprender cosas con las que no contaría si fuera una empleada más, sin embargo, lo que me duele es la hipocresía de las mujeres, cuando me ven son amables conmigo, siempre se comportan de manera cordial y ahora me lastima terriblemente darme cuenta de lo que de verdad piensan de mí y lo que comentan a mis espaldas.

En ese momento me prometo no volver a pedirle a Landro nada más y simplemente enfocarme en los estudios.

Tengo que reconocer que nunca ha sido cariñoso, aunque en mi última visita fue atento y educado y cuando llegamos a comer juntos cortaba el silencio incómodo preguntando sobre mis estudios, siempre enfocado en sembrar la semilla de la educación y la importancia de esta en mi futuro.

Aunque meditara sobre mis sentimientos y pensara que quizás lo que sentía solo era parte de un tipo de fascinación y encantamiento que vivía por Landro, podría asegurar que lo conocía mejor que cualquier otra persona, ya que siempre y hasta el presente, estuve al tanto de él, lo observaba. Lo miraba cuando trataba de ser una escoria con la gente, mucho más con las mujeres que desfilaban por su despacho al final del día, pero en el momento en que se quedaba a solas lo escuchaba llorar y maldecirse, gritaba desolado que era él quien tenía que haber muerto, que debió ser él quien no sobreviviera.

Espero que ahora que estoy de vuelta me pueda ganar su confianza para que comparta sus sufrimientos, solo necesito una oportunidad, requiero que se abra a mí y todo lo demás estoy segura se dará solo.

Confirmando que no se encuentra alrededor, me doy la media vuelta y me retiro a la mesa principal esperando que a lo mejor quizás ya se halle ahí, sin embargo, al llegar veo que dos servicios están servidos, pero no hay rastros del hombre de la casa.

Salgo del lugar sin detenerme dirigiéndome al salón principal, me acerco a la ventana, muevo la cortina y observo el sitio donde siempre se estaciona, pero el espacio está vacío.

La noche ha caído y no me apetece cenar sola, pero cuando estoy a punto de informarle a Rossy que me saltaré la cena lo pienso mejor e impulsada en que talvez debería de esperarlo le informo que estaré en la mesa.

Saco mi celular y me pongo a leer los comentarios que me dejaron mis amigas en una publicación de Instagram, pues de inmediato cuando llegué a la hacienda le tomé una foto a la finca y de encabezado escribí de vuelta en casa. Tengo pocas amistades en la red social y todas las que me siguen son del colegio, así que cuando comienzo a leer la mayoría me desea bonita estancia y anhelan verme pronto.

Cuando menos me lo espero levanto mi mirada para observar entrar a Rossy al salón, trae una charola con un plato cubierto, tras de ella aparece la mujer nueva que carga una jarra con lo que supongo es limonada.

Antes de que tenga oportunidad de comentar que no le he pedido que me sirva, lee la confusión en mi rostro y suelta:

—Señorita Corina, el señor Prescott ha llamado para avisar que no llegará temprano, le dije que lo estaba esperando para cenar y me pidió que sirviera la cena para usted. —De inmediato siento la desolación que se instala en mi pecho al darme cuenta de que me está evitando, ahora con esto es más que evidente, pero tratando de que no se me note la decepción finjo una sonrisa muy bien actuada.

—Oh, no hay cuidado, Rossy, muchísimas gracias por avisarme, qué bueno que ha llamado, me

muero de hambre —agrego tratando de sonar entusiasmada, aunque por dentro se me haya formado un hueco incómodo en el estómago.

Me digo en silencio que no deje que esto me desanime, así que al poner el plato frente a mí me llega un olor exquisito que me hace recordar el hambre que tengo. Al momento que lo destapo encuentro una porción generosa de pastel de carne, servido con puré de papa y espárragos que estoy segura son cultivados en la hacienda y de inmediato agradezco con educación para a continuación limitarme a cenar tranquila imaginando que Lisandro se encuentra sentado junto a mí y no me ha dejado plantada como lo ha hecho.

Mientras ceno sola en el comedor la mujer de la tarde regresa de nuevo para preguntarme si quiero más limonada y mientras me sirve aprovecho para dejarle unas cuantas cosas claras valiéndome de que Rossy se encuentra ocupada en la cocina.

—¿Cómo te llamas? No te había visto por aquí —pregunto analizando su actitud.

—Dee, señorita. —Sin inmutarse contesta directa.

—¿Abreviatura de? —cuestiono de nuevo con tono firme y un tanto prepotente, sé que no lo debería hacer, pero me molesta su presencia desde el momento en que me enteré de que tiene algo que ver con Lisandro.

—Deborah —aclara con respeto, me sorprende que baje el rostro para centrar su mirada en el piso como si quisiese aparentar ser una buena samaritana que sé muy bien que no lo es.

El detalle de la sirvienta me envalentona a seguir con mi plan, pues es evidente que quiere que piense que es una mujer indefensa cuando estoy al tanto de las artimañas y de lo trepadora que es al escucharla en la cocina cuando llegué.

—Pon atención. —Suelto el tenedor y el sonido del utensilio golpeando el plato hace que levante el rostro. Levanto la barbilla y la miro directo a los ojos para darle indicaciones—. Diles a todos que el señor me ha llamado para informarme que no quiere que nadie lo moleste. —Miento, pues tengo que tomar cartas en este asunto, para que ni ella ni nadie se le vuelva a acercar ni se sienta con la confianza de tocar a su alcoba.

Estoy segura de que deben tener planes para verse esta noche, aunque ahora que estoy aquí me encargaré de no volver a permitirlo.

—Pero... —interrumpe la mujer.

—¿Entendido? —la corto, fuerte y claro para que sepa que estoy hablando en serio y al darme cuenta de que tengo su completa atención, viéndola fijamente con una mirada fría y calculadora amenazo—: Sé lo importante que es este trabajo para ti y para los demás, no creo que quieran perderlo por no acatar las órdenes del patrón. —Abre mucho los ojos con evidente sorpresa—. Así que infórmales a todos que el señor Prescott estará indispuesto, y no quiere que nadie entre a la casa grande —prosigo y refuerzo la indicación que tienen que acatar—. Ha dejado claro que viene cansado y que lo que menos desea es que alguien lo moleste —recalco para despejar sus dudas.

—Sí, señorita —contesta cortés, sin embargo, logro ver cómo antes de girarse por completo se retira con una expresión de molestia en su rostro.

—Sí, señora —corrijo en voz baja, deseando poder decirlo alto y claro para que me escuche, mas soy consciente de que no puedo proclamar un título que todavía no me he ganado, pero que estoy segura pronto lo tendré.

Pensé en retrasar un poco mi estrategia para comenzar a conquistarlo, para que poco a poco de manera natural empezara a verme como una mujer y no como a la chiquilla a quien le dio asilo en su hogar, para que sin forzar las cosas fuera notando lo mucho que he crecido y no se enfocara en lo joven que soy. Realmente especulé que nos sentaríamos esta noche a la mesa, que platicaríamos de mi futuro, donde tontamente planeaba decirle que me quedaría en la hacienda para ayudarle con sus negocios, que tenía pensado comenzar a tomar clases virtuales, sin embargo, estoy harta de esperar, esta noche le daré una sorpresa que ni en sus repentinos sueños imaginaría que pasara.

«Manos a la obra, Corina».

Me motivo en silencio y al terminar de cenar subo las escaleras hacia mi cuarto con una sonrisa traviesa en mi rostro, lo cual revela mis tenebrosos planes.



3

CORINA MCKAY

Miro en silencio a la joven de melena rubia que me mira a través del espejo y sonrío satisfecha. Después de probarme varias opciones me doy por vencida, no cuento con nada sensual en mi guardarropa con lo que pueda presentarme en la habitación de Lisandro para tratar de seducirlo, así que al final me limito a escoger una suave bata de algodón y sintiéndome atrevida decido olvidar intencionalmente mi ropa interior por primera vez.

El batín no es muy sexi, sin embargo, se me pega como una segunda piel y deja ver mi evidente cuerpo desarrollado. Me siento satisfecha con mi reflejo, mis largas y torneadas piernas están a la vista y mis notorios pechos le confirmarán que soy toda una mujer.

Antes de salir de la habitación frente al espejo de cuerpo completo me vuelvo a ajustar los finos tirantes, para que la prenda quede un poco más corta y al mismo tiempo acomodo el cuello en forma de uve para revelar más el escote, a continuación, paso mis temblorosas manos por mis senos excitándolos con el único propósito de que mis pezones erectos se marquen sobre la tela y me brinden un aire provocativo. Proporciono la imagen de una mujer bella e inocente, aunque con un brillo travieso y hechizante en la mirada.

Camino hacia la ventana y vuelvo a confirmar que Lisandro no ha llegado, acerco una silla y tomo el ejemplar de *Orgullo y Prejuicio* de mi mesita de noche, no obstante, antes de comenzar a leer por cuarta vez la novela que tanto me gusta, recuerdo las palabras que crucé con la tal Deborah, espero que capte el mensaje y no se vuelva a acercar a Lisandro ni esta noche ni nunca.

Las luces de unos faros llaman mi atención, por lo que abro con cuidado la cortina y veo cómo Lisandro sale de la camioneta cerrando con un portazo, para después ponerse el sombrero y caminar arrogante hacia la casa.

El hombre es un manjar del sembradío, recio, grande, fuerte y tosco, goza de una sensual piel bronceada gracias a las tantas arduas horas de trabajo bajo el ferviente sol, que día a día besa su piel. Al verlo acercarse hacia el porche lo percibo todavía más alto y fornido de lo que lo recordaba, los dioses del campo conspiraron en su nacimiento para crear un macho divinamente perfecto de pies a cabeza que con su porte grita *soy el pecado, la bestia y la tentación personificada en hombre*, para arrastrar a

cualquier fémina a la locura incluyéndome a mí.

Ese vaquero es tan tentador, que cualquiera pasa por alto esa maldita expresión enfadada reflejada en su cara que da hasta miedo, sin embargo, me puedo pavonear de saber que únicamente es una careta que cubre no solo su atractivo y varonil rostro sino también sus fantasmas, sus penas y su largo abatimiento que no lo deja vivir en paz.

Espero un poco más, trato de darle el tiempo suficiente para que no me encuentre tratando de colarme en su habitación y cuando creo que ya he esperado lo suficiente tomo una respiración profunda y me voy sigilosa hasta su cuarto después de comprobar que nadie se encuentra en el pasillo.

Pego el oído sobre la puerta y no logro escuchar nada, supongo que ya se debe de haber metido a bañar, ya que es lo primero que suele hacer cuando llega de los sembradíos. Sin dificultad entro a la habitación y tal cual lo presentía no tiene seguro y mientras Lisandro como lo imaginé se encuentra en la regadera, me siento en uno de los sillones que se hayan en la esquina más retirada con el corazón latiéndome como un potro en pleno galope.

La habitación de Lisandro es casi una copia exacta de la mía, sin embargo, la de él tiene un estilo rústico y colonial en donde la madera y los muebles robustos tallados a mano son los que decoran el lugar. A lo lejos puedo ver la chimenea, no obstante, solo la lámpara del buró está prendida, la luz es tan tenue que no alcanza a iluminar todo el salón.

Después de aguardar unos cuantos minutos más, tomándome de sorpresa Landro sale del baño completamente desnudo haciendo que de la impresión la garganta se me quede completamente seca. Camina secándose el cabello de manera despreocupada y cuando termina lanza la toalla en dirección contraria a la mía, y sin perder tiempo apaga la bombilla y se sube a la cama quedándose acostado boca abajo.

Ante la imagen inesperada me quedo sin aire, jamás había visto a nadie desnudo y, a pesar de que la recámara ahora solo se encuentra alumbrada con la luz de la luna que se cuela por la ventana puedo contemplarlo perfectamente, me tomo mi tiempo, mi mirada lo recorre memorizándolo.

Lisandro es tan hermoso, tan grande... Mis manos tiemblan por tocarlo, mis labios anhelan poder besarlo, mi cuerpo se siente exquisitamente hechizado, y en mi mente se vocaliza un mantra que

manifiesta: *déjame entrar, dame una oportunidad, solamente quiero hacerte feliz.*

Han pasado tantos años mirándolo solo, de verlo sin amigos, sin una pareja, sin sonrisas, sin una esperanza reflejada en sus divinos ojos cafés, que solo quiero llegar y convertirme en su luz, en su anhelo y en su futuro.

Mientras lo contemplo deseo tener un conjuro mágico para acercarme a él y ser aceptada, me da temor que se aleje de mí o que me desprecie al conocer mis intenciones, pero necesito que me note y que ya no me vea más como una niña.

Tomando valor me levanto sigilosa y con piernas temblorosas en silencio camino hacia donde yace dormido, subo a su cama y gateo hasta sentarme en su trasero firme y desnudo. Lisandro ni se estremece, su cabeza se encuentra reposando sobre la almohada, la cual aprisiona con sus grandes y fuertes brazos.

La postura me ofrece poder contemplar todos los músculos marcados de su espalda y no puedo contenerme, mis manos cobran vida y comienzan a tocarlo con ligeras caricias que con rapidez toman más confianza, convirtiéndose en un reconfortante y sensual masaje.

Landro se mueve y trata de girarse, sin embargo, lo detengo inclinando mi cuerpo hacia delante y asegurando mis manos en sus hombros; dejo caer mi cabello al lado de su rostro para ocultar mi identidad, le muerdo suavemente la oreja para después pasarle la lengua por la misma área.

—Me has hecho esperar, sabes muy bien cómo odio la impuntualidad —suelta con una voz ronca y profunda que me eriza la piel.

Sin despegarme de su espalda mis manos danzan por sus brazos y por su cabello, me he deslizado y ahora me encuentro acostada de cintura para arriba sobre su cuerpo, mi oído puede escuchar los latidos de mi propio corazón y me aferro a su espalda.

Siento cómo Lisandro por un momento se descoloca pues trata de moverse de nuevo, presiento que lo he tomado por sorpresa, supongo que sus amantes se deben de comportar de alguna otra manera, no obstante, soy consciente de que no puedo pronunciar palabra pues de inmediato se daría cuenta quién soy.

Motivada por una extraña necesidad que se instala en mi cuerpo la cual no sé ni cómo describir

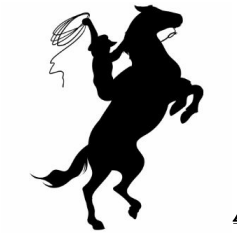
comienzo a rozarme buscando fricción sobre su cuerpo desnudo.

Me mantengo enganchada a sus extremidades, mi brazo izquierdo lo abraza, mientras él sigue boca abajo y yo ligeramente de lado, aunque todavía montada a su cuerpo, mi larga pierna lo envuelve creando un roce más directo en el centro de mi palpitar necesitado y de inmediato mi movimiento acompasado comienza a acelerarse. Las uñas de mis manos se entierran en su hombro mientras gimo ante lo que nunca antes había sentido entre mis piernas, mi respiración acelerada hace que sienta que mi corazón va a salir expulsado de mi interior.

Creo que Lisandro está estupefacto ante mi locura y todavía no tiene ni la menor idea de quién se ha colado en su cama y mucho menos quién se haya masturbándose con su cuerpo, tomo ventaja y continúo descarada tocándolo, paso mis uñas por su dorso y juguetona clavo mis dientes en su hombro, no puedo más y gimo llegando a la cúspide de lo que quiero pensar es un orgasmo.

Todo pasa tan rápido que cuando soy consciente de lo que sucede me está girando con agilidad y me encarcela bajo su cuerpo. Mi cabello largo cubre mi rostro, soy una maraña de pelo dorado, una melena que estoy segura podrá reconocer fácilmente, aunque nos encontremos casi a oscuras.

—Pero ¿qué jodidos pretendes? —Me mira consternado cuando se da cuenta de quién soy—. ¡¿Cómo diablos has podido hacer esto?! —Su voz es un estruendo que me hace vibrar de pies a cabeza y lamentablemente no puedo decir que sea un sentimiento placentero, sino todo lo contrario, nace en mí un miedo atroz que me hace pensar que quizás he cometido un grave error.



4

LISANDRO PRESCOTT

Desde que me despierto me siento inquieto, hay un montón de cosas que tengo que hacer, todavía no ha salido el sol y ya me encamino hasta mi despacho. Necesito recoger las órdenes de entrega del día de hoy, es una información que se encuentra en los sistemas de datos de la compañía, sin embargo, me gusta que todas las mañanas se impriman los reportes y se manden a mi despacho a primera hora para revisarlos personalmente.

Cuando estoy organizando el fólder que me llevaré conmigo antes de partir, observo la montaña de correspondencia que lleva ahí asentada por varias semanas. No sería la primera vez que se me pasa algo importante por no revisar con frecuencia el correo, no obstante, cuando estoy por levantarme observo un sobre que me llama la atención, lleva el logo del colegio donde se encuentra internada Corina y de inmediato tomo el celular para ver la fecha.

—¡Mierda! —exclamo al comprobar el día.

Tomo el abrecartas y rompo deprisa el sobre, es una tarjeta donde al abrirla encuentro dos fotografías, la primera es de la clase completa con la que se ha graduado y la segunda es de Corina con su toga y birrete.

El colegio donde la registré cuando comenzó el nivel primario imparte también secundaria y preparatoria, a la vez que le da la oportunidad de graduarse con alguna licenciatura junto con el bachillerato, por lo que nunca tuve que buscar otro lugar dónde inscribirla y por lo que supe la última vez que hablé con la directora del instituto es que Corina durante estos últimos años adelantó clases, razón por la que este año se gradúa de preparatoria con una licenciatura en negocios.

Me satisface saber que ha sabido aprovechar las herramientas de estudio que le he brindado durante todo este tiempo. Dejo la fotografía sobre el escritorio y me voy directo a la cocina donde sé que encontraré a las mujeres que se encargan de la casa. Bajo deprisa las escaleras y al llegar encuentro a Rossy quien levanta el rostro y me brinda una sonrisa respetuosa.

—Buenos días, patrón —me saluda de inmediato.

—Rossy, hoy llega Corina a casa —explico de manera directa—. Dile a Javier que se encargue de pasar por ella a la central de autobuses. No sé a qué hora estará llegando, pero si es que tiene que quedarse ahí todo el maldito día, que se quede —manifiesto pues si no lo hago sé que me estará llamando preguntando a qué hora llegará la chica, una información que no sé y tampoco tengo pensado llamarle para preguntárselo. La mujer asiente de inmediato—. Quiero que vayan a limpiar su cuarto, cambien sábanas, abran ventanas, ya tú sabes de esas cosas… —Levanto mis brazos de manera exasperada. Odio tener que hablar demasiado y explicar cada pequeño detalle de lo que doy por sentado deben de saber al ser este su trabajo.

—Por supuesto, patrón, nosotros nos encargamos. —En eso por el rabillo de mi ojo veo que Deborah está por entrar, su sonrisa se ensancha y antes de que se le ocurra abrir la boca me giro para el lado contrario y salgo de la cocina.

Cuando estoy por salir agarro mi sombrero del perchero, después tomo las llaves de mi Cheyenne y salgo del lugar azotando la puerta de madera que se estremece con el golpe.

Me concentro y me voy directo a las granjas donde criamos millones de cerdos. Dentro de la fábrica se lleva todo el procedimiento desde una especie de pequeña granja para controlar el nacimiento de los lechones y el cuidado de los cerdos; hasta terminar con la exportación del producto.

Tenemos los establos construidos con la más nueva de la tecnología, la unidad cubre varias hectáreas de mis tierras, todas las áreas están divididas por secciones, incluso existe una donde se hayan las madres con los recién nacidos. Cada espacio tiene la medida exacta para cada familia de cerdos y se les proporciona la temperatura indicada para cada uno de ellos ya que los recién nacidos necesitan un ambiente diferente a las cerdas.

A los cerdos se les cuida con una dieta nutritiva que consta de harina de maíz, soya y vitaminas. Cada animal necesita aproximadamente dieciséis libras de alimento al día y ahí mismo se les tiene en constante movimiento para monitorear su estado. Los lechones son amamantados por veintiún días y luego son liberados para que continúen con el trabajo técnico para seguir el proceso de crecimiento ya sea en el interior o al aire libre.

Cada uno de ellos necesita dieciséis pies cuadrados mientras que los mayores se hayan en espacios de cuarenta. A medida que los cerdos vayan madurando se les proporciona alimentos comerciales de

alta calidad para ayudarlos a aumentar de peso rápidamente, estos se trasfieren por tuberías automáticas para que los porcinos no tengan que perder tiempo moviéndose de un lugar a otro para alimentarse.

El único trabajo humano es controlar el sistema remoto ya que utilizamos bebedores automáticos para dar de beber agua potable y para bañarlos con regularidad, a la vez que se aseguran de que los cerdos tengan un suministro y áreas limpias proporcionando sus vacunas necesarias y recomendadas por nuestros veterinarios.

Hoy iré a visitar a los cerdos que han cumplido sus seis semanas y ya están pesando alrededor de los doscientos setenta o doscientos ochenta y cinco libras, comprobando que ya han llegado a su peso ideal para comenzar la siguiente fase. Para cuando llegue ya deben de estar seleccionado los animales que se irán a la caja inmovilizadora para de ahí pasar los animales muertos a las plantas procesadoras de carne de cerdo que puede procesar aproximadamente treinta y cinco mil cerdos al día y seguir la estricta gestión de calidad para lograr la mayor eficiencia económica y al mismo tiempo garantizar la protección del medio ambiente.

Las máquinas inteligentes aumentan la producción y al mismo tiempo minimizan el desperdicio, algo similar es lo que utilizamos con el ganado. Sin embargo, aunque todo está estrictamente controlado me gusta estar al pendiente de la mayoría de los procedimientos que se imparten pues simplemente que haya un fallo con algún sistema de refrigeración industrial podría ser catastrófico para la producción ya que juegan un papel clave para la carne de cerdo, garantizando productos de calidad al llegar a los consumidores.

La fábrica no solo brinda cientos de trabajos en la región, sino que también sigue proporcionando productos de calidad a los mercados de la región, tanto a sucursales como a las grandes empresas alrededor de todo el país.

—No puedo creer que sigas manejando ese trasto. —Apenas he bajado de la camioneta cuando me pongo tenso al escuchar la voz de Ben acercándose.

No digo nada pues no sé qué decir, tengo muchos años sin verlo, lo último que llegué a saber fue que ahora que se acaba de divorciar regresó con mi padre a trabajar.

—¿No me vas a invitar un café? —pregunta como si no leváramos años sin vernos, como si todo

este maldito tiempo no me hubiera estado escondiendo de todos ellos.

Se nota que es consciente de que si no me estuviera acorralando de esta manera no habría permitido su acceso a la fábrica, eso me hace preguntar cómo diablos ha pasado los puertos de seguridad.

—Sí que debes estar muy ocupado o malditamente distraído, llevaba más de cinco millas manejando tras de ti y nunca notaste que venía siguiéndote —resalta mi descuido—. He pasado pegado a ti para poder accesar después de que activaste el portón automático —explica contestando mi pregunta no verbalizada.

—Ben, no tengo nada que platicar contigo —suelto cortante con voz tosca y al escucharme se le borra la sonrisa jovial que lo caracteriza.

—Mira, hijo de puta, no estoy aquí porque digamos que tenía ganas de venir a ver esa cara de culo que tienes. —Me sorprende diciendo, pero trato de que no se me note que ha llamado mi total atención con su comentario. Me cuadro a la defensiva sintiendo cómo las expresiones de mi rostro se acentúan en mi frente—. Estoy trabajando con papá y necesitamos más tierras para cumplir con nuevos contratos. Hice un poco de investigación y has estado más enfocado en las granjas y en la ganadería, así que quería hablar contigo para…

—No pienso vender… —lo interrumpo de inmediato sin dejarlo terminar.

—No pensaba comprártelos… —rebate también con esa actitud que nos caracteriza a todos los Prescott, yo lo considero una cualidad especial.

—Entonces ¿qué esperabas viniendo hasta aquí? —contrataco al no entender entonces la razón de su visita.

—Rentarlas, por un precio justo. —Deja claro y comienza a explicar sabiendo que no le daré el paso a mi despacho—. Tenemos el capital solo necesito el espacio, estaba seguro de que no aceptarías venderlas, así que pensé que podríamos producir en ellas por una temporada. —Al ver que no agrego nada, continúa—: No quiero ir a regalar el dinero de papá a otro hijo de puta arrogante como tú, pero al ver tu maldita actitud creo que prefiero eso a tener que verte la cara… ¿sabes qué?, olvídalo. —Se da la media vuelta y empieza a alejarse.

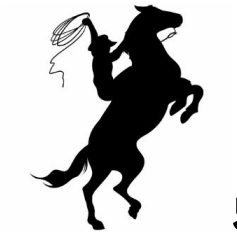
Conozco a Benjamín y sé que no está hablando solo para presionarme a que acepte, lo que ha dicho lo ha hecho únicamente viendo el bienestar de los negocios de mi padre, estoy a punto de girarme y seguir mi camino, pero algo me hace detenerlo.

—Manda la información a mi despacho, quizás podemos llegar a un acuerdo. —Se detiene al escucharme y se gira a verme, sus ojos llameantes demuestran que está notoriamente enojado ante mi actitud inicial.

—¡Vete a la mierda, Lisandro! No necesitamos nada de ti... —expresa y cuando está a punto de irse de nuevo lo detengo.

—Espera, Ben, por favor, mándalos. Te aseguro que no tendrás que tratar nada conmigo.

No dice nada, solo se retira dejándome ahí parado, sintiéndome como siempre, como una auténtica y completa mierda.



5

LISANDRO PRESCOTT

Veo la hora del reloj, ya debería poder irme a casa, sin embargo, sigo buscando cosas qué hacer para tener una excusa de seguir aquí y no regresar todavía a la finca, no obstante, en eso pienso que quizás Corina debe de estarme esperando para cenar y con esto en mente de inmediato tomo mi celular y llamo a la hacienda.

—¿Bueno?, casa del Señor Prescott —contestan al tercer timbre.

—Rossy…

—Sí, señor. —Pongo los ojos en blanco al ser interrumpido.

—¿La señorita Corina ya ha llegado? —Con mi pregunta voy al grano.

—Sí, patrón, lo está esperando en la mesa para cenar —me informa, de eco se escucha que se encuentra trasteando en la cocina.

—No podré llegar a tiempo, sírvele la cena. —No digo más, no necesito explicarme.

Corina es de armas tomar y cualquier gesto de cortesía lo podría tomar con otro significado. Solo de pensarlo se me eriza la piel y me hace sentirme terriblemente depravado solo de tan siquiera imaginarlo.

—Por supuesto, señor, yo me encargo. —Al escucharla cuelgo y retomo mis pendientes.

Me llama la atención un *mail* nuevo en la bandeja de correo y al leer quien lo envía una sonrisa inesperada se instala en mi rostro, sin embargo, cuando me doy cuenta del gesto tan estúpido me pongo serio.

De inmediato lo abro y me sumerjo por completo a revisar el informe junto con las estadísticas y las proyecciones que me ha enviado Benjamín.

Compruebo la hora sintiendo que Corina ya debe haberse retirado a su habitación y quizás hasta esté dormida, apago la computadora y me retiro cerrando el despacho con llave. Me voy observando a los alrededores, todavía se encuentra la gente de limpieza con la que me cruzo mientras me dirijo al estacionamiento y me dan las buenas noches a lo que yo contesto con un seco gesto de cabeza.

Me encamino hasta la plaza donde se encuentra mi estacionamiento personal y cuando voy a mitad de camino veo a lo lejos uno de los muchachos de seguridad que se encuentran en la caseta de la entrada, supongo que los otros deben de estar recorriendo el perímetro de las instalaciones en los carros de golf.

Me subo a la camioneta y al momento que estoy por llegar al portón se abre automáticamente dándome el paso, no bajo la ventanilla ya que saben perfectamente que soy yo, solo que esta vez antes de partir compruebo por el retrovisor que inmediatamente que paso por el barandal este comienza a cerrar el paso.

Inesperadamente se enciende el radio de esta cosa vieja, no me asusta, van varias veces que hace lo mismo, por eso suelo tener el volumen muy bajo, no sería la primera vez que me desorienta al prenderse a todo volumen, sin embargo, los acordes de la canción son agradables y después de mucho tiempo sin disfrutar una interpretación alargo la mano para subirle un poco.

Manejo concentrado en la carretera, pero no puedo dejar de ponerle atención a la letra que dice *You took on my rough around the edges, never let it ruffle up the feathers, ángel. Yeahhhh I'm down for life, you got me weapped around your finger and I like it just in case you can't tell...* [1]

Quizás en otro momento la hubiera apagado inmediatamente, no obstante, una extraña razón me hace oírla hasta al final donde anuncia el locutor que hemos escuchado a Jason Adean con *You make it easy*.

Continúo escuchando música hasta que llego a la hacienda, tomo el control remoto y comienzo a abrir la puerta, también cuento con vigilancia, pero no es tan extrema como en los criaderos ni en las fábricas, en los cuales más de una vez han tratado de cruzar la seguridad.

Viajo por todo el camino de terracería hasta dar vuelta en la rotonda principal que me deja en frente de las escaleras para entrar a la gran casa.

En el centro se halla una noria antigua que hace un par de años atrás fue reformada por petición de Corina y ahora se encuentra rodeada de jarrones y plantas creando una imagen agradable y hogareña a la zona, aunque carezcamos del sentimiento.

Prosigo hasta el espacio que siempre utilizo al estacionarme y salgo de un brinco sin preocuparme de echarle llave, primero porque estoy en mi casa y sería casi un suicidio meterse a mis tierras y; dos, porque no creo que a nadie le interesaría una camioneta tan vieja como la mía, por supuesto sigo manejando la camioneta de mi padre.

Los candelabros de la entrada están prendidos, pero al abrir la puerta confirmo que todas las luces se encuentran apagadas, a excepción de unas tenues lámparas por aquí y por allá que de alguna manera están prendidas estratégicamente para que, quien baje a media noche no sufra ningún percance.

Usualmente siempre cuando llego me voy directo a bañar y después a revisar los pendientes en mi despacho, sin embargo, cuando tengo papeleo importante que repasar me salto el baño y me voy primero a mi escritorio, pero esta noche al haber adelantado una buena parte desde la oficina me limito a irme a la regadera.

Cuando voy a mitad de la escalera considero mandarle un mensaje a Deborah para que no venga a verme como hemos quedado, pero, así como lo he pensado de inmediato lo descarto, pues no empezaré a comportarme de manera diferente solo porque se encuentre una adolescente en casa, menos cuando toda la vida me ha conocido como soy.

Entro a mi cuarto conociendo el lugar a la perfección, me voy directo a la mesita de noche y prendo la lámpara para a continuación irme al baño. Mientras dejo correr el agua me desvisto deprisa dejando la ropa regada sobre el piso, ya mañana las mujeres del aseo se encargarán de limpiar el desastre que dejo.

Al entrar bajo el chorro me tomo mi tiempo y me concentro en quitarme el cansancio del día, todavía pensando en la papelería que me mandó Ben me apunto una nota mental de hablar mañana a primera hora con James Maistrenko, director de Palisade Corporation.

Son las industrias y huertos de las que soy propietario donde se encuentran nuestras plantaciones y viveros de los mejores cultivos de duraznos de toda la región.

Salgo del baño secándome el cabello, me sorprende que Deborah no haya llegado todavía pues para esta hora ya estaría sonriente yaciendo desnuda sobre mi cama.

No le doy importancia y me encamino tirando la toalla hacia el otro extremo, me limito a apagar la luz y sin perder el tiempo me subo a la cama y me quedo despatarrado sobre el cómodo colchón *king size*.

Cuando me estoy quedando dormido siento cómo alguien sube por la cama y gatea hasta posicionarse sobre mi trasero desnudo. Me quedo quieto y un tanto confundido ante su misteriosa manera de entrar al cuarto, pues Deborah desde el momento que entra por la puerta comienza a decir obscenidades y deja claro que quiere que haga con ella lo que me plazca.

Sin embargo, la mujer me habla con sus manos, su toque me tensa de inmediato dándome cuenta de que no es la persona que quedó que vendría esta noche. Me concentro en sus manos pequeñas y suaves que acarician los músculos de mi espalda y conforme me empieza a masajear me percato de que su toque se vuelve cada vez con más confianza, pero motivado por conocer quién se ha colado en mi recámara trato de girarme para enfrentarla.

No sería la primera vez que alguna chica que trabaja en la hacienda se sintiera en confianza de brindarme un poco de calor tras cruzar durante la tarde miradas en el patio. Sinceramente no me importa follarme a alguien más, para mí ninguna de ellas tiene un rostro, solo me encargo de cubrir una de mis necesidades más básicas que es liberarme en un cuerpo caliente.

Jamás las he despreciado y todas se han largado satisfechas de mi habitación, no obstante, regreso a la realidad al ser detenido por sus manos que se aseguran a mis hombros. Frunzo el ceño, confundido, es un peso que podría volcar con facilidad, sin embargo, tengo que ser honesto y admitir que este enigma está comenzando a agradarme ante el cambio de planes que suelo utilizar en mi cama.

Noto cómo se inclina y sus cabellos se quedan esparcidos sobre mi rostro. Un olor a vainilla y chocolate me envuelve, es dulce y agradable, no la puedo ver ya que su cabeza está sobre la mía viendo hacia el lado contrario. Me muerde la oreja y siento cómo una descarga eléctrica me recorre todo el cuerpo hasta llegar a mi ingle que hace que mi miembro se remueva inquieto ante lo desconocido, de inmediato tengo que moverme ligeramente y acomodar mi verga que se ha

despertado ante el descaro de la mujer. Aligero la presión cuando alzo sutilmente la pierna y la descarada ahora pasa su lengua por el área que ha mordido, dejo salir el aire lentamente para que no note lo afectado que me tiene, no quiero que se dé cuenta de que puede llegar a mí con tan traviesas e inocentes caricias.

—Me has hecho esperar, sabes muy bien cómo odio la impuntualidad. —Me recompongo y suelto hosco con voz ronca, pues a pesar de que sé que no es Deborah, necesito que articule palabra para ver si logro adivinar quién es la mujer misteriosa.

Sin inmutarse ni contestar y con su cuerpo pegado a mi espalda, sus manos de nuevo comienzan a danzar por los extremos del mío, se ha deslizado un poco ante mi movimiento posterior y ahora se encuentra acostada de cintura para arriba sobre mi cuerpo, sus piernas desnudas están entrelazadas con las mías aferrándose a mi costado.

Estoy descolocado y trato de girarme de nuevo para terminar con esta locura que me hace sentir en desventaja, pero me paralizo al sentir cómo hace fricción sobre mi muslo, pienso que me lo estoy imaginando y contengo el aire para asegurarme de que lo que sentí no lo acabo de imaginar.

Se mantiene enganchada a mi cuerpo y su brazo me aprisiona con más brío mientras balancea sus caderas buscando un roce acompasado, su larga pierna sube un poco más a mi muslo y deja salir un gemido de satisfacción que me eriza la piel y que de inmediato me pone tan duro que mi miembro duele de la necesidad que me provoca. La dejo que continúe, quiero saber hasta dónde es capaz de llegar, su osadía me perturba de tantas maneras diferentes que no logro descifrar bien lo que está pasando, me tienen la cabeza frita.

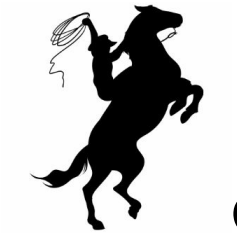
No puedo ni pensar con claridad y menos ante esos suspiros contenidos que deja salir sobre mi oído, estoy seguro de que no es consciente de lo que me está haciendo sentir y cuando creo que no se atreverá a llegar al orgasmo de esta manera, todo se va al carajo cuando sus movimientos se intensifican. Sus uñas se me encajan en la piel, su respiración se acelera, lleva sus dientes a mi hombro y me muerde con intensidad al momento que explota en un orgasmo de lo más perturbador dejándome momentáneamente pasmado.

Sin poder contenerme me giro con agilidad soltando en el proceso un gruñido animal, la encarcelo entre mis brazos y sin poder evitarlo le clavo el miembro adolorido y duro sobre su ingle para que se dé cuenta cómo me tiene.

La iluminación es muy tenue, únicamente la luz de la luna es la que se cuela por la ventana, veo una bola de pelo rubio tan intenso que me recuerda al sol en pleno verano que me hace parpadear deprisa, estoy demasiado excitado que no me permito pensar con claridad, solo quiero hundirme en su interior y correrme en su coño caliente para detenerla de seguir con sus juegos estúpidos.

Cuando me llega la realización de esa melena que tengo frente a mí, me paralizo. En ese instante como una explosión magistral cubierta de fuego y una extraña fascinación me es revelado quién está en mi cama.

«CORINA MCKAY»



CORINA MCKAY

Los ojos se me abren de la sorpresa bajo la tenue oscuridad, siento sobre mi ingle su virilidad que se me encaja y que me aprisiona a la cama, no obstante he notado el momento exacto cuando Lisandro se queda congelado al darse cuenta de que soy yo, todavía me tiene agarrada de manera territorial de la cintura por donde me ha hecho girar mientras sostiene el peso de su cuerpo en el antebrazo izquierdo, para no dejar caer todo su tamaño sobre mí, pero en el instante que consigue reaccionar, de un salto sale de la cama como si le hubiera quemado la piel y me grita consternado:

—Pero ¿qué, diablos Corina? —exige una respuesta, parado frente a la cama totalmente desnudo, sin embargo, al ver que no contesto y, respirando profundo trata de calmar su temperamento hostil mientras observa que me deslizo sobre el colchón para quedar sentada sobre este y añade—: ¡Sal inmediatamente de mi cama! —ordena con voz firme tratando de sonar más calmado, aunque es evidente que está molesto y que en cualquier momento puede perder de nuevo los papeles.

Sin moverme ni un ápice se da la media vuelta, pero antes de permitirle entrar al cuarto de baño, recapacito saliendo de la cama y articulo:

—Landro, no tienes por qué alejarme, soy lo suficiente mayor para saber lo que estoy haciendo, *dame una oportunidad* —agrego estas últimas palabras en un susurro nervioso ante su próxima reacción.

Cuando pienso que no me responderá y que se irá pensando que soy una niña estúpida que no sabe nada de la vida, toma la toalla del piso, se la ajusta a las caderas y se gira, para enfrentar a *la niña* que esos últimos años ha tratado de evitar.

—Veo que tengo que ser más claro contigo. —Sus facciones son duras y me ve con hostilidad—. Me siento enfermo desde que has tomado esa actitud conmigo, Corina, ¿crees que no me he dado cuenta? Llevas tres años que has comenzado a provocarme. Agradezco que te preocupes por mí, que cuando estás aquí de vacaciones te metas en el papel de la mujer de la casa, que cocines, que des órdenes por toda la hacienda, que mantengas todo ordenado, que estés al pendiente de mi ropa, de mis productos personales. —Sigue exponiendo dejándome claro que notó los detalles que en mi última estancia llegué a tener con él—. Hasta llegaste a encargarte de la lista de la cocina, las compras de la hacienda, lo aprecio, de verdad. —Aunque sus palabras son de agradecimiento el tono de su

voz es grave y se encuentra tenso como buscando el momento ideal para expresar el *pero* de toda esta situación.

»Sin embargo, no puedo permitir esto, no puedo concebir que me sigas provocando de esta manera, ni siquiera sé cómo asimilar que has tenido la desfachatez de meterte en mi cama, ¡¿acaso esto es lo que te han enseñado en el colegio?! ¿Para esto te he educado? —Se pasa las manos por sus cabellos aún húmedos con notoria frustración, sus músculos se contraen y yo me pierdo en su imagen olvidando todo el regaño demostrándome a mí misma lo estúpida y adolescente que soy.

—¡Eres un hipócrita! —exploto sorprendiéndolo y empiezo a recordar mi última estancia en la hacienda—. Todo fue diferente la última vez que estuve aquí —rebato y comienzo a recordar—. Me levantaba antes de que saliera el sol para tomar café contigo antes de que te fueras a trabajar. Todas las noches te esperaba en el porche hasta que llegabas de tus tareas, ¡todo estaba bien entre nosotros hasta que comenzaste a evitarme! —reclamo.

—¿No te *timbró una campana*[2] del por qué sucedió? —continúa regañándome—. Porque con el paso de los días me di cuenta de que tus atenciones tenían una doble intención y no podía permitir que pensaras que entre nosotros podría pasar algo, ¿acaso estás loca? —Pasa sus manos frustradas por su rostro como si no entendiera por qué no entro en razón—. ¡Ahora entiendo por qué se me hizo tan extraño que no estuvieras en la mecedora esperándome, porque estabas planeando esto! —Saca sus conclusiones en voz alta—. Corina, escúchame, esta vida no es para ti... Creo que te he educado mucho mejor que esto —declara sonando derrotado tras lo vivido.

—¿Por qué me dices eso, Landro? Tú sabes que yo sería feliz aquí. ¡Aquí contigo! —Eso último me quiebra la voz y mis ojos se comienzan a humedecer, todavía ni le he dicho que he decidido quedarme y es evidente que no me quiere en sus tierras.

—¡Regresarás a la escuela como siempre, así que deja de rebajarte! ¡Esta es la primera y la última vez que te metes en mi habitación! ¿Me escuchas? —vocifera, perdiendo de nuevo los estribos al escucharme.

—¡No voy a regresar y, si tú eres tan ciego y terco[3] para no ver lo que siempre he sentido por ti, no puedo ayudarte! —clamo perdiendo la calma y comienzo a gritar todo lo que siento, quizás esta sea la última oportunidad de que estemos juntos y si me va a alejar, me merezco expulsar todo lo que siente mi corazón—. Lo sé, lo entiendo... Siempre te has sentido responsable de mí, pero, Lisandro,

tú no eres mi papá... Es más, nunca me has visto ni tratado como uno y eso es lo que te carcome, que muy en el fondo sabes que algo puede nacer entre nosotros, lo pude ver en tus ojos, ¡lo pude sentir cuando te robé aquellas sonrisas en el lago, por favor sal de ese gran caparazón en el que has vivido por tantos años! ¿Por qué no te permites ser feliz? ¡Tienes que dejarlo ir, nada de lo que ha pasado en tu vida ha sido tu culpa!

Es la primera vez que lo llamo Lisandro, se nota confundido y en su mirada puedo ver con claridad cómo recuerda la tarde de la que le hablo, la que él maldita sea piensa que fue un error.

—¿Te estás escuchando? —Toma el control de la discusión—. ¿Lo que siempre ha habido entre los dos? ¿Acaso estás loca, Corina? ¡Es evidente que has perdido la razón!

—¿Qué quieres que te diga? Jamás te he visto sonreír. Esos momentos fueron las más hermosas revelaciones que he tenido, ¿no lo ves? Sé que no crees en Dios, en el destino o como lo quieras llamar, pero alguien me mandó para hacerte feliz, yo quiero hacerte feliz, solo déjame entrar —suplico al pie de la cama, devastada, dándome cuenta de que es una batalla perdida, donde seguirá negándose a darse una oportunidad.

Nunca ha entendido de razones y me pregunto en silencio por qué ahora sería diferente.



7

CORINA MCKAY

3 AÑOS ATRÁS

El domingo es uno de los días más pacíficos en Yuma, Colorado. Un pueblo que tiene una población de algunos cinco mil habitantes si exagero en números, en el que nunca pasa nada fuera de lo normal, si te quieres divertir tienes que salir del pueblo, pues la gente se limita a ir a la iglesia y después a comer por ahí y, al terminar, manejan satisfechos de regreso a sus casas para dormirse temprano y comenzar la semana como buenos cristianos.

Me levanto al amanecer, una costumbre extraña que se vive en el pueblo, quizás se debe a que mis cortinas son de gasa y desde muy temprano se cuela la luz iluminando toda mi recámara.

El hecho hace que automáticamente abra los ojos y quiera saltar de la cama para bajar a ver si puedo alcanzar a Landro antes de irse a trabajar, sin embargo, hoy es diferente, pues es el día de descanso para todos en la hacienda.

Me lavo la cara y a continuación me hago una coleta, rápido al entrar al clóset me pongo una playera ajustada que tiene un estampado que dice Colorado, Live Free sobre unas montañas de fondo, agarro unos *shorts* de mezclilla y mis botas favoritas.

Mientras voy bajando las escaleras decido irme directo a la cocina e inmediatamente al llegar pongo café y cuando está listo lo vierto en mi taza sin crema ni azúcar para tomármelo desde una de las mecedoras de madera que están en el porche.

Estoy entretenida en el celular respondiendo los mensajes de las chicas del colegio, que supongo todavía deben de estar dormidas. La mayoría de ellas no entienden cómo me gusta regresar aquí, a una ciudad con tan poca gente y en la que no hay mucho que hacer para divertirte más que trabajar para mantenerte ocupado y para que el tiempo se consuma con más prisa.

Aquí, la mayoría de personas están dedicados a trabajar y a vivir sus días de manera pacífica. No tengo explicación, solo me gusta, llevo viviendo muchos años en Denver y, aunque estoy en un colegio privado y vivo en este, nos sacan a excursiones, visitamos museos, hasta he llegado a ir a

varios restaurantes bar en el que me he divertido mucho.

Heidi Weston, la chica con la que comparto habitación y la cual se ha convertido en mi mejor amiga, me ha invitado varias veces a pasar los fines de semana con su familia. Ella es de ahí, pero la razón por la que está internada en el colegio es porque sus papás viajan demasiado, al parecer su padre es un ingeniero petrolero y su mamá tiende a no dejar al pobre hombre ni a sol ni a sombra, así que al igual que a mí al comenzar su educación la registraron en el colegio, pero ella puede salir cualquier fin de semana a visitar a su familia mientras que yo solo espero cualquier receso para regresar, aunque muchos de ellos los he pasado con las monjas sin volver aquí.

Varias veces Heidi me ha hecho pedir permiso a Landro para quedarme en la ciudad, ninguna de estas se ha negado y he tenido la oportunidad de acompañarla junto a su familia a cenas en sitios donde se puede comer, pero también tienen música en vivo y más de una vez me ha arrastrado a la pista de baile.

Me encanta bailar, así que nos hemos sumergido en la música *country* y esta última vez que fuimos dos guapísimos vaqueros nada tímidos se acercaron a bailar con nosotras. Nos la pasamos muy bien, bailoteamos hasta que los pies nos dolieron y solo un mensaje de texto de parte de la madre de Heidi anunciando que era hora de irnos nos hizo despedirnos de los chicos, intercambiamos números de teléfonos y, aunque nos hemos mantenido en contacto con ellos nada ha escalado a más, nos llevamos muy bien con Max y Alexander, primos hermanos que viven en la zona.

Escucho que alguien viene caminando por el pasillo y cuando se abre la puerta mosquitera aparece el dueño de la casa con una taza de café humeante, mientras observa a nuestro alrededor trato de que no se dé cuenta y mi mirada lo repasa completito sin perderme detalle de su impresionante porte varonil y recio.

Viste una camisa de cuadros que lleva doblada hasta los antebrazos revelando su piel bronceada, su cinto está ajustado dándole ese aspecto de vaquero *sexy*, su pantalón de mezclilla envuelve esos troncos de piernas fornidas que posee y me percato de que trae las botas que sé que no son las que usa en la labor, eso me dice que quizás va al pueblo.

Está extremadamente bueno, cada que lo veo se me hace más guapo, sus pestañas tupidas y oscuras parpadean varias veces y cuando nuestras miradas se cruzan le doy un sorbo a mi café para obligar a mi boca a beber un trago del líquido oscuro antes de que se dé cuenta de que estoy a punto

de babear frente a su presencia.

—Buenos días. —Me sorprende saludándome y a continuación se sienta en la mecedora libre que se encuentra a un lado, tomándome desprevenida ante su comportamiento nada habitual.

—Hola, Landro. —De repente su aproximación me causa mucho calor, el olor a su colonia me invade y agregándole su cambio de actitud hace que de inmediato me ponga nerviosa y las mariposas ilusionadas de una loca quinceañera empiecen a danzar en mi estómago.

Solemos platicar, pero siempre es muy breve, sin embargo, hoy se nota diferente, tanto que me desconcierta y no sé muy bien cómo procesarlo.

Me paso una mano por la frente y me seco el sudor, el sol está comenzando a calentar con más fuerza y él lo nota.

—Deberías de pasarte por la alberca, va a ser un día caluroso —comenta de forma casual.

—Quizás. —Arrastro las palabras, se gira para verme y al notarlo confundido me explico—. Bueno, es que no sé nadar, así que no me llama mucho la atención solo meterme al agua y estar ahí sentada en los escalones. —Sus ojos inquietantes me recorren el rostro como evaluando qué decir y al sentirme observada siento cómo mi rostro comienza a arder ante la vergüenza de mi confesión.

—No te creo, Florecilla, ¿cómo que no sabes nadar? —cuestiona incrédulo, sonando relajado le ha aparecido ese acento de ranchero al finalizar la pregunta.

Mis pulsaciones se desbordan, la incredulidad que le ha causado mi confesión lo ha hecho expresarse de una manera tan nueva para mí que siento que estoy flotando de la felicidad. No paso por alto que me ha llamado con cariño, jamás me había dicho de esa manera tan bonita.

—Nunca me han enseñado. —Soy directa, pues no es una mentira, quién más me podría enseñar más que él o alguien que siguiera sus órdenes para hacerlo.

Nos quedamos un largo rato en silencio, no agrego nada ya que se nota que se halla pensativo. Mientras el tiempo trascurre pienso que es mejor que me retire para ir a la cocina, no obstante me sorprende exponiendo:

—Bueno, entonces creo que eso va a cambiar hoy, no saldremos del agua hasta que nades como una *sirenilla* —suelta inesperadamente.

Lo observo aturdida y de inmediato comienzo a procesar lo que ha dicho, pero al notar que empieza a reflexionar sobre lo que ha soltado me levanto de un salto y veloz con mucho entusiasmo acepto sin darle tiempo a retirar sus palabras.

—¡Hecho! —contesto con una gran sonrisa en el rostro—. Ahora vengo. —Me tomo lo último de café de un trago y salgo deprisa del porche.

Corriendo subo las escaleras temiendo que en cualquier momento Landro pueda retirar su propuesta. Abro la puerta de la recámara y me comienzo a desnudar recordando que por algún lugar tengo un traje de baño completo que pretendo ponérmelo bajo la ropa, cuando doy con él me vuelvo a poner lo mismo que vestía y sin perder el tiempo salgo azotando la puerta tras de mí.

En el momento en que soy consciente bajo las escaleras deprisa, esperando que no decida darme clases en la alberca de la hacienda ya que por la propiedad pasa un lago que se encuentra a tan solo unas cuantas millas de distancia, espero ansiosa que me lleve ahí.

Ese lugar es bellísimo, aunque nunca he tenido la oportunidad de verlo de cerca, pero recuerdo de él pues una vez Marcelino me llevó a montar a caballo mientras aprendía a galopar, tomamos ese recorrido y pude echar un vistazo sobre los grandes árboles.

Cuando bajo las escaleras del porche empiezo a ver para todos lados, pero no encuentro a Lisandro, el corazón se me cae al suelo y cuando estoy pensando que se ha ido me llama la atención unos relinchidos a mi derecha, me giro deprisa y observo que viene sujetando por las correas a dos de sus caballos.

Salgo corriendo a su encuentro, las yeguas ya tienen sus sillas de montar, al llegar a su lado me da la mano y me ayuda a subir, con agilidad me monto sobre el animal y me acomodo agarrando las correas de piel.

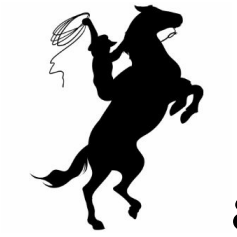
—Ten —me ofrece su gorra—, voy por mi sombrero y nos vamos —anuncia resuelto.

No le toma mucho tiempo en regresar y partimos en una carrera al lago que me hace perderme en el momento. El aire azota en mi rostro, vamos avanzando a gran velocidad y motivada ante el entusiasmo que me provoca la salida adelanto el paso y lo dejo atrás.

Con solo bajarnos de los animales los amarramos deprisa y comienzo a desnudarme, dejo las botas y la ropa regada en el pasto, me quedo en un pareo completo, sin embargo, a último momento decido que no es buena idea solo dejarlo todo desperdigado y cuando comienzo a doblar mi ropa veo sorprendida cómo Lisandro se saca las botas mientras camina hacia la orilla del lago, se quita la camisa con un ágil movimiento de brazos y la deja caer sin preocupación sobre el pasto, se detiene para sacarse los pantalones quedándose en bóxer, y de un salto se mete al agua como un experto en la materia.

Segundos después sale completamente mojado, se limpia el rostro y me observa desde el agua, no obstante, su análisis no es sexual, al contrario, se ve entusiasmado y eso me hace sentirme mucho mejor, me hace pensar que tengo una oportunidad para poco a poco perforar ese caparazón de hierro en el que ha vivido por tantos años.

—Venga, Florecilla, salta —me motiva—, el agua está riquísima.



LISANDRO PRESCOTT

Me quedo confundido procesando sus palabras, es cierto que solo pasamos juntos algunos veranos desde que la inscribí en el colegio privado, pero pensé que en la institución tan refinada que pago, aparte de estar concentrados en educarla como toda una señorita de ciudad, le enseñaban cosas básicas como nadar. Y cuando me pasa esto por la cabeza encuentro ahí la respuesta, la instruyen para ser una mujer de la capital, no una fémina de campo que como acto de supervivencia necesita saber cómo sobrevivir si cae en una pileta.

Siento un pinchazo en el corazón al comprender, que un día no muy lejano Corina decidirá quedarse en un ambiente urbano, cambiará el rancho por la ciudad, se abrirá paso en otros horizontes en vez de regresar a un pueblo polvoriento como en el que vive cada que regresa aquí.

Al darme cuenta de lo evidente, por una extraña razón percibo una tristeza recorrer mi cuerpo y, aunque yo mismo no le permito su acercamiento, soy consciente de que cuando ella está a mi alrededor siento esos cálidos reflejos de sol que alumbran mi vida, no obstante, no cambiará el hecho de que tengo decidido que esta vez será la última que regrese a la hacienda, mas todavía no se lo he informado.

Apenas hace medio año atrás cumplió quince años y ya no quiero verla por los alrededores. No me gusta tener que notar cómo los trabajadores comienzan a voltear a verla con ojos de interés, está hecha toda una señorita y no pretendo tener que andar detrás de ella protegiéndola como un padre, ya que ese no es mi rol, yo no la engendré, sin embargo, ante la información revelada en estas vacaciones trataré de que se lleve un buen recuerdo y uno de ellos será mandarla a la ciudad sabiendo cosas básicas que le puedan servir en la vida cotidiana.

—Bueno, entonces creo que eso va a cambiar hoy, no saldremos del agua hasta que nades como una sirenilla —suelto, todavía no muy convencido con lo que me encuentro haciendo.

Me observa aturdida y eso de inmediato me hace considerar mejor las cosas.

Corina es una jovencita con un evidente enamoramiento hacia a mí. Constantemente la sorprendo mirándome, sé que es de esas cosas que les pasa a las chiquillas de su edad, pero no quiero que se

haga ideas que no son ni que se malinterpreten mis acciones de alguna manera errónea, y cuando estoy a punto de decirle que mejor lo dejemos para otro día ya que he recordado que voy al pueblo, se levanta deprisa y acepta con una gran sonrisa en el rostro.

Cuando azota la puerta le doy un último trago a mi café y dejo la taza vacía en el barandal de madera, sin meditarlo más y sin querer admitir que me encuentro algo contagiado tras el entusiasmo de la joven me levanto y me voy para las caballerizas.

El sol apenas está calentando, sigo mi camino y cuando llego a mi área de destino abro las grandes puertas de madera y recorro las hileras del establo, varios de los caballos asoman sus cabezas, pero sé cuál busco.

Me voy casi hasta el final y encuentro a Dakota, la yegua de Corina, es una appaloosa blanca con pecas cafés y negras, unas diminutas y otras más grandes. Noto que recientemente la chica ha estado por aquí pues la potra se encuentra encantadora con su pelo hecho en trenzas que le decoran la cabeza.

Mientras estoy concentrado poniéndole la silla escucho unos relinchidos que sin duda sé de quién son, le siguen unos bufidos que provienen de tres estaciones más al fondo de la que me encuentro trabajando. Supongo que Tornado, un caballo de raza frisón con temperamento fiero, debe estar desesperado al percibirme entrar al establo y darse cuenta de que no he ido directo a verlo como es mi costumbre.

—Calma, muchacho, en un momento estoy contigo. —Le doy una nalgada a Dakota cuando está lista.

Salgo cerrando la puerta tras de mí y me voy con Tornado, quien tan solo al verme comienza a saltar agitado, pues sabe que si estoy aquí quiere decir que lo llevaré a pasear.

—Venga, pórtate bien. —Se queda quieto al instante, voy por mi silla y con un ligero movimiento la pongo sobre su cuerpo. Con destreza empiezo a acomodarla, luego procedo a cerrar los broches y cuando estoy seguro de que está todo en orden lo tomo de las correas y comienzo a sacarlo de la cuadra.

Al pasar por la puerta de Dakota sin dejar ir a Tornado saco a nuestra acompañante, este al ver

que la potra sale de su espacio da unos pasos hacia atrás y relincha como un verdadero semental, la yegua sin inmutarse se acerca a él y le da unos golpecitos con la cabeza, y los dejo que se soben un rato.

—Vámonos, que Corina va a estar esperándonos. —No sé por qué razón lo explico en voz alta, así que meneando el rostro en una negativa llamo la atención de los animales estirando ligeramente las correas para a continuación girarlos hasta la entrada.

Mientras camino hacia la casa me asombro de sentirme tranquilo, esta va a ser la primera vez que tengo un acercamiento con otra persona que no sea algo laboral. No temo por su seguridad, sé que Corina sabe montar, es una excelente jinete, le enseñaron aquí en la hacienda hace muchos años atrás, eso me hace meditar sobre qué otras cosas básicas de la vida del campo no sabrá hacer, pero es que realmente nunca le pongo atención ni a ella ni a nadie.

Su llegada a la casa fue tan inesperada que solo cuando no está me siento tranquilo. No me gusta sentir que tengo que ser un ejemplo para ella. Eso me disgusta demasiado a tal punto de llegar a repugnarme su presencia y no tiene nada que ver con su persona y sí todo contra mí. Siempre he sido un desastre y está confirmado que solo traigo ruina y tristeza a la gente que me rodea, motivo por el cual ya no debe regresar.

Volteo por la esquina y Dakota solo al ver a Corina que está al pie de las escaleras viendo de un lado al otro, relincha de la felicidad. Tornado deprisa la acompaña y no me pasa por alto que la cara de la chica se trasforma de sorpresa inesperada a calma, dándole paso a una felicidad que provoca que se le instale una sonrisa plena en el rostro que trato de pasar por alto.

Siento un pinchazo extraño de nuevo al notar que ella pensaba que la dejaría plantada y saldría corriendo como lo hago siempre, así que me desconecto de ese hombre que la evade y solo me concentro en disfrutar de la tarde y llevar mi propósito adelante.

Llega a nuestro encuentro y le doy la mano para ayudarla a subir, se monta con agilidad y agarra con firmeza las correas de piel.

—Ten —le ofrezco mi gorra—, voy por mi sombrero y nos vamos.

Me voy caminando hacia la casa, noto que no lleva ninguna mochila con cosas que lleguemos a

necesitar.

Considero entrar por toallas, por algo de comida, pero lo descarto de inmediato. Sé que si entro a la cocina y me pongo a alistar lo que lleguemos a necesitar para nuestra tarde le daré más vuelta al asunto y cancelaré la actividad y por extraño y loco que parezca quiero que su última estancia sea especial, sean momentos amenos los que recuerde de estas tierras.

Así que al final solo me limito a agarrar mi sombrero del perchero y salgo deprisa.

Me subo a Tornado y partimos a toda velocidad en una carrera al lago, me percato de que se da cuenta a donde nos dirigimos pues sigue el camino con desenvoltura.

El aire azota en nuestros rostros, vamos avanzando a gran velocidad y me contengo, sorprendido al descubrirme queriendo sonreír cuando noto que apresura el trote y toma la delantera dejándome atrás, sacando su vena competitiva a relucir.

Baja del caballo de un salto y noto sin malicia que Corina se comienza a quitar la ropa, yo hago lo mismo, pero en vez de pararme a unos cuantos pies de ella solo amarro a Tornado y me saco las botas junto con los calcetines y me voy caminando hacia el lago.

Mientras avanzo levanto los brazos posicionando las manos en mi espalda alta y me la saco de un solo tirón para a continuación aventarla sin preocupación sobre el pasto.

Me detengo a unos pies de la orilla antes de poder saltar al agua, me desabrocho el cinto y rápido me bajo los pantalones para sumergirme deprisa. Me sambuto por completo y salgo a la superficie sintiéndome relajado.

Me limpio el rostro recordando cómo era de especial este sitio para mis hermanos y para mí. Me llegan a la cabeza las incontables veces que nos sumergíamos por horas en este lugar hasta que mi padre mandaba a alguien para avisarnos que requería de nuestra presencia.

He continuado viniendo cuando la tristeza me embarga y los recuerdos azotan con más fuerza, me siento recargándome sobre algún árbol martirizándome por lo que fue de nuestras vidas y por todo lo que destruí por mi inmadurez, sin embargo, esta es la primera vez que me meto a bañar tratando de crear no mejores memorias para mí ya que no me las merezco, pero sí para Corina que, aunque

no lo sabe aún, será su última vez en la hacienda.

—Venga, Florecilla, ¡salta! —De un grito la motivo sorprendiéndome ante mi propio entusiasmo dejando todo el peso y el remordimiento de mi vida a un lado, concentrándome solo en la jovencilla que me ve con ojos expresivos y alegres—. El agua está riquísima —declaro ansioso por seguir nadando.

Cuando camina hacia la orilla del lago la contemplo admirado de lo rápido que ha crecido, la observo con orgullo al sentir que quizás por primera vez en la vida he hecho algo correcto, algo que no me hace sentir repugnante como la mayoría del tiempo.



9

LISANDRO PRESCOTT

Cuando me encuentro en la habitación después de bañarme me dejo caer sobre la cama exhausto, no recordaba cuánto tiempo había pasado desde que disfruté una tarde divertida. Corina durante estas dos últimas semanas tiende a sacar ese espíritu jovial que a mis treinta y tres años pensé perdido.

La semana pasada terminó cansada pero feliz, por fin después de varias tardes ahora puede nadar como toda una profesional; me mira sonriente, estoy seguro de que está disfrutando de unas amenas vacaciones, precisamente acabamos de celebrarle esta tarde su cumpleaños que, aunque ya pasó, nos fuimos juntos al pueblo y trajimos una torta que comimos frente al televisor mientras veíamos una película en la que no pude evitarlo y solo al comenzar me quedé dormido.

Le comenté que le pagaría un viaje a donde ella quisiera cuando se graduara, para eso faltan tres años, sin embargo, me pidió que de regalo la dejara regresar en las vacaciones de verano y pasar los tres meses aquí, como si sospechara que estaba a punto de hablar con ella al respecto.

No estoy seguro si motivado por hacerla sentir especial para que se lleve bonitas memorias, he hecho pequeños cambios provisionales. Tengo que ser honesto y aceptar que es demasiado divertida, tiene mucha espontaneidad y se le ocurre cada cosa que me saca de mi temperamento juicioso y en el momento menos pensado me parto de risa ante sus ingeniosas maneras de proceder ante todo lo que hace trayendo vida a la casa.

Las mujeres poco a poco han parado de desfilar hacia mi despacho, pues las noches de películas o juegos de mesa se intensifican hasta altas horas de la madrugada, en las cuales al terminar me percato de la hora notando que solo me quedan unas cuantas para descansar y al día siguiente continuar con mi rutina de trabajo, la cual no es nada ligera al vivir en un rancho donde hay tantas cosas que revisar e inspeccionar.

Tengo varias empresas y cientos, sino es que miles de trabajadores, pero todos dependen de mí y nadie hace nada sin mi autorización, razón por la cual siempre necesito estar alerta y enfocado en mis negocios.

La bebida también ha quedado en segundo puesto y en lugar de pasarme encerrado toda la noche entre cuatro paredes, perdiéndome en alcohol recordando cosas que no puedo cambiar, nos hemos ido al pueblo, fuimos solo una vez al cine, pero inmediatamente me arrepentí, aunque Corina no se diera cuenta, me siento mal cuando la gente me observa de manera inquisidora preguntándose qué hago entre ellos, recordándome con sus gestos intrigados la escoria de persona que he sido durante todos estos años.

Quiero dejar claro que jamás por ninguna descabellada razón ni circunstancia me ha pasado verla de una manera lasciva, al contrario, se me hace un alma alocada, pero inocente y angelical como son las adolescentes de hoy en día, que se quieren comer el mundo de un solo bocado, creyéndose que lo saben todo cuando no tienen ni la mínima idea de lo que es la vida real, las decepciones, los sinsabores que esta trae con el paso de los años.

Suspiro pesadamente antes de dormirme esperando mañana levantarme temprano para, como lo tengo programado, llevar a Corina a Denver a visitar la universidad de la ciudad y así poder abordar ese tema que tengo pendiente.



10

CORINA MCKAY

Cuando entro a la cocina, Lisandro ya está tomando café de pie, se encuentra recargado contra la encimera con las piernas cruzadas. Una mujer con mandil se halla a su lado, le está diciendo algo al oído mientras se sostiene en él, pues una de sus manos le toca el pecho y la otra se encuentra en su hombro de manera sugerente.

En el momento en que Landro me escucha, levanta las cejas y nuestras miradas se cruzan por arriba de la taza, su manzana de adán se mueve al tragar, sin embargo, en sus ojos no encuentro nada más que aburrimiento con lo que sea que le susurra la mujer al oído, aunque esta se sonroja al ser descubierta secreteándole algo, supongo que le debe de estar comentando alguna guarrada pues su expresión sinvergüenza la delata.

No me pasa desapercibida que la descarada me repasa de arriba abajo como dándome a entender que no soy nada a su lado más que una desgarbada rubita sin chiste. Soy consciente de que tengo tan solo quince años, sin embargo, siempre me esmero en verme presentable.

Hoy me hice una coleta alta, me puse una playera sin mangas que tiene un estampado en el centro de unas botas junto a un sombrero, mis *jeans* que me llegan a la cadera baja ya que soy una tabla que por más que coma para ganar un poco de peso no me pasa factura y mis botas vaqueras. Bajo su atenta mirada me toco las pulseras de manera nerviosa pensando que me debo de ver demasiado juvenil con todos los accesorios que me he puesto.

—¿Estás lista? —Landro rompe el silencio incómodo con su voz ronca y profunda, y yo de inmediato parpadeo deprisa y antes de tener oportunidad de contestar agrega—: ¿Quieres desayunar antes de irnos?

—¿Podríamos pasar por algo en el camino? —propongo apurada, pues lo único que quiero en este instante es salir de la cocina. La intensidad de su escrutinio me incomoda y me hace sentir muy poca cosa en esta casa.

—Por supuesto. —Deja la taza en la barra y comienza a partir hacia donde me encuentro parada.

—Patrón… —La mujer lo detiene y este voltea a verla—. ¿Lo esperamos para la cena?

—No, llegaremos hasta tarde… —Es lo único que alcanzo a escuchar ya que me giro dejándolos solos, lo que menos quiero es ponerme al corriente de que se pongan de acuerdo para verse esta noche.

Sin permitir que me afecte lo que hagan y reconociendo que solo tengo quince míseros años, agarro mi morral y me voy a la camioneta a esperar a Lisandro mientras busco en mi celular con qué entretenerme.

Cuando me subo a la camioneta veo que las llaves están puestas, giro la que se encuentra insertada para poder prender la radio. En el momento en que Lisandro se sube para irnos en los altavoces se escucha la canción *H.O.L.Y* de Florida Georgia no decimos nada y partimos por el camino de grava hasta llegar al portón principal el cual abre con el control remoto para a continuación seguir por la carretera hasta que entramos en la interestatal.

Veo por la ventana y maldigo por no haber traído mis audífonos.

—¿Quieres que paremos por tu café? —Llama mi atención y al escucharlo deprisa se me forma una sonrisa en el rostro al percatarme de que se ha dado cuenta de que me encanta el café y que es como un ritual para mí tomarlo al despertarme. La tensión extraña se dispersa entre los dos y sin dejarme contestar hace una observación interesante—. Aunque todavía no puedo entender como una *chiquilla* como tú, puede tomar tanta cafeína desde tan temprano. ¿Qué, acaso te lo daban en el biberón cuando eras un bebé en pañales? —Su comentario me hace sonreír.

El viaje nos lleva casi tres horas, cuando llegamos a Denver decidimos ir a un Ihop[4] y mientras desayunamos me informa que de ahí iremos saliendo a dar un paseo por la universidad de Colorado.

—¿Entonces venías seguido? —pregunto después que le doy un trago a mi segundo café de la mañana.

—No como me hubiera gustado —contesta con la fluidez de las conversaciones que hemos comenzado a compartir estas últimas semanas—. Pero trataba de que mi padre me trajera a mí cuando tenía negocios en la ciudad en vez de a mis hermanos —rememora y sigue contando—: Desde que entramos en la ciudad y vi los altos rascacielos desde la ventana de la camioneta supe que

este era el lugar donde quería vivir. —Noto cómo al recordar aquello una sombra de melancolía pasa por sus ojos cafés para a continuación bajar su mirada y concentrarse en la comida que comienza a remover inconscientemente.

Medito si preguntarle más sobre su familia, pero me abstengo de cometer un error. Apenas hemos comenzado a familiarizarnos como para incomodarlo con preguntas inquisidoras que quizás no quiera contestar en este momento, por esta razón aligero la conversación retomando el tema y dirigiéndolo hacia mi persona.

—Fíjate que yo nunca me he sentido que pertenezco a esta ciudad —suelto de manera casual. Cuando levanta el rostro agradezco poder darme cuenta de que lo traigo de regreso hacia nuestra plática.

—¿Por qué lo dices? —Sin esperar respuesta agrega—: No creo que hayas tenido la oportunidad de visitar los alrededores para que puedas decir eso. Tienes que darte cuenta de que este es el lugar al que perteneces —termina, explicando con más seriedad.

—Bueno, pues te recuerdo que el colegio nos ha llevado a varios recorridos por la ciudad y he tenido oportunidad de conocer un poco con Heidi y su familia. —Un tic casi imperceptible se le forma a Landro en la mandíbula. Ese que aparece cuando está inconforme con lo que escucha, no obstante, no me detiene y me sigo explicando—. Quizás, así como tú te sentiste deslumbrado cuando viste la ciudad es como me siento cada vez que regreso a la hacienda. —Una tremenda y ronca carcajada sale de su pecho, el gesto no solo me sorprende a mí sino también a los que se encuentran a nuestro alrededor y hace que la mayoría volteen a vernos motivados por su gesto relajado.

—Por favor, Florecilla, no hay punto de comparación. —Me observa sin creer ni una sola palabra de lo que he dicho, sin embargo, no puedo pasar desapercibido el hecho de que su atención está puesta solo en mí y, aunque sé que es algo que él no puede percibir, la sensación que me provoca su gesto se impregna en mi cuerpo como el calor del verano.

No lo confronto, pues no es el momento, todavía me faltan tres años para terminar la preparatoria, pero no necesito ser muy inteligente para darme cuenta de que me ha traído hasta aquí para mostrarme la hermosura de Colorado y considere el decidir quedarme en la ciudad en vez de regresar, no obstante, algo que no termino de entender es su terquedad por mantenerme aquí en un

lugar en donde no tengo a nadie, en el que siempre me he sentido sola.

Quizás de igual manera no tengo a nadie en la hacienda, sin embargo, allá hay tanto qué hacer, tantas cosas en que entretenerme, que para mí esa vida siempre ha sido una novedad.

Cuando terminamos pide nuestra cuenta y sonrío cuando veo que, como todo un ranchero anticuado, saca su cartera y deja unos billetes en la mesa.

—¿De qué te ríes? —Al preguntar se le forma una arruga en su frente, prosigue y se levanta para retirar mi silla y me ayuda a levantarme.

—¿Qué tienes en contra de las tarjetas de crédito? —cuestiono mientras caminamos hacia la entrada, repaso a la gente y noto cómo muchas mujeres se acomodan en sus asientos y recorren con lascivia al enorme vaquero que va mi lado.

«No, zorras, no es mi papá», pienso rabiosa como si tuviera una oportunidad con el hombre que camina junto a mí que me lleva casi diecinueve años. Suspiro, acongojada cambiando drásticamente de estado de ánimo.

—Ninguno, pero siempre hay que tener suficiente efectivo en la cartera. —Su respuesta me distrae y contengo una sonrisa, sin embargo, no agrego nada más, limitándonos a partir en silencio hacia el estacionamiento.

Al llegar a la camioneta abro sin problemas y me subo resuelta, Lisandro tiene la costumbre de no echar llave a su viejo cacharro así que esto me facilita subirme y acomodarme seguido por él.

—Venga, todo tuyo —señala de inmediato al dar marcha y ver cómo observo el estéreo con ganas de cambiarle de estación mientras nos dirigimos hacia la universidad.

Sin que me lo diga dos veces comienzo a pasar de canción en canción hasta que me llama la atención la voz inconfundible de Kane Brown, cantando *Heaven* una preciosa melodía que cualquier chica amaría que se le dedicaran por tan hermosas letras.

En silencio escuchamos música hasta que comenzamos a entrar en la zona universitaria, ya he

estado aquí, él lo sabe, sin embargo, como si hubiera memorizado un profundo discurso, lo dejo expresarse después de soltar el aire contenido.

—Mira, cuando te gradúes de la preparatoria te puedes quedar en la universidad o si prefieres podemos rentar un lugar cerca para que te facilite moverte en la ciudad —explica con entusiasmo mientras busca un estacionamiento en la zona de visitantes.

Me callo mi deseo de explicarle que al graduarme quiero regresar a casa y ayudarle con sus negocios. Es un hecho que no pienso dejar de estudiar, pero sé que ahora lo puedo hacer a distancia tomando clases en línea.

En estos tiempos todo es más fácil para concluir cualquier licenciatura, sin embargo, no es el momento de hacernos pasar un mal rato, menos cuando todavía me quedan tres largos años en los que tengo pensado concentrarme en la escuela tomando a la vez clases de universidad abriéndome a la posibilidad de quedarme en la ciudad durante los veranos como estoy segura que él quiere, y tratar de familiarizarme con Denver sin cerrarme a la posibilidad de intentar algo diferente con mi vida.

—Claro, en tres años muchas cosas pueden pasar —confieso al fin abriéndome a las opciones que me explica

—¿A qué te refieres? —Se gira y se me queda viendo cuando apaga el motor.

—Que las vacaciones están por terminar, voy a regresar al colegio y falta un tiempo para graduarme. Quizás en ese trascurso me decida por algo más, algo que ni siquiera pueda estudiar aquí en Denver. —Veo que parpadea demasiado, noto que mi respuesta lo ha tomado por sorpresa.

—Yo solo quiero que hagas lo que desees, que te abras al mundo de aquí afuera. Que no te niegues la oportunidad de conocer todo esto. —Mientras explica levanta la mano para con un dedo señalar lo que tenemos a nuestro alrededor.

—Lo haré, Landro —prometo. Satisfecho con la respuesta me anima a bajar.

Hacemos el recorrido por toda la zona y al pedirle información a un grupo de chicos se ofrecen a acompañarnos y nos hablan un poco de la universidad y de los edificios principales de la escuela.

Cuando el sol comienza a bajar paramos por unas hamburguesas que nos comemos en el camino y al llegar a la hacienda me despido de él en la entrada de la casa grande.

Me voy directo a mi habitación y cuando por fin caigo rendida en mi cama miro el techo de forma pensativa pues las dudas me asaltan sin saber qué hacer y, aunque no poseo muchas opciones en este momento, más que regresar al colegio y seguir estudiando.

«El tiempo lo dirá todo, como dice Lisandro, esas son mis únicas obligaciones».

Pienso en todo lo vivido y en cómo sigo creyendo que he llegado a su vida por una razón. Estoy segura de que el destino nos cruzó para compenetrarnos mutuamente, aunque no sea de una manera sentimental sino creando lazos que son difíciles de describir.

A su lado siempre me he sentido protegida y ahora más que nunca sé que es verdad pues su dedicación de estas semanas lo ha hecho evidente. Sé que en todo momento puedo contar con su apoyo y es verdad que soy muy joven, que soy una adolescente que tiene una vida que recorrer, no obstante, no puedo sacarme de la cabeza que en el pueblo hay infinidad de mujeres que se han casado con hombres mayores y enamoradas a una muy temprana edad, que existe una oportunidad para mí en su vida.

Quizás no sea el momento, pero no descarto ni mato la ilusión que tengo arraigada en el pecho que me dice que Lisandro un día me podrá ver con otros ojos, pese a que en este momento no le pase ni como una locura por la cabeza verme más que como una *chiquilla* revoltosa.

Lisandro no es viejo, es muy guapo, inteligente, y dentro de esos arranques de histeria que de vez en cuando lo consumen, vive un hombre diferente como este que he conocido en estos últimos días, este que poco a poco se ha abierto a mí, que ha compartido pequeños matices de lo que creo fue algún día y eso me llena de alegría.

Más enfocada que nunca me doy a la tarea de traerlo de vuelta, de hacerlo un día solo mío, de convertirlo en mi hombre, de trasformar estas tierras en mi hogar permanente.

Me digo en silencio que solo es cuestión de esperar y cuando menos lo imagine estaré de regreso para por fin concentrarme en mi propósito.



De ese día en adelante al regresar a clases me doy cuenta lo distinta que soy a mis compañeras de instituto, pues, aunque tenemos la misma edad, ellas se enfocan en buscar una oportunidad para salir a escondidillas del colegio y quedar con algún chico, o se la pasan pegadas al teléfono y a las redes sociales flirteando en busca de nuevas experiencias que las haga sentirse mayores.

No voy a decir que soy una blanca palomita pues con Heidi a mi lado caigo constantemente en sus redes y por esta razón he tenido la oportunidad de salir con chicos una que otra vez. Confieso que me la he pasado muy bien, pero nunca he querido profundizar en esos temas románticos ya que estoy enfocada en mi futuro y en lo que quiero hacer con mi vida.

Me he concentrado mucho más en los estudios, en tener buenas calificaciones, en prepararme para terminar la preparatoria con una licenciatura en negocios.

Estoy adelantando clases para terminar mis estudios lo más pronto posible y regresar a casa y ayudar en la finca como siempre ha sido mi deseo.

Planeo ayudar con todos esos pendientes de los que personalmente se encarga Lisandro, ahora más que nunca, pues cuando estaban por llegar las vacaciones de verano se me informó que me quedaría en el colegio, deprisa le llamé y me comunicó que no se encontraba en la hacienda y que por negocios había tenido que hacer un viaje inesperado.

No obstante, la familia de mi mejor amiga me recibió en su casa, cosa que ha sucedido los pasados tres últimos años, por una cosa u otra no he vuelto a la que siempre he pensado como mi casa, pero en vez de ponerme triste he concentrado todo mi enfoque en mis estudios y he arrastrado a Heidi conmigo. Nos hemos apuntado en las clases de verano con la intención de adelantar asignaturas y ahora nos estaremos graduando con honores.

No tengo la menor idea de lo que esté sucediendo en la hacienda ni lo que encontraré al llegar después de graduarme, pues tengo mucho que no mantengo comunicación con él.

Lisandro es el hombre más berrinchudo que he conocido en la vida y supongo que debe de estar consumido y exhausto sumergido en sus tantas tareas tanto financieras como laborales.

Sé que cuenta con mucha gente de confianza encargada de las diferentes ocupaciones que se llevan a cabo no solo en esa hacienda monumental como la de su propiedad, sino también en las huertas, en las fábricas, granjas y todo ese imperio que posee, pero como siempre lo he escuchado que dice *cuando uno quiere que algo prospere tiene que estar uno mismo implicado* y eso quizás es lo que lo tiene sumergido en su único propósito de vida, el trabajo.

Odia delegar y es por eso que siempre planeé que al graduarme regresaría para ayudarle a tener una vida más pacífica con mi ayuda y con los conocimientos adquiridos durante todos estos años gracias a él.



CORINA MCKAY

ACTUALIDAD

Al salir de la habitación de Lisandro, me voy directo a mi cuarto despotricando entre dientes, enfadada conmigo misma, sintiéndome como una tonta al pensar que podía tener una oportunidad con él ahora que había crecido un poco más.

Es una realidad el hecho de que no puedo seguir viviendo aquí bajo su mismo techo, soy consciente de que no tengo a dónde ir, pero no permaneceré en estas cuatro paredes por más tiempo, prefiero mil veces vivir bajo un árbol a quedarme en esta maldita hacienda. Sé que estoy siendo dramática e infantil, pero es así como me siento, frustrada, enojada, dolida, avergonzada y muy triste.

«Quizás tiene razón, qué diablos sé yo de amor», pienso en silencio mientras dejo salir el aire de manera frustrada y me digo que solo necesito salir de aquí y buscar otro lugar, donde no tenga que estar a la merced de alguien que me detesta, que siempre me ha visto como una intrusa que entró a la fuerza en su vida para complicarle la existencia.

Cuando abro la cortina y miro por la ventana el corazón se me sube hasta la garganta, es ya casi la medianoche y sé que allá afuera hay coyotes rabiosos y un montón de víboras venenosas, sin embargo, sé que nada me detendrá, pues ya he tomado una decisión.

«No pasaré una noche más aquí, prefiero mil veces morir tirada para que ahora sí, su conciencia lo mate». Cuando me pasa esta locura por la cabeza me retracto de inmediato, es evidente que no quiero que algo así recaiga sobre Lisandro, pues está claro que lo único que me hace despotricar de este modo contra él es reconocer la vergüenza que me ha causado el exponerme de esta manera.

Mi corazón palpita deprisa, lo quiero, sé que es así y, aunque no pueda seguir viviendo aquí no le deseo ningún mal. Todo se lo debo, pero es momento de recorrer mi camino y dejarlo con sus propios fantasmas.

Es un hombre que sigue castigándose por haber matado a su hermano, por supuesto que él nunca

me lo ha contado, pero en el pueblo se dice que esa es la razón por la que el menor de los hijos de Reynold Prescott vive alejado del pueblo, pues carga con la culpa de la muerte de su inseparable hermano y cómplice Franky.

Se relata que eran inseparables y que, donde estaba uno, encentraban al otro. Esa noche los dos chicos se hallaban castigados, pero Lisandro convenció a Frank para escabullirse y tomar la camioneta de su padre sin permiso, sin esperar que un borracho horas después se estamparía contra ellos cuando regresaban a hurtadillas con los faros apagados.

Vuelvo a considerar el plan, sería muy fácil que alguien me arrollara mientras me dirijo al pueblo, así que agarro una lámpara y tomo la decisión de no caminar cerca del camino de tierra, sé que es un tramo largo por recorrer, pero soy joven y, la impotencia y la rabia que siento que me recorre por todo el cuerpo me motiva a salir a paso decidido sin meditarlo demasiado.

Antes de partir agarro mi mochila, me limito a meter únicamente un cambio de ropa. Nada de lo que está en esta casa es mío, así que supongo que lo más lógico va a ser irme directo a la iglesia del pueblo para pedir asilo mientras consigo un empleo, ya que no pienso largarme de Yuma. Quizás no nací en este lugar, pero el destino me traj**o** a estas tierras y aquí me quedaré

Armada de valor salgo con cuidado, paso por enfrente de la habitación de Lisandro y, sin poder contenerme las lágrimas comienzan a brotar empapándome las mejillas, no obstante, continúo sin perder más el tiempo y temiendo flaquear en cualquier momento al llevar a cabo esta descabellada decisión. Bajo las escaleras y me encamino directo a la gran puerta de madera que abro con facilidad agradeciendo en silencio que, aunque la casa tiene alarma, rara vez la activan.

Soy consciente de que los perros deben estar sueltos, pero, aunque me llegara a topar con alguno de ellos sé que no me atacarían, ya que a esos animales los conozco de toda la vida, sin embargo, reconozco que no son el único impedimento para salir de aquí sin alertar a los demás, pues los que me podrían descubrir serían los vigilantes, no obstante, estoy al tanto de las horas específicas en las que hacen los recorridos para registrar todo el perímetro del rancho y eso me dará ventaja de escabullirme sin problemas.

Cuando me doy cuenta, ya he pasado por los primeros sembradíos de la hacienda Prescott, camino bajo la todavía desolada luz de la luna, saco mi iPod cansada de sentirme descorazonada y busco entre la lista algo con qué entretenerme al ser consciente de que he salido de la zona donde

me podrían ver con más facilidad. La canción *Girl* de Maren Morris siempre me sube el ánimo, así que cuando la veo entre las opciones le doy *play*.

Cuando siento que el aire me falta y que estoy completamente agotada, miro mi celular para comprobar que son pasadas las cuatro de la mañana, eso quiere decir que llevo más de cinco horas caminando. Tengo que apresurar el paso, ya que podría toparme con los camiones que se dirigen todas las mañanas a la hacienda para trasportar el ganado a las ciudades vecinas, sin embargo, no puedo más, así que rendida me siento para descansar por un ratito los pies.

Me recuesto en el pasto y en el momento que estiro los brazos hacia arriba, antes de poder concentrarme en el hermoso cielo estrellado percibo un movimiento ágil y mientras trato de comprender qué es lo que está sucediendo, me toma desprevenida y siento una mordedura fuerte en el dorso de la mano.

No necesito ser adivina para darme cuenta de que algo me ha atacado y, en el campo esto puede ser catastrófico. De inmediato comienzo a asustarme y a perder los estribos. El dolor se empieza a intensificar, es insoportable y al tratar de mirar el área con la luz del celular pienso lo peor, en unos cuantos segundos con rapidez la mano se me comienza a hinchar haciendo que mi mente vuele y vea en mi cabeza horrorosos escenarios que pueden estar a punto de pasarme sola en medio del campo.

El cansancio que tengo por haber caminado por tantas horas me derrumba y comienzo a llorar envuelta en pánico sin saber qué hacer, agarro el celular y llamo consternada a la única persona que me pasa por la cabeza, la única a la que le debo lo que soy, con la que no puedo dejar que las cosas se queden como están en estos momentos.

La llamada da el primer timbre, pero nadie contesta, dos, tres y nada, me quedo apretando el teléfono con fuerza hasta que escucho:

—Estás llamando al teléfono de Lisandro Prescott, ya sabes qué hacer después del tono.

No puedo desaprovechar los últimos minutos que quizás puedo tener antes de perder el conocimiento, quizás la víbora que me mordió es venenosa y es la razón por la que siento que en cualquier momento pueda desfallecer sobre la hierba.

Mi pecho sube y baja entrando en pánico. Sí, suena dramático, pero no puedo pensar con claridad,

la mano me palpita y me hormiguea, siento cada vez cómo se intensifica el dolor y un intenso calor abrasador está comenzando a adormecerme los sentidos, tengo que decirle lo que siento antes que pierda el conocimiento.

—Hola, Landro, me estoy muriendo... —Me río de lo dramático que ha sonado el comentario, y al mismo tiempo de lo irónico de la situación. Estoy sentada con la cabeza metida entre mis piernas; mientras todo me comienza a dar vueltas, me encuentro tratando de procesar lo que me acaba de suceder—. No puedes imaginar lo estúpida que me siento en este preciso momento, me fugué de la casa con la intención de hacerte sufrir, para que reaccionaras, para que me extrañaras. Quería que vieras que me puedo valer por mí misma y mírame, no puedo caminar ni cinco horas, porque algo ponzoñoso me ha mordido.

Mi cuerpo comienza a reaccionar ante el cansancio de la exhausta caminata, la deshidratación, el calor infernal que me invade todo el cuerpo y la mordedura de víbora, que me ha empezado a desfigurar la mano.

Siento cómo mi cuerpo está empapado de sudor, tomo aire y la cabeza me comienza a martillar. Con mucho cuidado me vuelvo a recostar en el pasto y en el instante en que mi cuerpo siente la hierba sobre mi espalda, pienso que si por alguna razón algo me volviera a morder confirmaría que he nacido con pésima suerte.

Por un momento me olvido de la situación, pero me azota la verdad y el miedo se apodera de mi mente.

—¡Oh, Dios mío! Tengo muchísimo miedo de morir, Lisandro... ¡Aquí sola! De irme de este mundo y no haberte ayudado a ser feliz, de dejar de existir y que nadie me recuerde, de no haberte dado las gracias por todo lo que hiciste por mí... —Comienzo a sollozar desolada—. No me quiero morir… —me sorbo la nariz—, p-pero… —balbuceo— no quiero partir sin que sepas que de verdad te amo… ¿Me escuchas, Lisandro Prescott? ¡Alguien te ama! Me lo dice mi corazón, yo sé que no me crees, sin embargo, cada vez que te miro, siento que un enjambre de abejas zumba en mi interior. Cuando estoy lejos, solo quiero ser la mejor para que te sientas orgulloso de mí. Te conozco tan bien que sé que cuando escuches este mensaje, querrás regañarme y dirás que estoy confundida, que solo te veo como un padre, pero, Landro, estoy muy segura de que nadie que considere a un hombre su padre podría fantasear, ni desear todo lo que yo ansío simplemente con verte. —Respiro hondo y continúo—: Te amo, Landro, y por eso te ruego que por favor ya no te castigues más,

¡venga, hazlo por mí! Escucha bien lo que te voy a decir. —Me obligo a abrir bien los ojos y contemplando el cielo estrellado, pienso en la manera tan trágica y a la vez tan hermosa de tener la oportunidad de morir, recostada en estas tierras que siempre las he sentido como mías, viendo esta decoración exquisita de estrellas que danzan y brillan para mi deleite personal.

»Te aseguro, Lisandro Prescott, que cuando me rescataste, Dios perdonó todos esos pecados por los cuales te aferras a castigarte. Nunca olvides que te llevo en el corazón, mi gruñón favorito, y que te amaré por toda la eternidad, me encuentre donde me encuentre. —Mis ojos se cierran encontrando paz.

La oscuridad me envuelve y dejo que me invada la tranquilidad que me rodea con sonidos exquisitos de los grillos cantando y el aire fresco rozando mis mejillas.



12

LISANDRO PRESCOTT

Salgo inmediatamente del baño al escuchar que se ha ido de mi habitación, huyo deprisa de mi propio hogar sintiéndome como si me estuvieran asfixiando y cuando por fin reacciono me encuentro en el lago.

Después de pensar y recordar tantas cosas que pasé durante todos estos años y sin llegar a ninguna conclusión que me pueda aligerar la mente, decido regresar a casa para a primera hora de la mañana enfrentar las acciones que debí tomar antes de que pasara todo esto. Necesito sobrellevar los nuevos acontecimientos que me tienen la cabeza hecha un lío y a la vez decirle a Corina que todo ha sido un error el cual eliminaremos de nuestras vidas.

Cuando llego a la habitación me meto de nuevo bajo el agua, continúo confundido, sigo sintiéndome un enfermo al volver a memorizar lo excitado que estuve mientras ella estaba sobre mi cuerpo cuando no tenía la menor idea de que era Corina quien se encontraba en mi cama.

Después me azota la confusión al recordar el momento exacto cuando miré su cabello rubio, todavía me estremezco al sentir tan vívido el recuerdo de cómo le ensarté mi miembro con demasiada hambre por sumergirme en su interior y al final la sensación que me causó contemplar su rostro que me heló la sangre en el instante en que me di cuenta quién era. Demasiados sentimientos son los que siento a la misma vez, los cuales me tienen al borde del abismo.

«Esto es lo último que te faltaba, Prescott, eres un maldito enfermo». Me repudio al ver que mi miembro cobra vida al volver a excitarme recordando lo vivido horas atrás.

Cuando camino rumbo a la cama y veo las sábanas revueltas de nuevo, vuelvo a experimentar ese cosquilleo que me baja por la espalda y las imágenes vívidas se instalan en mi cabeza memorizando esas sensaciones que temo que no se me van a poder borrar jamás de mi memoria. Respiro profundo tratando de tomar el control, me echo sobre el colchón y reconociendo que me será imposible dormirme, me quedo mirando el techo esperando que todo esto sea solo un mal sueño como muchos acontecimientos lamentables que he pasado durante mi existencia, sin embargo, este es demasiado reciente, tanto que todavía lo siento torturándome con el calor de su roce sobre mi piel.

Estoy perdido en mis pensamientos, en la contrariedad de las cosas, necesito tomar una decisión, estoy seguro de que, lo que se me acaba de ocurrir quizás no le guste ni un poquito, pero me encuentro esperanzado de que cuando le diga las buenas nuevas de lo que he decidido, lo tomará de buena manera.

«¿Quién no estaría dispuesto a irse unos cuantos años al otro lado del mundo a expandir sus conocimientos? Internarla en un colegio en Alemania sería un enriquecimiento didáctico que nadie podría rechazar».

Vagamente escucho el sonido de mi celular, ese timbre de una sola nota que avisa que alguien me ha dejado un mensaje de voz, ya que siempre que llego a casa silencio el teléfono, aunque las alertas de los mensajes entrantes constantemente los mantengo con volumen, pues creo que quien realmente me necesite si no llego a contestar dejará algún recado explicando sus necesidades.

En eso recuerdo que dejé el celular en el baño desde que me metí a bañar, así que de un brinco salto de la cama para ir en su búsqueda. Cuando compruebo veo que tengo una llamada perdida de Corina, lo primero que me pregunto es por qué diablos me ha llamado a esta hora, si se supone se encuentra durmiendo al terminar el pasillo.

Con un mal presentimiento le doy al botón de reproducción y al escuchar su voz desesperada y llena de pánico, se me congela la sangre. Con el teléfono descansando en el hueco entre mi cabeza y mi hombro sostengo el aparato y me voy en busca de mi ropa que encuentro regada en el piso, deprisa tomo los pantalones y me los meto de un salto, me abrocho el botón dejándome el cinto sin abrochar. Mi mirada recorre la zona hasta que doy con mis botas y me las calzo sin ponerme los calcetines.

Cuando termina el mensaje de voz le vuelvo a reproducir mientras salgo sin perder el tiempo, sigo escuchando la voz desesperada de mi pequeña florecilla revoltosa, mi corazón retumba en mi pecho y el miedo de llegar tarde a socorrerla hace que pierda los estribos.

Despavorido agarro las llaves que se encuentran en la mesita de la entrada, me subo a la camioneta y al terminar de escuchar la desgarradora nota lo pongo en altavoz e intento regresar la llamada, pero nadie contesta.

Levantando tierra me adentro en el camino, veloz tomo el control remoto y abriendo el portón

paso la entrada sin avisarle a nadie. Con los faros alumbro todo el sendero manejando deprisa, recordando que Corina dijo que había caminado por más de cinco horas, eso quiere decir que está a mitad de camino, no puedo creer que con estas altas temperaturas se atreviese a salir del rancho a mitad de la noche, no la puedo perder, no lo aceptaría, no podría pasar de nuevo por ese calvario de culpa.

Jamás imaginé volver a rezar, pero cuando me doy cuenta de lo que hago, plegarias salen de mi boca en automático y eso me hace recordar aquel día en que perdí entre mis brazos a mi otra mitad, a mi hermano amado, Franky.

Aquella noche todo fue diferente y nadie escuchó mis súplicas, era consciente de que tomé malas decisiones al sonsacar a mi hermano y por esa razón lo sigo pagando, pero con Corina solo estaba tratando de hacer lo correcto.

No quería herir sus sentimientos, soy un hombre mayor, ¿qué puede ver una jovencita que tiene una vida por delante, en alguien que no posee nada para ofrecerle?

Casi llegando a mitad de camino, y calculando la distancia que conozco muy bien empiezo a aminorar la velocidad y empiezo a observar con más detenimiento por las orillas de la carretera, no puedo perder el tiempo, me coloco el celular en el oído y llamo al 911 mientras sigo escaneando la zona, la operadora rápido toma mis datos e informo del accidente y de inmediato me deja saber que ya se encuentra una patrulla junto con una ambulancia en camino.

Empezando a considerar en bajarme y comenzar hacer la búsqueda a pie, me llama la atención una luz que se refleja en el suelo e inconscientemente apago completamente los faros para ver su procedencia y por un momento me congelo al recordar lo que pasó aquella noche junto a Franky.

Mi hermano me aconsejó de regreso a casa apagar las luces de los faros de la camioneta, pues mi padre algunas veces solía salir a fumar y si nos veía por el sendero, se enteraría de que habíamos salido sin su permiso. No manejamos mucho por la misma carretera por la que me encuentro hoy, cuando una camioneta que cruzaba por el sentido contrario a toda velocidad inesperadamente se impactó directo en el lado de mi hermano, sin darme ninguna oportunidad de reaccionar para atajar el golpe. Horas después nos informaron que Franky murió en el acto.

Sin saber de dónde, saco fuerzas para mantener el control y alejar esos fantasmas del pasado, de

manera valiente lucho contra mis miedos. No me lleva mucho detectar una linterna en la grava y de inmediato prendo los faros de nuevo y activo las intermitentes para después salir apresurado de la camioneta. Comienzo a correr, doy primero con la lámpara, la recojo y dando unos cuantos pasos más, llego hasta detectar un cuerpo desmayado que yace sobre el césped.

Tomo su mano para tratar de encontrar su pulso, pero noto cómo me tiemblan los dedos de manera inestable, trato de comprender conmigo mismo qué es lo que me sucede, ya que siento que en cualquier momento podría experimentar un trastorno de pánico.

Una repentina aprensión me acecha en el pecho, estoy a punto de perder el control, cierro mis ojos para tratar de calmarme y empiezo a llenar mis pulmones de aire de manera profunda y pausada pensando que es la solución. Inesperadamente, antes de volver a posar mis ojos en Corina veo a Franky con un hilillo de sangre saliendo de su boca y los recuerdos me acechan como si lo estuviera viviendo de nuevo; la impotencia, el miedo, la desesperación vuelve a invadirme, congelándome, dejándome pasmado sin saber cómo reaccionar.

La imagen se trasforma, aprieto los ojos al mirar cómo expulsa sangre por la boca, cómo no puede decir palabra, se le estanca la voz en la garganta haciendo un ruido espantoso que me eriza la piel, sus ojos están llenos de terror y pánico, me observan desesperados tratando de comunicarme lo que me niego a aceptar, impotente lloro frente a él sabiendo que todo esto ha sido mi culpa.

—Señor, por favor, nosotros nos encargamos. —La voz de una mujer me trae al presente, la misma persona me ayuda a levantarme, y al dar un paso hacia atrás me mareo como un borracho sin consciencia.

Me percato de que en mi estado no escuché el sonido de la ambulancia al llegar, empiezo a ver para todos lados, desenfocado, me lastiman las luces de la patrulla del *sheriff* que acaba de estacionarse a unos cuantos metros de la escena. Todo me da vuelta y cuando estoy a punto de perder la razón, siento que un brazo me detiene antes de caer.

—Woouuhhh ¿Se encuentra bien? —Parpadeo varias veces, pero no encuentro mi voz para responder—. Venga conmigo, mis compañeros se encargarán de la chica. —Me encamina sobre el sembradío y parte conmigo hacia atrás de la ambulancia, pero reaccionando y tomando a la joven por sorpresa me safo con brusquedad de su agarre.

—Estoy bien, estoy bien. —Levanto las manos, todavía contrariado, tratando de estabilizar mi cuerpo—. Encárguense de la chica —demando encontrando mi voz.

—No se preocupe, están a punto de subirla a la ambulancia. Solo quiero asegurarme de que usted se encuentre bien —explica la muchacha con voz cautelosa, como si le estuviera hablando a un chucho rabioso.

—Me encuentro bien… —Estoy declarando cuando soy interrumpido.

—Lisandro Prescott, qué sorpresa… —Me giro para ver al comisario del pueblo, quien empieza a inspeccionar la zona con su mirada.

Todavía después de un buen rato me es imposible poder alejarme hacia donde sea que se la hayan llevado, pues Hanson me impide marcharme hasta tomar mi declaración.

—Entonces me estás diciendo que… —Vuelve a revisar el reporte el cual le he relatado más de cuatro veces.

No quiero dar demasiada información temiendo que pueda perjudicar de alguna manera a Corina. Solo me limito a decir que esta salió de casa, que tuvo un accidente y que me limité a venir a su rescate al recibir una llamada en la que pedía de mi ayuda.

—Dean, ya he dado mi declaración, si quieres que pase mañana por la comisaría ahí estaré a primera hora —respondo de manera frustrada, cansado de que me trate como si no me conociera y hubiera olvidado que jugaba con mis hermanos y conmigo cuando éramos pequeños—. Necesito ir a comprobar cómo se encuentra Corina. —Sin esperar respuesta me doy media vuelta y me subo a la camioneta.



13

LISANDRO PRESCOTT

En el momento en que por fin llego pido hablar con el doctor que se encuentra en guardia esta madrugada. El doctor Peña es muy joven para mi gusto, el cual supongo está haciendo las prácticas en la región, me informa que Corina se encuentra estable. En efecto, recibió una mordedura de víbora, pero por fortuna, no era un caso alarmante.

Al confirmar el percance de inmediato se le aplicó un suero antiviperino, se le suministraron analgésicos, antinflamatorios y antibióticos para prevenir alguna infección que el accidente podría acarrear, sin embargo, al preguntar si se podía ir a casa me informó que debía permanecer hospitalizada por un par de días, para vigilar el edema en la mano.

Camino de un lado a otro en la pequeña salita de la clínica del pueblo, pues, aunque me han confirmado un montón de veces que todo está bien, me siento impotente y desesperado al solo estar sentado en una silla.

Llamo a la hacienda para informarles que no estaré por ahí, no obstante, no comento nada sobre Corina, lo más probable es que ni se han enterado de que la chica no se encuentra en su habitación. Después, hago lo mismo con los encargados de mis empresas, y por último pongo a mi secretaria a cancelar todos los pendientes del día y a despejar mi agenda por el resto de la semana.

—Deja de preocuparte, muchacho, vamos a tomarnos un café. La muchacha se pondrá bien —asegura una voz firme a mi espalda, la cual a pesar del paso de los años sería imposible de olvidar.

Al levantar la cabeza veo a mi padre, quien luce un rostro más viejo y cansado del que recordaba. Han pasado dieciocho años desde que me alejé de todos ellos y es difícil expresar lo que siento en estos momentos.

Mi padre, en aquellos años como se acostumbraba a la gente de rancho, nos heredó en vida a mis hermanos y a mí, así que, cuando me sentí una escoria de hijo me largué a las tierras que mi progenitor siempre dijo que serían mías.

Durante todo este tiempo me concentré en trabajarlas y hacerlas crecer y, al estar únicamente

enfocado en los negocios y reprimiendo mi dolor, el odio y la culpa que me embargaba, en muy poco tiempo me convertí en uno de los hombres más pudientes de la región llegando a tener un ganado de primera, granjas de lechones, caballos pura sangre, huertos y cosechas con una riqueza insólita.

En todo ese tiempo jamás vi a mi padre o hermanos, mis trabajadores sabían que cuando alguien de mi familia preguntaba por mí, solo tenían que contestar con un frío "no se encuentra". Así pudiesen pasar toda la tarde sentados en mi sala esperando por mi llegada o como en una ocasión, en la que mi padre amenazó con quedarse hasta que apareciera y por más de siete días no regresé a casa, hasta que me avisaron que el viejo derrotado había salido de mis tierras por fin dándose por vencido.

Aquella noche no solo perdí a mi hermano, también perdí a toda mi familia, pues no podía verlos a los ojos sin recordar que por mi culpa Franky murió.

—Vamos, hijo. —Me motiva de nuevo al ver que sigo parado a mitad del pasillo sorprendido ante su presencia inesperada.

No me da tiempo a contestar, me rodea los hombros y me saca de la clínica aprovechando que sigo consternado. Caminamos por la acera en silencio hasta llegar a una pequeña fonda, donde mi padre se encarga de pedir dos cafés con dos desayunos americanos y, mientras esperamos la comida, rompe el hielo.

—Lisandro, creo que esta es la primera vez que hago el recorrido hasta aquí en tan poco tiempo. —Sus manos yacen sobre la mesa y a continuación entrelaza sus dedos de manera nerviosa—. Cuando me avisaron que te vieron entrando en la clínica, por un momento pensé lo peor —expresa sin perder el tiempo. Al escucharlo no comprendo entonces cómo llegó sabiendo que mi pupila es quien se encuentra internada sino se lo he contado a nadie. Creo que nota mi confusión pues explica —: De inmediato le marqué a Dean para saber si sabía algo al respecto y me comentó que fue la jovencita que vive contigo la que tuvo un accidente. —Eso de inmediato lo deja todo claro.

—Ella no vive conmigo. —Me apresuro a hacer la aclaración, arisco.

Cuando levanto los ojos y veo a mi padre noto que tiene mucho que decir, pero no sabe ni cómo proceder conmigo, ahora que me ha encontrado hecho todo un hombre adulto y a la vez tan desconocido para él, literal se encuentra frente a un extraño, bajo la mirada de nuevo sintiéndome

avergonzado ante su escrutinio.

Muchos años atrás podía leerme con naturalidad. En cambio, ahora al igual que yo nos encontramos sin palabras y el silencio incómodo que se instala entre los dos me hace sentir como aquel chico de dieciocho que jamás pudo volver a mirarlo a la cara.

—Hijo, escúchame, ¡mírame! —me ordena, pero inerte como me encuentro simplemente me limito a verme sentado las manos como un cascarón sin vida—. No importa —agrega y sus palabras llaman mi atención, no obstante, me rehúso a levantar mi mirada insignificante para ver al hombre al que le he causado tanto sufrimiento.

»Solo quiero que me escuches, me has hecho sufrir... ¡Mucho!, ¡muchísimo, Lisandro! Y no, antes de que esa cabeza testaruda tuya comience a trabajar y hacerse ideas equivocadas, esto no tiene nada que ver con Franky. —Toma aire. apesadumbrado, supongo que agradece que sea tan temprano, pues así nadie se encuentra todavía en el pequeño restaurante, lo cual nos brinda algo de privacidad antes de echarme la bronca por todo lo que he causado, sin embargo, me sorprende diciendo—. Dios decidió llevarse a tu hermano, como lo hizo con tu madre, y lo acepté porque los amo y porque jamás podrás cambiar el destino, aunque te aferres a lo contrario. Pero ¿y tú? Tú te largaste, te fuiste. —Estira su mano y la pone sobre la mía, apretándola con fuerza—. Me dueles, eres mi hijo y, lo que más anhelo es quitarte ese pesar de tu mirada, reconcíliate con la vida, Lisandro, acepta el destino porque al igual que la muerte es lo único seguro que tenemos.

Estoy procesando todavía sus palabras en el momento en que se levanta y al acercarse a mi lado, se inclina para dejarme un beso fraternal en mis cabellos y algo se rompe en mi interior que hace que se me escape un sollozo lastimero. Me acerca a su pecho y me da un complicado abrazo pues sigo sentado, pero instintivamente me paro sin poder contenerme más y correspondo a la muestra de cariño que mi padre me ofrece. Aceptando su apoyo es fundamental para mí y que sin darme cuenta necesitaba de sus palabras y de ese reencuentro inesperado.

—Te amo, Landro, siempre estaré aquí para ti, eres mi hijo y te amo con todo mi corazón. —Me lo recalca y, aunque me siento indigno de su afecto, me aferro a sus brazos como si fuera mi único salvavidas—. Recuerda, tienes que aprender a aceptar el destino —afirma y busca mi rostro para dejar un beso en la frente.

En ese momento los fantasmas del pasado se hacen presentes junto con mis remordimientos, esos

que me han consumido toda la vida y por primera vez se trasforman, no se dispersan ni los dejo de sentir, sin embargo, al poder reconocer la bondad en la mirada de mi padre que me hacen creer en sus palabras, me liberan dándole un poco de paz a mi alma rota. Me deja desahogarme, se limita a acariciarme la espalda con movimientos acompasados hasta que poco a poco la carga de mis hombros se va aligerando.

Suavizo el gesto marcado y al ver a mi padre este me regala una tímida sonrisa que sin poder evitarlo me recuerda el gran papá que siempre ha sido, el hombre tan afectuoso que en mis años de juventud conocí, ese que llegaba a tal grado de que todos mis hermanos incluyéndome a mí lo odiábamos cuando nos avergonzaba con sus muestras de cariño inesperadas en público, aunque en esta ocasión lo valoro pues me he vuelto a sentir amado.

—Perdóname, padre, perdóname… —murmuro abrazándolo con fuerza—. Perdóname por matarlo… —Papá vuelve a buscar mis mejillas para verme a los ojos, su mirada está llena de lágrimas contenidas.

—Mi Landro, perdónate tú, cariño, yo hace mucho que estoy en paz con el destino. —Mis lágrimas surcan por mis mejillas y noto en sus ojos que sabe que no podré estar en paz sin escucharlo salir de su boca—. No tengo nada que perdonarte, ¿me escuchas? —Me zarandea con fuerza y su voz es más profunda y ruda tratando de hacerme entender—. ¿Me escuchaste?, ¡maldita sea! —Sin poder pronunciar más palabras solo asiento con el rostro, por fin encontrando un poco de paz para mi alma maltrecha.

«Es tiempo de entregarme y aceptar mi destino».



LISANDRO PRESCOTT

Debería de estar en la hacienda preparando todo para la llegada de Corina, pues después de pasar varios días en observaciones, esta tarde le dan de alta. La conversación que tuve con mi padre me quitó una gran carga de encima, pero también me mantuvo meditando, una cosa es que te aconsejen seguir adelante y confíes en los azares del destino, y otra es llevarlo a cabo.

Mis hermanos comenzaron a llamarme, sin embargo, no me siento preparado para mantener una conversación con ellos por eso no he respondido a ninguno de sus intentos de comunicación, así que la mayoría del tiempo después de mis obligaciones me la paso galopando con Martina, hasta llegar a la orilla del río.

Es indescriptible la manera en la que estar rodeado de naturaleza me hace relajarme, parece un tanto irónico cómo todo cambia, jamás imaginé pasar mi vida entre estas tierras y ahora no me visualizo en otro lugar que no sea este, entre el campo rodeado de soledad.

Decido volver cuando llego a los límites de la finca, ya que tengo que enfrentar a Corina. Me niego a dar pie a que piense que las cosas se van a quedar como estaban, soy consciente de que debo de tener mucho cuidado a la hora de hablar con ella pues no pretendo herirla ni deseo dar paso a que vuelva a intentar huir de la casa, eso está fuera de discusión, todavía sigo siendo su tutor y ella es una menor de edad que tiene que respetar mis reglas hasta que cumpla los dieciocho.

«¿Estaría preparado para dejarla marchar si así se lo propusiera?».

Me quedo meditando un poco más y para cuando soy consciente estoy a punto de bajarme de un salto del caballo, se lo entrego a uno de los peones que llega por ella de manera automática y de inmediato la traslada a las caballerizas mientras yo tomo camino hacia mi recámara.

En el pasillo me encuentro a Deborah que merodea por la sala de estar, pero la ignoro cuando trata de detenerme. No puedo perder el tiempo, necesito estar listo pues Marcelino y Corina no tardan en llegar, ya se encuentran en camino, hace tan solo unos minutos recibí del hombre un mensaje de texto confirmando que venían de regreso.

Cuando reacciono me doy cuenta de que parezco un jovencillo entusiasmado, pues al salir de bañarme tomo del perchero unos pantalones de mezclilla que me pongo olvidando los calzoncillos en el proceso, junto con una camisa a cuadros, los cuales me coloco en un santiamén, agarro mis calcetines y las botas, que también me los calzo en un parpadeo.

No necesito hacer nada a mi cabello, solo estiro el brazo y cojo mi sombrero que yace en el sillón viejo de la esquina de mi cuarto y ajustándolo salgo apresurado azotando la puerta de mi recámara, ya que estoy seguro de que Corina debe estar esperando por mí en la mesa principal.



15

CORINA MCKAY

Veo mi mano vendada con un poco de vergüenza y me estiro el suéter para cubrírmelo. Lisandro no vino ningún día a visitarme a la clínica. Comprendo que no me estoy muriendo, sin embargo, cruzó por mi cabeza que quizás como mínimo se pasaría a saludarme o mandarme flores, pero qué puedo esperar de alguien como él, que es evidente que me quiere fuera de su hogar y que la única razón por la que me encontró fue porque le dejé un estúpido mensaje de texto cuando pensé que me estaba muriendo.

Todavía recuerdo cómo me sentí tan estúpida cuando el doctor Peña tan amable y cordial me explicó que lo más probable fue que el cansancio o la deshidratación del momento me hicieron entrar en una crisis de pánico que me causó pensar en lo peor y al final desmayarme.

Sin embargo, todo llega a lo mismo, tengo que irme de esa casa, solo me quedan cinco meses para cumplir la mayoría de edad, ya es hora de tener esa conversación con Lisandro, que, aunque estoy viviendo unos giros inesperados en mi vida que ni yo misma vi venir, lo que necesito hacer en estos momentos es alejarme de su presencia.

Cuando entro a la casa no me apetece subir a mi habitación y al encontrarme a Rossy al pie de la escalera me dice que está a punto de servir la cena, que si gusto tomar asiento estará sirviéndome en un momento. No sé qué tanto estarán en la hacienda al corriente de mi situación con Lisandro, pero su sonrisa maternal me tranquiliza y sin poder evitarlo un poco apenada acepto y me retiro hacia el comedor.

No tengo que esperar mucho cuando la mujer comienza a servirme la cena, sin embargo, me sorprendo al mirar que Landro entra al comedor, realmente pensaba que otra vez me tocaría comer sola como ya es la costumbre en esta casa y más ahora con todos los acontecimientos vividos.

—Buenas noches —saluda el hombre de la casa de manera imponente, quitándose el sombrero y tomando asiento a mi lado. No contesto, solo me limito a mirar el plato que me han servido, sintiendo un nudo en la garganta manteniendo la cabeza gacha como una jovencita a la que están a punto de reprender.

No deseo ser una maleducada, pero quiero conservar mi rabieta para cuando tenga que decirle que tengo pensado marcharme y sé que si lo veo a los ojos me derretiré como siempre, y el plan de marcharme ya no me sonará tan atractivo en mi cabeza ni mucho menos buena idea.

—Hace muchos años que terminaste con esa etapa del juego de la ley de hielo, ¿no crees? —me pregunta mientras le sirven su cena sin verse contrariado al percatarse de que no estemos a solas.

—Ja, como si supieras a lo que he jugado en estos últimos años —expreso con desdén con el único propósito de molestarlo y sembrar en su interior la inquietud de percibir que no soy tan blanca palomita como piensa.

—Corina... —Comienza a decir para reprenderme, pero lo sorprendo interrumpiéndolo.

—Mira, Landro, no necesitas ser cordial conmigo, ya lo capté. —Suelto la cuchara con la que meneaba la comida y volteo a verlo directo a los ojos—. En cinco meses cumpliré la mayoría de edad y no tendrás que soportarme ni un día más en tu casa. Trataré de no darte problemas ni me inmiscuiré en tu vida durante este tiempo que necesito estar aquí. —Dejo claro mi plan y continúo explicando—: En este tiempo, me concentraré en buscar un trabajo y tenerlo todo listo para marcharme cuando se llegue la fecha. —Me levanto sin siquiera probar bocado—. Si me disculpas, he perdido el apetito.

Sin esperar una respuesta de su parte salgo del lugar dejando a Lisandro contrariado, en su rostro se nota que le rodean un montón de cosas por su cabeza, pero no me detengo y salgo deprisa huyendo del momento.

El tratar de no toparme con Lisandro me lo he tomado muy en serio, aunque tengo que reconocer que cuando menos me lo espero lo estoy espiando esperando que él no lo note. Las cosas han dado un rumbo inesperado durante estas últimas semanas, pues en el momento en que he dado la retirada, Landro se la ha pasado ahora tocando a mi puerta para preguntar si quiero ir al pueblo o si me encuentro bien.

No sé si está asustado y piense que de un día a otro pueda llegar a desaparecer o tema que salga huyendo de nuevo de aquí. Realmente los hombres algo tienen mal, pues me doy cuenta de que

cuando nosotras estamos dispuestas a besar el camino por donde pasan te dan una patada en el trasero, pero cuando te muestras distante y seca regresan con el rabo entre las piernas, igual que perritos falderos.

—Señorita McKay, ¿gusta que la lleve a algún lugar? —El doctor Peña me pregunta con tono amable cuando baja la ventana de su coche al encontrarme en la esquina de donde se encuentra el centro médico.

Llevo más de veinte minutos esperando al capataz que se suponía debía estar puntual estacionado a las afueras de la clínica para recogerme después de mi última revisión, sin embargo, no se ve por ningún lado y mientras considero la propuesta siento cómo las mejillas se me sonrojan ante la sorpresa que me provoca el gesto. Volteo a ver para todos lados para confirmar si alguna camioneta conocida se acerca, pero no hay nadie a la vista.

—No tengo inconveniente de llevarla a la hacienda… —agrega al ver que me he quedado sin saber qué decir.

Es evidente que sabe en donde vivo, así que le regalo una sonrisa cálida y acepto al tiempo que me acerco a la manecilla de la puerta para subirme al automóvil.

—Muchas gracias, doctor Peña —agradezco con educación poniéndome el cinto de seguridad.

—Llámame Vladimir. —Cruzo mis manos nerviosas sobre mis muslos sin decir palabra solo me limito asentir con mi rostro—. A la hacienda del señor Prescott ¿verdad?

—Así es. —Acepto.

La tenue música nos acompaña y supongo que nota que inevitable e inconscientemente tamborileo los dedos sobre mis piernas al ritmo de la melodía y rompiendo el silencio toma la palabra que da inicio a una conversación amena donde me pregunta por mis gustos musicales y poco a poco me plática más sobre él.

El doctor debe rondar los veintitantos, lo sospecho pues sigo con la incógnita ya que, aunque me siento cómoda, no se lo quiero preguntar, así que solo me concentro en lo que me cuenta. Es de Denver, pero aceptando una oportunidad de trabajo se mudó hace unos meses atrás. Le platico que

yo también viví en su ciudad natal y comparto con él un poco de lo que llegué a visitar estando en esa zona.

Al llegar a la finca, Vladimir baja la ventanilla en la caseta de inspección y la seguridad al ver que soy yo de inmediato con un saludo cortés nos dan el acceso a la entrada. Manejamos por la terracería, pero al entrar a la zona principal localizo a Lisandro, está afuera en medio de los hombres repartiendo sobres blancos a un montón de trabajadores, es cuando comprendo que la razón de por la que se olvidaron de recogerme, es porque está pagando la nómina a los chicos de la hacienda.

Cuando el coche está a punto de agarrar la rotonda noto cómo Landro solo al escuchar los neumáticos de la camioneta que se acerca, en automático cambia su postura relajada y cuadra su cuerpo quedando en una posición imponente de dueño y señor de todo lo que vemos a nuestro alrededor. Se alza de una manera defensiva, su rostro de facciones duras que lo hace reveladoramente varonil y guapo a rabiar, rebela que se pregunta «¿a quién diablos han dejado entrar a mi propiedad sin avisar?».

Al detenerse, el doctor no pierde el tiempo y me abre la puerta y sin poder evitarlo me sorprendo de su caballerosidad. Jamás nadie había tenido ese gesto tan educado, normalmente se ve en las películas que me encanta ver en la televisión, pero ahora que lo vivo pienso que es un bonito detalle que hoy en día ya casi está olvidado.

—Muchísimas gracias, Vladimir —digo, y le regalo una sonrisa sincera llena de gratitud.

—No hay nada que agradecer —responde amable y me ofrece su mano para salir del auto.

Alguien carraspea a su espalda y al salir del coche volteamos los dos, para enfrentarnos a un Lisandro con cara de pocos amigos. De inmediato aprovecho la oportunidad y por una extraña razón le hablo del detalle que tuvo el doctor al encontrarme afuera del centro médico.

—Landro, ¿recuerdas a Vladimir?, ¿lo alcanzaste a conocer? —pregunto usando el nombre de pila del médico, así como me lo pidió él, esperando ver su reacción al darse cuenta que le hablo de tú.

—Claro, Florecilla, el doctor Peña fue quien estuvo de guardia el día que te ingresaron —replica y al instante pierdo el entusiasmo ya que al contrario de lo que imaginé suena relajado y nada incómodo ante su presencia—. Buenas tardes, doctor. —Le ofrece su mano en gesto de saludo—.

¿Todo bien?

—Claro, señor Prescott. Corina pasó a su última revisión. Solo quería estar seguro de que todo marchara en perfectas condiciones —asegura Vladimir, honesto.

—Me alegra escucharlo, si me disculpan necesito terminar de repartir los sueldos. Florecilla, despídete, por favor, necesitamos hablar, tenemos cosas importantes qué discutir. Te veo en el despacho en una hora —dicta de inmediato para a continuación darse la media vuelta sin esperar respuesta.

—De nuevo muchísimas gracias. —Medito si invitarlo a tomar algo, pero siento la mirada de alguien que me hace girar el rostro y me encuentro con los ojos inquisidores de Lisandro, aunque este de inmediato cambia de dirección.

—Es un placer, Corina, espero poder coincidir en otra oportunidad. —Notoriamente nervioso se seca las manos en los pantalones y me tiende la mano.

Con una sonrisa me despido, lo veo subirse al coche y haciéndole un gesto de despedida con la mano me quedo mirando hasta que da la vuelta a la rotonda para partir hacia la salida. Acalorada subo los escalones del porche y de inmediato me voy directo a mi recámara.

Haciendo tiempo me refresco en el cuarto, me tiro en la cama y me quedo mirando el techo, palpo el colchón hasta dar con mi teléfono y pongo música, pero esta vez cambio de estación y escojo la de Elton John y comienza *Don't let the sun go down* y como toda una adolescente la conecto a la bocina portátil y la canto a todo pulmón.

En el momento en que la música clásica se detiene me hace reaccionar y me percato de que con las melodías me quedé plácidamente dormida, alargo la mano en busca de mi teléfono para comprobar la hora.

«*Shit!*[5], no pensé que me había quedado dormida por tanto rato».

Me levanto de un salto, me voy al baño a quitarme el rostro adormecido y al salir de mi habitación me dirijo al despacho de Lisandro, el cual se encuentra en el primer piso. Al llegar toco la puerta y deprisa me da el paso dejando claro que me está esperando.

Lo encuentro en su silla giratoria, levanta el rostro y me mira con atención.

—¿Querías verme? —Cierra los papeles que se encuentra revisando sin apartar su mirada de mi llegada.

—Siéntate, por favor. —Señala con la mano la silla que tiene frente a él y sin entender de qué va todo, hago lo que me pide.

Desde que lo dejé cenando solo cuando llegué de la clínica me he limitado a tomar distancia, sin embargo, he vivido en un mundo nuevo repleto de señales extrañas y contradictorias de su parte.

—Corina, sé que he dejado claro que entre nosotros no puede existir ningún tipo de relación, sin embargo, espero por el bien tuyo que te estés dando a respetar, no quisiera… —Empieza a decir y se me abren mucho los ojos ante la reacción que me causa su comentario. Siento que lo observo como si le hubiera crecido otra cabeza en el cuerpo.

—Espera —lo interrumpo—, ¿qué estas insinuando? —Mi mirada se clava sobre él en gesto molesto al notar que está malinterpretando mi acercamiento con Vladimir.

—No estoy insinuando nada, solo que eres una muchachita ingenua que podría caer en las redes de cualquier hombre que te hable bonito solo para tratar de tomar ventaja de tu inocencia —explica como si de buenas a primeras quisiera comenzar a interpretar el papel de padre protector.

—Mira, Lisandro, me dejaste claro que ibas a hacer como que nada había pasado entre nosotros aquella noche que me metí a tu cuarto. —Descarada expulso y él cierra los ojos como si tratara de borrar el acontecimiento de su cabeza—. Sin embargo, tus actos están diciendo todo lo contrario, analízate, por favor. —Dejo en evidencia—. Tus atenciones, tu cordialidad y tu modo afable de tratarme estos últimos días está dejando que malinterprete tus sentimientos. —Parpadea deprisa y tomando ventaja de su estado agrego—: ¿O acaso estás celoso?

—¡Por supuesto que nada ha cambiado, solo estoy preocupado por ti! No quiero que alguien pueda aprovecharse de tu ingenuidad. —Su reacción y sus falsos argumentos de alguna extraña manera me ponen contenta.

—No te preocupes por mí, Landro, como ya te lo he dicho, me he criado en la ciudad y, aunque pienses que tan solo soy una chiquilla de casi dieciocho años, te sorprenderías lo despiertas que hoy en día estamos las jovencitas de la ciudad —señalo altanera, como si tuviera mucha experiencia con los chicos.

No me importa si lo cree o no, no tiene manera de comprobar que sigo siendo virgen e inexperta, sin embargo, en estos momentos me conviene que piense que soy una chica experimentada y más vivida que una pueblerina de estos rumbos. Unos toques en la puerta me salvan de seguir mintiendo.

—¡Adelante! —Lisandro da el paso a quien se encuentre en la puerta

Veo entrar al señor Prescott al despacho y me observa con una mirada cálida y amable que se enfoca en mí y luego pasa a Lisandro. Mientras se acerca de inmediato me levanto de mi silla para dar por finalizada nuestra plática y a continuación dejarlos solos.

He perdido la cuenta de cuántas veces recientemente me lo he topado en varias ocasiones en la casa y en este momento empiezo a entender que sus visitas tienen mucho que ver con la nueva actitud de Landro, quien cada vez es un poco más sereno y apacible.

Es más, algunas veces me lo he encontrado riéndose en las caballerizas con Marcelino; otras, en la cocina tomando café enfrascado en alguna extraña conversación con Rossy. Las pláticas y las visitas con su padre se prolongan cada día más y, cuando el señor Prescott parte para su hogar puedo comenzar a ver un Lisandro trasformado, un hombre que poco a poco regresa a la vida, un alma herida que despacio encuentra su lugar y la paz que necesita para seguir adelante sin destruirse en el proceso.

—Buenas tardes, señorita McKay. —Me saluda ofreciéndome su mano la cual tomo para darle un fuerte apretón.

—Buenas tardes, señor Prescott. —Devuelvo el saludo.

—Espero no estar interrumpiendo nada importante —dice el hombre sentándose en el sillón de al lado.

—No, para nada —aseguro—, estaba por retirarme… —Cuando volteo a ver a Landro me

percato de que sigue con su gesto malhumorado, el cual le marca la frente.

—Corina. —Me detiene cuando estoy a punto de salir de la habitación—. Padre, ¿te quedarás a cenar con nosotros? —El hombre lo ve a él y luego su mirada regresa de nuevo a mí que me he quedado congelada esperando su respuesta.

—Me encantaría —contesta sonriente, como si no se diera cuenta de la tensión que nos envuelve.

—Corina, ¿podrías decirle a Rossy que mi padre cenará con nosotros? —me pide como si no estuviéramos discutiendo cinco minutos atrás, hasta me regala una sonrisa fingida que jamás le había visto en el rostro.

—Por supuesto, Landro, yo me encargo —me despido de los hombres y los dejo platicando en su despacho, mientras camino hacia la cocina para hablar con la mujer y al encontrarla le informo lo que me ha dicho el dueño de la casa.

Me siento confundida y ruego para que los días se pasen más rápido, quiero salir de aquí lo más pronto posible, necesito poner distancia entre los dos para poder pensar bien las cosas antes de que su comportamiento bipolar termine volviéndome loca.



16

CORINA MCKAY

El calor es infernal. Estoy sentada en la mecedora y ni la maldita limonada con muchísimos hielos que sostengo en la mano apacigua el bochorno que siento en estos momentos, sin duda me han dejado plantada.

Me levanto abatida, todas las semanas he estado yendo al mercado pues me pusieron a vender en el puesto de la ciudad. Desde que me monté en mis botas de "soy una chica mayor y necesito responsabilidades", Lisandro me mandó con la señora Geller, quien me instaló junto a las chicas pueblerinas más jóvenes, que venden por tiempo medio después de la escuela y fines de semana, los vegetales que se producen en la granja.

La mayoría de las muchachas son menores de edad, todavía asisten a la secundaria, mientras que yo ya he terminado la preparatoria. Al principio ese detalle me causó algo de molestia, pero al comenzar a tratarme con todas ellas, me adapté rápidamente y se han comenzado a parecer a una versión extraña de nuevas amigas.

Se suponía que, al ser nuestro día libre, Katalina pasaría por mí esta tarde para ir al pueblo y así tener oportunidad para pasear por el centro comercial, sin embargo, de la nada según ella, su mamá se molestó y le quitó las llaves de su coche y ahora se encuentra llorando en su recámara gritando a los mil vientos lo injusta que es la vida. Esto último no me lo platicó, yo misma lo escuché al marcarle y preguntarle si ya venía en camino.

Sin intenciones de irme a encerrar a mi habitación y sin ganas de pasar otro día aburrido en la finca, entro al salón y me doy un repaso frente al espejo de la puerta principal. Visto una camisa roja de cuadros amarrada a la cintura y una minifalda de mezclilla, con mis botas favoritas, desde que Lisandro me las compró las adoro, son de un tono turquesa brillante y tienen barbitas de piel que se agitan al caminar.

Sin importarme en lo más mínimo mi vestimenta me voy rumbo a las caballerizas y le pido al encargado de la cuadra que por favor me ensillen un caballo. No me pierdo la mirada del caballero que me recorre el cuerpo de pies a cabeza mostrando su desaprobación ante mi ropa inapropiada para montar, pero me hago la desentendida y me limito a hacerme a un lado para que prosiga con lo

suyo.

Cuando tienen al caballo listo, solo agarro las correas y salgo caminando junto a él, ya cuando hemos caminado un buen tramo y estando segura de que nadie me observa me subo la falda un poquito más, agarro impulso y me monto en el animal como toda una experta.

Me voy galopando entusiasmada, la yegua que me ensillaron no es Dakota, es otra potra color blanco como el algodón, es preciosísima y estoy segura de que es una de las consentidas de Lisandro.

Inconscientemente llego a la orilla del río y me bajo de un brinco, con destreza amarro al caballo en un árbol y me desabrocho la camisa, para humedecerla y refrescarme. Sin poder evitarlo los recuerdos me acechan y me llevan tiempo atrás cuando Lisandro me enseñó a nadar, sin embargo, esta es otra zona del mismo lugar.

Al acercarme al agua y mojar la prenda, comienzo a pasarla por mi cuello, la frescura que me brinda en la piel es placentera. Observo a mi alrededor y noto que el riachuelo en el que me encuentro está bardeado de una manera natural con grandes árboles frondosos que rodean toda la zona camuflada por la vegetación. Sin meditarlo dos veces, me acerco a un roble viejo y grande, su dimensión es impresionante y su altura es digna para hacer una enorme casa de árbol, como las que veía en uno de mis programas favoritos cuando era una niña, donde le pagaban a un grupo de hombres y hacían las casas más geniales que jamás hubieses imaginado sobre árboles tan majestuosos como este, sin duda sería épico realizar una de esas en esta zona. Honestamente si no tuviese que irme de la finca consideraría pedirle a Lisandro convertir este lugar en algo mío, hasta podría llegar a un acuerdo y entregar la mitad de mi salario para pagar por, aunque sea, un acre.

«Lo sé, me gusta soñar despierta».

Suspiro dándome cuenta de que es imposible poder llegar a ganar todo ese dinero para comprarme unas tierras como estas con lo que gano, he ahí la importancia de seguir estudiando. No puedo vivir siendo una cajera de medio tiempo, sin embargo, con una especialidad podría encontrar una buena posición en alguna de las fábricas de la región, y ahora sí me podría planear un futuro más estable sin la necesidad de que ningún caballero venga a salvarme con su hermosa armadura.

Con ganas de sumergirme en el agua me quito el resto de la ropa mientras pienso que sería agradable por fin tener algo propio y no ser una arrimada como la mayoría me ha hecho sentir en la hacienda, pero aun a pesar de que Lisandro se muestra más cambiado, se nota que no me tomó en

serio con el discurso de la otra noche, quizás piensa que como ya no lo volví a mencionar quiere decir que me he arrepentido, pero es todo lo contrario, como se lo dije en el comedor me voy a marchar cumpliendo los dieciocho y lo tengo que cumplir, lo malo es que ahora ya solo faltan un par de semanas.

Tengo dinero ahorrado, sin embargo, no soy estúpida, ¿cómo podría seguir estudiando o cómo conseguiría un nuevo trabajo para poder mantenerme, uno que me ayude a cubrir la renta y mis facturas? Solo con el diploma de preparatoria y la licenciatura en negocios sería difícil posicionarme en un puesto que me brinde el sustento mensual para independizarme. Agito la cabeza y dejo de pensar, pues no quiero afligirme «ya me encargaré de eso más adelante», pienso arrojando mis penas hasta el fondo de mi cabeza.

Al terminar de desnudarme tomo mi iPod para no consumir la batería de mi celular, localizo la aplicación de música y de inmediato comienza a sonar la canción *I hate love songs* de Kelsea Ballerini y salgo corriendo directa al río. Reconozco por su color que la zona donde estoy brincando es profunda, pero sintiéndome en control me lanzo sin miedo.

Desde que Lisandro me enseñó a nadar, no le temo a la profundidad, es ya algo natural, en ese momento recuerdo cuando me llegó a decir que era como una sirena en su hábitat natural que nació para estar en el agua. Esa fue una de varias anécdotas en las que podía pensar compartiendo con él, en esas vacaciones también me enseñó a conducir su camioneta y hasta el tractor me confió cuando me impulsó a intentarlo.

A veces eran momentos extraños de varias horas compartiendo, luego, de la nada, como si sintiera que era demasiado, solo fruncía el ceño y se marchaba para dejarme pasar el día. Recordando esa temporada siempre fue así, bajaba la guardia, disfrutaba por un par de horas y cuando sentía que era suficiente, se iba y me dejaba sola.

Perdida en la música nado al estilo europeo solo con mis bragas, el agua está riquísima y confiada en que nadie se acercará a los alrededores disfruto del momento cerrando los ojos y perdiéndome en la melodía de la naturaleza y los pajarillos que inundan el lugar.

No es una zona a la que alguien se acerque y mucho menos tendría que andar algún trabajador merodeando por los alrededores. Cuando abro los ojos soy consciente de que he perdido la noción del tiempo, pues el sol está por ocultarse.

Me sobresalto de repente al escuchar un relinchido y una voz tosca gritar mi nombre, antes de tener oportunidad de salir tengo a un Lisandro galopando en círculos de un lado a otro a la orilla del lago. Se baja del caballo notoriamente encolerizado, encuentra mi iPod y apaga la música.

—¿Qué diablos, Corina? Llevo toda la maldita tarde marcándote, ¡eres una desconsiderada! —me grita malhumorado.

Su porte de un metro ochenta y nueve fundiría de miedo a cualquiera, pero en vez de intimidarme, por una extraña razón me parece chistosa su agitación.

—¿Acaso pensabas que me había marchado de nuevo? —expreso altanera, levantando una ceja para que me escuche mientras me encuentro todavía sumergida en el agua, dejándole ver solamente mi rostro, no contesta, solo se limita a esperarme en la orilla del río con las manos en la cintura demostrando su inconformidad.

»Vamos, Landro, te dije que esperaría hasta después de los dieciocho. Mejor ven acá, el agua está riquísima —lo animo amistosa; cansada de discutir, lo invito de corazón deseando que deje su comportamiento hostil y distante por un rato. Al fin y al cabo, estoy a punto de irme.

—Te he traído una sorpresa —pronuncia un tanto nervioso y su comentario hace que ponga toda mi atención en lo que me dice.

Se quita el sombrero y me observa con detenimiento de una manera nerviosa, pasa una de sus manos por la parte trasera de su cabeza y vuelve a dirigir su mirada a mi rostro.

—Estoy segura de que me encantará, pero ven aquí. Así podremos irnos más frescos a casa. —Puedo notar que considera la propuesta y si estuviera fuera del agua brincaría de la emoción, así que agrego tratando de sonar graciosa—: Vamos, maldita sea, no te hagas del rogar.

—Hey tú, niña, ¡no estés soltando palabrotas! —advierte comenzando a quitarse la ropa y se mete de un clavado vistiendo solo su bóxer como lo hacía cuando me enseñó a nadar.

Me mantengo alejada solamente balanceando mis piernas para mantener el flote, temiendo que con cualquier movimiento pueda asustarle y salga pitando del agua. Estoy segura de que no se ha

dado cuenta que me hallo solo en bragas, cuando lo note pensará que estoy jugando sucio y, aunque desearía hacerlo, verdaderamente no fue mi intención, es evidente que jamás pensé que me vendría a buscar y mucho menos que me encontraría aquí, aparte a estas alturas, pese a que me sigue atrayendo a rabiar, ya no tengo esperanzas en conquistarlo, he captado el mensaje y sé que nada pasará entre nosotros.

—Oye, Landro, ¿has estado aquí antes? —le pregunto pues nunca había llegado hasta aquí y añado—: Yo sé que todo esto es de tu propiedad, pero esta zona, este lugar es fantástico, es como…

—Estar en otra dimensión. —Termina la frase leyendo mis pensamientos.

—Exacto, es tan mágico, igual que si fuese un lugar irreal —continúo explicando mientras giro para contemplar de nuevo el entorno—. Un sitio que, con su encanto, te envuelve en un fascinante espacio que detiene el tiempo y que te da la sensación de que, si permaneces aquí, todo estará bien. —Sigo girando al alrededor ayudándome con las manos para contemplar los árboles inmensamente altos.—. Todas las penas, las tristezas y las mortificaciones salen de tu cuerpo y se desvanecen momentáneamente. —Sin poder evitarlo suspiro de manera dramática.

—Ay, Florecilla, ¿qué podría mortificarte a ti? —inquiere incrédulo sin una pizca de burla.

Me volteo a verlo para poder leer su semblante y me doy cuenta de que no está tratando de hacerme sentir incómoda con su pregunta, simplemente se mira confundido.

«Tal vez debe estar pensando cómo puede ser posible que una muchachita tan bella y joven como yo pudiese martirizarse a tal grado de perder hasta el sueño» pienso con ironía, así que trato de analizar cómo explicar mi punto.

—Imagínate, vas a cumplir dieciocho años, tienes toda la vida por delante —interrumpe mis divagaciones.

Motivada por un sentimiento extraño y tomando ventaja de la tenue y casi inexistente luz. Comienzo a acortar el espacio que nos separa, sé que me voy arrepentir cuando me desprecie, pero el sol se está ocultando y las estrellas comienzan ligeramente alumbrar a nuestro alrededor, siento la brisa de la noche y me hace titiritar frente a él.

—Tú me mortificas… —expreso sintiéndome atrevida.

Al notar mis intenciones, Lisandro inmediatamente comienza a alejarse, luego su mirada me recorre y nota mis hombros desnudos.

—Corina, por favor, no quiero cometer un disparate… —Cierra los ojos con pesar dándose cuenta de su gran error, en ese momento me doy cuenta de que no lo he imaginado, no le soy indiferente y eso me hace acercarme aún más.



17

LISANDRO PRESCOTT

Al ver que comienza a acortar la distancia me pongo en alerta, mi mirada la recorre y me doy cuenta de que sus hombros están desnudos, paso saliva con dificultad y ruego en silencio por poder tener la suficiente fuerza de voluntad para alejarme de ella.

Cada vez es más difícil no someterme a esta atracción que siento, es retorcido, me corrompe y soy consciente de que no puede ser, pero desde que se metió en mi cama y me hizo sentir el roce de sus manos sobre mi piel y alcancé a escuchar su respiración agitada al correrse, no he logrado poder sacarla de mi cabeza. Me atrae como el más dulce de los pecados, desde ese momento todo cambió con respecto a ella, siento que se fragmenta mi decisión de mantenerme alejado, aunque sé que soy un bastardo por siquiera pensarlo, es una niña inexperta que está pasando por un amorío adolescente hacia un hombre mayor, que tiene la ventaja de los años encima.

No quiero buscar ninguna excusa, pero al fin y al cabo soy un hombre, una criatura con sangre en las venas que reacciona humanamente a la tentación de una bellísima mujer, y Corina desde que llegó dejó muy claro que es una hembra desarrollada que puede satisfacer a cualquier hombre, no soy estúpido.

Las jovencitas de hoy en día son algunas veces hasta más expertas que uno mismo y tampoco soy un hipócrita para no aceptar que en el pasado me he llevado a la cama a mujeres jóvenes que buscaron mi lecho.

—Tú me mortificas… —expresa con una voz cálida que me eriza la piel y hace que mi pene se ponga duro a tal grado de que cierro los ojos, pues estoy tentado en llevarme la mano a la entrepierna para aligerar el sufrimiento.

—Corina, por favor, no quiero cometer un disparate... —digo con la mandíbula apretada y al escuchar mis plegarias en voz alta me doy cuenta de mi error al admitir que no me es indiferente.

Sin darme tiempo a reaccionar abro los ojos cuando veo que se me abalanza y enreda sus largas y torneadas piernas a mis caderas. Me toma de las mejillas con sus delicadas manos y se aferra a mis labios como toda una experta, dejándome anonadado.

No sé qué hacer, estoy tenso procesando lo que sucede, Corina es quien invade mi boca y desliza su lengua para explorarme, no obstante, mis manos se mueven con voluntad propia y le sostengo los muslos, reacciona mordiéndome el labio y gime en mi boca desarmándome. Siento sus impresionantes tetas sobre mi pecho y mi corazón comienza a latirme con rapidez, emocionado y expectante.

No puedo más, y en ese instante me rindo a sus besos hambrientos reconociendo que estoy perdido. Sus jadeos se intensifican y deslizo mis manos hasta su cintura, donde solo me limito a sostenerla con fuerza, pues sé que si mis manos recorren su piel no pararé hasta despojarla de lo único que la cubre, sus bragas, y sumergirme en su interior hasta vaciarme con desesperación en su húmedo coño.

Me abraza temiendo que salga corriendo del lago, sin embargo, soy consciente de que he dejado de luchar, me tiene en sus manos, a su merced.

«Lisandro Prescott, por fin te has rendido».

Me digo en silencio, pues al sentir sus caricias me doy cuenta de inmediato de que he aceptado en silencio a esto que no tiene nombre sabiendo que estoy cometiendo un error.

—Me encuentro hechizado bajo el placer de tu inocencia —murmuro sobre sus labios, consumido por la pasión.

Consciente de que Corina es una joven mucho menor que yo, mantengo mis ojos cerrados temiendo que al verla a la cara vuelva a retirarme como si me quemara, pero la forma en la que me toca no tiene nada de ingenuidad ni revela una inexperiencia que me indique que me encuentro pervirtiéndola, al contrario, sigo su ritmo, su ardor, la dejo hacer y eso me tiene al límite, aunque estoy al tanto de que necesitamos parar.

Con pesar despacio la alejo de mi cuerpo para contemplar su belleza, la luz de la luna la ilumina y me sonríe afable. Estoy a punto de abrir la boca, pero pone sus dedos delicados sobre mis labios.

—Por favor, no digas nada, no me arruines este momento... No voy a pedirte que actúes como si nada hubiera pasado, solo por favor no lo medites demasiado —reitera—. Voltéate, iré a cambiarme

—indica explicando lo que hará—. Cuando haya terminado y esté lista para irme, te avisaré para que salgas, me iré a la casa para esperarte y cenar juntos ¿estamos?

Estoy a punto de decir que no me espere, que esto ha sido una locura que no puede volver a pasar, pero sus ojos esperanzados y la manera de pedirme que le dé privacidad para cambiarse, me indica que se da cuenta de que todo esto no es fácil para mí y me hace meditar sus palabras, claro, existe una atracción que no puedo negar, que no puedo quitarme de la cabeza, es tan fuerte como estar al corriente de que existe una gran diferencia de edad entre nosotros, que lo hace ser un tanto retorcida y que roza lo inmoral, no porque compartamos lazos de sangre sino porque no puedo concebir recordarla como toda una niña y ahora verla como toda una mujer.

—¿Estamos? —Me trae de regreso de mis cavilaciones al volver a preguntar, el tono de su voz demuestra que hasta que no le dé una respuesta positiva no saldrá del lago.

—Está bien… —Con suavidad desenlaza sus torneadas piernas de mi cintura y me doy la vuelta, en vez de quedarme ahí empiezo a nadar, con movimientos acompasados y precisos, nado solo un par de minutos hasta que escucho que Corina me grita a lo lejos.

—¡Estaré en la casa, no me iré a la cama hasta que llegues y cenes conmigo, Prescott! —Me giro para verla y su postura mandona me roba una ligera sonrisa que se quiere colar por la comisura de mis labios.

Está parada con la mano en la cintura y cuando me acerco noto su ceño marcado.

—*Okey*, adelántate. Deja el caballo en las caballerizas y yo me encargo de él cuando llegue —indico—. Y después prometo que me iré directo al comedor. Así que es mejor que prepares algo rápido de cenar que estoy famélico. —Su indignación al escucharme ordenarle preparar la cena para mí de pronto se trasforma en sorpresa al no esperarse lo que le ordeno, salta y aplaude gustosa.

—Perfecto, entonces me voy de inmediato. —Veo cómo sin vergüenza se arremanga un poco la falda y se monta revelando demasiado los muslos, al notar la acción no puedo evitar pensar quién la habrá visto subirse al caballo esta tarde. De inmediato me llevo las manos al rostro y me lo sobo tratando de quitarme esta sensación inquietante que surge en mi pecho, de comenzar a plantearme cosas inimaginables, sentimientos nunca antes vividos ni experimentados como algo tan estúpido de pensar quién diablos más ha contemplado esas hermosas piernas torneadas.

—¡Mierda!, esta muchachita acabará conmigo. —Reniego en voz baja mientras salgo del lago y comienzo a buscar mi ropa.



LISANDRO PRESCOTT

Al llegar me voy directo a las caballerizas, me tomo mi tiempo con los caballos y cuando entro a la cocina Corina ya se ha hecho cargo de la cena. Al encontrarla sola me explica que despidió a las mujeres para preparar ella misma las quesadillas que tiene listas para servirnos, las rellena con maestría con mucho queso y carne picada.

Tengo que reconocer que me parece chistoso que se haya desecho de las mujeres, aunque estoy seguro de que se ha dado cuenta de que por primera vez desde que ella llegó nadie más ha entrado a mi recámara.

—¿Con qué te ayudo? —pregunto servicial.

—Ya tengo todo listo, y la mesa la puso Rossy antes de irse a su cuarto —comenta—. Si quieres solo ayúdame con la jarra de limonada y yo me llevo los platos. —Haciéndole caso hago lo que me ordena y me voy al comedor, minutos después ella entra con nuestros servicios.

Comemos en silencio, supongo que al igual que yo está procesando lo ocurrido, aunque su desplante revela que más que meditarlo se encuentra tratándome con pinzas temiendo que con cualquier mínimo movimiento pueda salir disparado de su lado alejándome de nuevo de su presencia.

Cuando dejo descansar el cubierto sobre mi plato, noto que Corina está agarrando valor para tomar la palabra, pero al percatarse de que me he dado cuenta de ese detalle se levanta y comienza a recoger nuestros platos.

—Landro, voy a la cocina, hice pay de manzana en la mañana —conversa de manera casual—. ¿Te gustaría una rebanada? Puedo preparar café y nos lo podemos comer en el porche.

—Por supuesto. —Me levanto para ayudarle y parto con ella acarreando las cosas.

En silencio hago lo que me pide, y dándome cuenta de que desea dejar la cocina limpia antes de salir a degustar el postre, le ayudo a secar mientras ella se dispone a lavar los pocos recipientes que

utilizó para preparar nuestra comida.

Al terminar se seca las manos en el mandil y se va a la isla de granito donde destapa un recipiente que revela el pay de manzana del que me habló minutos atrás, parte dos trozos generosos, los acomoda en dos platos y luego sigilosa se acerca a la cafetera, y vierte café en dos tazas que ya había sacado con anterioridad.

Me entrega el mío y me acerca mi plato para que lo tome y la siga. Mientras caminamos soplo el líquido negro y con cuidado le doy un trago. Corina toma la delantera, abre la puerta mosquitera y la detiene para que pase, pero en vez de avanzar pongo mi espalda sobre el marco para que ella pueda soltarla y dando las gracias toma asiento en su mecedora favorita.

Hay postes de luz estratégicamente prendidos para alumbrar a nuestro alrededor, al moverme me quedo parado en la entrada y veo de un lado a otro contemplando la zona. Inesperadamente motivado por algún extraño sentimiento, pero sin malicia alguna, le digo:

—Ven, sígueme…

Sin decir palabras, se levanta y me acompaña, caminamos alrededor de la casa, poco a poco nos adentramos hacia la parte de atrás, los jardines son amplios y están bien cuidados. Hay piedras y cercas de madera color blanco estratégicamente diseñadas para crear varias zonas. Al seguir adentrándonos al lugar de inmediato visualizo la pérgola sobre la terraza abierta, esta área fue remodelada no mucho tiempo atrás, estoy seguro que desde que llegó no ha venido por aquí.

Desde donde nos encontramos contemplo la sala de patio con mesitas a los lados, un columpio más amplio al fondo y al centro una zona para hacer una fogata.

Me abstengo de prender el interruptor de la luz, ya que las estrellas alumbran de una manera embriagadora y al poner un pie sobre la zona me detengo al sentir que una gran paz invade mi cuerpo entero.

—Esta noche ha sido mágica —murmura cuando pasa por mi lado, sigue caminando hasta tomar asiento en uno de los sillones, salgo del letargo momentáneo y me percato de que sigue mis movimientos con curiosidad hasta ver que me posiciono a su lado, pero dejando una distancia considerable entre los dos.

Están sucediendo demasiadas cosas, sé que necesitamos hablar, pero no sé cómo abordar el tema. No puedo pasar por alto que cuando menos me lo espero estoy tocando a su puerta para preguntarle cómo se encuentra.

En el instante en que me pasa por la cabeza salgo despavorido en su búsqueda y al no encontrarla mi corazón se desborda acelerado pensando que ha salido de nuevo e imaginando que se está poniendo en peligro como me ha pasado esta tarde al no encontrarla. Y ahora, mi necesidad está escalando a un deseo que me invade y no me deja pensar con claridad.

—Esto no puede volver a pasar. —Me sorprendo diciendo, escucho una risita y volteo a ver a Corina que se lleva una porción de postre a su boca, no muy convencida de mis palabras—. ¿Qué te parece tan gracioso? —Mis palabras salen hoscas y malhumoradas al darme cuenta de que no entiende la gravedad de lo que implica enredarme con una joven menor de edad.

—Lisandro, jamás te pondría en una situación comprometedora. —Deja el plato al lado de su mesita y se encamina frente a mí.

Camina sensual, supongo que al llegar se fue directo a su cuarto ya que a comparación de mí que visto la misma ropa, ella lleva un vestido floreado que abraza esas caderas que no sé cómo diablos la envuelven como una segunda piel. No comprendo cómo esta jovencita tiene el poder de transformarme en un adolescente hormonal.

«Maldita sea, la deseo, la anhelo como un lobo hambriento. Ansío ser corrompido por ella. Como un demente me siento atraído a esa mujer en la que se ha convertido, esa que me ha hecho sentirme vivo desde que tocó mi piel y la culpable de haberme besado y con su roce creado en mí una necesidad intolerable por seguir bebiendo de la fuente prohibida».

La conozco tan bien que al notar cómo se estira frente a mí, como si estuviera relajando los músculos sé que no es más que una manera de provocarme, me remuevo incómodo, pues la inminente erección me inquieta y se intensifica al ver cómo el dobladillo del vestido se le sube hasta revelar una buena parte del comienzo de su trasero que aun con la tenue luz puedo contemplar a la perfección, paso saliva con dificultad y al girarse deprisa me encuentra comiéndomela con los ojos. Cuando reacciono Corina ha acortado la distancia y está sentada a horcajadas sobre mis muslos.

—Podemos fingir que no sientes nada... —murmura sobre mis labios, se inclina sobre mí para demostrar su poder y me besa, primero con dulzura, pero poco a poco su beso me martiriza como si quisiera castigarme por no rendirme ante ella.

Quisiera reírme, tomarla del pelo, estirarla hacia atrás y exponer su cuello para marcarle la piel y demostrarle cómo puedo mandar sobre ella, sin embargo, estoy en desventaja, tengo todas las de perder, así que no respondo y mantengo mi boca cerrada, es ella la que exige una mayor dedicación, no obstante, solo la dejo hacer.

Reconozco que no solo quiero que se roce sobre mí, tengo ansias de mucho más, pero me limito ante la situación de desventaja en la que estoy viviendo.

—Landro, por favor, déjate ir una vez más. —Lloriquea exigiendo mis atenciones, y mi autocontrol flaquea. Siento cómo sus manos buscan levantar mi camisa para tocar mi piel.

—Mi Florecilla, si dejo que continúe esto iré directo a la cárcel. Nada de lo que digas podrá salvarme de que me refundan ahí —explico tranquilo—. Ahora mismo si alguien nos tomara una foto y va a la comisaría, estaría perdido —digo sin una pizca de miedo solo informando lo que se niega a ver, sin embargo, mis palabras la hacen detenerse de inmediato y sus ojos parpadean deprisa asimilando la información mientras enfocan mi rostro.

—Te prometo que no lo permitiré. —murmura y desciende su rostro con pesar, por fin entendiendo lo delicado que es todo esto.

Mi mano toca su barbilla para obligarla a que me mire y tratando de ser el adulto entre los dos me prometo en silencio que esta será la última vez que me permita rozar sus labios antes de que cumpla la mayoría de edad, así que ahora soy yo quien me acerco y la beso quedando hipnotizadamente **corrompido.**

El efecto de sus labios sobre los míos es abrasador, cada nervio de mi cuerpo es recorrido por una electricidad que me atraviesa el pecho. Le beso apasionadamente, me deslizo hacia su cuello, la mordisqueo con calma e inconscientemente empujo mis caderas con necesidad buscando su encuentro, robándole con la acción un gemido que me llena el interior de posesividad y se intensifica al percibir cómo se restriega y se roza sobre mí. Deslizo una mano sobre su culo y la aprieto sin dejar de devorarla. Soy consciente de que no me tomaría ninguna dificultad levantarla, que podría en

segundos desabrocharme el cinturón junto con el pantalón y con maestría en un abrir y cerrar de ojos estaría sumergiéndome muy dentro de ella, probando las deliciosas mieles prohibidas que se me ofrecen, sin embargo, sé que no es lo correcto. Le acaricio la nuca con ambas manos mientras ella desenfrenada pasa sus dedos por mi cuero cabelludo.

—Mírame… —ordeno con voz ronca—. Esto —muerdo su labio mientras nuestras miradas se miran fijamente—, no —paso la lengua sobre el área—, volverá —aprieto sus nalgas con evidente deseo— a pasar, Corina. —La atraigo a mi pecho—. Lo digo muy en serio. —Se lo reitero al oído, mientras mis manos recorren su espalda contradiciendo mis palabras pues es evidente que tampoco puedo dejar de tocarla.

El beso la ha dejado sin aliento, se nota en la manera que respira, no obstante vuelve a abalanzarse sobre mí y me abraza con fuerza, la mantengo pegada a mi pecho, nuestros corazones palpitan y poco a poco toman la misma sintonía.

Ha nacido un fuego, un hambre que como un sinvergüenza anhelo consumir y estoy decidido a que, si ella lo quiere así, yo se lo daré, no obstante, tengo que esperar, pues pese a que soy un canalla, también soy consciente de que jamás la tomaría sin que ella esté completamente segura de sus deseos y de la responsabilidad que un acto como este conlleva.

Corina me sorprende alejándose de mi cuerpo para mirarme a la cara.

—Sé que aún no puede pasar nada entre nosotros —la observo con interés—, pero quiero preguntarte algo que necesito y quiero que me respondas con la verdad. —Al ver mi gesto sabe que lo haré y continúa—: ¿Si en este momento fuera mayor de edad y estuviera consciente de lo que quiero, me lo darías, independientemente de lo que sea? —De inmediato al terminar de escuchar la pregunta y al entender lo que me quiere decir, una sonrisa de lo más arrogante se cuela por la esquina de la comisura de mi boca.

—Te daría todo lo que me pidieras… —me interrumpe y pone su delicada mano sobre mi boca.

—No necesito saber nada más. —Con esas palabras baja de mi regazo y se acerca por mi plato y mi taza—. Venga, pruébalo, me salió delicioso —agrega cambiando de tema.

Sentada y pensativa se queda mirando a lo lejos mientras que yo me como el postre para no

desairarle el gesto. Sé que en dos semanas llegará su cumpleaños y no estoy seguro de poder cumplir mi palabra.

—Danos la oportunidad de conocernos… —Me aprieta la mano como si entendiera los gramajes que se formulan en mi cabeza.

La alarma de mi celular me distrae y veo un mensaje de mi contador recordándome una junta programada que tenemos el día siguiente, le contesto de inmediato y al terminar pongo mi celular a un lado.

—¿Tienes Pandora o Spotify? —me pregunta, me giro para verla sin entender a qué se refiere—. Préstame tu celular. —Me tiende la mano y se lo doy—. ¿En serio no tienes contraseña en tu teléfono? —cuestiona admirada.

—Ay, Florecilla, ¿quién va a querer meterse a mi aparato? —De pronto comienzo a escuchar música que pone desde el móvil.

—Uno nunca sabe, eres un hombre muy poderoso con incontables negocios, cualquiera podría sacar información importante de tu celular. —Sonrío al darme cuenta de que Corina no tiene ni la menor idea de lo anticuado que soy y que, aunque tenga un teléfono inteligente, solo lo uso para lo más necesario.

—Oye, a todo esto, ¿trabajas mañana? —indago recordando que la señora Galler se encargó de encontrarle un trabajo de media jornada, no quise inquirir sobre el tema, pero ahora me intriga saber dónde se encuentra laborando.

—Sí, estoy en el mercado, uno de tus chicos se encarga de llevarme todas las mañanas —informa antes de tener oportunidad de preguntar.

—*Okey*, me encargaré de avisarle que de aquí en adelante yo te recogeré. —Me da las gracias y acerca el celular para que le ponga atención.

—Mira, aquí podrás leer quién canta, esta aplicación me encanta para escuchar música. Esta canción se llama *Just a Kiss*, es del grupo Lady Antebellum, si te gusta le das a este icono, si no te gusta presiona el que tiene el dedo hacia abajo, así irás creando tu propia lista de música favorita —

me dice entusiasmada.

—¡Venga, señorita! —Me levanto y le ofrezco la mano para ayudarle a alzarse—. Dejemos la música por el día, mañana hay que ir a trabajar.

Agarramos las cosas con las que llegamos y nos vamos caminando en silencio, pero esta vez nos encaminamos a entrar por la puerta del patio.

—Muchísimas gracias por este día, Landro. —Se pega a mi costado y sin poder evitarlo rodeo sus hombros mientras ella pasa su brazo por mi cintura y sus dedos se aferran a la cinturilla de mis pantalones de mezclilla, sin detenernos sutilmente me agacho y le dejo un beso en sus cabellos y antes de apartarme inhalo su olor y me impregno de su esencia.



19

CORINA MCKAY

Recojo mis pertenencias del casillero deprisa, pensando que ya debe de estar esperando Lisandro por mí en la camioneta. Lleva toda la semana recogiéndome a las afueras del mercado, se ha convertido en nuestra rutina habitual.

Me siento contenta pues hasta hace unas semanas atrás, el ranchero gruñón se quedaba laborando hasta altas horas de la noche, literal hasta que la mayoría de sus trabajadores se iban a sus casas, pero ahora entre pláticas me confesó sin darse cuenta, que se limita a dejar indicaciones y sale levantando polvo para venir a recogerme a tiempo.

Siempre llega antes de que se oculte el sol, se estaciona al otro lado de la calle y para cuando salgo ya está a las afueras esperando a que salga del trabajo mientras escucha música en su ahora aplicación favorita, Pandora.

—¡Hola, tú! —saludo mientras abro la puerta entusiasmada y de un salto me acomodo.

—¿Lista? —pregunta mientras comienza a dar marcha a la camioneta.

Busco su teléfono en el tablero y le subo a la canción que está tocando el aparato, me encanta George Strait y *Write this down* es la que ahora suena por los altavoces.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —indago acostumbrada a recoger comida por ahí y partir para cenar en casa.

—De hecho, estaba pensando ¿has considerado dejar de trabajar? —suelta esa locura como si fuera cualquier cosa. Volteo a verlo sorprendida y al mirar su expresión me doy cuenta de que está hablando muy en serio ya que no aparenta ni una pizca de broma, no puedo contenerme y suelto una carcajada.

—¿Qué pasa? ¿No crees que sería más agradable llegar a casa y encontrarte ahí todos los días en vez de tener que recorrer toda la ciudad y esperar por ti a que salgas del trabajo? —explica su punto —. Recuerdo que cuando eras más joven te encantaba dar órdenes por toda la hacienda… —Se da

cuenta de que su observación ha revelado demasiado y se calla de manera repentina, limitándose a concentrarse en el inexistente tráfico.

—Continúa, esta plática está tomando un rumbo muy interesante… —Me pongo seria y lo impulso a continuar intrigada a dónde quiere llegar con todo esto.

—Bueno, es que como siempre te ha gustado encargarte de las cosas de la finca, pensé que quizás sería buena idea que, en vez de venir a trabajar hasta acá, te podrías quedar en la casa a cargo de todos los pendientes. —Se detiene unos segundos considerando algo en silencio para después continuar—: Aunque, bueno, a la vez soy consciente de que esto también es importante para ti, coincido contigo en que te servirá para tomar más responsabilidades y aprender a desenvolverte en un ámbito laboral, solo que quizás deberías descansar ahora que estás de vacaciones —explica y en ese instante lo entiendo todo, ya que retoma de manera sutil el tema que pensé que teníamos olvidado—. No me has dicho nada sobre la universidad ¿te has inscrito para comenzar este verano?

Mortificada, paso saliva, con todos estos últimos acontecimientos que he vivido no he podido reunir el valor para decirle que no quiero regresar a la escuela. Cada que toca el tema le saco la vuelta diciendo que lo veremos más adelante, pero ahora al sentirme más en control pienso que quizás es el momento ideal para revelarle mis planes.

Desde el momento en que regresé ya había descartado volver a Denver y ahora que nos hemos comenzado a acercar, lo que menos quiero es alejarme temiendo que si lo hago volvamos a crear ese distanciamiento o que hasta reaparezca esa hostilidad por su parte al negarse a abrirse a mí, cohibido por la diferencia de edades.

Desde la noche en la pérgola no nos hemos vuelto a besar. En la casa todo el tiempo nos la pasamos juntos, comemos y a la par que él revisa los pendientes yo leo en su oficina. Salimos, hacemos el mandado cuando se me ocurre hacer algo especial en la cocina, pero todo de una manera amistosa y cómplice, por supuesto de vez en cuando me nace y no me privo de tocar su mano mientras maneja y él me responde dándome un fuerte apretón, quizás hasta me he llegado a acorrucar en su lado a la par que él conduce o cuando vemos alguna película, sin embargo, nada ha sido de manera sugerente.

He dejado de provocarlo, he comprendido que de esa manera menos llegaré a él, al contrario, desde que he sido más comprensiva con nuestra situación todo se ha dado de una manera mágica y

especial.

—¿Entonces? —Lisandro me trae al presente y decido tomar al toro por el cuerno, no obstante, trato de bromear para revelarle mis planes.

—Creo que tienes el suficiente dinero como para aceptarme si solo me quedo con el diploma de preparatoria y la licenciatura en negocios ¿no crees? —comento tratando de sonar bromista, sin embargo, se nota que no le hace nada de gracia ya que se limita a observar el camino mientras aprieta con fuerza el volante.

En ese momento me doy cuenta de que en vez de seguir rumbo a la hacienda tomamos otro camino, el cual me genera intriga por saber a dónde nos dirige.

—Sabes bien que yo mismo soy el vivo ejemplo de que no hace falta que tengas un título universitario para salir adelante —explica tranquilo, como cuando tratas de hacer entrar en razón a un niño que no está tomando una decisión sabia—. Sin embargo, he forjado mi riqueza con el sudor de mi frente, ensuciándome y trabajando el triple. Sé que eres una joven con ganas de superarse, siempre me has demostrado que eres muy inteligente y que tienes una gran pasión por el trabajo, pero deberías considerar regresar a la universidad, Corina. —No me reprende como lo imaginé, sin embargo, deja claro que no le gusta mi decisión.

No le respondo, no sé qué decir y me sorprende dándome mi espacio sin presionarme a pensar mejor las cosas. Creo que se da cuenta de que es evidente que no me quiero volver a alejar de él, así que no se impone, de corazón espero que sea porque se está acostumbrando a mi presencia y que quizás está comenzando a sentir algo por mí.

Nos perdemos en la voz de Brad Paisley que canta *She's Everything* entramos en el estacionamiento provisional y de inmediato veo cómo varias patrullas se encuentran franqueando la entrada. Al pasar pagamos nuestra cuota y avanzando me doy cuenta de que hemos venido al rodeo anual de la ciudad. Después de unos minutos encuentra un lugar libre y se estaciona, no obstante, antes de que tenga oportunidad para abrir la puerta me avisa que me espere para él hacerlo por mí.

Antes de bajar se pone su sombrero que en Lisandro es su toque personal, a continuación, se baja de un salto y lo veo cuando cruza por enfrente de la camioneta. Siempre me ha parecido el hombre más apuesto y sexi del mundo entero, pero hoy más que nunca. La magnífica impresión que su buen

aspecto causa te hace perder la cabeza. Sí, es arisco, lo que hace que le caiga mal a mucha gente, sin embargo, tras tantos años de convivencia sé que su ceño fruncido y su imagen enfadada es simple fachada para evitar que la gente se le acerque, por suerte esto jamás me ha detenido a intentar aproximarme a él, lo hice demasiadas veces y es la razón por la que ahora estoy a punto de bajarme de su camioneta para acompañarlo y pasar una noche fantástica junto a él, alrededor de todos los del pueblo.

Lisandro es un hombre pleno, se encuentra en la edad perfecta, esa en la cual las adolescentes como yo lo desean y las más maduritas que saben lo que quieren de la vida demandan de sus atenciones, pero antes de que mis reflexiones escalen a más, mi puerta se abre y sonrío al verlo tan guapo frente a mí.

—En estos últimos días tu sonrisa es lo único que ilumina mi mundo entero —suelta sorprendiéndome y me toca con su índice la nariz quitándole importancia a esas palabras tan profundas que han hecho que un enjambre completo de abejas se haya puesto a zumbar en mi estómago con tal intensidad que mi corazón palpita desbordado de felicidad.

Me quiero echar a sus brazos para abrazarlo con fuerza, sin embargo, me detengo siendo consciente de que estamos en un lugar público. No es que estemos haciendo algo mal, pero no quiero dar pie a que haya habladurías y meter en problemas a Lisandro dando a entender algo que no es. Me siento cómoda, aun a pesar de que vengo del trabajo, esta mañana opté por ponerme una blusa de tirantes blanca, con unos pantalones relavados, como siempre llevo uno de mis pares de botas vaqueras favoritas.

Nunca he sido una persona ventajosa y, aunque siempre he contado con el capital de Lisandro, solo compro lo necesario cuando lo requiero, razón por la que nunca visto ostentosa ni trato de pretender ser alguien que no soy. Me encanta visitar tiendas de segunda y a pesar de que me gusta mucho mostrar mis atributos de chica grande suelo hacerlo con muy poco presupuesto.

—Casi lo olvidé, ¿recuerdas el día en el lago?, te dije que te había traído un regalo y no te lo di. —Estira su brazo y saca de la cabina de atrás una caja envuelta en papel de regalo color rosa con un moño gigantesco—. Bueno, lo compré esa tarde, pero por una cosa u otra después olvidé dártelo.

—Landro, no te hubieras molestado, todavía no es mi cumpleaños —comento, sorprendida, al no esperar el detalle.

—No es necesario que sea tu cumpleaños para regalarte algo, ábrela, sé que te encantará —indica con confianza.

Con cuidado la pongo sobre el sillón que he dejado libre, rompo el papel y chillo al ver la marca Corral impresa en la caja de cartón comprendiendo que es lo que me encontraré adentro al abrirla. No puedo creerlo, la abro con mucho cuidado y como lo imaginé me encuentro una belleza personalizada frente a mí, dándome la bienvenida. Levanto una bota y la admiro sin poder contener la cara de sorpresa. Sus recortes son detalles divinos, cada puntada es un deleite, solo pocos podrían admirar un trabajo de esa clase, no todos entienden el esfuerzo y la precisión de tener un par de botas de piel hechas a mano y nada menos que manufacturada en México, en donde nacen los mejores artesanos.

Me giro y lo encuentro mirándome esperando mi reacción, sin darle las gracias de manera verbal me echo a sus brazos tomándolo desprevenido a tal grado que lo hago trastabillar. Pego mis labios a los suyos en un roce cariñoso con demasiados sentimientos contenidos, lo abrazo con fuerza para a continuación recargar mi cabeza en su hombro.

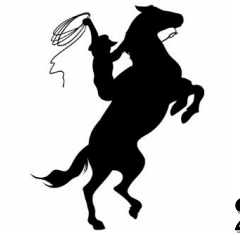
—Gracias, Landro, son hermosas. —Mis palabras sin poder evitarlo salen entrecortadas, evidenciando mi emoción.

Siendo consciente de dónde nos encontramos, me retira con cuidado de su cuerpo para mirarme a los ojos sorprendido tras mi arrebato de alegría.

—¿Por qué lloras, hermosa? —me pregunta preocupado, se nota que, si no fuera porque le he dado las gracias, pensaría que ha sido un error su regalo.

—Es que estos han sido los días más hermosos de mi vida —confieso al sentirme tan plena.

—Vamos *chiflada*[6], hay que ir a cenar. —Me sonríe y me da un beso en la frente.



20

CORINA MCKAY

Un montón de veces escuché hablar del rodeo, pero nunca había asistido. Este acontecimiento se lleva a cabo una vez al año, es una fiesta típica del pueblo en la que hay un montón de actividades como exhibiciones de ganado y otros animales. La gente de los alrededores participa para encontrar quién es el mejor espécimen de cada categoría, cada día se exhibe un *show* diferente, aparte hay música, comida y atracciones que hacen que sea una feria a la que la mayoría asisten pues es una fuente de entretenimiento que muy rara vez se tiene oportunidad de asistir.

Caminamos por el estacionamiento, pero al estar interesados en buscar algo que comer decidimos no entrar por el área principal que da a las atracciones y mejor nos acercamos a la zona de comidas. Desde lejos inspeccionamos todo el sitio y nos damos cuenta de que uno de los pocos restaurantes exclusivos de la ciudad tiene un estand provisional y mientras avanzamos me comienzo a sentir un poco incómoda, ya que pensé que, como todos los días, nos iríamos a cenar a la casa o pasaríamos por comida para llevar, sin embargo, me veo sorprendida de que desee acercarse a un lugar en el que estoy segura nos encontraremos a mucha gente del pueblo, es más, no sé cómo se tome que las personas comiencen a mirarnos mientras se pregunten qué hacemos aquí juntos o si ha considerado este hecho inevitable al exponernos de esta manera, aunque, reitero, no estamos haciendo nada malo más que pasear por los alrededores.

Me tranquilizo diciéndome en silencio mientras caminamos que si es él el que está tomando la decisión de acercarnos es porque se siente tranquilo de nuestra extraña convivencia. El restaurante mexicano al que nos dirigimos siempre me ha llamado la atención, es bien sabido que solo asiste la gente más acomodada de la región, pues ofrece cortes de carne exquisitos y excesivamente caros por su distinguida calidad, nunca lo he probado, pero me pierdo en su plática en la que me cuenta que cuando era más chico su padre siempre los llevaba a sus hermanos y a él los fines de semana para cenar ahí.

—¿Todo bien? —Lisandro se detiene y se gira para verme al notar que solo me limito a escucharlo. En su rostro puedo ver que mi semblante inseguro lo hace meditar lo que se encuentra haciendo—. Si quieres nos podemos ir, solo me pareció interesante venir al rodeo, creo que han pasado más de dos décadas desde que no pongo un pie por estos rumbos. —Mira para todos lados comenzando a ponerse incómodo.

Motivada por un extraño sentimiento al verlo tan perdido no puedo contenerme, me pongo de puntitas y lo beso, primero es solo un roce de labios tranquilo y significativo, pero cuando siento que se deja llevar y que sus grandes manos recorren mi cadera y masajean ligeramente mi culo, me doy cuenta de que se ha olvidado de que estamos en un lugar público. Y siendo consciente de que en cualquier momento alguien nos puede ver y que las cosas se podrían salir de control en un abrir y cerrar de ojos, me separo de manera sutil de su agarre brindándole una sonrisa que le indique que todo está bien.

Y, aunque durante todo este tiempo solo nos la hemos pasado disfrutando de nuestra compañía, cada día mi boca quiere explorar la suya. Sé que necesito esperar, me lo recuerdo en todo momento, pues no debo de ponerlo en esta posición, no obstante, cada vez que me siento con más familiaridad mi cuerpo toma el control y quiere echarse a sus brazos para ser adorado como estoy segura que sabe hacer. Ahora es más difícil, más cuando puedo percibir su necesidad y me percato de cómo poco a poco ha dejado de luchar contra lo que piensa que es incorrecto entre nosotros. Con el paso de los días su fortaleza se debilita y me deja entrar cada vez más profundo, con más intensidad, creando una necesidad palpable que nos envuelve y que nos ciega de todo lo que sucede a nuestro alrededor.

Todo el tiempo que la pasamos juntos lo disfrutamos al máximo, ya tenemos nuestra rutina y mientras Lisandro lleva las finanzas desde casa, me siento en la sala de su despacho con mi *Kindle* en mano y me pongo a leer, y cuando mis mejillas se sonrojan al momento que leo en mi libro electrónico alguna escena erótica, miro inconscientemente a Lisandro con ojos llenos de deseo. Mientras que él frente a mí se encuentra concentrado haciendo estimados como un día cualquiera, sin embargo, a mi cabeza llegan un millón de fantasías que moriría por cumplir junto a él, estoy segura de que es un amante generoso que cumpliría todos y cada uno de los sueños húmedos en los que él ha participado como el protagonista.

Me imagino recostada en su despacho, al tiempo que él se sumerge entre mis pliegues robándome mi virginidad; mi mente vuela sin limitaciones y para mi mala o quizás buena suerte, Lisandro siempre me descubre admirándolo y me regresa una seductora sonrisa, dejando en sus labios una promesa de que el día llegará antes de lo pensado.

No me puedo sacar de la cabeza que en unos días será mi cumpleaños y podré avanzar con nuestro acercamiento que conlleva a básicamente tomarnos de la mano, claro que algunas veces mis

hormonas son difíciles de controlar, pero Lisandro siempre me mantiene a raya con ligeros comentarios que me enloquecen prometiéndome que valdrá la pena esperar.

El individuo amargado que alguna vez habitó en él desaparece poco a poco, ahora es más cálido, detallista con lo que respecta a mi persona, con los demás sigue tomando su distancia y, aunque continúa sin hablar con sus hermanos, con su padre se mantiene en contacto.

La mayoría de las veces, cuando espera en el estacionamiento afuera del trabajo tiene un ramo de flores diferentes esperando por mí en el asiento del copiloto, dice que no le diga cuáles son mis favoritas, pues él quiere descubrirlo por su cuenta. Explica que, con la simple reacción que hago al recibirlas, él sabrá cuáles son mis preferidas y hasta el día de hoy he recibido diferentes tipos de flores, rosas y claveles de diferentes colores.

Cuando comemos juntos, nos vamos directo a la recámara, algunas veces he llevado la iniciativa en el instante en que no veo a nadie a nuestro alrededor, tomo su mano y partimos juntos en silencio. Los empleados de la hacienda son muy prudentes y, aunque es obvio que sospechan que algo sucede entre nosotros ya que nunca pasábamos tanto tiempo juntos, hasta el día de hoy no he encontrado a nadie haciendo ningún comentario al respecto.

Soy tan feliz, no tengo la menor duda de que mis sentimientos siguen fieles por él, que lo deseo con cada partícula de mi ser, vivo un sueño. Es por eso que respetaré su palabra y sus decisiones, hasta que él deje de existir, pues firmemente sigo pensando que para eso he sido creada y traído hasta estas tierras. Un día él sería mi hombre y yo sería su mujer, estaba escrito y ahora no tengo duda alguna.

—Florecilla, creo que vamos a tener que quedar claros en que los besos son solo dentro de la finca. —Se sonríe sobre mis labios sonando guasón, sin embargo, continúa confesando—. Porque cuando tu piel toca la mía pierdo completamente la razón. —Me echa a mí la bronca de su descuido y ese hecho es difícil de creer, pues cada día tengo frente a mí a un Lisandro nuevo que me desarma, una hermosa versión de ese hombre grande y recio entre mis manos, por el que fácilmente pierdo la cordura.

—Solo faltan unos días... Por favor, no me puedes privar de esta delicia. —Ahora soy yo quien ruega sonriendo, negándome a parar sin despegar mis labios de los suyos.

—Te aprovechas porque en estos momentos ya no tengo voluntad para decirte que no —reclama entrecortado mientras me sigue besando y mordisqueando la boca de manera tortuosa.

Sin darnos cuenta envueltos en nuestra burbuja perfecta de repente se escucha una voz que se aclara la garganta, por simple reacción Lisandro da un paso hacia atrás y, aunque al principio voltea sin una pizca de vergüenza, al notar quién se encuentra frente a nosotros inmediatamente noto el momento en que se tensa.

Soy consciente de que no estamos haciendo nada malo, sin embargo, un enamoramiento entre nosotros al ojo público, no sería bien visto, sin contar con que todavía no tengo la mayoría de edad y podría meter en problemas legales a Landro.

—Válgame, muchacho, tantos años sin verte —saluda un viejo que calculo debe de tener alrededor de la edad del padre de Lisandro. Su mirada me eriza la piel con un extraño y repugnante sentimiento, pues sus ojos pasan sobre mi cuerpo, me escanea sin vergüenza y de manera lasciva de pies a cabeza.

No paso por alto que lleva de la mano a una mujer mucho más joven que él, es evidente que, si Lisandro me lleva a mí unos cuantos años; a esa chica, ese ranchero le pasa por lo menos con unos treinta y tantos. Sin duda, esa mujer debe de tener algún motivo en particular para aceptar a un hombre tan repugnante y feo como novio o marido, pues dudo que sea por su gran corazón ya que su cadena de oro y las joyas que porta dejan pensar que la mujer que se encuentra de su brazo es por evidente conveniencia.

En el momento en que pasa aquello por mi cabeza me regaño en silencio por pensar así, ya que no debería de hacer suposiciones, pues no tengo ni la menor idea de que sean ciertas, aparte de que tampoco quiero ser juzgada de la misma manera por alguien que no me conozca si me llegan a ver con Lisandro y digan que solo quiero embaucarlo por su estatus económico.

Por un momento no me siento tan mal por la diferencia de edad, corrección, nunca he tenido prejuicios por la diferencia que existe entre nosotros, pero sé que es algo que le mortifica a Lisandro, aun a pesar de que con regularidad eso es muy natural en los alrededores. Estoy acostumbrada a conocer parejas que se llevan varios años o las típicas abuelitas que se casaron a una temprana edad, pero bueno, la vida cambia y hoy en día todo es diferente.

—Ahora veo por qué te has mantenido tantos años encerrado en esa colina, con esta *muchachita* yo hubiese hecho lo mismo. —Se carcajea y no puedo evitar sonrojarme ante la vergüenza que me causa su comentario con doble sentido—. Con que tenías un tierno juguetito bien escondido…

Con esas últimas palabras siento que se me revuelve el estómago al sentir la mirada indecente del hombre que me recorre de nuevo de pies a cabeza de una manera sugerente que me hace sentir sucia. Lisandro se tensa y de inmediato al percibir que está a punto de echársele encima le aprieto la mano y con la otra lo toco y la deslizo por lo largo de su brazo fuerte y rígido, tratando de calmarlo con mi roce, pues es evidente que está a punto de partirle la cara por insinuar algo tan asqueroso.

Sé que Lisandro es incapaz de tocar a una niña, jamás me vio con ese tipo de mirada repugnante que demuestra el tipo de basura que tengo frente a mí, al contrario, cuando por fin pude notar un interés diferente en sus ojos fue ahora que estoy a punto de cumplir dieciocho años y que fui yo quien me hice notar y le hablé fuerte y claro sobre mis sentimientos y de lo que siempre había sentido por él. Fue hasta ese momento que sus ojos se posaron en mí y me dejaron de ver como una niña, como esa *chiquilla* que había recogido y acogido en su casa, a la que le había dado sustento, comida y estudio por más de una década.

—Nos vemos a dentro, hijo, hay que celebrar tu regreso con un buen mariachi. —Sin esperar respuesta de Lisandro, se da la media vuelta y sigue su camino junto a la mujer avanzando hacia el restaurante.

—Hey, Landro. —Trato de llamar su atención cuando nos quedamos a solas, pero Lisandro se encuentra perdido en sus pensamientos a miles de kilómetros de distancia.

—Corina, necesitamos regresar. —Cuando por fin reacciona, pide con voz apagada y seria.

—Oye, pero si acabamos de llegar. —Comienzo a reñir tratando de salvar la noche, sin embargo, noto en su mirada que nuestra velada se ha terminado y que nada lo hará cambiar de parecer.

No obstante, como es la primera vez que salimos juntos, me rehúso a darme por vencida. No puedo aceptar que ese viejo con sus comentarios malintencionados sobre lo que piensa que hay desde hace mucho tiempo atrás entre nosotros, arruine nuestra noche. Necesito que entienda que no le podemos dar ese poder y mientras estoy meditando cómo decirle todo esto me interrumpe.

—Tenemos que irnos, ¿no lo entiendes? —Levanta la voz haciéndome sentir como si fuera una estúpida al no comprender lo que sucede—. Cuando entremos a ese restaurante pensarán que todo este tiempo me he mantenido encerrado en la hacienda porque me la he pasado encontrando diversión ¡en una niña! ¿Sabes cuántos problemas me podría causar todo esto si comienzan las habladurías? —me reprende molesto, como si yo no fuera capaz de entender la gravedad de la situación.

Me quedo callada, pues siento que no debería de incomodarlo que la gente se haga una idea equivocada mientras nosotros sepamos la verdad. Me repito que no deberíamos de vivir de las personas, aparte de que Lisandro nunca se me ha hecho como que fuera de ese tipo de personas a quien le importa o le quita el sueño el qué digan o piensen de él. Es completamente absurdo y estúpido que les dé el poder de incomodarlo.

—Por favor, Lisandro, ¿es en serio? Ellos no te dan de comer, no puedes darles ese dominio sobre ti —reviro todavía sin poder creer su actitud.

—¿Tú qué sabes, Corina? ¡Tú no tienes nada! ¡Yo podría perderlo todo, podría terminar en la cárcel por tus estupideces! —Sus palabras me impactan a tal grado que mis ojos expresivos se agrandan ante la agresividad de su discurso y me hacen dar dos pasos hacia atrás como si me hubiera abofeteado. Tiene toda la razón, no tengo nada en este maldito mundo, pero jamás pensé que me lo echaría en la cara como si fuera poca cosa por este hecho—. Esto tiene que terminar, mañana mismo te largas de la hacienda. —Parpadeo deprisa y me trago el nudo que se forma en mi garganta.

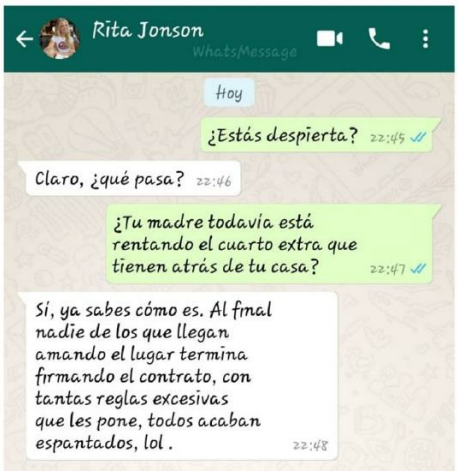
«Por supuesto que me largaré de su casa», es lo primero que pienso al escucharlo, pero esta vez lo haré complacida con saber que en esta ocasión no solo yo sufriré por este distanciamiento que estamos a punto de vivir.

Me quedo en silencio, pues reconozco que cuando emerge el lado repulsivo de Lisandro Prescott es imposible de lidiar con él, sin embargo, estoy muy segura de que esta vez seré inteligente y no saldré como chiva loca para exponerme a que algo me suceda a mitad de la noche. Sin decir palabra me giro y me limito a caminar de regreso hacia la camioneta, sin reñirle más ni darle la contraria.

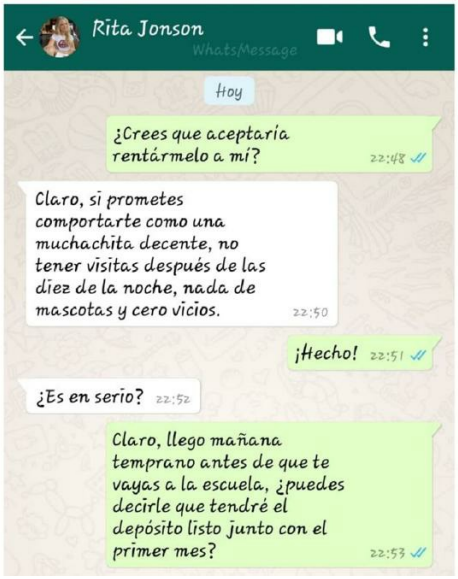
Al llegar a la hacienda de igual manera sin permitir que me abra la puerta lo hago yo y bajo su atenta mirada subo los escalones directo a mi habitación.

Entro a mi cuarto y saco mi viejo velís que yace al fondo del clóset, lo llevo a la cama, lo abro para a continuación ponerme a doblar con cuidado mi ropa lamentando no poder llevarme todas mis cosas en una sola vuelta. Pienso que con esto me bastará por el momento ya después tendré tiempo de regresar por lo demás.

Busco mi bolsa, tomo mi celular y le mando un mensaje por WhatsApp a Rita, una de las chicas que trabajan a medio tiempo conmigo en el mercado. Hemos estado platicando mucho ya que compartimos el mismo horario. Hace varios días me preguntó si conocía a alguien que le pudiera interesar un espacio que su familia renta. Su proposición me llamó la atención de inmediato desde el momento en que sacó el tema a colación, no obstante, quería esperar hasta juntar un poco más de dinero, sin embargo, creo que ya debo poner las manos en ese asunto y dar el gran paso.



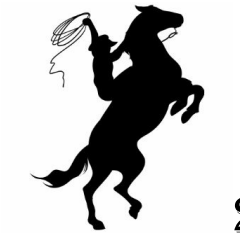
Sin meditarlo mucho me lanzo a preguntarle lo que me interesa.



Agrego recordando las cantidades que había comentado que cobra por el lugar.



Al dejar el celular en mi mesita de noche y en el momento en que estoy a punto de ir al baño a recoger mis cosas personales tocan a la puerta con golpes fuertes y demandantes. Indiferente doy el paso con un simple grito sabiendo muy bien quién ha llegado a mi habitación.



21

LISANDRO PRESCOTT

En el momento en que veo cómo sus ojos se agrandan me doy cuenta de la estupidez que he soltado, pero no puedo retractarme ni dejar que esto siga avanzando. Faltan solo unos cuantos malditos días para que cumpla su mayoría de edad, no entiendo cómo no puedo controlar mis impulsos cuando se trata de ella.

—Esto tiene que terminar- —De manera tosca declaro enfurecido conmigo mismo—. ¡Mañana mismo te largas de la hacienda! —Pienso repentinamente en voz alta.

No me dice nada, solo toma aire profundo, se gira y emprende el paso para acercarse a la camioneta. Viajamos en completo silencio y cuando llegamos a la finca, debo de confesar que me encuentro sorprendido con la reacción madura y serena que adopta Corina.

Al bajarse lo hace en total reserva, perdida en sus propios pensamientos, sin contradecirme. Espero que azote la puerta como es su costumbre, pero me quedo aguardando la acción y nada llega. Sé que siente mi mirada al observarla abrir la puerta principal, así que apresuro el paso para tomarla antes de que esta se cierre y sin palabras la veo subir por las escaleras perdiéndose en el pasillo que da hacia nuestras recámaras como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

Me abstengo de ir al despacho pues si lo hago sé que lo primero que haré será tomarme un trago y sin ganas de intoxicar mi cuerpo me dirijo cabizbajo a mi cuarto. Tan solo al estar a solas me voy a la ducha decidiendo que lo mejor que puedo hacer para reflexionar es tomar un baño con agua caliente que logre relajarme y me ayude a aclararme la cabeza.

Sin embargo, cuando estoy bajo el chorro un sentimiento incómodo se instala en el pecho que me hace pensar que Corina en estos momentos pueda estar de nuevo huyendo de la hacienda, poniéndose en peligro tras algún arranque de ira, y sin importarme que estoy mojando la baldosa recorro la cortina, tomo la toalla y me seco deprisa.

Sin perder el tiempo camino por toda la habitación, llego a la cómoda y saco lo primero que me encuentro, olvidando el calzado en el trascurso y de manera acelerada sin querer azoto la puerta a mi espalda al salir en su búsqueda.

Salgo de la habitación con un solo propósito, encontrar a esa *chiquilla* loca antes de que cometa otra locura. Toco la puerta de su habitación con azotes fuertes usando mis nudillos, desesperado por encontrarla.

—¡Adelante! —grita dándome el paso y dejándome pasmado con la orden inesperada.

Solo al entrar me detengo al encontrarla al pie de la cama haciendo maletas, preparándose para marcharse de nuevo.

Mi consternación ante mi descubrimiento se trasforma en algo indescriptible, dándole paso a un nudo que se forma en mi garganta que con dificultad trato de pasar con saliva al ver cómo me observa, pues el desosiego y la incertidumbre de su próximo abandono se convierte en lava pura que corre por mis venas al verme deseado con tanta hambre y ferocidad, ningunos ojos me han trasmitido tanto.

Me contempla sin vergüenza de la cabeza hasta los pies, se lame el labio inferior dejando claro que me desea y no le da pena que esté al corriente de ese detalle.

Sin poder evitarlo me abro paso por la habitación, agito la cabeza ligeramente para concentrarme, tratando de pasar por alto la bruma sexual que nos envuelve, pues hay cosas más importantes que necesitamos discutir y necesito mantenerme en control.

—Necesitamos hablar —le digo observando de nuevo la maleta que descansa en medio de la cama, lo que provoca que la piel de todo el cuerpo se me erice ante la consternación de sentirme abandonado.

Toda la vida he estado bien con la soledad que siempre me ha rondado, yo mismo durante todos estos años lo he provocado, sin embargo, algo extraño me aborda solo de imaginar que se vaya y me deje.

—Lisandro, no otra vez. Estoy cansada de lo mismo. No soy una persona conflictiva. Tienes razón, por mi culpa podrías perderlo todo y yo jamás podría vivir con eso —confiesa reflejando sinceridad en sus hermosos ojos aguamarina que me observan con cariño—. Me gustas, te quiero, te deseo, lo sabes y no puedo mantener mis manos apartadas de ti. —Deja claro—. Por fin en unos

días ya cumpliré la mayoría de edad y quizás será bueno irme de tu casa. Quizás necesito vivir allá a fuera, lejos de estas paredes, a lo mejor estás en lo correcto, tengo que experimentar cosas nuevas para asegurarme de si lo que quiero de verdad eres tú —expresa muy segura de sí misma sonando mucho mayor de lo que es, sin embargo, sus palabras me suben como ácido a la garganta aun a pesar de que es lo que he querido escuchar desde que regresó.

Reconozco de inmediato que está tomando la decisión correcta, no solo para ella sino para los dos. Corina me demuestra con su actitud serena la madurez que posee la mayoría de las veces, esa que ha manifestado desde que era demasiado joven. Así que comprendiendo lo que está a punto de suceder sin poder evitarlo y con el corazón apretado acorto la distancia, mis manos toman sus mejillas y contemplo su rostro perfecto.

Las palabras se me estancan en la garganta, pues no sé qué decir, ella interpreta mi silencio, me abraza y descansa su cabeza en mi pecho mientras me aprieta con más fuerza y yo después de oler sus cabellos dejo un beso en ellos sin apartarme de su lado.

Estas semanas, aunque han sido pocos días, mi vida ha cambiado, estoy experimentando lo que es sentirse pleno, la anhelo cuando no la tengo a mi alrededor, y estoy seguro de que a ella le pasa lo mismo, quisiera cambiar las cosas y poder sentirme libre para permitirme todo el tiempo poder besarla, tomarla de la mano, salir a su lado, mostrarla a todo el mundo y gritarles como un loco que sin imaginarlo se ha convertido en la luz entre mis perturbadoras tinieblas, la cuerda que lucha por poco a poco sacarme de la nebulosa en la cual he vivido por tantos años.

—No quiero que me dejes —me confieso con voz apagada, casi inaudible.

Corina de inmediato busca mi rostro y me enfrenta cambiando su expresión, tiene que elevar la cara para mirarme y encontrarse con mis ojos, sin embargo, no se cohíbe ante mi presencia al contrario me ve altiva.

—Dios mío, Landro, ¿entonces qué quieres que haga? —me pregunta evidentemente desesperada ante mis cambios de parecer—. No puedes tratar de herirme a propósito con ese tipo de palabras frías e hirientes. El amor no lastima y si lo que pretendes es apartarme de ti, solo tienes que dejarlo claro y matar mis esperanzas. Pues ningún corazón tiene que aguantar el desprecio de otro.

La joven que tengo frente a mí vuelve a mostrarse más madura de lo que debería de ser a su corta

edad, más que yo mismo, pues, aunque soy mucho mayor que ella nunca he pasado por todas estas cosas, en eso también soy inexperto hasta quizás más que ella. Mi desolación me hace sentir perdido y la diferencia de edades no ayudan a mi mente y corazón a ponerse de acuerdo entre lo que comienzo a sentir con lo que quiero hacer y con lo que debería permitirme vivir.

—Sabes que me encantas… —confieso tomándole de las mejillas y depositándole un beso ligero en sus labios siendo consciente de que esta apunto de irse—, que me haces sentirme vivo, que me das las fuerzas de seguir adelante, de luchar por una vida que sentí que se había terminado para mí hace muchos años atrás, pero también quiero protegerte, y quizás permitirme amarte no sea lo mejor para tu futuro... —expreso abriendo mi corazón con voz ronca llena de sentimientos reprimidos.

—Te he dicho un montón de veces que esto es lo que más deseo... Pero también soy consciente de que el amor no perjudica, así que tengo que irme... —Puedo mirar en sus ojos que siente cómo me tenso ante sus palabras, pero el hecho no la detiene de seguir explicándose—. Y lo vas a permitir porque cuando podamos estar juntos sin importarnos lo que digan los demás me tendrás que cortejar, me vas a tener que llevar al cine y me seguirás regalando flores como hasta hoy, pues este anticuado y oxidado hombre vive solo en tu mente. —Su voz toma un tono seductor, acorta el poco espacio que nos separa, y me aprieta los bíceps de manera sugerente tentando mi cuerpo al mismo tiempo que se muerde el labio sin dejar de mirarme—. Y yo, cariño, créeme que los siento y los veo muy apetecibles —añade esto último juguetona mientras levanta las cejas sugerentes.

Me rodea el cuello con sus brazos delicados y deja un beso bajo mi oreja que me hace estremecer como un adolescente enamorado, dejando en evidencia cuánto la deseo.

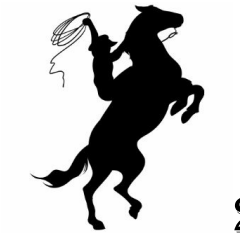
—¿A dónde piensas ir? —indago preocupado, recordando el tema principal.

—Los papás de Rita Jonson tienen un cuarto en renta —explica y continúa—: Mañana tengo pensado pasar por ahí para alquilarlo —informa como si esto ya lo tuviera contemplado desde mucho antes.

—No me gusta esa idea, Corina, tienes diecisiete años. No puedes solo irte de esa manera, es peligroso. —De nuevo expongo reacio recordando que continúa bajo mi tutela y que cualquier cosa que le llegue a suceder caerá sobre mí, no solamente de manera legal sino también sobre mi conciencia, esa que ya lleva muchos pecados cargando.

Estoy seguro de que desde mañana las cosas se saldrán de control y comenzarán las habladurías. Rolando Márquez para esa hora de la madrugada, ya le debe estar contando a medio pueblo que vio a Lisandro Prescott con la pequeña huérfana y, si mañana no toca a mi puerta el *sheriff* Treviño va a ser un milagro.

—Lo vamos a superar, estamos en esto juntos —me dice y a continuación me da un tierno beso que me hace comprender que el verdadero desafío de esta extraña relación que está comenzando a surgir entre nosotros, está por iniciar.



22

CORINA MCKAY

Lisandro aparece frente a mí con notoria preocupación, se le nota que tomó lo primero que encontró en su guardarropa, ya que lleva una playera amplia y vieja, como las que usan los chicos al jugar basquetbol, la cual sin duda ha visto mejores días. A la prenda le trozaron las mangas y ahora dejan ver sus bíceps bronceados que le dan un aspecto varonil y sensual, varios de sus abdominales marcados se dejan ver por su costado, con esa ropa se ve mucho más joven de lo que realmente es.

A pesar de que su aspecto denota inquietud, no puedo evitarlo, me excita su porte masculino a tal grado de que me comienza a latir el sexo de una manera necesitada, tanto, que percibo cómo la humedad de mi deseo empapa mis bragas de algodón.

Ese hombre solo tiene que postrar sus ojos sobre mí para tenerme comiendo de su mano, aunque no se da cuenta del hecho. Es una bestia, una fiera hecha de músculos grandes y fuertes que no han sido construidos en un gimnasio sino en el monte haciendo trabajo duro. Sin embargo, dejando a un lado la inminente atracción que me causa verlo, no puedo pasar por alto que por primera vez ese rostro se percibe perdido y eso me parte el corazón.

Así que demostrándole que nada cambiará lo que hemos compartido y de que todo seguirá como hasta hoy, trato de corromperlo una vez más para alejar la preocupación de su rostro. Descarada dejo claro que no tiene nada que temer, lo miro de la cabeza hasta los pies, repasando su escultural cuerpo muy lentamente mientras me muerdo el labio sugerente para que pueda ver con claridad mi deseo.

Es una tentación hecha hombre, es fuerte y musculoso, en silencio me pregunto «cómo se sentiría tenerlo encima poseyendo mi cuerpo y de qué maneras usaría esas grandes y trabajadas manos sobre mí al estar completamente desnuda, ¿su pene será tan grande como lo he sentido algunas veces por casualidad cuando es evidente su apetito hacia mí?».

Con eso en mente siento cómo mis mejillas se sonrojan al pensar esto último y el calor me recorre el cuerpo sin poder evitarlo, no obstante, Lisandro se limita a pasar por alto mis evidentes maneras de tratar de envolverlo, pues mi semblante revela que estaría dispuesta a entregarme ahora mismo si así me lo pidiera.

Al externar que necesitamos hablar no puedo seguir persuadiéndolo y me veo en la necesidad de dejar las cosas claras, hemos llegado a este punto en que lo mejor es alejarme. Al principio no le parece buena idea que me vaya sin antes cumplir la mayoría de edad, pero bajo lo vivido comprende que es lo mejor que podemos hacer, ya que nuestra necesidad mutua es cada vez más evidente y somos conscientes de que de un momento a otro podríamos cometer un error y no porque no estemos seguros de lo que queremos sino por mi maldito estatus al continuar siendo menor de edad.

Me hace enojar cuando me da a entender que no quiere que me vaya y de inmediato sus humores bipolares me hacen hablar con claridad y dejar las cosas claras, quizás sea una *muchachita*, pero sé lo que siento.

También trato de que esclarezca sus sentimientos cuando le digo que como bien lo ha dicho quizás el salirme de estas paredes podría ayudarme a despejarme y a la vez confirmarme que no es él lo que quiero en mi vida. Cuando escucha salir de mi boca esas palabras su semblante me revela que le duelen y eso me hace darme cuenta de nuevo que voy por un buen camino, pues tal vez sea él quien necesita aclarar sus sentimientos, esos que están naciendo en su interior, que son verdaderos y no un impulso de mi capricho para que me voltee a ver como toda una mujer.

—Lo vamos a superar, estamos en esto juntos. —Lo abrazo con fuerza sintiendo que es la mejor decisión que puedo tomar, la cual nos ayudará a reforzar nuestros sentimientos o apartarnos definitivamente para que cada quien encuentre su camino en la vida.



En la mañana siguiente de sobrevivir a nuestra primera discusión, Lisandro me acompaña a ver el cuarto que me dispongo a rentar. No paso por alto que varias veces durante el viaje al pueblo expresa que él puede correr con los gastos para que me hospede en un bonito hotel, ya que solo estamos hablando de menos de una semana para mi cumpleaños. Me mantengo firme con mi decisión ya que piensa que solo me quedaré ahí hasta cumplir la mayoría de edad, sin embargo, aunque mi arrendamiento no es algo a largo plazo lo que sí tengo muy claro es que no regresaré a la hacienda a jugar el mismo papel en el que hemos estado viviendo estos últimos días.

—Listo, es aquí en la casa del barandal café. —Indico con mi dedo la residencia que tiene unos árboles grandes y frondosos enfrente de la fachada.

—Bueno, veo que no te haré cambiar de parecer. —Empieza a explicar mientras se estaciona—. Solo te voy a decir algo, si no me gusta el lugar no te voy a dejar que te quedes aquí.

—*Okey*. —Aceptando su condición, entusiasmada me bajo de la camioneta de un salto sin esperar a que me abra la puerta, sin embargo, no es hasta que está a mi lado que toco el timbre.

Después de unos cuantos minutos aparece en la puerta una mujer muy guapa, de inmediato llego a la conclusión de que quien tenemos enfrente es la mamá de mi amiga ya que la mujer se parece mucho a Rita, pero en una versión más grande y madura.

Me saluda con amabilidad, no obstante, cuando su rostro se gira y se da cuenta que alguien más se encuentra a mi lado los ojos le brillan de la agitación que le provoca la presencia de mi acompañante.

—Tú tienes que ser Corina McKay, la amiga de Rita y usted, ¿verdad que es hijo de Reynold Prescott? —suelta la mujer reconociéndolo de inmediato, sin embargo, es evidente que no sabe cuál de los hijos del señor Prescott es el que se encuentra en su casa.

—Así es, mucho gusto, Lisandro Prescott. —Landro le ofrece la mano y se nota cómo se derrite aún más con su tacto, si esto es posible.

—Oh, pero, por favor, pasen, pasen. —La señora toma la delantera para indicarnos el camino y sin poder evitarlo al cruzar mi mirada con mi guapo hombretón y tomando ventaja de que vamos a la espalda de la mujer le sonrío cómplice al notar cómo es evidente que le incomoda la efusividad de la señora.

Me sorprende que en vez de pedirnos que nos sentemos en la sala donde al pasar puedo observar que se encuentra el contrato esparcido en la mesita del centro, nos indica que vayamos directo a ver el lugar. Llego a la conclusión de que quizás al ver que el renombrado Lisandro Prescott se encuentra junto a mí, olvidará todas esas reglas que según Rita siempre tiene preparadas para sus nuevos inquilinos. No cabe duda de que el apellido de los hacendados tiene más valor que cualquier acuerdo de arrendamiento.

Nos explica dónde se encuentra la entrada a esta extensión de su propiedad, la cual se halla a un extremo de la casa. Abre para nosotros la puerta principal que da de inmediato a una pequeña

cocina. Al instante me gusta el espacio y más al comprobar que está ya amueblado con lo primordial que pueda necesitar.

—Disculpe, señora Jonson, ¿me permite un momento? —Mientras sigo recorriendo el espacio y estoy a punto de meterme al pequeño baño escucho a mi espalda cómo Lisandro le pide unas palabras en privado a la madre de Rita.

Estoy al tanto de que la señora es una mujer muy especial, sin embargo, desde que llegamos me ha parecido muy amable y encantadora. Sigilosa me acerco a la entrada para escuchar su plática, pues tengo que ser honesta y admitir que me incomoda que Lisandro esté tomando el control de un asunto del cual se supone yo me encargaría.

—Quería comentarle que la señorita McKay solamente se quedará por unos cuantos días —le explica Lisandro de manera resuelta y yo desde la pequeña cocina ruedo los ojos al escucharlo—. Sin embargo, le pagaré los tres primeros meses junto con el depósito por adelantado de manera que se cubran las molestias que esto le pueda causar. —Mi incomodidad escala a irritación pues me parece de muy mal gusto que se ponga a negociar algo de lo que únicamente yo debería de hacer, más cuando se supone que solo se encuentra aquí para acompañarme y asegurarse de que es un lugar seguro.

En el momento en el que estoy a punto de salir para tomar control de la conversación me detengo, pues me doy cuenta de que al comprometerse a pagar todo ese dinero, es algo que ahora no puedo cumplir pues no cuento con el suficiente capital ahorrado.

Entiendo que Lisandro lo está haciendo para encargarse de este pendiente, sin embargo, lo que hace inconscientemente es dar paso a más habladurías, ahora se preguntarán por qué después de tantos años me está sacando de su casa precisamente un día después de que nos vieron juntos y, a la vez, sumarle que pagará el arrendamiento para que me quede fuera de la hacienda, algo totalmente extraño al ser él mi tutor.

—No se preocupe, señor Prescott, yo personalmente me ocuparé de cualquier cosa que llegue a necesitar la señorita McKay —informa la mujer muy servicial—, como se ha dado cuenta el espacio está amueblado y acondicionado para que hoy mismo se pueda mudar. Este sitio lo alquilamos solo para tenerlo ocupado y así brindarle mantenimiento anual a esta área de la casa.

Salgo por la puerta principal para encontrármelos platicando en el patio que divide el terreno de los Jonson, a lo lejos en la parte frontal se encuentra la vivienda de la familia y atrás es en la parte donde viviré de hoy en adelante.

—Niña, le decía al señor Prescott, que cualquier cosa que necesites solo se lo haces saber a Rita y ella me pasará de inmediato el recado. —Aunque el tono de la mujer no tiene malicia en sus palabras noto cómo Lisandro se pone tenso al incomodarle que me llame con ese apelativo y a él "señor" cuando es evidente que ella debe de tener más o menos la edad de su padre.

—Le agradezco mucho, hoy nos encargaremos de traer mis pertenencias, no me traeré mucho, más que mi ropa y mis cosas personales —explico para llevar la plática a otro terreno.

Después de un rato la señora nos deja a solas, entramos al área que ahora será mi hogar. Como bien dijo la mujer está amueblado, tiene cortinas y cuenta con lo esencial para instalarme cómodamente sin que me falte lo básico.

—¿Por qué estás tan seria? ¿Has cambiado de parecer? —Lisandro de inmediato se da cuenta de mi incomodidad al quedarnos a solas.

En vez de contestar deprisa, trato de tomar mi tiempo para pensar cómo explicárselo. Me siento sobre la cama mientras él se recarga en el marco de la puerta esperando una respuesta sin quitarme sus inquisidores ojos de encima, considero decirle que no me pasa nada para zanjar el tema, pero no soy ese tipo de persona que se calla lo que piensa o siente y estoy segura de que no comenzaré a callarlo mucho menos ahora que me siento más en confianza con lo que sea que tenemos.

—Sé que lo que haces, lo haces por mi bien. —Comienzo diciendo y levanta de inmediato las cejas sorprendido ya que imagino que no pensaba que mi estado de ánimo tuviera algo que ver con él. Me analiza con su mirada avellana que con el color de la camisa de rayas que viste le da un toque de verde claro a esos preciosos ojos que posee—. Pero, no puedes ir resolviendo mis asuntos a tu manera. —Trata de abrir la boca para alegar lo que digo, mas de inmediato lo detengo para que me deje hablar—. No, espera. Me estoy saliendo de tu casa para independizarme, no estoy viniendo aquí solo porque no podamos tener las manos alejadas el uno del otro. —Me doy cuenta de que estoy hablando demasiado alto, así que me levanto y me acerco a la ventana para ver si alguien se encuentra a nuestro alrededor.

—¿De qué diablos estás hablando, Corina? —su pregunta con tono duro me hace darme cuenta de que los hombres de carne y hueso no son tan diferentes a los que leo en las novelas de ficción. A los cuales la protagonista tiene que explicar con punto y coma lo que sienten, pues no son lo suficientemente perspicaces para leer entre líneas.

—Lisandro, solo no estuvo bien que vengas a tratar de hacer tu propio contrato de arrendamiento, soy yo la que estoy a punto de cumplir la mayoría de edad y quiere independizarse, la que necesita comenzar a hacer todo esto por su cuenta. —Veo que asiente entendiendo lo que trato de decirle.

—Lo lamento, Florecilla, trataré de trabajar en esto. —Una casi inexistente sonrisa se cuela por la comisura de su boca un tanto apenado—. Recuerda que también todo esto es nuevo para mí. Quizás te lleve muchos años, tantos, que ni quiero hacer la cuenta de cuántos, pero en lo que respecta a esto que ha comenzado a nacer entre nosotros es algo que jamás he vivido ni sentido. —Le sonrío complacida de su sinceridad y me entran unas ganas de lanzármele a sus brazos y robarle un beso.

—¡Venga!, llévame a la casa que hay que traer toda mi ropa. No puedo esperar a instalarme. —Hago un baile feliz de la emoción y le aparece una pequeña sonrisa mientras menea su cabeza en forma de negativa después de contemplar mi payasada.

—Ahora veo las ansias que tienes por alejarte de mí. —El comentario sale en un tono de fingida incredulidad evidenciando que está bromeando.

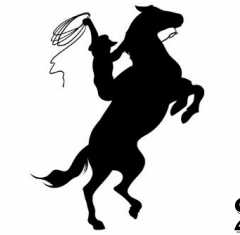
—Ni que lo digas… —Me carcajeo.

Salimos del lugar y cierro la puerta tras de mí con las llaves que me han dado. Felices partimos para la hacienda con el único propósito de dejar todo listo hoy mismo.

Aunque la situación tiene su toque de tristeza, pues ya no estaré en la hacienda, un mundo de nuevas sensaciones me recorre por todo el cuerpo brindándome la oportunidad de comenzar a hacer las cosas por mi cuenta, para demostrarle no solo a Lisandro que estoy lista para valerme por mí misma sino también para demostrarme a mí que lo puedo lograr sin el apoyo de él.

El dinero que tengo ahorrado me ayudará a no tener presiones por los próximos meses, pero el saberme administrar será la clave para seguir adelante aprendiendo lo que es la vida real sin los

brazos protectores de ningún tutor.



23

En la mañana siguiente me levanto muy entusiasmada y contenta al percatarme de que el lugar donde he comenzado a vivir se encuentra muy cerca de mi trabajo, y cuando voy rumbo al negocio veo que tengo tiempo de sobra para pasar por un café y sin pensarlo dos veces me detengo en una cafetería en la que he estado un par de veces en la cual sirven una auténtica bebida colombiana.

En el momento en que pongo mi orden, la joven de inmediato toma mi nombre para el pedido y con una sonrisa cordial me avisa que saldrá en unos minutos y a la vez me invita a que tome asiento informándome que van un poco retrasados con las comandas por la hora de la mañana.

—Oh, no te preocupes, me he levantado demasiado temprano, tengo suficiente tiempo para esperar. —Sonrío quitándole importancia al retraso, sin embargo, cuando me giro para buscar dónde sentarme no paso por alto que las dos mujeres que están tras de mí en la fila me repasan de arriba hacia abajo en el instante en que camino a su lado.

Al principio no le tomo mucha importancia, pero al percatarme de su insistente escrutinio me comienzo a llenar de curiosidad, ya que solo visto una simple blusa de algodón azul sólida y unos pantalones de mezclilla junto con mis zapatillas deportivas, con estos trapos no creo que a nadie le llame tanto la atención como a ellas.

Tomo asiento junto a la puerta de la entrada y mientras observo por la ventana vuelvo a sentir que alguien tiene la mirada sobre mí, así que esperando que les dé un poquito de vergüenza ser atrapadas en el acto giro mi rostro para enfrentarlas, no obstante, las mujeres ni se cohíben. Ahora se encuentran sentadas al otro extremo de la cafetería, sin embargo, me sorprende que sigan cuchicheando sin apartar su mirada, como si gozaran con dejar en claro que de la que hablan es de mi persona.

El hecho me hace sentir incómoda, y un tanto inquieta, repaso a los presentes para comprobar si la demás gente también me observa como ellas. Al verificar que nadie me está poniendo atención, saco mi celular y noto que tengo un mensaje de texto de Lisandro preguntándome si ya he salido de casa.

Anoche cuando estaba rendida en mi cama, después de desempacar mis pocas pertenencias, me llamó para platicarme que su padre estaba organizando una escapada familiar, de inmediato lo motivé para que aceptara, sin embargo, nunca me imaginé que todo sería tan rápido, pues esta misma madrugada salió para Worland, Wyoming junto con su padre y sus dos hermanos, y a Rey lo verían en el lugar de la reunión.

Me limito a teclear que estoy pidiendo un café y de aquí me voy rumbo al trabajo, rápido mando otro donde le prometo que le escribiré saliendo.

Al escuchar que pronuncian mi nombre de un brinco salto de mi banco, me acerco a la barra, tomo mi orden y dando las gracias me giro para tratar de salir pitando de la cafetería pues ya no aguanto las miradas de saña de esas dos, sin embargo, mis planes se ven truncados ya que el área se haya congestionada y con paciencia poco a poco avanzo encaminándome hacia la salida.

—Te prometo que es la última vez que vengo aquí —pronuncia alguien muy cerca de mi espalda.

—Por supuesto, ¿ya viste?, ahora dejan entrar a cada mujerzuela… —Otra voz petulante agrega y, aunque no quiera hacerlo, me concentro en la plática.

Estoy casi segura de que son las mismas mujeres que no me han quitado la vista de encima.

—¡Qué asco!, deja tú, imagínate ya no hay respeto, ahora vamos a tener que cuidarnos de las chiquillas oportunistas que se abren de piernas deslumbradas por un hombre con dinero. —Trastabillo sin poder evitarlo, pero gracias a los reflejos de un chico que está haciendo fila que lo nota, me ayuda a recomponerme.

—Gracias… —atino a decir con un nudo en la garganta y con más desesperación comienzo a mover a la gente para salir—. Con permiso, con permiso…

Cuando por fin salgo a la banqueta me azota el aire fresco en el rostro, tomo una gran bocanada de aire. Todavía no acabo de comprender lo que acaba de pasar, es más, ni siquiera estoy segura de que se estuvieran refiriendo a mí. Mis pensamientos son una maraña, en el momento en que escucho la campanita a mi espalda que anuncia que alguien ha salido tras de mí, mi espalda se tensa.

—Ay, ahora sí, muy escandalizada —pronuncia la misma voz de hace unos minutos atrás, pero

ahora utilizando un tono de amabilidad fingida. No puedo evitarlo y la veo directo a los ojos, en su mirada encuentro auténtico desprecio, todavía estoy tratando de asimilar sus comportamientos cuando sigue señalando—: Nos vamos a encargar de que todo el pueblo se entere del tipo de mujer que eres… —Se dan la media vuelta y siguen su paso.

Me tomo unos minutos para recomponerme, me acerco a un bote de basura y termino tirando el café. Antes de partir me obligo a tomar unas cuantas bocanadas de aire deseando en silencio que Lisandro se encontrara en la ciudad, sin embargo, creo que es mucho mejor que se haya marchado.

Me encuentro muy feliz por él, honestamente lo estoy. Ahora me doy cuenta de que necesito quedarme callada con todo lo que llegue a pasar en el pueblo, pues no quiero que se mortifique, ya que estoy segura de que cuando se entere se echará la culpa de lo que provocó el habernos acercado antes de que cumpliera la mayoría de edad. Por mi parte no me siento mal, nunca he vivido de la gente y sé que si no estuviera yo involucrada Lisandro pensaría lo mismo, sin embargo, soy consciente de que cuando se dé cuenta se sentirá terrible pues es algo que jamás hubiera querido para mí. Me marcho deprisa con la cabeza hecha un lío y con un corazón herido sintiéndose desolado y más triste que nunca.

Como lo hago siempre al llegar me voy directo a mi casillero, dejo mis pertenencias de manera automática y me pongo el mandil verde que tiene bordado mi nombre junto al logo de la empresa, inmediatamente que comienzan a desfilar los primeros clientes me percato de las miradas inquisidoras que me recorren de pies a cabeza. El mal genio comienza a tomar presencia cuando se dirigen a mí, y más de una persona se queja por cualquier cosa que hago al escanear sus productos o simplemente al cobrar su mandado.

—¡Te dije que quería doble bolsa! —Una señora me grita con hostilidad, es tanta su discordia al empezarse a quejar que sus gritos llaman la atención de los presentes.

—Pero si en lugar de abrirte de piernas, mijita, supieras trabajar… pero mira, ni eso sabes hacer bien. No, pero si ahorita solo para eso sirven —masculla entre dientes y se me abren mucho los ojos de la impresión, pues estoy segura de que el caballero que está detrás de ella esperando su turno ha escuchado a la perfección lo que ha dicho y, aunque este no dice nada, al girarme para empezar a ponerle la bolsa extra que solicita me echa un repaso que me hace sentir expuesta.

—Corina… —Jessica, la manejadora de turno se acerca y llama mi atención—. Cuando termines

con el caballero, por favor, ve a la oficina a hacer el corte —avisa estirando su brazo para a continuación apagar la luz que indica que la caja está abierta.

Deprisa sin mirarlo a los ojos verbalizo su total, y cuando me da el dinero para que me cobre con su dedo pulgar roza la palma de mi mano, por simple instinto levanto la mirada y veo cómo una sonrisa cínica y descarada se le instala en el rostro. Hace un gesto con su cara en señal de saludo. De inmediato frunzo el ceño, sin embargo, se nota que ni mi molestia o incomodidad lo llega a perturbar en lo más mínimo.



—¡Esto es una maldita mierda! —murmuro mientras subo las escaleras que dan a la oficina principal. Cuando llego entrego mi caja y después de unos minutos arriba Jessica, una mujer de mediana edad que siempre se ha portado muy bien conmigo, sé que es madre soltera, pues varias veces hemos coincidido en la zona de descanso y nos hemos puesto a platicar, sin embargo, ante los evidentes acontecimientos no sé qué pueda esperar.

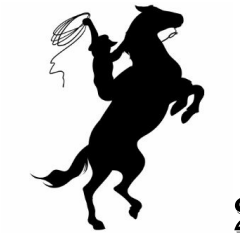
—Corina, siéntate… —Toma aire y su expresión me llena de pánico pensando lo peor—. Mira, yo no soy nadie para meterme en tu vida privada, solo que necesitas estar enterada de que han llegado a mis oídos varios comentarios que te implican. Es por esto que he decidido que por el resto del día te mandaré a hacer un inventario en la bodega —continúa explicando con voz calmada sin revelar ningún sentimiento en su rostro—. No quiero cortarte horas, sé lo importante que es para todos nosotros contar con un salario completo al terminar la semana —explica con amabilidad—. Sin embargo, tengo que advertirte que no sé qué pueda llegar a suceder si esto se repite —explica apenada.

—No te preocupes, Jessica, te lo agradezco mucho. —Abre uno de los cajones de su escritorio, saca una tabla con varios papeles y me empieza a explicar lo que tengo que hacer, luego me indica que la siga y partimos hasta la parte de atrás.



Dejo salir el aire en el momento en que tomo mis pertenencias del casillero. El día se me ha hecho demasiado largo, estoy molida al tener que pasar la mitad de mi horario en la bodega ayudando con un inventario que estoy segura Jessica inventó para mandarme de mi puesto habitual de cajera a la parte de atrás de la sucursal, no sé qué voy a hacer, es más, no sé si vaya a regresar mañana y esto

solo ha sido el primer día en el que las calumnias han comenzado a desfilar sobre mí.



24

CORINA MCKAY

Jamás imaginé que la pasaría tan mal y que tanta gente se inmiscuiría en mi vida sin conocerme. Como bien lo sospechó Lisandro y no quise escuchar, los chismes comenzaron exactamente después de que nos topamos a ese individuo en el rodeo. Algo me dice que fue él quien comenzó las habladurías, ya que son varias las insinuaciones que he tenido que detener de un par de hombres que se han tratado de propasar haciéndose los graciosos, al mismo tiempo ya he olvidado las veces que me han acorralado mujeres en el supermercado, al salir del trabajo, en la plaza del pueblo y hasta en el camino a casa insinuando que soy una mujerzuela oportunista.

Las mujeres levantan falsos hacia mí sin importarles que las escuche al pasar, expresan que soy una buscona, una robamaridos y cualquier insulto que les pase en esos momentos por la cabeza.

He llegado a pensar que quizás son mujeres que querían amarrarlo o que pensaron que podían tener una oportunidad con el hombre que jamás las volvió a recibir en su despacho y al ahora especularse que tiene algo que ver conmigo se despotrican bajo mi costa dejando mi integridad por los suelos.

A los comentarios no les he tomado ninguna importancia, pues soy consciente de que las mujeres están comportándose de esa manera ya que quizás se sienten intimidadas por mi presencia en la vida del menor de los Prescott, y solo el tiempo apaciguará esa ola de chismerío que corre por el pueblo en el cual tristemente me veo involucrada.



Al terminar de cenar, de inmediato me voy a lavar y secar los trastes, cuando acabo de guardar los pocos utensilios que usé, limpio la mesa para a continuación acercarme al cajón de la cocina y saco mi libreta de apuntes donde llevo mis gastos. Luego me dirijo a la recámara en busca de mi bolsa donde encuentro el sobre con mi quincena.

Al sentarme en la mesa, esparzo el dinero que me pagaron de la semana y sigilosa comienzo a contar. Cuando termino, lo primero que aparto es lo que pienso ahorrar de este cheque junto con lo que tengo que separar para pagar el mes de renta que, aunque ya lo liquidó Lisandro, quiero

entregárselo para que vea que soy consciente de mis gastos y que todo lo tengo bajo control.

Me encuentro concentrada poniéndome al día con mis cuentas mensuales, estoy casi por terminar cuando escucho un ruido que no logro descifrar, de inmediato pienso que me lo he imaginado, pues al quedarme quieta no se oye nada más, así que agarro mi celular y después de comprobar que es pasada la medianoche me debato en escribirle a Lisandro.

He estado tratando de no molestarlo demasiado, primero porque quiero que disfrute con su familia y, la segunda razón, es que temo que note mi estado de ánimo ante estos días vividos que cada día se me hacen más largos y extenuantes.

Me pongo tensa cuando escucho cómo alguien inserta una llave en la cerradura de la puerta principal, me encuentro sentada a unos cuantos pies de distancia. Siempre me he sentido muy segura entre estas paredes, pero algo me dice que las cosas no van bien. Mi pequeña casa cuenta solo con mi cuarto, la minicocina y el baño, es evidente que hay alguien al otro lado de la puerta que está a punto de entrar.

Mis ojos se concentran en el lugar exacto de donde proviene el ruido y siento cómo mi corazón comienza a palpitar más desbordado cuando me doy cuenta en el momento en que terminan de girar la chapa y alguien empuja la puerta.

Sin poder creérmelo, de forma espontánea ante a mi perpleja mirada veo al padre de Rita inmiscuirse en mi casa como si fuera un invitado al cual esperan. Nunca lo había visto en persona, pero sé que es él, pues lo he mirado un par de veces en varias fotos que tiene mi amiga publicadas en su página de Facebook.

El hombre no se sorprende al verme sentada en la mesa reflejando evidente perplejidad, ni se inmuta al notarse descubierto, al contrario, me sonríe de esa forma macabra y maliciosa que hace que con el gesto escalofriante se me erice los cabellos detrás de mi nuca del pánico que me provoca su traspaso. Toma asiento frente a mí muy seguro de sí mismo como si yo misma lo hubiera invitado a pasar.

—Muchachita, me imagino que sabes por qué me encuentro aquí. —Sin rodeos me dice directo —. Eres una chica muy guapa. —Se muerde el labio inferior como si se estuviera saboreando mi cuerpo. Sus ojos se postran entre el canalito de mis pechos y el acto me recuerda que me encuentro en una de mis pijamas de tirantes que, aunque no es atrevida, tiene un escote muy sugerente.

»Sé que Prescott no se encuentra en el pueblo y, bueno, quiero que sepas que yo podría tomar su lugar mientras se encuentra ausente. —Se acomoda el paquete y al inclinarse un poco hacia mí, detecto el hedor a alcohol que hace que el asco se me suba a la garganta—. Anda, linda, podríamos tener un jugoso secreto del cual nadie tiene que enterarse, ya que prácticamente vives en mi propiedad. —Se sonríe de manera cínica y se alza un poco para obtener una mejor vista de mis pechos—. Podría escabullirme sin problema a cualquier hora que se me venga en gana, considéralo, te puedo tener bien cuidada… —Deja la frase incompleta y se vuelve a morder el labio inferior con lascivia, busca en la bolsa de su pantalón y se saca una faja de dinero que deja sobre la mesa para que me quede más clara su propuesta.

Sigo pasmada sin saber qué hacer, sin embargo, reacciono de inmediato al sentir cómo el asqueroso hombre trata de tomar la pata de la silla en la que me encuentro sentada por debajo de la mesa para acercarme a él, al mismo tiempo que con la mano libre me acerca el montón de dinero.

—Vamos, cariño, no te veas tan asustada, si ya me dijeron lo bien que te la pasas con el chiquillo de los Prescott. —Esta vez trata de agarrarme el brazo, pero me hago a un lado y logro evadir su toque—. Yo también quiero los mismos servicios, esos de los cuales todo el pueblo está hablando.

Tomando el control de la situación de manera recelosa y torpe, me levanto deprisa, con el movimiento la silla se cae tras de mí retumbando en la pequeña cocina.

—No sé de qué diablos está hablando —digo con voz firme, encontrándola por fin—. Márchese ahora mismo si no quiere que comience a gritar. —Parpadea deprisa asimilando lo que le estoy diciendo.

Se nota que lo he tomado por sorpresa pues es evidente que tenía la certeza de que obtendría su cometido. Me quedo esperando a que haga algún movimiento, pues estoy segura de que si no sale inmediatamente de aquí, sin pensármelo dos veces me pondré a gritar hasta despertar a toda su familia para acusarlo de haberse metido sin mi autorización a mi casa me crean o no, pues a pesar de que los cuartos son solo una extensión retirada de la casa principal, soy consciente de que es posible que mis gritos despierten a todos y que me escuchen con claridad para venir a socorrerme.

—¿Segura que lo quieres así? —pronuncia encolerizado al no conseguir lo que buscaba.

—Le he dicho que se largue, no me volveré a repetir. —Alzo mi rostro para afirmar mi postura, aunque por dentro estoy muerta de miedo.

—Muchachita ingenua, yo nunca me quedo con las ganas. —Amenaza muy seguro antes de ponerse de pie—. Cuando menos te lo esperes te la estaré metiendo completita y ahora por estúpida y remilgada no recibirás ni un centavo de mi parte.



Me encuentro viendo el techo sobre mi cama, estoy tratando de procesar el susto de muerte que no vi venir mientras me sentía completamente segura en las paredes de mi hogar temporal. El padre de Rita me metió anoche el susto de mi vida y de inmediato que salió despavorido de la casa, volví a cerrar con candado y puse la silla junto con la mesa de manera protectora sobre la puerta para crear una barrera extra que me ayudara a escuchar si se atrevía a volver.

Sin embargo, al meterme a la cama ya no pude conciliar el sueño, durante toda la noche estuve dando vueltas y vueltas sobre el colchón hasta que por fin cuando estaba amaneciendo me quedé rendida tras el cansancio de la vigilia por el miedo que tenía de que el padre de mi amiga regresara.

No quiero ni imaginar qué habría pasado si me hubiera encontrado en una postura más vulnerable, por fortuna estaba despierta y pude decirle claramente que no estaba interesada en ninguna de las cosas depravadas que le pasaban por la cabeza.

No sé cómo manejar todo esto, ya que si revelo lo que ha sucedido quizás me pueda traer malos entendidos con Rita y su madre, las cuales amables me han abierto las puertas de su hogar. No obstante, sus últimas palabras siguen todavía retumbando en mi cabeza:

«Muchachita ingenua, yo nunca me quedo con las ganas».

Agito la cabeza para despejar esos horribles pensamientos sobre la noche pasada y ruego en silencio que todo ese lamentable suceso se debiera a que el hombre estaba claramente demasiado borracho y no era consciente de lo que hacía. Desde que me desperté pedí a Dios para que el tipo no se acordara de los acontecimientos vividos y pasáramos toda esa locura por alto como algo que nunca sucedió.

Me levanto y voy al baño, comienzo a lavarme los dientes, dándome cuenta de que tengo el tiempo justo para salir de casa y llegar al trabajo sin retrasos. Al regresar a la habitación me cambio a toda velocidad y sin ganas de arreglarme y mucho menos maquillarme solo me limito a hacerme una coleta alta.

Cuando estoy por tomar mi bolsa y salir de mi habitación timbra mi teléfono, lo busco entre mis cosas y de inmediato al encontrar el aparato veo quién llama, al instante se me instala una sonrisa bobalicona en el rostro, lo contesto deprisa con el corazón palpitándome rebosante de felicidad.

—Hola, Florecilla. —Un Lisandro contento me saluda y al escuchar su voz, se me esfuman de inmediato todas mis preocupaciones.

—Hola, Landro, ¿cómo va todo? Mañana regresas ¿verdad? —De inmediato me aseguro, recordando que en dos días será mi cumpleaños y deseo por primera vez pasarlo con él.

Por unos segundos se queda en silencio y es lo único que necesito para sentir una opresión en el pecho, dándome cuenta de que estoy por recibir alguna mala noticia.

—Fíjate que mi padre está encantado en la cabaña. —Evade mi pregunta—. Hemos comenzado a retomar las cosas —empieza a contarme—, suena chistoso, pero aun a pesar de que no hemos hablado de nuestro distanciamiento, ha sido como si nunca nos hubiéramos dejado de ver por todos estos años.

Me sorprende que Lisandro hable tan abiertamente de lo que está pasando con su familia, semanas atrás nunca lo hubiera imaginado. Me demuestra con sus palabras la confianza que siente, para abrirse y platicar de lo que está viviendo después de tantos años con la gente que estoy segura lo ha extrañado muchísimo durante toda esta temporada.

—Eso es genial, te juro que estoy muy feliz por ti —digo sincera y a continuación espero para que prosiga con la plática, sin embargo, al ver que no continúa, le pregunto—: ¿Pasa algo?, ¿todo está bien?

—Pues... —Al pronunciar aquello lo imagino quitándose el sombrero y pasándose la mano por detrás de su cabeza, como hace cuando está nervioso, así que lo animo a hablar.

—Suéltalo ya, Landro —pido tratando de sonar divertida, aunque ya se me ha formado en la garganta una bola difícil de tragar, al notar que le da vueltas al asunto.

—Mi padre quiere que nos quedemos un par de días más, todavía no lo tengo decidido, sé que es tu cumpleaños, pero... creo que el viejo pretende que nos acerquemos y desquitemos todo ese tiempo perdido —narra con voz insegura aún considerando qué decisión tomar—. Nos trató de doblegar con el típico comentario de que por fin consiguió que los cuatro coincidiéramos por primera vez después de tanto tiempo y, bueno…

—Hey, Landro, no hay problema —replico interrumpiéndolo, tratando de disimular la decepción que me ha causado la noticia.

Honestamente, no puedo imaginar estar sola en un cumpleaños que anhelé por primera vez pasar junto a él, no obstante, eso no se puede comparar a todo ese tiempo que su familia ha vivido alejado de él. Soy consciente de que no puedo ser egoísta, ellos se merecen ese tiempo juntos, y ahora más que nunca que se encuentran luchando por volver a ser la familia unida que imagino algún día fueron antes de la tragedia.

—Ya te dije que no hay problema. Es más, creo que es algo muy bueno, estoy muy feliz por ti —le aseguro de corazón, independientemente de que ahora comience a sentirme triste ante la casi confirmación de que el viaje programado de tres días se extenderá por unos cuantos más que presiento que para mí serán una larga tortura—. Ya me imagino cómo debe de estar tu padre disfrutando de sus muchachos —agrego al escuchar cómo me cuenta sobre el éxito de la caza de gansos.

—Supongo que solo quiere alargar la estancia en el pueblo para prolongar el momento que nunca pensó volver a disfrutar con nosotros —por fin declara—, aunque para ser sincero yo tampoco lo pensé posible.

—Ya vez, por eso es tan importante que te quedes y disfrutes de estos días, te los mereces, cariño —confirmo otra vez con honestidad.

—Dímelo de nuevo… —pide Lisandro tomándome por sorpresa con su voz ronca y profunda.

—Decirte ¿qué? —inquiero confundida sin saber a qué se refiere.

—Quiero volver a escuchar de tus labios decirme *cariño* —dice un tanto avergonzado ante la petición, pues esas últimas palabras le salen con menos fuerza en el timbre de su voz, todavía tratando de asimilar él mismo lo que me pide, explica—: Tengo que reconocer que es la primera vez que he escuchado una palabra que ha sonado llena de afecto.

Al comprender sus palabras me destrozan el corazón y me doy cuenta de que a pesar que indiscutiblemente Lisandro es un hombre mucho mayor que yo, es una persona sin experiencia en muchos aspectos de la vida y que lo que hemos comenzado a probar juntos también es una novedad para él, por supuesto que por mi parte es algo que voy descubriendo en la etapa en la que me encuentro, sin embargo, para él que, aunque ha estado rodeado de mujeres, de incontables experiencias sexuales y de llegar a la cúspide del deseo con innumerables de ellas, carece de experimentar su lado romántico, de vivir detalles y sentimientos llenos de complicidad.

En este momento me doy cuenta y me siento muy segura de que no ha vivido con ninguna otra mujer la conexión que me acaba de demostrar que tiene conmigo.

—El estar lejos de ti me ha hecho extrañarte demasiado y plantearme un montón de cosas que todavía no sé cómo procesar. —Poseído por algo extraño se encuentra revelando tanto sobre sus sentimientos que me tiene sin poder pronunciar palabra. Quizás es porque estamos hablando por teléfono y no puedo ver su rostro, talvez así no se siente intimidado por pensar que lo veré como una ridiculez por abrir su corazón ante mí.

»Todo esto es nuevo para mí, Corina. He tenido un montón de mujeres, pero fueron solo una borrosa imagen en mi pasado, jamás me detenía para intimar, solo era una descarga de orgasmos para saciar momentáneamente mis deseos carnales, pero desde que te colaste en mi recámara no puedo detener las sensaciones que provocó tu tacto en mi piel, fue tan sublime que mi imaginación no ha parado de añorarte sobre mi cama, quiero descubrirte, quiero vivir junto a ti todas esas experiencias que puedas aportar a mi vida, pues serían nunca antes vividas también para mí.

—Cariño... cariño, cariño, cariño... —Acatando su petición comienzo a decir. Quiero que lo escuche fuerte y claro, que se impregnen en su corazón cada sentimiento de adoración y afecto que tengo guardado solo para él—. Te extraño tanto, Lisandro. Ya quiero tenerte aquí junto a mí… —Sonrío embobada deteniendo el celular con cuidado, mientras me recuesto sobre la cama siendo consciente de que llegaré tarde al trabajo.

—Me vuelves loco, Florecilla —expresa con un timbre de voz lleno de felicidad.

—Y tú a mí —confieso sintiéndome plena.

—Entonces ¿estamos bien? —pregunta, supongo que para asegurarse de que no estoy molesta por el cambio de planes.

Estoy segura de que sabe lo importante que es la fecha para mí, espero que no se sienta entre la espada y la pared ya que me encuentro feliz al saber que por fin se está dando ese acercamiento con su familia, sé que muy en el fondo Lisandro no quiere desilusionarlos al expresar que tiene que regresar a Yuma, así que no se lo pondré difícil, ya tendremos muchos años más para disfrutar de nuestra compañía, de eso estoy segura.

—Estamos más que bien. Disfruta de estos días, porque eso sí, llegando aquí, serás solo mío —le digo traviesa para aligerar la pena. Me retiro el teléfono para comprobar la hora y veo lo tarde que es —. ¡Válgame, Landro, tengo que dejarte, llegaré tarde al trabajo y no creo que a la señora Geller le haga mucha gracia que llegue retrasada porque me he quedado hablando por teléfono con el dueño y señor del negocio!

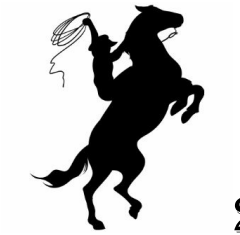
Se sonríe de mi comentario y me despido como toda una adolescente enamorada.

—Hermosa, gracias por llegar a mi vida, me haces sentirme vivo, realmente feliz, me haces sentir cosas indescriptibles... —confiesa.

—Te quiero mucho… —declaro con honestidad.

—Y yo también… —Me sorprendo al escuchar sus palabras salir de su boca, de inmediato me hacen sentir plena y la confianza se intensifica en mi pecho dándome cuenta de que pronto estaremos juntos y todo estará bien.

Colgamos entre promesas que salen de sus labios asegurando que en todo momento estaré en sus pensamientos y, yo, con la esperanza de que esos días no los sienta como una larga y triste espera.



25

LISANDRO PRESCOTT

Desde que me despierto siento una opresión en el pecho, continuamente me estoy mandando mensajes de texto con Corina, pero anoche la comencé a sentir distante, en el último mensaje de la mañana solo me escribió que estaba de camino al trabajo y prometió que me llamaría al salir.

Desde que le dije que quizás no estaría para su cumpleaños, aunque cuando finalizamos la llamada todo quedó bien y envalentonado por no tenerla frente a frente le revelé muchas de las cosas que me han rondado por la cabeza estos últimos días, quedé tranquilo, sin embargo, después se cerró y, su auténtica personalidad jovial desapareció notoriamente dándonos paso a estos escuetos mensajes que me tienen un tanto preocupado.

Nos encontramos en una de las propiedades de mi hermano mayor, es una cabaña inmensamente grande y preciosa, con unos alrededores que roban el aliento.

—¡Hey, ya hemos llegado! —Reynold grita desde el salón principal y de inmediato al escuchar la algarabía me levanto de la barra de madera donde me encuentro tomándome mi café.

La noche anterior mientras hablaba con su mujer uno de sus hijos le suplicaba que quería venir a la cabaña. Mi padre escuchó que Reynold se negaba constantemente e interrumpiendo la plática le cuestionó qué era lo que sucedía, este le dijo que sus hijos querían venir, y mi papá resuelto de inmediato le indicó que fuera por ellos, razón por la que Rey salió muy temprano el día de hoy para recogerlos y traerlos hasta aquí.

—Chicos, vengan aquí, les presento a mi hermano Lisandro. —Mis sobrinos sorprendidos, pero también algo distantes, me saludan—. Este es Junior —indica con voz orgullosa al mayor, quien por supuesto es un jovencito muy alto, resaltando los genes de la familia, este de inmediato me da la mano con un fuerte apretón—. Duke y William. —Los siguientes hacen lo mismo, aunque me miran con evidente recelo.

Quiero pensar que les causa curiosidad conocer por primera vez al tío ermitaño que solo han visto durante todos estos años mediante fotografías.

—Junior, ven ayudarme —ordena Rey después de las presentaciones y explica—. Paramos por un Ihop y ordenamos un montón de *pancakes*, huevos estrellados junto con tocino y salchichas. —Sin que me lo hayan pedido los acompaño y sacamos de la cajuela una pila de platos que vienen perfectamente organizados en bolsas de plástico.

Cuando entramos al comedor, mi padre ya tiene a los otros dos chiquillos sentados esperando por el desayuno y mientras Rey empieza a servirles entra John en calzoncillos rascándose el pecho a la vez que bosteza sin vergüenza. Los más jóvenes se ríen con complicidad ante la pinta de mi hermano y este les alborota el pelo.

—Ustedes ¿qué hacen aquí, mocosos? ¿No se supone que esto era solo reunión para los hombres de la familia? —expone sentándose a la mesa y resuelto se comienza a servir como si la comida en cualquier momento se fuera a terminar—. Creo que le hablaré a mi mujer para que traiga a mis princesas. —Los niños inmediatamente comienzan a quejarse y exponen en voz alta que la reunión es solo para los hombres Prescott y no para niñitas, no mis palabras, sino las de ellos.

Sin poder evitarlo me descubro sonriendo ante sus ocurrencias, mi padre me acerca un plato y me comienzo a servir. Mientras comemos los chicos se adaptan de inmediato a mi presencia y esporádicamente me preguntan sobre a lo que me dedico y si es verdad que tengo muchos animales en mis tierras.

—Tío Landro. —Logra decir el más pequeño mirándome con auténtica curiosidad —. ¿Es verdad que te secuestraron los extraterrestres durante todos estos años y es por eso que nunca te habíamos visto? —El mayor que se la había pasado en completo silencio cuando escucha la pregunta de su hermano pequeño escupe de forma dramática el jugo de naranja que estaba tomando.

—¡Epa!, ¡ten cuidado! —Su padre lo amonesta, sin embargo, sus hermanos no se detienen y continúan con su relato.

—Es verdad, abuelo —asegura Duke al ver que mi padre voltea con evidente interés—. Junior anoche nos dijo que esa era la razón por la que no habíamos conocido antes a mi tío Landro, nos advirtió que tuviéramos mucho cuidado porque quizás los marcianos le habrían insertado un chip para encontrar a niños como nosotros para raptarlos de igual manera.

—¿Así como los de la película de los hombres de negro? —agrega John siguiendo el juego y estos

de inmediato asienten con su rostro—. ¿Ves lo que pasa Reynold, cuando uno se espera demasiado para tener sus próximos hijos? —Evidencia ya que el jovencito mayor se ve que tiene alrededor de los catorce añ̃os mientras que estos dos chiquitos son mucho más jóvenes y todavía viven en la inocencia de la infancia.

En ese instante no puedo creer que me hubiese perdido de tanto, todos mis hermanos están ya casados, hasta este momento no tengo ni idea de quiénes son sus esposas, recuerdo muy vagamente recibir las invitaciones de boda, pero estaba tan sumergido en mi tormento que no asistí a ninguna de ellas.

Rey es el único que ha dejado Colorado, ahora vive aquí en Wyoming de donde es su mujer, junto con sus tres hijos varones, la conoció en una de las exposiciones de charrería en Denver y, desde ese momento comenzaron su relación, al final cansado de viajar más de ocho horas para verla terminó mudándose a Worland.

Las tierras que heredó de mi padre en Colorado se las vendió a John, quien es según lo que me cuentan el mandilón de la familia, me platicaron que tiene cinco princesas y sigue intentando ir por el varón. Amy, su mujer, está embarazada por sexta vez y mientras me ponen al corriente me confirma que está seguro de que esta vez llegará el niño como su regalo de cumpleaños, nada más ni nada menos que a sus cuarenta primaveras, con fortuna mi cuñada tiene treinta y dice él que ella está más que dispuesta a darle todos los hijos que desee su amado marido, aunque todos los Prescott incluyéndome le hemos asegurado que lo más probable es que se quede con las ganas.

Mi otro hermano, Ben, es un caos. Papá me cuenta que está divorciado y que vive en un lujoso piso de soltero en Denver, se encuentra peleando la patria potestad de su pequeña y única hija Miranda, la cual tiene cuatro años; argumenta que su exmujer se ha vuelto loca y, aunque lo ha intentado por su niña no soporta vivir en un matrimonio disfuncional.

Mi padre y Ben siguen en la cosecha de manzanas y duraznos y, la fábrica que lleva Benjamín y de la cual es el CEO, es la de mayor exportación de mermelada en todos los Estados Unidos, razón por la que meses atrás se llevaron a cabo los permisos correspondientes para que rentaran varias de mis tierras y aumentaran su producción.

Todos se me quedan viendo como si realmente me hubieran secuestrado los extraterrestres, pues no logro recordar a la gente de la que ellos platican con evidente estima.

—No, la verdad no tengo ni la menor idea de a quién te refieres… —le digo a Ben por cuarta vez, aunque estoy tentado a darle el avión solo por quitármelo de encima, ya que a cada rato está insistiendo en que trate de recordar a una chica que según él fue conmigo a la preparatoria con la que recientemente se topó en una junta administrativa y ha comenzado a platicar con ella.

Al escucharlo levanto la ceja de manera sugerente pues lo que menos necesita Benjamín en estos momentos es que verse envuelto en alguna relación, mucho menos cuando la mujer de la que hablamos trabaja para la compañía familiar.

—A ver, préstame tu celular, ahorita te la busco en Facebook. —Alarga su mano para pedir mi aparato.

—¿Facebook? —Arrugo el entrecejo—. Yo no tengo eso en mi celular. —Junior se encuentra al otro lado de la sala, pero ante mi comentario levanta su rostro con curiosidad y me mira fijamente.

—¡No me jodas, Lisandrito! —El cabrón de Benjamín se mofa de mí—. ¡Hey, Junior!, ven y ábrele a este cascarrabias un Facebook.

No necesita decirle dos veces, el chico con una sonrisa se levanta de un salto y me impresiona que le llame tanto la atención venir a abrirme una cuenta en mi celular.

—Mira, este muchachote está supermetido en todas esas cosas de las computadoras —me informa Ben con orgullo en su voz y a continuación le da una palmada en la espalda cuando se sienta a nuestro lado—. Estoy seguro de que al graduarse será nuestro nuevo programador y nos llevará a conquistar el mundo con sus sistemas innovadores. —El hijo mayor de Rey solo nos sonríe un tanto avergonzado ante la efusividad de mi hermano, sin embargo, agrega un "eso espero".

De inmediato al tomar mi celular empieza a hacerme varias preguntas y me pasa de vez en cuando el aparato para que abra mi correo electrónico y de ahí confirme la cuenta que acaba de crear.

—Junior, agrégale a toda la familia, si no, este no va a saber cómo hacerle —le indica y voltea a verme—. Así te vas a poner poco a poco al corriente sobre todo el chisme que ha ocurrido durante

estos dieciocho largos años, hermanito —suelta con naturalidad, sin embargo, no puedo pasar por alto que recuerde exactamente cuántos años teníamos sin estar juntos como los viejos tiempos.

—Mira… —Me enseña la pantalla sin darme el aparato y comienza a explicarme—. Están comenzando aceptar tu solicitud —informa mientras desliza el pulgar deprisa sobre un listado de gente que no me da tiempo a leer quiénes son, pues pasa demasiado rápido de una pantalla a otra.

—¡No jodas!, ¿quién le abrió a Lisandro la cuenta de Facebook? —Entra John agitando el aparato —. Ya somos amigos, *brother*[7] —indica dejándose caer en el sillón frente a nosotros.

Cuando mi sobrino me entrega el móvil navego familiarizándome poco a poco con la aplicación y me doy cuenta por sus nombres de que ahora ya tengo a todos los chavales en mi lista de amigos, pues me imagino que Junior se encargó de agregarlos al mismo tiempo que lo hizo con mis hermanos y hasta una bola de familiares que ya ni recordaba y otros tantos que no ubico, pero por su apellido sé que compartimos algún parentesco.

Cuando volteo a mi alrededor me percato de que todos están enviciados en la nueva era de la tecnología, pues están en su mundo con el celular en mano enfrascados en las redes sociales.

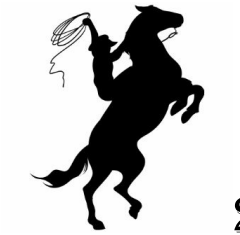
—Oye, Junior, ¿y esto? —pregunto antes de darle clic a un número pequeño que acaba de aparecer en la barra de abajo, le cuestiono pues me da desconfianza abrir algo que le pueda meter algún virus a mi aparato—. Disculpa, lo que pasa es que solo uso mi celular para realizar llamadas y checar alguno que otro pendiente de la oficina. —Dejo claro antes de que piense que soy el hombre de las cavernas, pero es que nunca tuve el anhelo de comunicarme de esta manera tan poco personal con alguien, corrección, ni de esta ni de ninguna otra, supongo que es la razón por la que nunca me vi en la necesidad de abrir este tipo de aplicaciones en mi celular.

—Oh, tío, no te preocupes. —Se acerca y comprueba a lo que me refiero—. Ah, eso es una notificación de que alguien te ha mandado una solicitud de amistad. —Al ver que lo sigo observando prosigue—. Lo que pasa es que cuando alguien se hace tu amigo tu perfil les aparece a tus amistades por si alguien de ellos te conoce, así que por estos días no te vayas a sorprender en recibir solicitudes de personas que quieran unirse a tu Facebook —explica resuelto.

Cuando abro la notificación me toma por sorpresa ver la foto de mi padre junto a su nombre, sinceramente me asombra que hasta él ande activo en todo esto. Levanto mi mirada para buscarlo y

lo encuentro sentado muy callado frente a mí en la barra con el aparato entre las manos y un gesto feliz, no puedo evitarlo y sonrío incrédulo, sin embargo, mi risa se trasforma en una carcajada sincera que hace que todos volteen a verme.

—Perdón, perdón. —Me limpio los ojos tratando de recomponerme, porque hasta me ha comenzado a doler el estómago, pues ese hombretón ha tomado la iniciativa y él mismo fue quien me mandó la solicitud de amistad. Aquí sí que los lentes no le molestan ni tantito.



LISANDRO PRESCOTT

Después de un par de horas tengo que reconocer que comienzo a contaminarme como todos en la habitación con esta satánica aplicación, que lo único que hace es consumirnos el tiempo valioso que podemos pasar allá afuera, disfrutando del campo, del viento, de los animales. Aprovechando que todos están entretenidos, me levanto despistado, me meto el celular en el bolsillo y salgo de la sala principal a tomar un poco de aire.

La cabaña es hermosa, se nota que cuando la estaban construyendo Rey pensó hasta en el más mínimo de los detalles ya que es cálida, familiar y acogedora. Me encantaría verla en pleno invierno, decorada de nieve por todo su alrededor, debe ser un hermoso acontecimiento de apreciar.

Cuando estoy en el porche me percato de que alguien ha dejado la radio prendida, se escucha Midland con su famosa canción *Drinkin' Problem*. Una sonrisa que no puedo evitar se me instala en el rostro, pues desde que Corina ha inyectado su color en mi vida algo que trajo con ella ha sido la música, canciones que ahora puedo apreciar y que pueden traerme desde una memoria significativa hasta un recuerdo triste a mi mente y corazón.

Tomo la botella de *whisky* que alguien dejó olvidada en la mesa de madera y, me siento en una de las mecedoras que da vista a los imponentes y grandes pinos que desembocan en el majestuoso lago verde turquesa, que franquea un costado de la propiedad.

Me viene a la mente preguntarle a Rey si piensa que alguien de sus vecinos podría considerar vender alguna de sus tierras alrededor contando con una buena oferta de compraventa, que sin meditarlo ejecutaría ya que los alrededores son preciosos y vale la pena el invertir para tener algo como esto, tan cálido y acogedor.

Me encantaría compartir estas hermosas vistas junto a Corina, al pensar aquello me vuelvo a sorprender, no es la primera vez que tengo la necesidad de estar a su lado, pero después me aborda el mal sabor de los años y de cómo podría privarla de vivir una juventud abierta y novedosa como una mujercita soltera que pudiera experimentar de manera natural lo que la vida y el futuro tienen para ofrecerle con alguien de su misma edad.

La opresión en el pecho regresa y me siento terrible, mañana es su cumpleaños y yo sigo aquí compartiendo con mi familia, los amo, mis sobrinos son geniales, pero me siento intranquilo e infeliz, no sé cómo describirlo, solo tengo la necesidad en mi interior de quererme subir a la camioneta sin decir palabra, manejar toda la noche para poder verla.

No me la puedo sacar de la cabeza, es esto lo único en lo que puedo pensar, tengo una necesidad desbocada de abrazarla, sentirla y confirmar que se encuentra bien.

Sin embargo, a la misma vez no quiero defraudar a mi familia, soy consciente de que nos encontramos todos reunidos aquí por mí, mis hermanos despejaron sus ajetreadas agendas por mi padre, pues saben lo importante que es para él tenernos a todos reunidos después de tantos años de penas y separación.

La primera vez que me percaté de lo importante que es todo esto para mi padre fue cuando comencé a notar…

En cuanto Rey se detiene frente a la casa abrimos las cuatro puertas y bajamos del todo terreno. Nos encontramos sudorosos, llenos de tierra, cansados, pero muy felices. Me encamino hacia el porche, me saco las botas de plástico y con prisa me comienzo a quitar el mono completo que visto. Es un traje con estampado de camuflaje que es muy habitual que se utilice cuando vas a la caza. Me bajo por completo el zipper para a continuación retirarme los tirantes y cuando salgo de la prenda desde donde me encuentro veo cómo mi hermano mayor junto a mi padre toman las hieleras y las comienzan acarrear.

Al llegar a donde me encuentro, suben los escalones mientras yo me apresuro para abrirles la puerta y dejarlos entrar.

—¡No jodan!, ¿otra vez vamos a cenar lo mismo? —Ben se acerca haciendo una mueca de disgusto, viste al igual que yo, solo sus briefs[8].

Tiene razón, yo tampoco estoy nada feliz con que John se meta a la cocina menos cuando únicamente se la ha pasado cocinando el pato que hemos estado cazando estos últimos días y lo único que hay en el refrigerador aparte de agua, leche y un montón de cervezas.

Entramos los dos a la casa y para no estorbar nos sentamos en la barra mientras contemplamos como en sintonía

Rey y mi padre empiezan a acomodar los animales en el fregadero para comenzar a lavarlos y tenerlos listos para el momento en que se vayan a desplumar y destazar.

—¿Qué vamos hacer con todo eso? —pregunta John nada más llegar hasta donde nos encontramos.

Se queda parado en el marco de la cocina, todavía trae puesto el mono camuflajeado, no obstante, quiero pensar que ha dejado las botas en la entrada ya que se encuentra descalzo vistiendo solo sus calcetines.

Mi padre deja que Reynold se encargue de acomodar los patos en el fregadero y voltea a vernos, pero antes de darnos indicaciones como si fuéramos unos jovencitos, se pasa el antebrazo por la frente y se limpia el sudor.

—En la mañana antes de irnos a cazar hablé con Louis —nos informa como si yo supiera a quién se refiere, pero al notar que Ben y después John asienten con el rostro me doy cuenta que solo soy yo quien no recuerda al mentado hombre—. Le dije que estábamos de cacería por la región, así que hoy a la hora de la cena, le vamos a llevar todo lo que cazamos ayer, esto —se voltea a ver a mi hermano e indica con la mano lo que está acomodando—, lo vamos a limpiar para llevárnoslo a Yumma, y ya después podemos juntarnos para hacer una cena allá en la casa —resuelve de inmediato y nadie lo contradice, como en los viejos tiempos.

—¿Necesitan ayuda? —pregunto al mismo tiempo que me levanto del taburete.

—Nombre, mejor váyanse a bañar. —Reynold nos indica, pero al ver que no me muevo prosigue explicándose—. Esto no es mucho, y lo que cazamos ayer, esta mañana cuando nos despertamos lo dejamos listo en las hieleras. Ya cuando nos encontremos preparados para irnos con el señor Brown, nos ayudan a cargar todo en la camioneta.

—¿El señor Brown?, ¿el dueño de Brown's Hills? —cuestiono recordando a un viejo amigo de mi padre, quien en aquellos años era propietario de un restaurante que servía comida casera. No recuerdo si sigue abierto, pero estoy seguro de que estoy a punto de enterarme.

—El mismo, solo que ahora su hijo mayor Louis, es el que se encarga de correr el negocio —me explica y en ese momento entiendo todo mucho mejor.

Aceptando me retiro a la recámara que me otorgó mi hermano al llegar a la cabaña, sin embargo, al entrar recuerdo que dejé mi teléfono en el portavasos de la camioneta, pero al estar descalzo decido agarrar mis sandalias, me las calzo y salgo en su búsqueda.

Bajo las escaleras sigiloso, pero cuando estoy caminando por el pasillo de regreso hacia mi destino escucho que Rey y mi padre están platicando, no es mi intención pararme a curiosear, sin embargo, al oír mi nombre no puedo evitarlo y me detengo.

—Estoy muy feliz por ti, padre…. —Mi hermano pronuncia con voz sincera.

—Oh, hijo, nunca perdí la esperanza de que Lisandro regresara a nosotros. —Mi papá deja claro y motivado por una extraña sensación me encamino hacia donde se encuentran.

Soy consciente de que somos hombres adultos, de complexión grande, territoriales y duros en nuestra forma de gobernar nuestras propias vidas, sin embargo, el cariño que existe entre nosotros, la hermandad y el sentimiento por la gente que amamos brota de nuestras grandes masas reconociendo que lo único que tenemos para honrar es nuestro amor, apoyo y lealtad uno con el otro.

Durante todos estos días es lo que he estado sintiendo y no puedo volver a dejar pasar por alto no expresar lo que tengo ahora mismo estancado en mi garganta. Entro tomándolos por sorpresa, los dos se ven incómodos al notar mi presencia, se les nota que tienen miedo que haya tomado de manera equivocada su conversación, no obstante, me acerco primero a mi padre y sin importarme que lleve unos guantes de plástico llenos de quizás sangre y vísceras, me le voy encima y lo abrazo con efusividad.

—Gracias por nunca perder la fe en mí, padre —expreso sin soltarlo.

Al retirarme veo cómo los ojos se le han aguado y sin poder expresar palabras tras mi inesperada muestra de cariño, se limita a sonreír con timidez.

Cuando mi mirada se topa con los ojos de mi hermano este me hace un gesto de asentimiento con la cabeza, una señal varonil que siempre hemos utilizado entre nosotros para saber que estamos en la misma página[9], sin embargo, contagiado por el mismo arrebato me acerco a él sin importarme que los dos apestemos horrible tras la cacería del día.

—Te quiero mucho, hermano —expreso desde el fondo de mi corazón, mis palabras no se contienen, solo fluyen con la calidez del momento—. Durante todos estos años nunca quise detenerme para enfrentar lo mucho que los extrañaba —declaro sincero— pues sabía que si lo hacía no iba a poder sobrevivir.

No nos lleva mucho tiempo subir las cosas a la camioneta y cuando menos me lo espero nos estamos estacionando en el conocido lugar. Desde muy joven papá nos traía a cazar en esta área, razón por la que este restaurante es tan conocido para todos nosotros.

—¡Mierda!, este lugar sigue siendo el mismo —declara John nada más bajando de la camioneta mientras se queda viendo la fachada que sigue siendo igual que tiempo atrás—. Sin duda solo nosotros somos los que nos hacemos viejos —agrega reflexivo.

—¡Viejos los cerros! —grita Ben al escucharlo y sin perder la oportunidad cuando está pasando a su lado con un ágil movimiento golpea su sombrero, que sale volando y cae con dramatismo al suelo. —Niego con el rostro al ver cómo John de inmediato comienza a regañarlo diciéndole que no cambia y que parece un güerco[10] con su actitud infantil.

Al entrar, de inmediato ya tienen una mesa reservada para nosotros, el hijo del amigo de mi padre nos da la bienvenida, sin perder el tiempo mi papá me lo presenta y en el momento en que mi progenitor le informa que las hieleras se encuentran en la camioneta con el pato fresco, inmediatamente manda a varios de sus trabajadores a que descarguen y se lo lleven todo directo a la cocina.

No pasa mucho tiempo cuando empiezan a desfilar una gran variedad de carnes junto a platillos rellenos de puré de papa, espárragos, frijoles charros, salchichas, jalapeños envueltos en tocino y más… Rey de inmediato le indica al mesero que le diga al camarero que mande varias jarras de cerveza de la casa y que se asegure de que no pare de rellenar en toda la noche.

Mientras seguimos disfrutando, mi hermano mayor tiene que llamarle la atención a Benjamín que ya les está echando ojitos a unas chicas que están sentadas a unas cuantas mesas más delante de la nuestra.

—¡Hey!, que Lisandro y yo estamos solteros, yo no tengo la culpa de que ustedes ya estén bien domados —se burla, su mirada recorre primero a Reynold luego regresa a la de John para a continuación mostrarle el dedo con una amplia sonrisa socarrona.

Mientras estos siguen discutiendo observo que mi padre de manera despistada se levanta de la mesa y se va directo al bar, primero pienso que quizás va a pedir algo más fuerte para tomar, sin embargo, me sorprendo cuando el camarero llama la atención del grupo que se encuentra amenizando la noche y les pide que bajen un poco la música.

Todo pasa demasiado rápido, ya llevamos un buen rato tomando, pero todavía estamos conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor; cuando vuelvo a localizar a mi padre este se encuentra con el grupo y con micrófono en mano.

—¡Mierda!, creo que a don Reynold, ya se le pasaron las copas —murmura Ben llevándose la cerveza a los labios, con gesto divertido.

Le da unos toques al micrófono para comprobar que está prendido y al asegurarse de que ya puede hablar se lo lleva a los labios.

—Buenas noches. —Inmediatamente siento que mis mejillas comienzan a sonrojarse y pronosticando lo que está por pasar me hace sentir incómodo y expuesto, sin embargo, me obligo a no apartar la mirada de mi padre que me busca y se centra en mí—. Esta noche es muy especial para toda mi familia. —Unas cuantas personas dejan de comer para poner atención al discurso—. Ya que después de muchos años estamos de nuevo reunidos —continúa explicando —: Sin embargo, no pretendo quitarles de su tiempo, solo quiero invitarles a todos una bebida, para que brinden con mis hijos y conmigo. —Levanta el chupito de tequila que tiene en la mano.

Rey es el primero que levanta la mano para que uno de los varios camareros se acerque y de la charola que trae, servicial comienza a repartirnos las bebidas a todos los que le solicitamos un trago.

En el momento en que mi padre se da cuenta de que ya les han servido a todos aquellos que quisieron brindar con nosotros exclama:

—¡Por Lisandro Prescott, que ya está de regreso!, ¡¡salud!! —pronuncia con voz grave y orgullosa a la vez que su rostro irradia felicidad plena.

—¡Salud! —exclaman todos al unísono y a continuación nos tomamos el trago para después con dramatismo azotarlo sobre la mesa de madera.

Mis hermanos al terminar de brindar voltean a verme con sonrisas socarronas y cuando menos me lo espero, Ben me ha pasado el brazo por el cuello juguetón, a la vez que John me quita el sombrero para despeinarme.

En el instante en que llega mi padre a la mesa, deprisa me levanto para abrazarlo, me palmea la espalda y al girarme contemplo a mis hermanos sentados observándonos con cariño. En ese momento siento como si el tiempo no hubiera pasado entre ninguno de nosotros y es en ese instante que llego a la realización de que jamás me volveré a privar de la gente que tanto amo.

Estoy seguro de que ellos también son conscientes y se han dado cuenta de que fueron muchos años desperdiciados,

los cuales jamás regresarán y, ahora, toda la familia se opone a seguir dejando pasar más momentos sin expresar lo que sentimos.

De nuevo, somos hombres robustos y grandes, a simple vista nos vemos recios y enojones, hasta puedes llegar y ver en las miradas de los que se nos acercan que temen encontrarnos de mal humor, sin embargo, todos estamos hechos de la misma esencia, tenemos un corazón tan grande que, con solo tratarnos de verdad, te das cuenta de que siempre nos regimos con la justicia de frente y con la humildad como apellido, como mi padre nos enseñó desde chiquitos.

Mi madre jamás estuvo presente para mí, no obstante, mi padre nos dijo miles de veces que a pesar de que el destino fuera cruel y trágico, nos teníamos que aferrar a lo hermoso de la vida, y su vigor siempre habíamos sido nosotros, sus hijos, su razón de seguir adelante aun a pesar de haber perdido al amor de su vida.

No es que lo hubiera olvidado, simplemente sentía que tenía que castigarme por mi hermano, por ser yo quien con mis decisiones nos puso en esa situación en la que lamentablemente perdió la vida, sin embargo, en algo tiene razón mi papá, el dolor nunca desaparecerá, permanecerá en mí, pero tengo que seguir adelante y dejar que Dios, si es que existe, sea el único que se encargue de hacerme pagar por mis acciones. No puedo seguir haciendo sufrir a una de las personas que más amo y la que sé que daría hasta su vida por quitarme esta pena que cargo y que me embarga el corazón, mi padre.

Cuando me percato de que no estoy solo, alguien alborota mi cabello y con el simple gesto antes de verlo revelo quién se encuentra tomando asiento junto a mí.

—Veo que las mañas nunca se olvidan. —Sonrío, inclinándome para rellenar mi copa y sirviendo otra con dos dedos de *whisky* idéntica a la mía para mi hermano, se la paso a Rey, quien se acomoda en la mecedora contigua.

—Es hermoso ¿verdad? —Ignora mi comentario y se queda hipnotizado con el paisaje, al igual que yo.

—Sí, de hecho, hace menos de quince minutos estaba considerando preguntarte si sabías de alguien que estuviera interesado en vender algunas de sus tierras. Es un lugar precioso. —De manera afable le platico de los planes que me gustarían llevar a cabo en la zona.

—Aquí tienes tu casa, solo venimos de vez en cuando. Hay una familia que se encarga de cuidar

de la propiedad, pero la mayoría de los meses está vacía —me explica servicial.

—Mmm… —Dudo un poco—. Gracias por la invitación, sin embargo, me gustaría tener algo propio, algo… —Me detengo incómodo, dándome cuenta de que descuidadamente estuve a punto de revelar algo que por mucho que me sienta cómodo con mis hermanos son cosas que todavía no estoy listo ni de meditar conmigo mismo en voz alta para entender de lo que se tratan los sentimientos que me rodean en estos momentos.

—¿Algo para compartir con alguien? —Termina la oración por mí, al ver que no prosigo.

Rey es el hijo mayor, el más apegado a mi padre y, aunque no viven cerca supongo que como lo hacían tiempo atrás, deben seguir manteniendo esa comunicación diaria que tenían tan especial entre progenitor e hijo. Recuerdo que todas las mañanas sin falta hablaban por teléfono y se contaban lo que sucedía en los negocios y en la vida cotidiana.

No me sorprendería que Reynold hubiera sido el primero en enterarse de que por fin había comenzado a hablarme con mi padre y quizás hasta esté enterado sobre la jovencita que ha cenado unas cuantas veces con nosotros y con la cual tiene interesantes conversaciones, ya que cuando Corina ha estado en casa se queda embelesada con las historias que mi padre le cuenta sobre el rancho donde crecimos, de mis hermanos y sobre cómo era nuestra dinámica cuando tan solo éramos unos niños.

—Mi padre ya está viejo, Landro. —Comienza la conversación y al escucharlo reflexivo sé que quiere llegar a un punto con nuestra plática—. Siempre está rodeado de sus nietos, de nosotros. —Le aparece una ligera sonrisa en su rostro al recordar lo que me cuenta—. No puedes imaginar cómo lo consienten nuestras mujeres cuando nos visita, pero cuando aparecías en sus recuerdos, en sus conversaciones, no puedes imaginar la tristeza que de inmediato reflejaban sus ojos, en el hueco que dejaste durante todos estos años, y eso es algo que nadie ha podido aliviar en él. —Sin poder evitarlo me pongo tenso ante el cambio que está tomando la conversación, no obstante, no lo detengo, quiero escuchar lo que tiene que decir—. Tú eres lo único que le faltaba para ser feliz —revela.

»Aunque no lo creas de papá, quien siempre ha sido una persona admirable y fuerte, cuando se le han pasado las copas en alguna que otra fiesta familiar, ya cuando todos se han retirado, ha llorado a mi lado y miles de veces lo he encontrado borracho en la soledad de su casa balbuceando que mi madre y Franky están descansando en paz, que sabe dónde encontrarlos, pero ¿qué sobre su

Landro? He perdido la cuenta de las veces que me preguntó dónde estaba su pequeño hijo, que le dolía tu sufrimiento, que temía también perderte, que no lo querías ver y que te rehusabas en tomarle las llamadas. —Me siento una escoria al memorizar todos los desplantes que le he hecho, egoísta, cegado bajo mi propio dolor nunca consideré que le estuviera haciendo daño a alguien más.

»No te estoy diciendo esto para que te sientas mal, me conoces y sabes que esa no es mi intención, solo quiero que ahora que tenemos la oportunidad de platicar sepas lo que estuvo ocurriendo con él —continúa contándome—. Al principio me encolerizaba ver a mi padre perderse en la botella, hasta llegué a temer por su vida. Muchas veces salí corriendo hacia tu finca, algunas ocasiones con la esperanza de platicar contigo y otras más con ganas de partirte la cara, pero mi papá, innumerables fueron las veces que me detuvo y me exigió que no fuese a buscarte, que eras el único que podría salir de su miseria y, aunque le doliera y sufriera, él tenía que hacer lo mismo. —Mientras escucho le doy un buen trago a mi bebida para pasarme el remordimiento convertido en nudo formado en mi garganta.

»Sin embargo, estoy enterado de que hay alguien que ha llegado a tu vida, que ha trastocado tu corazón y sinceramente me alegro por ti. El amor nos trasforma, Lisandro, le da sentido a nuestra existencia, sin embargo, ahora que te encuentro aquí con una mirada reflexiva presiento que desearías estar en otro lugar, sé que nuestro padre está desbordado de pura felicidad al tenernos juntos, pero dime qué es lo que te acongoja. —Me quedo callado sin saber cómo expresarme y el leyéndome agrega—: ¿La extrañas? ¿Es por eso que estás así? —pregunta con tono precavido, visiblemente se nota que teme mi reacción.

No obstante, me concentro en qué responder, pues cuando escucho la pregunta de inmediato considero mentir, sin embargo, me sorprendo al darme cuenta de que mi corazón no me lo permite. Ya que necesito sacar todo lo que llevo dentro, requiero hablarlo con alguien, expresar todas las dudas e inseguridades que me rodean desde el momento en que Corina se metió en mi cama, pues desde ese día lo que me quiero permitir sentir me carcome por dentro, quizás mi hermano puede brindarme algún consuelo con tan solo escucharme.

—Sí —respondo al fin, y al expresarlo una carga que no sabía que llevaba conmigo se evapora de mi cuerpo—. Es tan extraño, Rey, es como si desde que llegó a mi vida hubiese tenido un destino establecido. —Me froto varias veces las manos sobre mi rostro de manera fastidiada y confundida ante mi propia revelación.

Descanso los codos sobre los muslos y me quedo mirando el suelo como si en este pudiera encontrar una solución a mis contrariedades.

—¿Quieres hablar sobre ello? —inquiere mientras se estira por la botella y ahora es él quien rellena los vasos.

—No sé cómo explicarlo. ¿Conoces a Corina McKay? —cuestiono intentando formar alguna relación coherente para que mi hermano entienda la situación y a la vez lo que estoy a punto de contarle.

—Platícamelo desde el principio. —Sus ojos esperanzados expresan sinceros. Aprecio al darme cuenta de que por primera vez estoy a punto de tener una plática profunda y abierta sobre lo que pasa con mi vida—. Me gustaría que tuvieras la confianza de hablarlo conmigo, hermano. Quizás el simple hecho de expresarlo en voz alta pueda darte esa respuesta que necesitas —continúa explicando con voz trémula—. Recuerdo que me enteré hace muchos años atrás que te volviste el tutor de una niña, pero la verdad nunca indagué al respecto. A veces hay cosas que es mejor no conocer.

Comienzo a platicarle cómo llegó Corina a mi casa, y cómo la acepté en mi hogar. Le explico que jamás la acogí pensando en adoptarla, pero dejo claro que siempre en mi cabeza estuvo ayudarla y prepararla, para hacer de ella una jovencita de bien.

Confieso que dejé de gritar un poco, pues notaba cómo la niña de tres años se estremecía al escuchar mis gritos e inconscientemente comencé a cambiar al tenerla a mi alrededor, por esa razón decidí que lo mejor era mandarla lejos a estudiar y por eso la inscribí en uno de los mejores internados de todo Colorado.

Relato bajo su atenta mirada que nunca me molestó que viniese en vacaciones, aunque sí noté que con los años la muchachita se volvía un tanto altanera, y que existieron varias veces en las que la escuché mandar como si fuese la señora de la casa, no me molestó ni en lo más mínimo, sin embargo, no quería que se hiciese una imagen diferente a lo que era, pues algo que tenía muy claro era que no era mi hija, pero tampoco la estaba preparando para hacerla mi mujer.

—Te prometo, Rey, que jamás la vi con ojos de hombre, ni la deseé de esa manera. Nunca le falté al respeto, te lo juro por la tumba de nuestra sagrada difunta madre y mi hermano querido —afirmo

esperando que pueda escuchar la sinceridad en mi voz.

—Venga, y qué ha pasado que te tiene tan mal, te notas tan consumido y con una carga tremenda bajo los hombros. —Me motiva a continuar, tomo aire y lo expulso ganando valor para dejarlo salir todo.

—Hace varios meses atrás llegó a la finca, ya es toda una señorita. Como siempre hago, traté de evitarla pues tengo que confesar que ha comenzado a ponerme nervioso su presencia, sus atenciones, su forma de mirarme, como si pudiera ver más allá de mí, como si quisiera conocer lo que escondo, mis fantasmas… —revelo decidido en conocer su opinión—. Como si lograra identificar la maldad que recorre mi ser, pero la cosa no termina ahí, una noche se metió en mi cama… —Noto de inmediato lo tenso que se pone ante la revelación.

—¿Landro? —advierte con un tono de voz vacilante.

—No pasó nada, no la he tocado. —Dejo claro mirándolo directo a los ojos—. Pero esa noche despertó en mí sentimientos que jamás había sentido con otra mujer. Y sí, antes de que me lo preguntes he tenido muchas mujeres en mi cama, sin embargo, cuando me tocó, sentí que se preocupaba por mí, que quería sostener mis penas.

»Hemos mantenido una relación donde platicamos, nos hemos estado abriendo más y durante estas semanas he estado experimentando tantas cosas que me siento un jovencito adolescente a su lado, pero a la vez cuando me encierro en mi cuarto me doy cuenta de que bajo esas cuatro paredes estoy viviendo un calvario, soy un hombre que no puede contenerse más y lo he estado intentando, Rey —le aseguro sincero—. Pues solo de pensar en profanar su cuerpo me hace sentir terriblemente mal. —Me detengo para tomar un gran trago de mi bebida que gracias al entumecimiento de mi garganta me refresca el interior dándole paso a una calidez embriagadora.

Al notar que no dice nada continúo.

—Pero ahí no termina mi martirio, mañana cumple su mayoría de edad. Sé que soy un hombre de treinta y seis años, que en varios meses estaré cumpliendo treinta y siete —expongo avergonzado—. Me siento un asco por desearla, por tener esta necesidad de quererla llevar a mi cama para reclamarla y hacerla mi mujer, sin embargo, a la misma vez ya no puedo con esto que me quema por dentro. Me siento desesperado, solo quiero subirme a la camioneta y marcharme a verla, sé que estoy mal,

Rey, lo estoy pues es tan solo una niña.

—¿Por qué piensas que estás mal? —pregunta Rey llamando toda mi atención, jamás me imaginé que me cuestionara eso, estaba esperando que me ayudara a reflexionar y que me dijera lo terrible que sería ser corrompido por una niña de dieciocho años.

—¿Qué no me has escuchado? —suelto indignado y un poco más alto de lo que pretendía.

—Sí, te he escuchado muy bien y si mal no recuerdo, mi padre le llevaba también sus buenos años a mi madre, mira a John —recopila una información muy conocida por todos los Prescott.

—Esos eran otros tiempos y, bueno, nuestro hermano supongo que su mujer era mayor cuando comenzó la relación con él, no una muchachita de dieciocho —bufo malhumorado para a continuación darle otro trago a mi bebida terminándomela por completo. Cuando Rey trata de rellenármelo le pongo la palma de mi mano sobre el vaso de vidrio deteniendo la acción.

—Mira, Lisandro, quizás eras muy joven o tal vez no has estado presente durante todos estos años en nuestras vidas, pero mi padre siempre ha dejado claro que el destino marca nuestra existencia y, esta, ya está determinada para cada uno de nosotros. No pierdas el tiempo, dile lo que sientes, vive con ella una temporada. Quizás estás aquí lloriqueando como una mariquita y en unos meses te das cuenta de que no es la mujer con quien quieres compartir tu vida —continúa diciendo con mucha seriedad.

»Date la oportunidad de intentarlo, solo sé sincero. No porque sea una jovencita quiere decir que sea infantil, tal vez termine sorprendiéndote y dentro de esa alma alegre y juvenil, existe una persona madura que está dispuesta a compartirlo todo contigo, tus penas, tus logros, y también tu futuro —expone muy seguro—. Ahora, sobre la diferencia de edad, hermano, te has perdido una vida entera encerrado en esa casa, sumergido en tus negocios, ¿qué experiencias vividas tienes?, ¿cuándo te has dado el tiempo para ir al cine?, ¿cuándo has salido por ahí a comer en un lugar bonito a la luz de las velas? Quizás esa chica y su edad te den la oportunidad de poder vivir todos esos años de tu vida de los que te has privado… dale tiempo al tiempo.

Me cambia el semblante y me levanto todavía un tanto inseguro, camino de un lado a otro meditando sus palabras, me detengo, me giro a verlo y ante su atenta mirada e inconsciente palpo las llaves de mi camioneta que tengo en el bolsillo de mi pantalón de mezclilla, Rey me da una sonrisa

ligera motivándome a tomar una decisión.

—Anda, *Casanova*, ve a verla —me anima—, yo te despido de todos. —Se levanta de la mecedora y una sonrisa plena que se siente extraña en mi rostro se me instala sin poder evitarla, Rey se acerca y con un gesto similar al mío me da un abrazo fuerte.

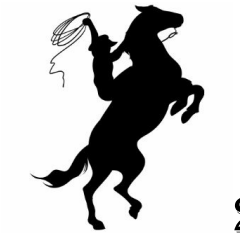
—Gracias —murmuro mientras me palmea la espalda.

—No tienes que darlas, mejor apresúrate. Porque la próxima vez que te mire, voy a querer presentarles a ti y a Corina a mi mujer, que está loca por conocerte. —No espero más y sintiéndome en control me acerco a la camioneta.

He tomado dos tragos, pero para mi complexión y mi familiaridad con el alcohol siento que tengo todo bajo control, aunque soy consciente de que nadie debería estar tras el volante después de haber ingerido cualquier cantidad de bebidas alcohólicas.

Me subo a la camioneta, prendo la radio y salgo alborotando la tierra a mi paso con la música de Chris Stapleton que retumba en la cabina. Mi pecho galopa como un loco enamorado, mientras canto sintiéndome feliz y pleno *Tennessee whiskey*.

Espero que el resto del viaje no se convierta en una tortura, de inmediato calculo el tiempo y me doy cuenta de que llegaré en la madrugada y, aunque no lo veo muy apropiado, me motiva reconocer que de alguna manera será una espléndida sorpresa de cumpleaños al no estar esperándome; sintiéndome confiado espero que el hecho le haga muy feliz.



27

CORINA MCKAY

Mis compañeras de trabajo me convencen en festejar mi cumpleaños desde hoy, así que al salir de nuestro turno nos tomamos un café en un local cerca de nuestro lugar de trabajo y al terminar partimos a casa de Katalina, otra joven con la que me llevo muy bien desde que comencé a laborar temporalmente en el mercado. Desde que llegamos estuvimos charlando, escuchando música, pintándonos las uñas y cuanta cosa se les ocurre hacer conmigo, ya que Rita se trajo artículos para consentirme de modo de celebración.

—Gracias a Dios mañana tenemos el día libre —señala Kata mientras me quita las gomas que usó para separar los dedos de mis pies con mucho cuidado, ahora los tengo recién pintados con un precioso color verde metálico que utilizó también en mis manos.

El tiempo se transcurre volando, fue muy agradable pasar toda la tarde con ellas. Katalina nos invita a quedarnos hasta medianoche y de inmediato aceptamos ya que su casa no está muy lejos y nos tranquiliza saber que nos podemos ir las dos juntas de regreso.

—Corina, pon algo de música. —Katalina me entrega el control remoto pues tiene descargada directo a su televisor la aplicación de Pandora.

Me pongo a checar la lista y cuando estoy a punto de darle *play* a *Head Over Boots* de Jon Pardi soy interrumpida por las chicas que entran a la habitación cantando el tradicional feliz cumpleaños.

Rita trae sobre sus manos un panecillo con una velita rosa fosforescente que se encuentra al centro, que cuida para que no se apague. Kata me abraza con efusividad y me felicita al llegar junto a mí. No puedo evitar que me lluevan los ojos de la emoción pues, aunque llevo poco de conocerlas, siempre me han hecho sentir a gusto con ellas. Nunca han sacado el tema o han indagado sobre Lisandro y eso que estoy segura deben de estar al corriente de las habladurías que se especulan por todo el pueblo sobre mí junto al ranchero.

En ese momento me doy cuenta de que fue la mejor decisión que tomé al aceptar quedar con ellas pues, aunque al principio lo hice por compromiso, en este instante después de la complicidad vivida, de tantas carcajadas y de este detalle tan especial que están teniendo conmigo me siento reconocida

por estas dos muchachas que poco a poco se han ganado mi confianza y cariño.

—¡Venga!, tienes que pedir un deseo —exigen con complicidad en sus rostros.

Lo primero que me pasa de manera infantil por mi cabeza es pedir pasar el día junto a Lisandro, aunque es algo imposible ya que sé que se la pasará con su familia por el resto de la semana, pero sin creer que los deseos se puedan hacer realidad y al no tener nada más planeado, lo hago sin meditarlo dos veces.

Soplo la vela confiando en que muy pronto mi deseo se me conceda, quizás no en ese preciso momento, pero sí en unos cuantos días más, pues ahora con dieciocho años ya por fin podría ser posible mi relación junto a Lisandro.

—Corina, no te molesta que me adelante un poquito ¿verdad? —Después de unos quince minutos que seguimos platicando, Rita llama mi atención y veo que comienza a recoger sus cosas—. Lo que pasa es que quedé con un compañero de la preparatoria que nos acompañaría a casa, pero me quiero quedar un poquito a platicar con él en la esquina, ya sabes cómo son mis papás y si me ven hablando con él, pondrán el grito en el cielo.

—Claro, no hay problema, te doy quince minutos, pero te veo en la esquina. —Acepto de inmediato, supongo que con la petición quiere tener un poco de intimidad ya que sus padres son muy estrictos y no permiten que se vea ni la visite ningún chico y menos a estas horas—. Pero no te vayas a ir sin mí, me da miedo irme sola —expongo sincera, pues, aunque vivamos en un pueblo muy tranquilo no son horas para exponernos a andar en la calle a mitad de la noche.

—Por supuesto que no. —Levanta el celular y me lo muestra—. Lo tendré a la mano, mándame un mensaje cuando estés a punto de salir y vendremos a tu encuentro.

Nos despedimos de ella y continúo platicando con Katalina un rato más, pero cuando veo que le he dado tiempo suficiente para que platicara con su supuesto amigo, comienzo a recoger los regalos que me dieron y me alisto para partir a la casa.

Antes de despedirme de Kata le mando un mensaje y solo al abrir la puerta la veo a lo lejos. Las calles están solitarias, al principio me da un poco de miedo, sin embargo, reconozco que tenemos tan solo que caminar unas cuantas cuadras para llegar hasta nuestra residencia y me da algo de consuelo

saber que Rita y su amigo vienen acercándose.

—Muchísimas gracias por todo, Katalina. —Le doy un beso de despedida y ella hace lo mismo.

—Que te lo pases lindo, Corina, me mandan mensaje cuando lleguen a su casa. —Aseguro que lo haré y me encamino en búsqueda de Rita.

En segundos veo cómo se acercan a lo lejos los dos y cuando están frente a mí, mi amiga hace las presentaciones.

—Corina, George; George, Corina. —Rita se sonroja de una manera muy dulce evidenciando cuánto le gusta el chico, este me tiende la mano y yo imito el gesto.

—Feliz cumpleaños. —Me felicita con una sonrisa amable.

—Oh, gracias —agradezco sorprendida y luego me dirijo a Rita—. ¿Tomo la delantera y me siguen?

—George tiene su camioneta estacionada adelante a una cuadra, ahí nos despedimos y nos esperará hasta que entremos en la casa —me informa el plan.

—Vale. —Acepto de inmediato—. Un gusto, George. —Me despido con un gesto de cabeza y retomo el paso sintiendo que caminan tras de mí a una distancia prudencial.

Cuando giro en la esquina, sigo caminando, solo nos falta una cuadra por llegar y de inmediato veo una camioneta que supongo es la del joven que acompaña a mi amiga, aligero el paso dándoles tiempo a que se despidan.

Volteo para asegurarme de que ya viene y sin poder evitarlo veo cómo se despide dándole un beso en los labios. Rita retoma el paso y el chico se queda viendo a lo lejos, me agita la mano e imito el gesto y en segundos mi amiga se une a mí y comenzamos a caminar juntas la mitad de cuadra que nos falta bajo la atenta mirada del joven.

—Se ve que te has divertido —le digo dándole un afectuoso empujón en el hombro.

Rita se ríe sin poder evitar la emoción en su rostro, pero no responde, se nota que sigue en su nube de algodón.

—Me debes una —comento tratando de sonar seria.

—Lo que quieras, hermana, por tal de que mi padre no me descubra —agrega en complicidad.

Al escuchar nombrar a su padre me es imposible no ponerme tensa, me recuerda que esa es otra situación con la que tengo que lidiar. No creo en sus palabras, ni en que se atreva a hacerme daño, lo tomo más como esas habladurías falsas que salen de la boca en el calor del momento, aun así, me mantendré en alerta, aunque en lo único en lo que me quiero concentrar es en contar los minutos, pues estoy segura de que en cualquier momento Lisandro estará de regreso.

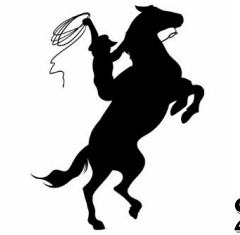
—Buenas noches, Rita, muchísimas gracias por todo —pronuncio con emoción y honestidad.

Mi amiga en vez de accesar por la entrada principal, entra conmigo por la puerta que da hacia el jardín, el cual te lleva a la división que rento.

—No es nada, hermana, espero que sea un cumple inolvidable. —Me vuelve a dar un abrazo y se dirige a su casa entrando por la parte de atrás mientras me voy caminando deprisa cruzando el patio observando a mi alrededor manteniéndome en alerta.

Inmediatamente al abrir la puerta, cierro con llave sintiéndome no muy segura tras el acontecimiento vivido, pensando que quizás necesite irme a otro lugar, pues ya no me siento protegida aquí. Tomo mi ropa de dormir que yace sobre mi cama y me meto a bañar para después de hacer mi rutina de higiene proceder a meterme en la cama no sin antes comprobar de nuevo las cerraduras.

Me siento agotada cuando estoy entre las cobijas y considero llamarle a Lisandro, pero pienso que es una estupidez hablarle para que solo me felicite, si no me ha llamado es porque debe estar ocupado con su familia o hasta ya debe estar dormido, no todos son como yo que exactamente a las doce en punto le estaría marcando para desearle feliz cumpleaños, en fin, sin meditarlo demasiado me cobijo bien y me quedo profundamente dormida.



28

LISANDRO PRESCOTT

Me detengo en la gasolinera sin poder evitarlo, se ha prendido el foco del tablero que indica que necesito poner gas y, aunque lo he dejado hasta el último momento, ahora el rellenar el tanque es toda una necesidad si quiero llegar en los próximos treinta y cinco minutos. No quiero perder ni un solo minuto, pues estoy eufórico por volver a ver a Corina y darle la sorpresa de mi llegada a mitad de la madrugada. Ya me encuentro a las afueras del pueblo y eso me está comenzando a poner un poco nervioso.

Antes de pagar miro una tina con rosas rojas en venta, que se encuentran al lado del mostrador, todas están envueltas por separado, pero al verificar la hora y al darme cuenta de que son más de las tres de la mañana soy consciente de que no tendré tiempo para comprarle ningún regalo de cumpleaños y esas flores podrían ayudarme a no llegar con las manos vacías. Le pregunto al cajero si al comprarlas todas me dejaría llevarme la cubeta, sin embargo, al verlo dudar y no recibir una respuesta inmediata, sin perder el tiempo le ofrezco dinero extra para que me la venda.

Mientras dejo la manguera depositada en el tanque del gas, me pongo a quitar todos los envoltorios de plástico de cada una de las rosas. Con mucho cuidado, las deposito una a una en la tina, de manera que se me facilite sacarlas todas juntas al llegar a mi destino. Al terminar el delicado trabajo con una sonrisa en el rostro siento la cubeta en el asiento del copiloto, le paso el cinto de seguridad y lo ajusto bien para que no se vayan a volcar durante el camino.

Otra sonrisa se forma en mi cara al pensar cómo se estaría burlando Franky de mí en este preciso momento si pudiera mirarme. Estoy seguro de que estaría carcajeándose, al ver al ranchero y malhumorado Lisandro Prescott comportándose como un estúpido adolescente prendado por una jovencita, pero ¡al diablo!, simplemente le doy la bienvenida a estos sentimientos que crecen con fuerza y se arraigan en mi pecho, que me hacen cometer estas locuras de arribar en plena madrugada en busca de Corina para felicitarla por su cumpleaños.

Lo que me recorre por las venas es algo difícil de explicar. Estoy ilusionado, me siento

feliz, optimista, y eso es lo que en este preciso instante me hace que nazca comportarme de esta manera tan poco habitual en mí, pero he decidido que de aquí en adelante procederé como me sienta. Me he perdido de mucho, de vivir esta época de hacer locuras, se detuvieron con la muerte de mi hermano, no obstante, ahora no creo poder tener el dominio de impedirme vivir como me dé en gana, ni siquiera permitiré que me detenga mi edad, mis más de treinta y pico de años.



Cuando soy consciente, ya me estoy estacionando afuera del portón de metal de los Jonson. La mamá de Rita me dio copias de las llaves del zaguán, para facilitarme el acceso a la sección que Corina está rentando.

Tratando de ser discreto para sorprenderla, con mucho cuidado tomo todas las rosas y, con precaución cierro la puerta sin a hacer ruido. Comienzo a dirigirme por el jardín que está muy poco iluminado y me tenso cuando miro una sombra sigilosa que vaga hacia los cuartos de atrás, donde se encuentra Corina.

Algo no va bien, la silueta se balancea de un lado a otro, es alguien que se encuentra completamente borracho, con cuidado dejo las flores en el piso, y me adentro un poco más por las plantas para ver qué es lo que está sucediendo. Las palmas de mis manos comienzan a sudar al mismo instante que el corazón me martilla temiendo lo peor, pero me digo en silencio que tengo que ser paciente para dar con lo que sucede. Necesito ver toda la escena completa, si no, siempre me preguntaré si esto que está pasando es consentido por Corina.

No lo puedo creer, odio el simple hecho de que la desconfianza me embargue, pues Corina nunca me ha dado razones para que no me fíe de ella, no obstante, soy un hombre, una persona corrompida, un alma estropeada que está jodida, y que por muchos años se ha condenado a sí mismo, así que envalentonado sé que tengo que ver con mis propios ojos lo que está por suceder entre esas cuatro paredes, pues si no lo hago no podré confiar en ella hasta no comprobar la verdad.

En este instante me percato de que es el momento del veredicto final, esta noche la moneda ha sido girada y, podré encontrar mi liberación al igual que destrucción de por vida.

Con la luz de la puerta principal puedo ver claramente que quien se encuentra tratando de abrir la puerta es Joseph Jonson, padre de Rita. La sangre se precipita a mis oídos cuando observo claramente que se introduce sigiloso a la casa después de ver para todos lados comprobando que nadie se encuentra alrededor. En el momento que desaparece apresuro el paso, puedo escuchar las hojas que piso al caminar y siento que todo sucede en cámara lenta. Cuando llego por fin a la puerta, con mano temblorosa tomo la manija y giro el pomo con mucha precaución de no alertar a nadie de mi llegada.

Sé que la escena que busco la encontraré de inmediato, ya que he estado aquí y conozco la estructura del lugar a la perfección, no existe sitio en el que se puedan ocultar de mí al entrar entre esas paredes. Avanzo con la necesidad de saber qué es lo que sucede, requiero conocer qué ha estado pasando durante esos días que no estuve en el pueblo. Me adentro en la oscuridad y escucho cómo la hebilla de un cinto se desabrocha y me sube la bilis a la garganta, sin embargo, sus próximas palabras me congelan la sangre.

—Te lo dije, escuincla estúpida, que a mí nadie se me escapa —susurra el hombre.

La cortina que separa los cuartos me impide ver la escena que se produce a unos cuantos pasos de distancia, pero no necesito ser adivino para darme cuenta de lo que veré a continuación y, es necesario que de alguna manera lo permita para poder proceder, pues me encuentro en su casa. Si salgo de aquí acusando a Joseph Jonson de intento de violación, el cabrón podría mentir manifestando que soy yo quien traspasó su propiedad y al estar aquí dentro, se complicaría todo. Este arreglo debe de quedar entre los dos, tengo que dejar claro mis palabras hasta que se las lleve a la tumba.

Con sutileza acaricio suavemente mi Glock 17 que casi siempre porto bajo mi camisa vaquera, la cual se encuentra lista para entrar en acción. Escucho claramente cómo se le va encima a Corina y le tapa la boca, pues el ruido de sus gritos ahogados y sus patadas retumban en mis oídos.

—Te lo advertí, hija de puta, que yo nunca me quedo con las ganas —reitera escupiendo de nuevo sus repugnantes palabras sobre Corina que se nota que la ha tomado por sorpresa, pues se escucha que no para de patalear tratando de liberarse de sus asquerosas garras que tratan de tomarla a la fuerza.

Noto por el rabillo de la cortina que Joseph se encuentra tratando de mantenerla callada con su mano derecha, mientras que, con la otra, le desgarra de un tirón el camisón con el que dormía. Mis manos están empuñadas tomando todo de mi autocontrol para no irme sobre él y matar al desgraciado. Sin embargo, me percato de que está tan borracho que solo se encuentra concentrado en su tarea, que no es consciente cómo me abro paso por el cuarto hasta que le empuño la pistola en la sien y por fin siente el escozor del cañón que le encajo con fuerza.

—Te juro que, si no apartas tus asquerosas manos de ella, en este preciso momento te vuelo los sesos —le suelto al oído decidido a meterle un tiro en la cabeza.

De inmediato al escucharme levanta las manos en señal de rendición y sin dejar de apuntarle, doy un paso hacia atrás jalándolo con mi mano libre de la camisa sudada que apesta a licor. Lo giro del brazo y lo empujo con rabia haciéndolo colisionar con fuerza sobre la pared.

—¡Cállate el puto hocico! —replico cuando está a punto de abrir la boca para articular palabra.

Miro de reojo a Corina quien se encuentra sentada a mitad de la cama hecha un ovillo, está utilizando la colcha como escudo, la cual le llega hasta la barbilla, la sostiene con fuerza mientras se estremece temblando cubriéndose por completo. Es evidente que está en un estado de conmoción, sus ojos dilatados llenos de pánico lo confirman.

—Florecilla, escúchame. —Con voz calculadora me dirijo a Corina, sin dejar de sostener a Jonson de la camisa. Al notar que no responde lo vuelvo a intentar—. Corina, levántate de la cama, cielo, y prende la luz. Todo está bien, soy yo, Lisandro, sal despacio de la cama. Nos vamos a casa, solo necesito que me hagas un favor y prendas la luz —le digo con calma, necesito que este hijo de puta me vea a los ojos.

Sé que Corina está bien físicamente, gracias a Dios llegué a tiempo, me digo que solo se encuentra aturdida al no haber notado a ese desgraciado entrando a hurtadillas hasta que interrumpió su sueño, no quiero ni imaginar qué hubiese pasado si no hubiera decidido regresar hoy, al renacer el pensamiento en mi cabeza mi coraje vuelve a emanar por todo

mi cuerpo.

—Cielo, ¿quieres ir a casa? —Me comienzo a poner nervioso al ver que no reacciona—. Corina, por favor, háblame, nena, necesito sacarte de aquí, pero tienes que contestarme. —Presiono.

Pasan unos segundos que se me hacen eternos, pero escucho que comienza a moverse entre sollozos contenidos. Dejo salir el aire que no me di cuenta que estaba reteniendo, no obstante, es un alivio que Corina esté reaccionando de una u otra manera.

—Venga, Corina, prende la maldita luz y ponte a recoger tus cosas, nos vamos a casa —repito de nuevo en un tono más severo, que deja claro que debe moverse y obedecer—. Entre más rápido tengas todo listo, más pronto estaremos en camino.

Sale de la cama, prende la luz y el Lisandro de años atrás toma el control de la situación, ese despiadado y temido por todos, estoy frente a un hombre que ha perdido su valentía.

—Vamos a ver, hijo de puta, ¿sabes bien quién soy? —le pregunto comenzando mi discurso, ahora es mi turno de atragantarlo de pánico, así como lo ha hecho él con Corina.

Envalentonado se niega a contestar con las pocas agallas que le quedan y, se me queda viendo tratando de demostrarme que no me teme. No pierdo el tiempo y con la corredora de la pistola le giro el rostro de un golpe, el impacto le revienta el labio y le quiebra la nariz, de la cual comienza a salir sangre sin parar.

—¡Mírame, cabrón! Quiero que te quede algo muy claro, pues yo sí sé quién eres, obviamente sé dónde vives —bufo, y me río con cinismo—. Conozco a tu familia, tus negocios, y todos tus jodidos y asquerosos vicios. Así que te vuelvo a preguntar ¿sabes quién soy yo? —cuestiono presionándole la pistola en la sien.

—S-sí —balbucea el padre de Rita—, eres Lisandro Prescott.

—Muy bien, Joseph —suelto y con la palma abierta le cacheteo fuerte varias veces la mejilla, felicitándolo por su buena respuesta—. Quiero que escuches con atención —continúo diciéndole, al tiempo que le meto la pistola por la boca causándole que los ojos se

le llenen de lágrimas y, se atragante con su propia sangre que no para de gorgotear—. Si te vuelves a acercar a ella, si tienes el descaro de mirarla, si piensas tan solo en tocarla, vendré por ti, y todo lo que querías hacerle esta noche, cada cosa repugnante que pasó por tu cabecita podrida, te lo haré a ti. Te destrozaré tanto que me suplicarás para que te mate y ¿sabes qué? No lo haré, porque primero te cortaré los huevos, lo realizaré de una manera tan lenta y tan precisa, que te arrepentirás de todos y cada uno de tus pecados. Te tiraré como la escoria que eres, para que te mueras lentamente desangrado peor que un animal —declaro con rabia.

Una vez que he dejado que calen mis palabras en Joseph, lo tomo del cabello y lo acerco a mi rostro.

—Recuerda muy bien, que solo doy una advertencia. ¿Lo entiendes, hijo de puta? Yo sé que sabes quién soy y déjame dejarte algo claro, aunque el infierno se haya congelado, no te equivoques ni pienses que por esa razón el diablo ha dejado de ser diablo.

En el momento en que lo suelto, mientras el cuerpo borracho y ensangrentado de Joseph se desliza sobre la pared lo escucho bufar, un claro gesto de altanería dejando claro que no cree en mis palabras. En ese instante miro todo de color rojo abrasador, consumiéndome de rabia y frustración haciéndome olvidar en dónde me encuentro, perdiendo por completo los estribos. Lo agarro de las piernas y lo arrastro hasta llevarlo al patio.

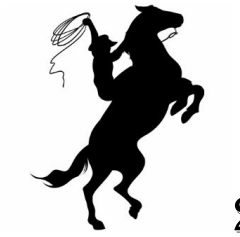
—Así lo quisiste. Ahora todos se van a enterar de la escoria podrida que eres. ¡Párate, hijo de tu puta madre! —le ordeno colerizado.

Al viejo sinvergüenza le corre ahora también sangre de la cabeza descalabrada, con una mano se sostiene la nariz rota, y con la otra trata de levantarse, pero es una acción inútil pues está completamente desenfocado.

—¡Dios mío! —Escucho una voz sorprendida llena de terror y confusión a mis espaldas —. Madre de Dios, pero ¿qué pasa aquí? —Ignoro la pregunta y al ver que Jonson está a punto de desmayarse, saco mi teléfono y marco al número directo del *sheriff* Treviño.

Sin perder tiempo le cuento brevemente lo que ha sucedido y minutos después de colgar mientras recojo a Corina en brazos y la saco de ahí, comienzo a escuchar las sirenas que se

acercan a la residencia.



LISANDRO PRESCOTT

El camino de regreso trascurre en silencio, tomo la carretera que nos lleva a la hacienda un par de horas después de que nos toman nuestras declaraciones, se rehúsa a apartarse de mí así que de inmediato que me siento a su lado se acorruca y complaciéndola manejo con una sola mano para con la otra abrazarla fuertemente y aprisionarla a mi cuerpo de manera protectora.

Estoy tenso y en alerta, preocupado y nervioso, desesperado. Durante todo el camino solo deseo llegar, quiero estar lo más pronto posible en la casa, para arroparla y por fin sentirla segura bajo mi techo. Todavía siento una opresión que me martiriza en el pecho, un maldito sentimiento de culpa que no me abandona, nada me calma.

Pasa un buen rato hasta que me siento agradecido de por fin percibir su suave respiración rozando mi cuello cada vez que inspira, revelando poco a poco un estado más sereno que comienza a apoderarse de ella dejando el percance de estas últimas horas atrás.

Al llegar, me detengo en la casilla de seguridad y ordeno que necesito que alguien me siga para que me abran la puerta de la casa grande. La cara del hombre se ve contrariada ante mis palabras sin entender qué es lo que sucede, sin embargo, no necesito decirlo dos veces, pues a toda velocidad se sube a la camioneta de trabajo y parte después de mí.

Al estacionarme frente a las escaleras principales deprisa me bajo de un salto, abro y con cuidado saco a Corina quien se ha quedado profundamente dormida. Al moverla murmura algo que no entiendo y al echarla con cuidado sobre mi pecho, busca mi cuello y toma una bocanada profunda de aire que hace que un cosquilleo baje por toda mi espalda.

Mi trabajador ya se encuentra abriéndome la puerta para que pase al notar que llevo a Corina entre los brazos y sin hacer preguntas me sigue hasta la segunda planta.

—Aquí —le indico para que ahora me dé acceso a mi recámara—. Carlos, por favor, prende la lámpara —pido mientras me acerco a mi cama con la joven sobre mis brazos.

Sigue mis instrucciones y se detiene en la puerta observando mis movimientos.

—Por favor, nada de esto a nadie —suelto para a continuación dar más especificaciones de lo que quiero que haga—. Corina sufrió esta noche un atentado y no quiero dejarla sola. —Dejo claro la razón por la que he decidido traerla aquí en vez de llevarla a su cuarto—. Si viene el *sheriff* Treviño o Hanson inmediatamente házmelo saber.

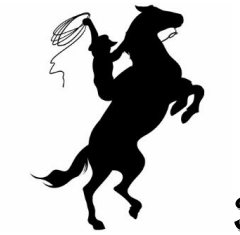
—Por supuesto, patrón. Cualquier cosa que necesite llámenos a la caseta estaremos al pendiente. —Sale deprisa y cierra la puerta tras de él.

Al quedarnos a solas la arropo entre mis colchas y al ver que se acorruca sobre mi almohada, sin perder el tiempo cierro las cortinas gruesas para impedir que se filtre el sol de la mañana que está por salir y esto le permita descansar sin preocupaciones por un rato más.

Al entrar por la puerta principal, inconscientemente envuelto en un arrebato no pensé en nada más que traerla directo a mi habitación y ahora que la observo desde el sillón donde me encuentro sentado, contemplándola, mi corazón sigue abrumado.

Cuando la vi en peligro, me sentí impotente y perdido. Corina tiene el poder de destruirme, aunque también de reconfortarme, de curarme y hacerme feliz. La cama me invita a recostarme junto a ella, sin embargo, me abstengo, tengo miedo de su reacción, de asustarla por lo que ha pasado. Así que me limito a velar sus sueños, la observo como un tonto endiosado con la criatura más hermosa que mis ojos han tenido el placer de contemplar que ahora yace entre mis sábanas.

Una mujer frágil e inocente, que cada momento se mete en lo más profundo de mi pecho arraigando sentimientos fuertes e imposibles de seguir negándomelos a mí mismo.



30

Sumido en sus pensamientos Lisandro no se da cuenta de que me giro y abro los ojos, adormilada detectando que no me encuentro en mi cuarto, me alzo un poco hasta sostenerme de mis antebrazos y lo localizo en la esquina, viendo al suelo como buscando una respuesta a lo sucedido.

La ligera luz de la lámpara acaricia la silueta de su rostro cincelado y recio y, aunque no lo veo con claridad, lo reconocería hasta en las penumbras de una noche desierta y desolada, pero ahora está aquí junto a mí y estoy segura de que de ahora en adelante nunca jamás volveré a estar alejada de él. Nuestras almas no se soltarán, pues lo que nos une es mucho más fuerte.

—Cariño, ven a acostarte. —Estiro el brazo palpando las sábanas frías del lado vacío y le cito para llamar su atención.

Me he dado cuenta sin que Lisandro me lo diga que le satisfacen mis muestras de afecto, sus ojos me lo dicen, sus gestos, su semblante. Este hombre nunca ha escuchado palabras de aprecio, de simpatía o amor, pues siempre se ha apartado de ellas, dejó de lado a la gente que lo amaba y, se aisló en su propia miseria.

Me observa receloso, inseguro de haberme escuchado bien.

—Lisandro, entra a la cama —insisto, al tiempo que palpo varias veces de nuevo el colchón invitándolo a acompañarme.

Se levanta y acorta la distancia con paso lento, pero al situarse al pie de la cama se nota que sus inseguridades vuelven a su mente. Me imagino que se pregunta si está haciendo lo correcto, si soy yo su destino predeterminado.

Sin permitir que vuelva atrás me levanto y me quedo hincada sobre el colchón, lo acerco a mí y comienzo a desabrocharle la camisa con dedos temblorosos, y al notar lo que pretendo se tensa sujetando mis manos.

—Solo quiero que duermas un poco a mi lado, te lo prometo —le explico honesta y al

escucharme cierra los ojos con un gesto torturado que deja ver lo difícil que todo esto le resulta.

Siento su cálida respiración sobre mis dedos, deja caer sus manos a sus costados y su pecho sube y baja dándome acceso para que lo desvista. Al despojarlo de la prenda continúo desabrochándole el cinto y, con cuidado dejo la funda con su pistola sobre el buró, cuando estoy por soltar el botón de sus pantalones de mezclilla, Lisandro me detiene.

—Corina, no estoy preparado para esto. —Me mira a los ojos con temor y dudas.

—Mi precioso hombre —musito amando todo de él.

Nos contemplamos por un rato sin decir nada, no sé si han pasado unos cuantos segundos o minutos, solo soy consciente de que sigo con mis manos encerradas en las de él en un debate silencioso, pero sin presionarlo.

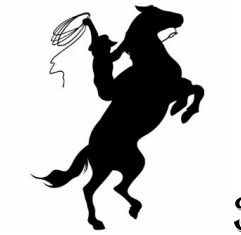
Cuando siento que se relaja, me levanto y con la acción ahora es él quien tiene que ver hacia arriba para encontrarse con mi mirada. Traslado mis manos a sus mejillas, se las ahueco con cariño, le acaricio la barba de días, mientras él instintivamente vuelve a cerrar los ojos empapándose de mi tacto.

—Un día estaremos listos y seremos la pareja más feliz del mundo. —Mis palabras causan que me mire y se encuentre con mis ojos expresivos y sinceros, le sonrío contenta de estar junto a él.

Me aparta el cabello rubio y sedoso del rostro, se acerca y me besa como nunca nadie me había besado. Es una caricia pausada, un reconocimiento de dos almas, la unión de dos personas que el destino ha engendrado para estar juntas, las piezas ásperas que se pulen para encontrar su lugar.

—Eres lo más bello de mi vida —murmura sobre mis labios, lo veo embelesada, es el hombre más divino que he conocido en toda mi vida, quien se inclina amoroso para poder besarme con sus hermosos ojos iluminados, expresando con su mirada y con su tacto todas las palabras que se le estancan en la garganta.

—Fuiste mi salvador... —expreso mientras le deposito un ligero beso en sus labios suaves—. Te convertiste en mi protector... —Le doy otro toque—. Fuiste mi guía y mi tutor. —Las lágrimas de felicidad me recorren por las mejillas—. Y hoy, te has convertido en mi futuro.



CORINA MCKAY

Lo primero que me tocó afrontar fue una larga plática con Lisandro para confesarle lo que estuvo pasando durante su partida, inicié explicándole lo que ocurrió en el café, los incidentes en el trabajo, los comentarios. Encolerizado me reprendió por no hacérselo saber en su momento para poder evitar lo ocurrido, sin embargo, logró entender que la razón por la que no se lo conté, fue para evitar estropear su tiempo con su familia, no obstante, me hizo prometerle que esta sería la primera y la ultima vez que le ocultaba algo, pues en esto de ahora en adelante estaríamos juntos.

Paso las siguientes semanas sin salir mucho de la casa y, aunque todo dentro de estas tierras sigue marchando con normalidad, es evidente que les ha quedado claro que entre nosotros ha iniciado una relación diferente a la que habíamos llevado en el pasado.

Durante estos últimos días solo me enfoco en asistir puntual a las citas en el juzgado. Lisandro no está dispuesto a detenerse hasta refundir a Joseph Jonson en la cárcel. Está haciendo todo lo posible por recolectar más pruebas que avalen el suceso por el que pasé, pues más mujeres al enterarse de su detención han salido a dar sus testimonios, evidenciando hechos desgarradores de jóvenes que no contaron con la suerte de ser rescatadas antes de vivir un suceso catastrófico que las ha marcado por el resto de sus vidas.

Me ha costado mucho ver a mi amiga y a su madre a la cara ante la vergüenza de lo sucedido, pero ellas mismas fueron testigos de lo que pasó esa noche al acercarse cuando Lisandro sacaba a rastras al hombre de un lugar donde nunca tuvo que entrar.

Llevo toda la tarde nerviosa, por fin el viernes ha llegado y, aunque Lisandro se encuentra en la temporada alta de sus negocios y es muy común que en esos días vuelva tarde a la hacienda, esta noche estoy segura de que no tardará en llegar, pues le hice prometerme que tenía que hacer una excepción, ya que hoy es un día muy especial para los dos.

A principios de semana durante la cena me comentó que Rey le llamó esa mañana para decirle que vendrían a convivir por unos días con su padre.

El plan de su hermano mayor es primero pasar a Denver por Benjamín y su hija, pues también el

otro hermano decidió a última hora acompañarlos y aquí se verán con Josh, para después con sus respectivas familias partir a la hacienda del señor Prescott donde se quedarán un par de semanas y por supuesto deseaban que también estuviese presente.

Cuando lo comentó de esa manera me puse muy contenta por él, más nunca imaginé lo que estaba por escuchar a continuación:

—Así que prepárate porque en resumen tendremos este viernes una cena con toda mi familia —suelta como si nada, mientras se lleva una cucharada grande repleta de ensalada de papa a la boca—. Te quedó riquísimo, Florecilla —dice dejando la cuchara para tomar una costilla repleta de barbecue sauce.

Comencé a meterme más a la cocina disfrutando de aprender junto a Rossy las recetas que más le gustan a Lisandro, ahora que me pidió que dejara de trabajar para que me concentrara en las próximas clases virtuales que comenzarán el próximo mes. Estoy segura de que no despidió a Deborah, pero de un día a otro la dejé de ver en los alrededores, quizás la instaló en alguna fábrica, realmente no me interesa saber, solo me complace que sea realmente intuitivo con mis sentimientos para hacer ese cambio sin siquiera verbalizarlos en voz alta.

—¿Tendremos…?, ¿tú y yo? —pregunto comenzándome a sentir nerviosa, asimilando lo que me está platicando.

—Claro, los chicos no han parado de preguntarme por ti, ya es hora de que los deslumbres con tu presencia. —Se limpia con una servilleta los dedos para a continuación estirar su brazo, toma mi mano y se la lleva a sus labios para después depositar un beso tierno en mis nudillos.

Unos neumáticos me traen de vuelta al presente y en segundos escucho cómo se abre la puerta principal y unas llaves son dejadas caer en la mesita de madera que se encuentra a la entrada de la sala.

—Nena, estás preciosa —señala emocionado al encontrarme en la estancia de la casa esperando por su llegada.

Los ojos de Lisandro brillan encantados al observarme de pies a cabeza calentando mi piel al ser adorada con tanto cariño. Visto un bonito vestido vaquero con estampado de flores y mis botas color rojo que hacen un juego perfecto con mi ropa. Siento cómo me ruborizo ante su escrutinio,

sonrío nerviosa, todavía acostumbrándome a sus muestras de afecto.

—Ven aquí, dale la bienvenida a tu hombre y dame un beso —ordena mientras abre sus brazos para recibirme.

De inmediato acorto la distancia, me pongo de puntitas para alcanzarlo y beso sus labios con devoción, me siento fascinada con las sensaciones que manifiesta al tenerme entre sus brazos, junto a él todo es una escala de emociones entre dulces y tiernas que cada vez se intensifican a algo revelador y posesivo.

Nunca pensé que existiese la perfección, pero en este instante mi vida a su lado lo es.

Desde aquella noche entre los dos se intensificó el respeto que le tenía, creció aún más un cariño recíproco y un amor desbordante. Una combinación de dulce y tierno que comienza a bullir con estos pequeños besos que cada día reclaman por más.

—Cariño, necesito bañarme. —Un varonil y ronco quejido, que a la vez suena algo lastimero, proviene de su garganta y murmura sobre mis labios.

La voz ronca y contenida me eriza la piel y me vuelvo líquido fundido en el instante en que siento cómo lleva sus manos grandes que me abrazan por mi espalda, me acaricia rítmicamente hasta que con suavidad me retira de su cuerpo para después verme a los ojos. Sonríe al encontrar un puchero reflejado en mi rostro con el cual siempre logro desarmarlo.

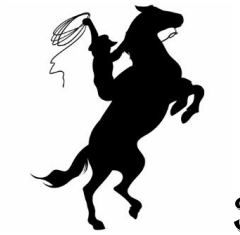
—Me vuelves el hombre más tonto del mundo entero —admite—, pero, aunque me muera por llevarte en brazos a la sala para acorrucarnos y ver una película, estoy seguro de que cuando te des cuenta de lo que hacemos me reprenderás por no llevarnos con mi familia. —Vuelve a besar mis labios, haciendo que me derrita con ese gesto tierno, tanto que ahora es a mí a quien se le escapa de la garganta un sonido afligido lleno de frustración.

—Vaquero mío, me vas a matar si sigues tocándome así. —Pego mi frente a su pecho trabajado y dejo salir el aire recomponiéndome—. Vete, antes de que no te deje ir.

Lisandro deposita un beso en mis cabellos rubios y sale a paso acelerado, pero cuando se dirige a subir las escaleras se detiene en el primer escalón y llama mi atención con un grito.

—¡Rubita mía, te amo! —Sonríe pleno.

Mi pecho palpita desbordado, me aparece una sonrisa plena en el rostro que le confirma que siento esos mismos sentimientos hacia él y con la misma intensidad que los profesa.



32

Un par de horas después partimos a casa del padre de Lisandro. Al llegar, mi guapo vaquero salta de la camioneta dejando su exquisita fragancia atrás para a continuación rodearla a paso firme y proceder a abrir la puerta para mí, me ofrece la mano con delicadeza para ayudarme a bajar.

Tomados de las manos partimos juntos hasta la entrada principal, pero antes de tocar el timbre, mi hombre fuerte, alto y completamente arrebatador pierde su seguridad, se congela de manera momentánea y hace que nos detengamos al pie de los escalones.

—Me tienes aquí, podemos hacerlo —reafirmo imaginando el caos que le tiene que estar pasando en ese instante por su cabeza, debe de estar lleno de inseguridades y dudas, tratando de seguir adelante, aceptando y sanando, todo a la misma vez—. Siempre estaré junto a ti, Landro. Toma el tiempo que necesites, cariño. —Le aprieto la mano, me giro un poco hacia él y me pongo de puntitas para darle un beso en la mejilla.

Supongo que a pesar de que el más pequeño de los hijos del señor Reynold se comunica continuamente con su familia, el regresar a esta casa es uno de los últimos obstáculos que tiene que superar para poder por fin dejar sus fantasmas atrás.

Una noche después de cenar me confesó que podía sonar como una estupidez a los oídos de los demás, pero una de las razones por las que se fue de esta casa fue por el recordatorio constante de lo que había pasado. Me platicó cabizbajo cómo estas paredes en el pasado lo abrumaron, cómo en aquel tiempo al voltear a todos lados veía plasmadas tantas memorias y momentos compartidos con tan solo caminar por esos pasillos que lo ahogaban al mirar todas esas fotografías de su hermano más amado, el cual por sus malas decisiones había muerto.

Eso lo hizo tomar en su momento lo que pensó era la mejor decisión, pero nunca imaginó que al mismo tiempo se encaminara a una soledad inmensa que lo consumió por todos estos años.

Después de tomarse unos minutos respira profundo y bajo mi atenta mirada sintiéndose listo toca el timbre y a continuación una mujer con una niña en brazos y una barriga considerablemente grande nos recibe con una sonrisa sincera en su angelical rostro.

—Pasen, chicos. —Abre más la puerta y nos da el paso para después gritar a todo pulmón—. ¡John, los muchachos acaban de llegar!

En unos minutos mientras Lisandro me ayuda a quitarme el abrigo me percato de que llega hasta nosotros un hombre con la misma complexión grande y reveladora de Lisandro, quien carga emocionado a otra bebé de melena rubia en brazos.

—Pero mira nada más, ha llegado el hijo consentido de papá —se burla mientras se acerca a su hermano, le da un abrazo un poco extraño al tener a la niña cargada.

—Claro, pero ¿qué más puedo esperar de ti? —cuestiona Landro con sarcasmo con una sonrisa en su rostro. El hecho de ver esa complicidad entre sus hermanos me deslumbra, me tienen anonadada contemplar la interacción de esos dos grandulones que me hacen sentir pequeña ante sus presencias arrebatadoramente altas y demandantes—. Ni un solo día me puedo librar de tus bromas —indica el menor de los Prescott para después girarse hacia mí—. Corina, te presento a mi hermano John. —Introduce mucho más relajado, dejando atrás el episodio vivido a nuestra llegada.

—Amy, ven acá, cariño, mira te presento a mi hermano pequeño y a su novia. —Pone su mano en la espalda de la mujer embarazada y la acerca a nosotros.

Nos saludamos de manera cortés y para cuando me doy cuenta de que la niña que cargaba Amy se ha bajado de su regazo y ahora se encuentra a mi lado llamando mi atención al estirarme del dobladillo de mi vestido. Al verla me muestra sus bracitos regordetes dejando claro que quiere que la levante y al seguir su orden silenciosa de inmediato se me acorruca en mi pecho y mientras se chupa el dedito, con su manita libre agarra e inspecciona un mechón de mi cabello llena de curiosidad. Escuchamos unos pasos que provienen del pasillo y al voltear notamos al padre de Lisandro caminar hacia nosotros.

—Válgame, ¿y ustedes a qué hora se van a dignar en entrar? Todos están preguntando por ustedes. —El señor Prescott con su rostro feliz nos recibe, primero se va directo a su hijo al que le da unas palmadas cariñosas y luego posicionando su mano en mi espalda nos comienza a encaminar por el pasillo, murmurando de nuevo que toda la familia espera en el jardín por nuestra llegada.

—Con su permiso, pero hoy mi nueva nuera será la consentida de la noche. —Expulsa al pasar el

marco de la puerta que nos dirige al jardín, los presentes al escucharlo se ríen del comentario haciéndome sonrojar al notar que tienen sus ojos fijos en mí.

—¿Ah sí, don Reynold?, y nosotras ¿qué? —Amy agrega con tono duro.

Al girar para verla noto cómo le cuesta mantener la seriedad en su rostro. En ese instante no puedo ser más feliz al observar la felicidad plena que nunca antes había mirado en el padre de Lisandro. El señor Prescott me suelta para ir a encontrarse con la mujer que supongo lleva muchos años en la familia.

—Mi preciosa Amy. —Le da un beso en la frente de manera fraternal para después abrazarla con afecto.

Noto que el hombre tiene sus años, pero sigue teniendo la misma vitalidad y complexión que todos los hombres de la familia Prescott. Es un individuo alto de más de un metro ochenta, fuerte como un roble y a pesar de estar tan trabajado sigue manteniéndose energético y más estos últimos meses que se nota que ha rejuvenecido al ver a su familia por primera vez reunida.

—Todas son mis hijas —afirma honesto recorriéndolas con la mirada—. Cada una de ustedes son especiales para mí, solo que hoy estamos celebrando que nos encontramos todos reunidos, lo que siempre anhelé, por fin la vida me lo concedió. —Esas últimas palabras hacen que su voz se le quiebre y se le humedezcan los ojos.

Lisandro llega hasta donde estamos y le pone una mano sobre su hombro, pero antes de que tenga oportunidad de decir algo, llega Benjamín.

—John, si no quieres que Rey chamusque la carne, yo que tú, corría a quitarle el tenedor. ¡Córrele, aquel ya le está metiendo mano! —Voltea a vernos con una sonrisa que estoy segura debe de desarmar a cuanta mujer se tope y más ahora que ha vuelto a estar en el mercado. Me sorprendo al notar que Lisandro ya lleva una cerveza en la mano, me sonríe al darse cuenta de que lo observo y sin perder el tiempo se acerca hacia donde nos encontramos.

—Corina, otro de mis hermanos *chiflados*. —Me indica con la mano al hombre sonriente que tengo frente a mí.

—Mucho gusto, mi hermosa dama, Benjamín Prescott el más guapo de la familia —se presenta con coquetería ofreciéndome su mano.

—Corina McKay —saludo, y este me sorprende besándome los nudillos mirando de reojo a su hermano para captar su reacción, pues está claro que su propósito de la noche es provocarlo.

—Déjala en paz, casanova. Esta mujer ya está tomada —gruñe para después posesivamente colocar su mano en mi espalda baja, se acerca y me besa en la coronilla, sus palabras me llegan al pecho revoloteando todo mi interior.

Todos los presentes se encuentran encantados con nuestra presencia, siento que irradio felicidad mientras caminamos de la mano y, aunque es evidente que la reunión es para convivir con Lisandro, cada que este se detiene con algún familiar me hacen sentir parte de ellos.

—¡Rey, ven acá! —Lisandro grita relajado, tengo que parpadear varias veces pues el hombre que se acerca sonriendo es otra copia mayor de mi amado Prescott.

—Disculpa, disculpa. —Se limpia las manos en un trapo de cocina y luego me saluda—. Tu debes de ser Corina, mucho gusto Reynold Jr. —Gira su rostro para todos lados—. Mi mujer no debe tardar en bajar, los chicos llegaron directo a la alberca y los ha mandado a bañar. ¡Scarlette, ven aquí, amor!¡Lisandro acaba de llegar! —anuncia llamando la atención de una mujer pelirroja que viene saliendo de la casa.

—Oh, Dios, ¡por fin! —Entusiasmada saluda a un Lisandro que se queda un poco pasmado ante la efusividad de la mujer, se gira y ahora es a mí a quien abraza—. Hola, querida, mi suegro no ha parado de hablar de ustedes, moríamos por conocerlos. —Se posiciona a un lado de su marido y nos ponemos a conversar de cómo les fue en la carretera.

La hacienda es muy grande y desde la colina donde nos encontramos se pueden ver las grandes hectáreas repletas de huertos que rodean la propiedad. Mientras converso con Scarlette me percato de que las mujeres de los Prescott se llevan muy bien entre ellas, y cuando hacen las respectivas presentaciones al instante me acogen como una más de la familia.

—Mira nada más, eres tan preciosa, ¡oh Dios, tan delgadita! —Amy me toma de la mano y me hace girar cuando llego con Scarlette a la mesa de las chicas, según ella contempla la juventud y la

belleza que poseo a mi corta edad. Su comentario no me hace sentir incómoda, se nota que lo saca a colación por su notoria barriga de embarazada, sin embargo, no puedo evitarlo y me sonrojo al ser la atracción principal de las mujeres.

»Les prometo que después de este embarazo, si no es un varón y John quiere seguir intentando, juro que le pediré el divorcio. —Todas sueltan una fuerte carcajada mientras ella se deja caer en la silla con puchero incluido.

Los hombres se han quedado a un lado del asador tomándose unas cervezas, de vez en cuando se escuchan los gritos que le hacen a John al llevarse los típicos cumplidos de ser como siempre el cocinero estrella de la noche, mientras nosotros nos encontramos al otro extremo bajo el majestuoso porche de madera que está decorado con luces y plantas naturales.

Estamos sentadas en un comedor de hierro forjado que tiene espacio suficiente para sentar cómodamente a toda la familia, los niños corren de aquí para allá y varias chicas que ayudan a Amy y a su marido cuidan a sus hijas que las tienen sentadas entre colchas y cojines franqueadas por un corral provisional y amplio que las mantienen seguras.

—Scarlette, ¿recuerdas haberlo visto así? —pregunta Amy llamando la atención de la pelirroja para a continuación darle un trago a su agua del limón.

—La verdad es que no, míralo. —Levanta las cejas indicando discretamente hacia donde se encuentra su suegro. Sigo su mirada y me topo con la íntima escena, el señor Prescott baila gustoso con una de las hijas de John en brazos.

—Corina, estamos muy felices de que estén aquí. —Me toma por sorpresa Amy estirando su brazo para después darme un apretón sincero de mano afirmando con el gesto lo contentos que todos se encuentran por el regreso de Lisandro a sus vidas.

La noche pasa entre risas y carcajadas, nos quedamos hasta la madrugada escuchando anécdotas de cuando eran niños, poniéndose también al corriente con sus nuevos proyectos, conociendo más de sus vidas ahora en la actualidad e incluyéndome de vez en cuando.

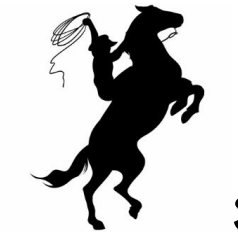
Durante toda la velada me percato del gran amor que existe entre la familia que los ha llevado a ser tan cercanos. No me puedo sentir más afortunada en estos momentos, mi corazón se encuentra

rebosante de cariño al darme cuenta de que me están haciendo sentir parte de ellos. Estoy segura de que Lisandro se ha dado cuenta de que no solo a él lo han arropado esta noche, también lo han hecho conmigo, ese respaldo que hace tan solo unas semanas atrás había encontrado únicamente en sus brazos, ahora se intensifica y se hace más real que nunca.

Me acorruco a su cuerpo y de inmediato gira su rostro para verme, me regala una sonrisa llena de adoración y refuerza su abrazo como si quisiera que me fundiera a su costado, me alzo para acercarme a su oído mientras todos están escuchando a Rey platicar.

—Te adoro —le susurro para a continuación dejarle un delicado beso sobre su cuello, pero antes de volver acomodarme me detiene sujetándome de la barbilla.

—Eres mi todo, gracias por llegar a mi vida —declara mirándome directo a los ojos, me pierdo en su tono café que me desarma y que me recuerda al lugar que pertenezco.



33

LISANDRO PRESCOTT

TIEMPO DESPUÉS

Camino de un lado al otro, detesto esperar, no puedo entender qué tanto hace Corina en el baño, yo en media hora estoy completamente listo mientras que mi rubita aun a pesar de que ha comenzado casi tres horas antes, todavía no puede terminar.

—Florecilla, si no sales en este momento no vamos a ir a ningún lado —advierto dándome por vencido mientras me dejo caer en la cama y busco el control remoto para prender la televisión, pero no lo encuentro por ningún lado. Mi amenaza es sabiendo que a continuación mi testaruda McKay gritará alguna de sus frases típicas y rebeldes para justificar su tardanza.

—¡Ni lo sueñes, Prescott, no hemos venido hasta acá para quedarnos en el hotel! —grita desde el baño para después con prisa sacar medio cuerpo y sosteniéndose del marco de la puerta, me mira con una sonrisa lobuna para comentar de manera coqueta—: A menos que quieras estrenar esa deliciosa cama. —Levanta las cejas sugerentes y de inmediato niego con mi rostro por su comentario y cuando menos me lo espero me doy cuenta de que su ocurrencia también me ha sacado una sonrisa.

Sin tiempo que perder sale descalza del baño, me percato de que su cabello y maquillaje están listos, pero todavía viste su pijama que consiste en una blusita de seda de tirantes y un *short* a juego color cereza. Me encuentro sentado sobre el colchón, visto la playera de los broncos de Denver, un par de *jeans* relavados y mis botas vaqueras, preparado para irnos, no obstante, a como veo que van las cosas será imposible llegar a tiempo.

—Alguien me dijo que no se quería perder el primer juego de la temporada. —Le recuerdo la

razón por la que viajamos tan temprano y paramos en el hotel para refrescarnos y de aquí irnos al estadio.

Cuando llega al pie de la cama se posiciona en medio de mis piernas, me quita la gorra y la avienta a la cama para después meter sus dedos a mi cabello creando una sensación agradable. Me dejo hacer y me empuja la cabeza un poco hacia atrás para que la mire a los ojos, sin embargo, instintivamente la abrazo y la atraigo a mi cuerpo para después descansar mi barbilla sobre su pecho y le sonrío.

—Estamos a tiempo para cambiar de planes —expresa con voz provocadora.

Sin querer caer en sus provocaciones y en esa boca deliciosa, me giro y descanso la mitad de mi rostro en su estómago, respiro profundo comprendiendo hacia dónde quiere dirigir el hilo de nuestra conversación.

—Recuerda que soy la cumpleañera y en este día tan especial nada se me puede negar. —Presiona un poco, es consciente de que a este punto la complaceré en todo lo que me pida, menos en ese pequeño detalle.

Ha pasado casi un año desde el día en que nos reunimos con mi familia, los dos estamos muy comprometidos como pareja, es verdad que seguimos adaptándonos, pero con el paso de los meses nos dimos cuenta de que nuestra rutina era tan natural que el hecho nos confirmó que como lo había dicho Corina un montón de veces, el destino nos creó para complementarnos y ahora llevamos una relación muy sólida a pesar de nuestra notoria diferencia de edad.

Sin embargo, hasta este instante todavía no damos el siguiente paso, al principio cuando comenzamos, las insinuaciones por parte de mi rubita eran evidentes, junto con esos actos coquetos y desesperados que tenían el claro propósito de volverme loco para envolverme y llevarme a la cama.

Tuve que hablar con ella de lo importante que es para mí que esperemos, no porque no la desee, hay días que no sé cómo puedo contenerme, y tras sus caricias me levanto deprisa sin decir palabra y me largo a mi cuarto para meterme bajo la regadera con agua fría para quitarme esta hambre que tengo por poseerla, pero arraigo en mi pecho una necesidad por esperar, quizás no por el momento perfecto sino por el correcto y lamentablemente ese día aún no ha llegado. Sería un mentiroso al declarar que no lo he esperado con ansia ya que cada vez es más difícil negarme a sus peticiones y a esa manera tan natural que tiene de clamar por mis atenciones con solo tocar mi piel.

Sus manos se deslizan hacia mis hombros, se detienen para sostenerse sobre ellos y a continuación sube despacio una de sus rodillas y después la otra, lento se deja caer sobre mis muslos y se abandona con un solo objetivo en su mirada, *torturarme*, saltan de ellos chispas de excitación de manera hipnotizadora. Sus manos regresan a mis mejillas y me atrae con más fuerza para besarme, recibo sus caricias y acepto los besos apasionados que me ofrece. Nuestras lenguas se encuentran, son dientes y labios que se chupan, se mordisquean y poco a poco van aumentando la presión y el desenfreno que nos envuelve, tomando un ritmo acelerado que agita a nuestros corazones. La dulce tensión que siempre creamos juntos se intensifica haciéndome estremecer, gime en mi boca y las sensaciones de deseo me ruegan de una vez por todas que me deje llevar.

—Te deseo tanto... —murmuro al sentir cómo sus labios recorren mi mandíbula tomando un camino hasta mi cuello el cual comienza a besar con avidez.

Al escucharme toma la iniciativa y me saca la playera con urgencia, me contempla anhelante y bajo su atenta mirada mis manos lentamente tientan sus hombros con adoración, las recorro por sus costados y al instante noto cómo su piel se eriza ante mi contacto. Esta vez no me detengo y busco el dobladillo de su blusa, mis dedos ligeramente temblorosos la comienzan a subir a la vez que leo en su rostro que se encuentra cómoda ante lo que estoy haciendo.

No puedo evitarlo, pero cuando le saco la prenda mis ojos se centran en el par de pechos perfectos que tengo frente a mi rostro, pero antes de continuar vuelvo a centrar mi mirada buscando dudas en sus ojos, pero en respuesta me regala un ligero asentimiento que me brinda la confianza que necesito. Sin tiempo que perder retomo el momento y me dirijo de nuevo a comerle la boca, comenzando con suaves mordiscos que son una clara declaración de la devoción que le propiciaré de hoy en adelante.

Sin dejar de besarla, mis manos recorren su suave y sedosa espalda hasta llegar a sus nalgas, la pego a mi cuerpo y la giro sin problemas para depositarla con cuidado en medio de la cama.

—¿Estás segura? —La necesidad de asegurarme de que se encuentra bien supera mis propias emociones, estoy a punto de rendirme, pero preciso de su confirmación.

—Siempre he estado segura. Eres el amor de mi vida, el primero, el único, mi **para siempre.** —Me atrae a ella con sus piernas encarcelándome y me besa los labios mientras confiesa en murmullos

sobre ellos, confirmando sus sentimientos honestos una vez más, dejándome claro lo preparada que se encuentra para dar este paso.

Sin necesidad de nada más, con esas palabras me dejo ir, me despojo de lo que fue mi vida pasada, no importa ahora, mi mente se dispersa para apostarlo todo en el presente. La tomo con fervor de las mejillas sin poder creer que soy tan afortunado, primero deposito un beso con devoción en su frente, después invado su boca y en ese instante siento cómo un escalofrío recorre mi espalda al sentirla vibrar bajo mi cuerpo, con tiernas caricias adoro cada rincón de su anatomía prometiéndole con mi toque que viviré solo por y para ella por el resto de mis días.

Estando al tanto de que me acepta como soy y que me ama, en ese preciso momento me prometo que desde ese día en adelante todo lo que el destino quisiese ofrecerme lo recibiría sin objeciones, convirtiéndome en el títere de mi vida, de este camino que ya está trazado y del que solo tengo una vía por recorrer.

Doy mi palabra para volverme el peón de esta reina de cabellos rubios y ojos azules que ha nacido para mí, la que me tiene loco e hipnotizado desde el instante en que se coló en mi recámara, la que contemplo en esta tarde bajo la plena luz del día y de la que ya no puedo vivir sin su presencia. Esa que me observa recostada semidesnuda, bañada por los deslumbrantes rayos del sol.

Lentamente mientras estoy hincado frente a ella, bajo su *short* junto con su delicado *panty*, cuando termino con la sutil tarea la contemplo embelesado empapándome de su desnudez y en vez de taparse, estira sus brazos para atraerme a su cuerpo y reclamar de nuevo mis labios esos que se buscan y se anhelan, esos que no pueden mantenerse por mucho tiempo separados.

—Te amo, Florecilla, te amaré cada uno de los días del resto de mi vida —le prometo alejándome un poco para mirarla a los ojos con toda la honestidad que embarga mi pecho.

Sin más preámbulos comienzo a desabrocharme el cinturón hasta que algo muy importante me pasa por la cabeza y hace que me congele al instante.

—¿Qué sucede? —pregunta Corina al notar la confusión en mi rostro, mientras estira el enredón para cubrir su cuerpo desnudo.

—No tengo condones. —Después de unos segundos que me parecen una eternidad, confieso

avergonzado.

Sigo hincado frente a ella con el torso desnudo, me paso la mano en gesto contrariado por el cabello revuelto, sin embargo, me sorprende notar una sonrisa que se cuela por la esquina de la comisura de su boca como si estuviera deteniendo las ganas de carcajearse ante mi actitud mortificada, paso saliva mientras la descarada sin importarle lo que le he dicho a continuación me devora con la mirada, se toma su tiempo en observarme. Su inspección me calienta la piel y me hace desear sumergirme en su interior sin ninguna protección.

—Mi anticuado y bello amor, tienes que dejar de preocuparte. —Con sus antebrazos se recorre hacia arriba, queda sentada frente a mí y cruza las piernas bajo las colchas para quedar en posición de indio—. Debes entender que el que tú me mires como una muchachita sin experiencia no me hace ser una persona descuidada, mucho menos hoy en día que toda la información está frente a nosotros con un simple clic, sumándole todos esos libros candentes que me la paso leyendo en tu oficina. —Levanta las cejas de manera sugerente expresándose muy segura de sí misma.

»No te preocupes, llevo tiempo cuidándome. —La miro sorprendido sin saber cómo procesar la información.

No estaba al tanto de que Corina había visitado a un ginecólogo, es más, nunca me lo había planteado, razón por la que ahora nos encontramos con este dilema.

—No me mires así ¿en serio tendremos esta plática ahora mismo? —Cruza sus brazos, expectante —. No creerás que quiero salir embarazada para amarrarte y obligarte a que te cases conmigo ¿verdad? —Sé que bromea por el tono implicado en sus palabras, pero cuando ve que no digo nada al respecto, se le borra la sonrisa.

—Ven para acá y cállate —ordeno dejando de martirizarla, esta vez soy yo quien le regalo una de esas sonrisas que conservo solo para ella, estiro el brazo y le quito la colcha con la que se cubre, para a continuación tirarla al suelo sin piedad y en gruñido que sale desde el fondo de mi garganta suelto desesperado—. Desde hoy en adelante estas no existirán en nuestra recámara.

Salgo de la cama sin perder más tiempo, me paro en la alfombra siendo consciente de la mirada fija de Corina que me observa llena de curiosidad y le doy lo que sin palabras siempre me ha pedido, me quito el pantalón y me quedo desnudo frente a ella para que me contemple de pies a cabeza.

Inmediatamente noto la sorpresa en sus ojos al darse cuenta de que en esta ocasión estaba a comando.

—Ven aquí. —Estiro mi brazo y de inmediato siguiendo mis indicaciones toma mi mano para quedarse hincada en el colchón frente a mí, beso sus manos y las coloco en mi pecho.

—Tócame —demando sin titubeos—. Hoy nos la pasaremos todo el día explorando nuestros cuerpos —dicto sin apartar mis ojos de los suyos, al escucharme se sonroja, pero sin cohibirse hace lo que le pido.

Instintivamente su boca busca la mía mientras toca cada parte de mi pecho, pasa sus dedos por las líneas de mis músculos, poco a poco los besos van escalando, pidiendo más, envolviéndonos en una pasión que estoy acostumbrado a apagar antes de seguir adelante, pero los dos sabemos que hoy será diferente.

Con cuidado pongo una rodilla en el colchón y la recuesto dejándole un ligero beso en la boca para bajar por todo su cuerpo e ir depositando muestras de amor por toda su piel hasta llegar a su zona sur que encuentro delicadamente recortada, mis ojos la buscan y la noto conteniendo el aire ante la anticipación de lo que está por llegar.

—Nunca, nada, importará jamás, más que nosotros mismos, Corina —declaro sobre su piel dejando un beso que selle mis palabras por encima de su pubis.

Con mis manos de manera delicada abro sus piernas para exponerla ante mí, llevo una de sus piernas a mi hombro, beso su tobillo, la mordisqueo suavemente mientras me voy inclinando de manera tortuosa, amaso su muslo con mi otra mano y se le escapa un gemido que hace que mi entrepierna se estremezca, mi pene se sacude ante la anticipación del momento.

Estiro mi mano para rozarla con mi dedo pulgar, lo recorro por sus labios carnosos y húmedos, el gesto hace que levante las caderas ansiosas por mi toque. Acerco mi boca y mi lengua busca su camino entre los pliegues más deliciosos que jamás había probado, sus manos instintivamente se van a mi cabello y yo me concentro en degustar de forma apasionada su néctar afrodisiaco, arremetiendo y explorando su preciosa vulva de labios rosados.

Me tomo mi tiempo, chupo su clítoris e introduzco un dedo, y rápidamente siento en el camino la

resistencia que todavía existe en ella, prueba de su inocencia, levanto la mirada para observarla derivado por la necesidad de estar al pendiente de las señales de dolor que puedan aparecer en su rostro. Deseo con todo mi ser que esta primera vez sea especial y me concentro en hacerla disfrutar, aunque no pueda librarla del dolor ineludible que tendrá que presenciar en su interior.

Su rostro angelical ahora es decorado por sus mejillas sonrojadas, su boca está ligeramente abierta y esos labios carnosos están hinchados por la intensidad de nuestros besos. Es evidente que se halla envuelta en una bruma de placer del cual me siento orgulloso, meto otro dedo al mismo momento que mis lametazos se intensifican y son más arrolladores para aminorar la presión que está a punto de presentarse.

—Corina... —la llamo, pero no obtengo respuesta, en cambio escucho un pequeño gemido envuelto en timidez. Sonrío mientras sigo degustándola con placer y deleite hasta que unos minutos después separándome ligeramente de mi tarea expreso—: Cielo, vas a sentir una pequeña presión, necesito que te concentres únicamente en el placer que te ofrecen mis labios.

De nuevo me enfoco en mi tarea, lamo, chupo y succiono hasta que empiezo a sentir cómo Corina me agarra desesperada de mis cabellos y me acerca más a ella eliminando el inexistente espacio que hay entre los dos. Con más presión meto mis dedos y cuando siento que comienza a apretarme evidenciando que el orgasmo se encuentra sobre la palma de mi mano, sigo lamiendo sus jugos de excitación al mismo tiempo que traspaso el himen al penetrarla más a fondo.

Espero que la explosión de su inminente orgasmo haya aminorado el extraño dolor e incomodidad al romper la barrera que seguía existiendo en su interior, aunque soy consciente de que al momento de que entre seguirá estando estrecha, sin embargo, confío en que esto que acabo de hacer me ayude a penetrarla sin causarle máximo escozor ante mi eminente tamaño y grosor.

Cuando volteo a ver a mi rubita la encuentro con los ojos cerrados y los brazos laxos a sus costados, plena, hermosa, tranquila y feliz. Gateo hasta ella y le doy un beso tierno en los labios.

—¿Florecilla, te encuentras bien?, ¿o te has quedado dormida? —bromeo, pero no recibo respuesta, solo se limita a girarse hacia mí, abre sus ojos somnolientos que le dan paso a una sonrisa plena llena de complicidad.

Vuelvo a besarla al momento de que su brazo me envuelve acercándome más, al tiempo que

nuestras piernas se entrelazan y como un rompecabezas cuando reacciono mi cuerpo ya se encuentra sobre el de ella alineándose en sincronía, encontrándose.

—Quiero que me hagas el amor… —ruega sobre mis labios y yo tomo sus palabras como una orden y comienzo a poseerla de manera dócil.

Tomo mi tiempo entre besos y caricias, y cuando vuelvo a comprobar que se halla lista para recibirme poco a poco me sumerjo con extrema lentitud.

—¿Estás bien? Respira hondo, bebé —susurro en su oído conteniendo el aire ante la bruma de sensaciones que recorren por todo mi cuerpo al sentirme como me va arropando en su interior.

Cariñosa lleva su brazo a mi cuello y la otra mano recorre mi espalda mientras sus piernas se anclan a mis caderas. La penetro con calma hasta estar por completo dentro de ella, siento cómo su cuerpo tiembla ante la sensación de plenitud que nos envuelve y comienzo a deslizarme de adentro hacia afuera en un ritmo acompasado, beso su cuello, busco sus labios, recorro cada rincón de su cuerpo, adorándola. Me deleito escuchándola gemir disfrutando del momento, contemplando las muestras de amor tan trasparentes que me ofrece.

—Mírame, Florecilla—susurro sintiendo cómo la felicidad rebosa en mi pecho al tenerla entre mis brazos. Sin tener que repetirme abre sus ojos encendidos y mirándome fijamente mientras me balanceo muy despacio dentro de ella, le digo—: Eres mi vida. —Contemplo cómo abrumada le recorren dos lágrimas solitarias llenas de felicidad que se pierden entre el inicio de sus cabellos.

—Y tú eres mi mundo entero —declara, para después abalanzarse sobre mis labios.

Después de varias estocadas siento cómo Corina levanta sus caderas buscando más de nuestro contacto, aprieto sus muslos manifestando lo cerca que se encuentra de llegar de nuevo a la cúspide de su excitación, de volver a sentir el placer de su próximo orgasmo, pero ahora lo hará sintiéndome en su interior y sin poder evitarlo una sonrisa territorial se postra en mi rostro y con voz profunda le ordeno:

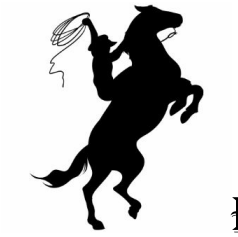
—Ven a mí, cielo, vente conmigo.

Los dos nos corremos juntos y al instante de sentir su cuerpo desfallecer con cuidado de no

derrumbarme sobre ella me dejo caer a su costado y sin poder pasar un instante sin su contacto la atraigo arropándola a mi cuerpo caliente. Nuestras respiraciones en silencio poco a poco regresan a la normalidad y queriéndola contemplar me separo una milésima para verla a los ojos. Mi florecilla se ha acurrucado en mi pecho, es la criatura más adorable de todo el planeta que haya tenido la fortuna de ver. Corina siente mi mirada, pues abre los ojos somnolientos, parpadea y, aunque me ha descubierto no puedo parar de contemplar su precioso rostro que me mira y me sonríe cómplice.

—Quiero esto todos los días de mi vida —señala con toda la felicidad que su rostro pueda revelar.

—Florecilla, siempre lo tendrás. Soy todo tuyo. —Me inclino para con un beso sellar nuestro trato de *para siempre.*



Epílogo

LISANDRO PRESCOTT

VARIOS INVIERNOS DESPUÉS

Un poco nervioso me estaciono a la orilla de la carretera, aproximadamente a cinco minutos antes de poder girar y tomar el camino de tierra que nos dirigirá a nuestro destino. Le pido a Corina que se gire y obediente al ser consciente de que le tengo preparada una sorpresa, sigue mi orden y sin contratiempos le tapo los ojos.

Tan solo al recorrer el camino recuerdo que desde que estuve en ese lugar deseé tenerla a mi lado y, por fin cumplo ese sueño. Corina siempre ha sido friolenta, por eso le pedí que se abrigara muy bien de cabeza hasta los pies, avisándole que a donde nos dirigíamos haría mucho frío.

Cuando me estaciono rodeo la camioneta y en el momento en que el aire gélido azota sobre su rostro le tiemblan los dientes y me recuerda que esta madrugada la tuve que sacar a regañadientes de la cama y me vi en la necesidad de comentarle que tenía una sorpresa para ella, pero que tendríamos que viajar por unas cuantas horas, sin embargo, aun sabiendo que vendríamos calientitos en la camioneta con calefacción, le aconsejé abrigarse.

Arriba de su ropa deportiva que constaba solo en un *short* de licra y una blusa de tirantes, se puso una blusa de manga larga de cuello de tortuga y un *pants* cómodo, junto con una chamarra de color blanco que la hace verse como un borreguito gordito y afelpado.

Antes de ayudarla a bajar mientras detengo la puerta con mi cuerpo para ella se pone sus guantes, palpa el sillón hasta dar con sus orejeras, al ponérselas se gira hacia mí y me sonríe al sentir mi mirada contemplando su belleza exquisita. Estiro las manos para ajustarle la bufanda y ponerle el gorrito afelpado, con los ojos recorro su cuerpo y admiro sus botas de nieve y calentadores. Todo eso decora su precioso cuerpo que, aunque está envuelto como un burrito delicioso, lo conozco a la perfección.

—Lisandro, me estás poniendo nerviosa. ¿Ya puedo ver?

Me acerco y le deposito un beso sobre los labios, la ayudo a bajar y sin responder me posiciono a

su espalda y le quito la venda de sus ojos para a continuación dejarla apreciar el maravilloso paisaje que tenemos en frente.

Nos encontramos entre las montañas rocosas de Wyoming, a pesar de las bajas temperaturas el Wind River Range que pasa por el costado de la propiedad, este no se encuentra congelado.

Compré esas tierras pensando en adquirir un lugar en el que me podría alejar del trabajo pues, aunque en la finca estoy rodeado de montañas y preciosa naturaleza, es estar en constante movimiento. Algunas veces siento que no me desconecto y ahora lo necesito más que nunca, requiero de mi mujer a tiempo completo solo para mí.

Me acerco al hueco de su cuello y descanso mi barbilla en su hombro, la abrazo con fuerza para después pasarle mis manos de manera protectora por su abultado vientre. Adoro a esta mujer, la amo más que a nada en el mundo, más que mi propia existencia, sin embargo, ahora el sentimiento se ha multiplicado por algo indescriptible, algo que no sé expresar con palabras, algo que solo se siente en el corazón.

—¿Te gusta? —pregunto nervioso.

—Es tan bello —comenta a la vez que me sorprende girándose con entusiasmo para ponerse de puntitas y depositar sobre mi boca un rápido beso—. Es precioso, cariño —confirma con sus ojos llenos de vida y de un brillo nuevo que apareció desde el día que nos dijeron que seríamos padres.

—Tú sí que eres preciosa —declaro llevando mis manos a sus mejillas, la acerco y tomo sus labios con devoción. Estos se unen en sincronía demostrándose mutuamente el amor que siempre se profesan desde el comienzo de nuestra relación.

Nuestro amor ha tenido altos y bajos y, aunque no nos importan las habladurías de la gente, seguimos trabajando para demostrarle a todo el mundo que nuestra relación es sólida y que no hay espacio para las malas intenciones de los demás.

Estoy seguro de que un día llegará el momento en que descansemos en el porche de nuestro hogar en unas mecedoras de madera con el pelo cano agarrados de la mano con muchos nietos a nuestro alrededor. Se lo prometí cuando se convirtió en mi esposa, el día que nos casamos y Dios sabe que nunca le he mentido, razón por la que siempre mantendría mi palabra, la honraría hasta el

último día de mi existencia.

Busco su mano y avanzamos a paso lento por el pasto recién cortado, y mientras contemplamos los alrededores en silencio, le paso mi brazo por su espalda y la acerco a mi costado a la vez que lleno mis pulmones de su olor, extasiado de felicidad. Me siento pleno al darme cuenta de que durante todo este tiempo nos hemos dado el lujo de conocernos, salir, divertirnos, de explorar nuestra complicidad en pareja y ha sido lo más hermoso que he experimentado en toda mi vida.

Cumplí mi propósito, quería que Corina no se saltara todos esos hermosos y placenteros momentos del enamoramiento y mientras los disfrutábamos juntos me di cuenta de que yo tampoco los había vivido y fue lo que nos unió aún más. Sigo ambicionando vivir todo junto a ella, disfruté pedirle que fuera mi novia frente a la iglesia del pueblo, en el mismo lugar donde tiempo después le pedí matrimonio con una rodilla en el suelo a la par que sujetaba nervioso un precioso anillo con el que le prometí que, si aceptaba mi propuesta, ahí mismo, en esa catedral, nos casaríamos y bautizaríamos a todo el jardín de niños que deseara tener a mi lado.

Todos los días me sigue cautivando, sus sentimientos irradian cariño y complicidad, constantemente trato de que note que es amada con la misma intensidad. Nuestra química es palpable, compartimos una gravedad que nos atrae, un respeto y adoración que nos profesamos el uno por el otro de manera inaudita.

Nuestra relación es una labor diaria, un día se prepara la tierra, el siguiente se plantan las semillas, se abona y se riega hasta cosechar todo un mundo de sentimientos que seguimos descubriendo juntos y que ahora, exactamente a treinta y dos semanas después de nuestra boda, palpita en su interior. Nos complementamos y como ocurrió hace años atrás, Corina me sigue salvando, es mi luz. A veces llegan días oscuros y el arrepentimiento de aquella noche vuelve, pero estoy volcado a mi nueva consigna que no es otra que **"el destino está escrito".**

Salgo de mis cavilaciones y me detengo para cortarle sutilmente el paso, me acuclillo frente a ella y le doy un beso en su barriga y de inmediato mi preciosa flor me da una patada cuando siente cómo sigo acariciando a su madre.

—Estoy seguro de que mi pequeña florecilla va a ser una fierecilla rebelde como mamá, —aseguro en voz alta—. No me cabe duda —afirmo antes de levantarme.

—¡Te recuerdo que aquí el que tiene un carácter de los mil dem…! —exclama tratando de

aparentar que se encuentra indignada ante mi comentario, pero no la dejo continuar y le estampo la boca para callarla.

—Espero que esa reacción sea porque te ha encantado la sorpresa… —Cambio el tema y la giro para que contemple la casa.

Mi extraordinaria esposa ve hipnotizada la fachada de la cabaña de dos pisos de finas maderas con ventanales gigantescos que dejan ver su interior, estamos a unos cuantos pies de distancia, es imponente y magistral.

La rodeo de la cintura y me detengo de nuevo a su espalda para abrazarla, miramos juntos la propiedad que con tanto cariño he estado diseñando por varios meses junto con el arquitecto, para que tuviese todo lo indispensable y las comodidades que mis mujeres necesiten cuando estén aquí, para cuando queramos alejarnos de todo y entrar en nuestro pequeño e íntimo mundo.

—La próxima vez que regresemos, será con Joy Prescott McKay en nuestros brazos —señalo depositando un beso en su cuello.

Corina se da la vuelta para mirarme directo a los ojos con adoración, una de sus manos acaricia mi barba y su tacto hace que cierre los ojos mientras llevo la mía y la postro sobre la de ella.

—Te amo, Lisandro, eres lo más hermoso de mi vida. —Feliz canalizo sus palabras que me llenan de plenitud. Se abraza a mi cuerpo y de inmediato la arropo con fuerza sin importar que su abundante vientre nos complique la acción. Nos quedamos en silencio escuchando la naturaleza a nuestro alrededor.

—Contigo he conocido qué es la felicidad. —Las palabras empiezan a fluir de mi boca mientras me escucha sin soltarme—. Junto a ti me he sentido pleno, a tu lado a cada momento soy un hombre amado y solo tú me has dado lo que nunca imaginé, una vida, un amor, una compañera y ahora una familia —declaro, y me alejo solo un poco para buscar sus labios para besarla y a continuación le ahueco las mejillas sin poder creer ser tan afortunado de tenerla en mi vida, mientras la miro a sus ojos azules doy mi palabra—. Siempre y con cada palpitar de mi existencia, te daré las gracias por haberme salvado y por haberme traído de regreso para conocer mi destino. Te amo, mi *Florecilla,* y te amaré por el resto de mi vida... —murmuro sobre sus labios, antes de depositar un tierno beso lleno de todo el amor que tengo solo para ella.

FIN

PLAYLIST

Amarillo by Morning - George Straite

You make it Easy - Jason Adean

H.O.L.Y - Florida Georgia

Heaven – Kane Brown

Girl - Maren Morris

Don't let the sun go down - Elton John

I hate love songs - Kelsea Ballerini

Just a Kiss - Lady Antebellum

Write this down - George Strait

She's Everything - Brad Paisley

Drinkin' Problem – Midland

Tennessee whiskey - Chris Stapleton

Head Over Boots - Jon Pardi

Continúa leyendo: Polvorón de Canela



Sinopsis

"El amor no es egoísta, el amor apoya, el amor es paciente, el amor es bondadoso".

Conoce la historia de amor de dos personas destinadas a estar juntas.

Paulina Lawrence es una adolescente callada e insegura que ha vivido decepciones que la han marcado, no confía en las personas y piensa que es mejor guardar su distancia que exponerse a alguna desilusión.

Robert Smith es un chico carismático, que vive la vida privilegiada siendo un buen hijo, un excelente estudiante y un atleta destacado.

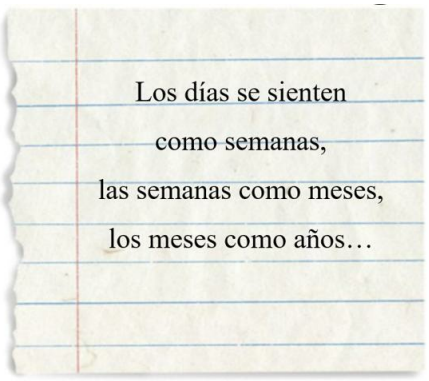
La vida de estos dos jóvenes se cruza un día inesperado y desde ese momento el mariscal de la preparatoria Nashville intrigado ante aquel ratón de biblioteca indaga en su vida autonombrándose su amigo y protector.

Polvorón de Canela es una novela que comienza siendo un cliché, sin embargo, la trama dará giros sorprendentes que la convierten en una historia real donde los personajes tendrán que enfrentar situaciones inesperadas en las que el amor, la confianza y creer en sí mismos, jugará un papel importante.

Prólogo

Robert Smith

Afganistán 2004



Frustrado, agarro el papel donde he escrito esas estúpidas palabras, lo arranco de la libreta para a continuación hacerlo una bola, tomo impulso y lo aviento a la papelera más cercana, acierto sin problemas en mi objetivo. Le prometí a Paulina, mi esposa, que le escribiría siempre que tuviera tiempo, a pesar de que le expliqué que los correos electrónicos son más prácticos para nosotros, sin embargo, le encanta presionarme y me recuerda en todo momento para que le escriba cartas a la antigua, con mi puño y letra, supongo que, de alguna manera, sería lo único que le quedaría de mí si no volviera a casa después de esta larga y extenuante temporada.

Quisiera escribirle de verdad, desearía plasmar tanto, pero a la vez nada, ¿qué podría decir en una carta?, que quiero volver, que me gustaría estar en casa, a su lado. Que no soporto estar más aquí, que estoy acostumbrado a la maldad, a la pena, a la injusticia, pero que esto ya me supera. A pesar de ello, sé que mi compromiso es estar aquí, en este lugar tan lejos de mi hogar, donde me necesitan, en el cual nos requieren tanto, donde la injusticia está en el aire, donde el dolor te escuece la nariz, donde la esperanza se deshace con el soplo del viento seco del desierto, donde la gente ya no tiene vida en sus miradas.

Cuando firmas para ser un soldado honorable de las fuerzas especiales de los Estados Unidos

tiene que estar en ti, esto no es para cualquiera, no es una tarea fácil, no se come bien, no se duerme mejor y el trabajo es exhausto e intenso. Aquí se encuentran a los verdaderos hombres y créanme si les digo que muchos han entrado con la fortaleza de un roble y han temblado de miedo como una cucaracha indefensa, eso es lo que somos a la hora de la verdad, en el momento en que te percatas de que el descenso llega, que es real, que hasta te deja escuchar con claridad cómo el último latido desaparece del cuerpo humano, ahí es cuando realmente te das cuenta de qué estás hecho.

He firmado varias veces, quizás por eso me he puesto tan melancólico esta noche, cuando uno se hace viejo empiezas a ver la vida con otros ojos, pero no podía darle la espalda a mi patria, y en el trascurso de mi tiempo enlistado fui llamado por el mismo pentágono para ser parte del selecto grupo que conforma "Enduring Freedom" conocido en español como *Libertad Duradera* nombre que le dio nuestro actual presidente George W. Bush Jr., todo esto se desencadenó después de que nuestra nación fuera golpeada con una de las agresiones más graves a nuestra patria con atentados terroristas.

Admito poseer una fortaleza mental sólida, sin embargo, como pasan los días, con todo lo que se vive minuto a minuto, con lo que observo a mi alrededor, te termina afectando de sobremanera, te va quebrando poco a poco, pasa tan rápido el tiempo que ni siquiera uno se da cuenta de los cambios que suceden en el cuerpo, empiezas a sentir que algo te carcome la cabeza desde adentro, luego te sigue tan silenciosa como un fantasma, creo que ningún ser humano podría sobrevivir con el remordimiento y la carga de ver tanta perversidad cruzando por sus ojos, todavía sigo aquí y ya siento que me ahogo, estoy consumido, me noto transformado.

Soy parte de la «Operación Libertad Duradera» operación de combate estadounidense que cuenta con la participación de algunos países de la coalición y que se ha llevado a cabo principalmente en las regiones del sur y del este del país a lo largo de la frontera con Pakistán.

En esta operación participamos aproximadamente unos veintiocho mil trecientos militares estadounidenses, nos quedamos aquí hasta que hace unos días se logró formar un nuevo gobierno democrático en Afganistán.

Durante todo ese tiempo he sido designado a diferentes lugares para ayudar a restaurar los pueblos afectados, tratamos de controlar los daños, pero el régimen talibán está a la orden del día y los que pensamos que estaban de nuestro lado llegan repletos de explosivos y nos hacen volar en

pedazos, pensando que nosotros somos los malos, los que estamos invadiendo sus tierras, los que quieren el maldito petróleo.

Nuestra nación nos entrenó para jamás disparar mientras se encuentren presentes mujeres o niños en la zona, pero claro que ellos toman ventaja de nuestro sentimiento de humanidad y nos atacan a quemarropa, dejándonos vacíos, desangrados, abandonándonos muertos en una tierra que nos desprecia y que nos ven como intrusos.

Mañana estaremos libres de misiles, detonantes, francotiradores y salpicaderos de sangre, mi tropa será dirigida a la última parada antes de partir a la base militar donde ya se encuentran varios aviones militares que nos conducirán a Alemania y después de ahí tendremos que tomar un vuelo internacional que por fin nos llevará a América, me encuentro nervioso e impaciente, han sido tantos meses esperando por esta orden que ahora las horas se me hacen eternas.

Tomo mi celular y comienzo a recorrer el álbum de fotografías, me pierdo viendo a mi hermoso polvorón, tan bella, perfecta y delicada, mi calma y mi paz, mi complemento. No puedo evitarlo y un suspiro profundo se me escapa.

—Pronto estaré en casa, mi cielo… Ya no hará falta escribirte ninguna carta, estaré de regreso cuando menos lo esperes. —Apago el aparato y lo aviento en mi maleta, me giro y me acomodo en la cama incómoda en la que he dormido por tantas veces e intento dormir.



Capítulo 1

Paulina Lawrence

Verano de 1995

Estoy tarde de nuevo, eso no es una novedad, recorro el pasillo de la escuela con paso acelerado casi sin aliento, el cual, se encuentra por completo desolado. Confirmando con su silencio lo retrasada que llegaré a mi primera clase del día. Sostengo sobre mi pecho varios libros apretujados como si fueran un escudo protector, esperando con ellos poder pasar desapercibida ante los ojos críticos de los demás.

Esta mañana no me dio tiempo de dejar mis útiles en el casillero, pues si lo hacía, llegaría aún más tarde de lo que ya me encuentro, ahora tengo que acarrearlos hasta el siguiente cambio de clase, o hasta encontrar algunos minutos que me permitan pasar y dejarlos en la casilla.

Todas las mañanas de lunes a viernes, religiosamente me levanto muy temprano, dos horas antes para ser exactos, tiempo suficiente para alistarme y estar a tiempo para mis actividades diarias. Espero impaciente sentada en el sofá "nuevo" para mi familia, es un mueble blando de color café de segunda mano que mi madre compró en una venta de garaje a la que regularmente asistimos el primer sábado del mes.

La comunidad de Salvation Army[11] promociona sus artículos con un cincuenta de descuento, así que, ahí estamos siempre desde muy temprano, puntuales para aprovechar las ofertas mensuales.

El sofá continúa oliendo ligeramente a tabaco, aunque mi madre le metió por debajo sobrecitos aromáticos que hasta hoy no consiguen absorber el asqueroso hedor que desprende, hecho que me revuelve el estómago al esperar ahí después de desayunar. Son ciento veinte minutos antes de que toda mi familia se despierte y comience el caos mañanero.

Es demasiado habitual escuchar al resto de mi familia vociferar preguntas y exclamaciones que son verbalizadas a gritos realizados a todo pulmón: ¿quién todavía está en el baño?, ¡sigo yo!, ¡llegaré tarde a la oficina!, ¡¿maldita sea, a quién le toca llevar hoy a los muchachos a la escuela?! ¿Sigues pensando que fue buena idea mandar a los chicos este verano a avanzar clases? Y a eso, se le suman los rutinarios estira y afloja de mis padres, que como siempre, nos hacen llegar tarde.

La rutina consiste primero en dejar a Oliver en la escuela, mi pequeño y narcisista hermano de doce años, a su corta edad ya es un maldito engendro mezquino, quien se las arregla para hacerme la vida imposible, así que, por supuesto, primero tenemos que dejarlo a él y después, sin derecho a réplica, a mí, la callada y nerd de la familia.

Tengo tan solo dieciséis años y odio mi vida, sé que sueno extremista, pero más adelante se darán cuenta del porqué. La razón por la que me levanto temprano es porque aguardo la esperanza de llegar a tiempo a mi primera clase, no me gusta arribar cuando el maestro ya ha comenzado la asignatura y se encuentra hablando frente a los alumnos, pues no puedo evitar que todos me observen con detenimiento con esas miradas inquisidoras que me recorren de arriba hacia abajo, de una manera descortés y macabra. Ese hecho me hace sentirme desde muy temprano el objetivo de sus burlas, les recuerda que existo y desde ese momento comienza mi pesadilla diaria.

Otra de mis opciones es, por supuesto, irme caminando hasta el instituto y lo he intentado en el pasado, pero el clima de mi ciudad es impredecible. Las mañanas en pleno verano son bochornosas, puedes llegar a la escuela empapada de sudor, cosa que tampoco me agrada en lo absoluto, solo de pensar que puedo llegar sudorosa y maloliente me detiene de intentarlo de nuevo o, en su defecto, remojada de pies a cabeza por algún aguacero inesperado que azote Nashville en plena mañana.

Ahora bien, ninguna de estas dos alternativas me ayudaría a pasar más desapercibida de lo que me siento a diario, así que aquí estoy, como la mayoría de las mañanas, corriendo mientras desesperada busco en mi cabeza una nueva excusa para justificar mi llegada trece minutos tarde después del timbre que anuncia la entrada a nuestra primera clase del día.

Al por fin llegar a mi salón, doy unos ligeros toques y hasta que escucho a la señora Heald darme el paso, abro la puerta, cautelosa. Entro con la cabeza gacha, cierro tras de mí con cuidado y aprieto mis libros con fuerza, pero antes de poder retomar el paso para irme directo a mi asiento, escucho

con claridad su voz reprobatoria.

—Señorita Lawrence, otra vez usted tarde. —Su tono acusador hace que levante el rostro en alerta y sea consciente de cómo no solo ella, sino también los alumnos, esperan una explicación.

Mi maestra de inglés gira su cabeza para observarme, ha detenido lo que fuera que estuviera escribiendo en el pizarrón, y ahora se encuentra expectante a la espera del pretexto que hoy inventaré para salirme una vez más con la mía.

Su mirada me intimida y me ha dejado sin palabras, no sé qué contestar, solo me agacho apenada queriendo desaparecer, fijo mis ojos en mis tenis que, aunque están limpios, son viejos y desgastados, ya han vivido tiempos mejores, pero esos detalles nunca me importan, considero que mi apariencia es aceptable mientras me sienta a gusto y esté aseada, sin embargo, para los demás mi estilo es extraño, otra cosa aparte de la física por la cual se me crítica y constantemente se me agrede desde que tengo uso de razón. En ese momento mi cabeza viaja a mi tercer grado de primaria cuando decidí dejar de intentar ser aceptada por los demás, y no puedo contener la memoria que invade mi cabeza y me trasporta a varios años atrás.

Camino rumbo a mi salón, pero antes de tocar la puerta me observo y sacudo mis rodillas al notar que siguen llenas de tierra, minutos atrás tuve un accidente, o bueno, un percance como los que constantemente suelen sucederme. Nadie se junta conmigo ni en clase ni en la hora de comida, pero ya estoy acostumbrada. Al principio sus actitudes y sus palabras me hacían llorar, sufría en las mañanas solo de pensar que tenía que quedarme en ese salón tan bello, lleno de carteles coloridos, pero tan frío para mi débil existencia, me agarraba de mi mamá y le rogaba que no me dejara, sin embargo, poco a poco, conforme fui creciendo, noté que entre más me escondía de ellos, más podía pasar desapercibida y ahora esa era mi manera de sobrevivir, en cambio, hoy no corrí con la misma suerte de otros días.

En el momento que sonó la campana que indicaba que el receso se había terminado, me levanté para encaminarme al salón de clases, pero una de mis compañeras inesperadamente me aventó al pasar por mi costado gritando a todo pulmón: ¡hazte a un lado, pecosa asquerosa!, y caí directo en la grava de la zona de juegos.

Ahora me encuentro en la puerta preparada para afrontar las consecuencias por llegar tarde, pero no podía presentarme como quedé, mis manos estaban terrosas, piedritas se me incrustaron en ellas y empezaron a sangrar debido al porrazo que me metí al meterlas para no romperme el rostro, por lo cual, preferí recibir una llamada de atención por llegar tarde que presentarme sucia y de nuevo expuesta ante todas esas niñas que siempre se burlaban de

mí.

Con cautela entro al salón y suspiro de alivio al darme cuenta de que la maestra no se ha percatado de mi llegada, me siento de prisa en mi pupitre y comienzo a sacar una libreta en el instante en que la voz de la señorita Sampaio pide de nuestra atención.

—Chicos, atención, atención, por favor todos a sus asientos, tengo un anuncio importante que necesito darles —pide al ver que unos jóvenes están parados en la pequeña librería que tiene en el salón. Cuando todos regresan a sus lugares y nos encontramos callados, se acerca a la primera fila de asientos y comienza a repartir unos pequeños sobres rosas muy elegantes y femeninos—. Muchachos, la mamá de nuestra compañera Sarah Harrison, vino esta mañana muy cordialmente para invitarlos a su cumpleaños que se llevará a cabo este próximo sábado a las cuatro de la tarde en Richland Country Club —explica entregando el correspondiente a cada uno de los alumnos—. Todos son bienvenidos.

Cuando la maestra deja en mis manos el elegante sobre con mi nombre no puedo dejar de sonreír, paso mi dedo por la bonita tipografía donde se lee Paulina Lawrence en divinas letras delicadas en color dorado. Al terminar de repartir las invitaciones la maestra nos explica la siguiente asignatura y todos obedientes comenzamos a trabajar, mientras ella se aleja y toma asiento en su escritorio.

—Señorita Sampaio. —Todos levantamos el rostro como si hubieran pronunciado nuestro nombre, al verla la reconozco de inmediato, es una de las secretarias de la dirección. Al captar la atención de nuestra maestra, sin entrar desde la puerta anuncia—: El director solicita de su presencia, en unos minutos mandaremos a un auxiliar para que se quede a cargo de la clase, pero por el momento ya le notifiqué a la maestra Rojas, del salón de al lado, que se ausentará por unos minutos, así que ella estará al pendiente durante su ausencia.

—Gracias, Miss Laura. —Despide a la mujer con una sonrisa amable al tiempo que se levanta rápido del escritorio y agarra su saco de la parte trasera de su silla giratoria y empieza a dar indicaciones—. Chicos, terminen por favor todo el capítulo hasta la página cincuenta y dos, después contestan las preguntas, regreso en un momentito. Santiago —llama la atención del estudiante más inteligente y callado del salón y le da órdenes—. Te quedas a cargo mientras venga un auxiliar, cualquier cosa que suceda en mi ausencia me la haces saber a mi regreso. —El joven asiente con un ligero movimiento de aceptación y la maestra minutos después sale del aula.

No pasa mucho tiempo cuando siento la presencia de varias personas acercándose, pero no le tomo importancia pensando que solo pasarán por mi lado para dirigirse a la parte de atrás del salón, sigo concentrada en la lectura que tengo enfrente y con el rabillo del ojo observo la invitación que todavía yace en mi pupitre. Cuando estoy a punto de

pasar página, me percato de que cuatro niñas se detienen muy cerca de mi escritorio, franqueándome a la defensiva con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos.

—Pss pss… dálmata, dame esa invitación. —Levanto la mirada sorprendida para toparme con mi peor pesadilla.

Es extraño que se me acerquen en clase, normalmente cuando se aproximan a mí es cuando me encuentro sola en el patio y es únicamente para molestarme y dejarme en evidencia ante los demás con sus comentarios y motes hirientes, sin embargo, al recibir la invitación de su fiesta pensé que era de alguna manera extraña, una forma de disculparse conmigo por lo horrible y ofensiva que suele tratarme todo el tiempo, ella y sus amigas.

No sé qué decir ni mucho menos qué hacer, así que solo la observo en silencio, Sarah me mira inquisidora de arriba hacia bajo con una sonrisa malvada en su angelical y hermoso rostro libre de cualquier imperfección.

Alarga su mano y toma ella misma la tarjeta, antes de poder procesar lo que está pasando la comienza a romper en cachitos.

—Estúpida tonta, ¿pensabas que estabas invitada a mi espléndida fiesta de cumpleaños? Obviamente que no, bichito raro. —Las niñas que la acompañan se comienzan a reír sin hacer tanto escándalo.

—Pero tu mamá… —Quiero objetar, pero me detengo al darme cuenta de que todos se están percatando de lo que está sucediendo, la mayoría de nuestros compañeros ya observan en mi dirección.

—Escúchame bien, cara de vómito, metételo bien en la cabeza, nadie jamás será tu amigo. Así que es mejor que desde ahorita aprendas tu lugar. —Sarah se da la media vuelta y su séquito de amigas la siguen después de burlarse de mí.

—¿Todo bien, señorita Lawrence? —La maestra me saca de uno de los muchos recuerdos que vengo padeciendo desde mi infancia.

—Este, mmm... Mrs. Heald, mi pa-pá —tartamudeo sin poder formular una oración completa.

No sé qué decir esta vez y mientras pienso qué excusa dar, a lo lejos claramente se escucha que entre una tos fingida alguien grita *weirdo*, atacándome sin vergüenza.

«Carajo, ¿qué nunca se van a cansar de molestarme?».

Siento cómo con rapidez mis mejillas se calientan y se ponen rojas ante la vergüenza que me invade al escuchar aquel comentario ofensivo en frente de toda la clase, mis ojos se humedecen, pero suspiro profundo para no romperme delante de todos. Trato de actuar como si no hubiera escuchado lo que dijeron, sin embargo, tontamente al tratar de contestarle levanté el rostro y ahora mi mirada está fija en la de la maestra quien espera una respuesta, se da cuenta de que, si parpadeo, las lágrimas de impotencia, coraje y rabia tratarán de deslizarse por mis pómulos.

La señora Heald nota mi incomodidad, así que huyendo de la situación embarazosa que nos rodea sin reprender a nadie se gira de inmediato y retoma los escritos en el pizarrón, sin siquiera mostrarse afectada ante el insulto que acabo de recibir, como si no hubiera escuchado, como si no los oyera con regularidad.

—Siéntese, señorita Lawrence, y que no vuelva a suceder. Recuerde, una llegada tarde más y tendré que darle un pase a suspensión —advierte con un tono cortante y frío, dejándome saber que no soportará un retraso más de mi parte.

Con esa advertencia amarga retumbando en mi cabeza me voy directo a mi asiento, mientras ella continúa la clase como si nada sucediera, como si yo no fuera constantemente agredida frente a su presencia.

Estoy acostumbrada a esas actitudes de los mayores, muchos de ellos escuchan claramente lo que me dicen, son conscientes de las burlas por las que paso todos los días. Cuando las oyen, como hoy, solo actúan como si nada sucediera. No comprendo qué los hace actuar de esa manera tan indiferente, quizás cuando esté mayor aprenderé por qué los adultos tienen que endurecer el corazón para sobrevivir, pues en este momento a mi corta edad duele demasiado, me desgarra por dentro, no quiero que me quieran, no pido que me hagan parte de sus amigos o de sus grupos de estudio, no deseo caerles bien, solo ruego porque me dejen en paz, eso es lo único que necesito.

La mañana pasa como siempre, me siento enfrente de la clase, cerca del escritorio del maestro, de alguna manera detiene un poco las agresiones verbales de mis compañeros, ya he probado en la parte de atrás y fue un completo error, todos los populares se encontraban ahí y fui destrozada con uno de

mis ya conocidos apodos "*pizza face*", la primera vez que lo escuché estuve a punto de reprocharles que yo no tenía acné, porque ese mote lo utilizan cuando los chicos sufren de granos y espinillas, pero sabía que sería una pérdida de tiempo y al final no los haría entender, así que solo agaché la cabeza como si no los hubiera escuchado y seguí tomando notas.

Llevo toda la vida viviendo esta tortura a la cual todavía, aunque suene chistoso, no me acostumbro y con el tiempo cada vez es más dura, no es común ver a personas como yo, pero existen.

Mi cuerpo está repleto de pecas hereditarias, pero en mi cara se acentúan más, en el cuerpo solo en ciertas zonas, como en mis hombros y espalda, sobre mis pechos los lunares con el tiempo se han vuelto más evidentes, en pocas palabras toda yo estoy manchada de pies a cabeza.

Soy un lienzo, al cual salpicaron por puro placer. No las odio, son parte de mí, sin embargo, la gente a mi alrededor hace que las deteste, que aborrezca mi ser.

Toda la mañana fue un suplicio, ahora me encuentro mirando el reloj de pared contando cada segundo para salir pitando de clase directo a la cafetería. Mi propósito es llegar de prisa y sin problemas, tomar la comida e irme directo al patio, tengo cuatro clases en la mañana de cuarenta y cinco minutos, luego el receso y finalizo con tres clases más.

Cuando suena el timbre me levanto como de rayo y me voy esquivando gente, los pasillos a cada minuto se llenan con alumnos revoltosos, que gritan y se saludan entre ellos, otros acuden a sus casilleros a dejar sus mochilas al igual que había sido mi plan inicial, pero a último momento cambio de parecer, no quiero perder más tiempo con mis útiles, así que los agarro bien y parto esperanzada rogando por no tener complicaciones.

Al terminar el pasillo, giro a la derecha y sigo recto por unos cuantos metros más y sin dificultad entro por la puerta que da a los comedores, esta ya se halla abierta. Desde donde me encuentro se hace una de las dos filas, la cual poco a poco te acerca a la cocina principal, donde recoges del mostrador una bandeja de plástico.

Siempre en la entrada encuentras dos opciones como el plato fuerte, del cual solo puedes tomar

uno, después sigues caminando y recoges algo de frutas y verduras que se hallan perfectamente alineadas y depositadas en contenedores de plástico, puedes tomar las que más te apetezcan, y para beber, te ofrecen cajitas pequeñas de cartón que contienen chocolate helado, leche fresca, jugo de naranja o manzana.

Conforme me voy acercando me doy cuenta de que ya han llegado varias personas, pero cuando estoy a punto de detenerme al final de la fila para tomar mi lugar, inesperadamente siento un fuerte empujón que me hace caer de rodillas, los libros que sostengo sobre mi pecho salen volando, me quedo petrificada en el piso de mosaico que es duro y frío al contacto de mis pequeñas manos que reaccionaron a tiempo y me han salvado de estamparme en el suelo.

—¡¡¡Hazte a un lado, *Pizza Face*!!! —La ofensa me saca del entumecimiento en el que me encuentro.

Desenfocada percibo cómo el chico que me empujó sigue su camino corriendo y empujando a varios más que inconscientemente se interpusieron en su camino, el descabellado muchacho entra por la puerta, toma una bandeja y se pierde en la línea. Los amigos que lo acompañan se echan a reír y lo siguen sin detenerse.

En ese momento siento cómo mi rostro arde de la vergüenza, supongo con pesar que debo estar roja como un tomate. No es la primera vez que me tiran, sus actos me hacen sentir un desastre, exponiéndome de esa manera tan ruin, como si fuera una tonta. Lo que más me molesta es que me hagan ver como una estúpida, pues no lo soy, definitivamente no soy torpe, lo que sucede es que nunca los veo venir y cuando me doy cuenta de sus presencias ya es demasiado tarde y accidentes como estos suceden con más frecuencia de lo que me gustaría reconocer.



Capítulo 2

Robert Smith

Frente al espejo, animado me seco el pelo con la toalla de baño color naranja que lleva el logo de la preparatoria Nashville. Observo mi torso marcado sintiéndome satisfecho de los notorios resultados que puedo apreciar en mi cuerpo. Durante estos últimos meses me estoy enfocando en ganar masa muscular y es evidente que lo estoy logrando, gracias al entrenamiento que realizo diariamente después de la práctica de fútbol americano.

El *coach* Miles, cuando se siente contento con el rendimiento del equipo nos deja utilizar el gimnasio como compensación por nuestra excepcional dedicación en el campo. La temporada ha ido como miel sobre hojuelas, simplemente estupenda, llegamos a distrito y ahora nos concentramos en ir a regionales, por eso nos hallamos en este campamento mientras la mayoría de los estudiantes se encuentran en casa disfrutando de las vacaciones de verano.

Los miembros de mi equipo estamos concentrados en el entrenamiento, asistimos toda la semana de lunes a viernes al igual que los alumnos que han reprobado materias, o en su defecto, los estudiantes inteligentes que desean adelantar clases y se inscriben en el curso de verano con la esperanza de avanzar créditos, de esta manera se graduarán antes de lo esperado. Todos compartimos actividades como si fuera un ciclo escolar regular, solo que este dura solo unas cuantas semanas.

Tengo casi dieciocho años, estoy por cumplirlos, solo faltan un poco más del mes para que llegue el memorable cuatro de julio para celebrarlo por todo lo alto. Mis papás hasta hoy en día siguen metiéndose conmigo contando que el único año que no pudieron disfrutar de las fiestas patrias fue

cuando yo nací, pues mi madre entró en labor antes de lo planeado y sorprendí a toda la familia con el repentino cambio de planes en plena plaza principal.

Cuentan que en el instante en que caminaban rumbo al monumento de Washington, donde mis padres tenían planeado buscar, como todos los años, un buen lugar entre la multitud para ver en primera fila los fuegos artificiales, decidí en aquel preciso instante que sería perfecto ser un capitalino.

La pareja Smith o sea mis padres, narran que esas fechas siempre fueron muy especiales desde tiempos atrás, aunque, bueno, el cuatro de julio lo seguía siendo y no solo porque era mi cumpleaños, pues eran conocidas por toda la familia las pintorescas memorias que contaban mis abuelos, recuerdos que ellos mismos habían creado con sus propios padres, en cambio, los míos desde que eran novios disfrutaban también de una de las más bonitas celebraciones de los Estados Unidos y cada que tenían la oportunidad contaban la anécdota vivida como si el hecho hubiera pasado solo unos días atrás y no hace poco menos de dieciocho años, así que, si te topas con mis padres, te volverán a redactar con punto y coma, desde el instante que mi madre de repente comenzó a sentir dolores de parto hasta describir todo lo que tuvo que hacer la ambulancia para llegar hasta ellos, para después partir directo hasta el hospital George Washington, donde varias horas después nació un precioso bebé regordete pesando más de seis libras, destrozando la tradición familiar de ser nacido y criado en la ciudad de la música, pero yo ciegamente creo que desde el día que respiré con mis propios pulmones el aire de aquella ciudad patriota, me llené de honor y mi destino se marcó desde el preciso momento de mi nacimiento.

Era una sensación difícil de describir, mi patria se impregnó en mí, compenetrándome, creando un propósito de vida, por lo que, si lo pienso con detenimiento, tiene sentido haber nacido en la capital de los Estados Unidos de América.

El día de la independencia para mi familia es un día muy especial y conmemorativo, mis padres desde que tengo memoria siempre planean con anticipación el viaje hasta DC, viajamos desde Nashville hasta el estado de Washington, llegamos un par de días antes y nos quedamos siempre con mi tía Lucía, hermana mayor de mi padre, quien vive con su familia en Baltimore.

Cuando se llega el día, nos levantan muy temprano para ir a ver primero el desfile y aunque pasamos toda la tarde caminando, nadie se preocupa por pagar las altas tarifas del estacionamiento,

pues usamos la planta fija que tiene mi tío David, quien trabaja para una firma de abogados en la capital y cuenta con ese lujo que su jefe le brinda, cualquier ciudadano nativo que escuche esto sabrá a lo que me refiero, pues es común oír las quejas de los residentes sobre los altos costos de los estacionamientos por toda la gran ciudad.

Mi amada tía se despierta antes que todos para preparar el almuerzo que empaca para llevar, porque después de la marcha principal, buscamos asiento frente a las hermosas vistas de las fuentes que rodean la plaza. Es común ver a la gente haciendo picnic a cualquier hora del día, ahí comemos y descansamos un rato para después desde ahí comenzar la caminata. Van varios años que yo lidero el grupo al conocer a la perfección la ruta que siempre recorremos por toda la Explanada Nacional.

Caminamos extasiados a la redonda todos y cada uno de los monumentos como si fuera la primera vez que los visitamos, el recorrido es una famosa franja de tres kilómetros con arquitecturas impresionantes, magníficos museos y los íconos de la historia estadunidense.

Siempre nos sorprendemos y nos tomamos fotos admirando los monumentos dedicados a George Washington, nuestro padre y fundador de la nación. Al entrar y subir en su ascensor te ofrece vistas que no te puedes perder, pues desde sus grandes ventanales, aunque muy chiquitos, distingues a lo lejos la Casa Blanca, el Capitolio y alguna que otra de las estatuas que están situadas a su alrededor.

A lo largo de la explanada visitamos la estatua de nuestro tercer presidente Thomas Jefferson; Abraham Lincoln está situado en uno de los extremos de la plaza, son monumentos creados para honrar sus memorias, el edificio de este, tiene el aire de un templo griego y él se encuentra sentado en el centro del recinto. También encuentras a lo largo de la zona otras distinguidas figuras que formaron parte importante de nuestra historia. Como el homenaje a los valientes miembros de las Fuerzas Armadas de los EE.UU., quienes lucharon en la guerra de Vietnam y murieron o desaparecieron en el combate, el monumento consta de tres partes separadas: la estatua de los Tres Soldados, el Monumento de las Mujeres de Vietnam y el Muro Conmemorativo de los Veteranos de Vietnam.

El acceso a todos los monumentos es gratuito, se encuentran abiertos al público las veinticuatro horas del día, te topas con guardabosques de guardia, personas que responden a tus preguntas y dudas, pero en el momento que timbra la alarma del reloj de mi tía Lucy, el recorrido termina para

encaminarnos hasta nuestro punto de partida que es la torre del monumento de George Washington.

Escogemos entre todos el mejor lugar que podemos encontrar, siempre en una zona diferente, te tienes que amoldar a la gente que como nosotros buscan su propio espacio para iniciar la noche. Al encontrarnos satisfechos, acomodamos las mantas sobre el césped verdoso y nuestra tía de nuevo como realizando un truco de magia vuelve a sacar más comida de su morral para después esperar unos minutos y a continuación ver los fuegos artificiales rodeados de un inmenso entusiasmo lleno de gozo, mientras escuchas la música que se toca al ritmo de cada uno de los petardos que son lanzados a la intemperie donde terminan alumbrando con sus tonalidades brillantes el hermoso cielo estrellado.

El lugar siempre está repleto de espectadores, es una noche mágica, toda una tradición familiar, un acontecimiento que lo llevan a cabo año tras año, generación tras generación y no solo aquí, en casa también, en Nashville, en todas las ciudades de los Estados Unidos, en plena ciudad o junto a la playa, se festeja por lo grande la independencia de nuestra nación, el día que todo cambió, el instante en que fuimos libres.

Tengo que reconocer que me encanta hacerlo, pero esta vez quiero pasarlo aquí, en la ciudad, junto a mis amigos, sin necesidad de ir a la capital, algo que mi padre no puede entender.

Hace unas semanas le mencioné que me gustaría quedarme en casa en vez de partir junto con ellos a Washington, sin embargo, esto no lo tomó nada bien, se molestó muchísimo, me dijo que no estaba en discusión el viaje, por otro lado, mi madre solo nos observó sin decir nada y se limitó a darme una tierna sonrisa llena de comprensión con un toque de pena, pero en el instante que vio que mi padre salía junto con mis hermanas menores, se acercó y me dijo que no me preocupara, que ella hablaría con él, que entendía que era evidente que ya no quisiera pasar todo el tiempo con ellos. Cuando me dijo aquello con esa cara llena de nostalgia me partió el corazón, adoro a mi madre, es la persona más buena y comprensible de todo el mundo, la más cariñosa y más devota a su familia, así que solo le di un beso en la frente y le respondí que no se preocupara.

Al ver el desayuno ya servido en la mesa esa misma mañana del incidente con mi padre, con cariño le pedí que por favor me lo empacara, había mirado unos *croissants* que se veían riquísimos y me apetecía comerme uno de camino a la escuela sin importarme en lo más mínimo que las boronas cayeran sobre mi playera, sabía que aquel simple detalle la pondría feliz y mientras lo hacía, partí por

mi maleta y por las llaves de mi auto.

Tengo un Jeep Wrangler ’92 que mi padre me ayudó a comprar un par de veranos atrás, trabajo medio tiempo en una tienda de supermercado cerca de mi casa, al que acudo después de la escuela. El hijo del dueño del lugar, quien es el encargado, estudió en la misma preparatoria a la que yo asisto, así que comprende que solo puedo cubrir alguno que otro turno. El señor es joven, le entusiasma mucho saber que ganamos y que según los rumores de los residentes de nuestra ciudad varios de nosotros tenemos un futuro prometedor en el campo. Una que otra vez va a vernos jugar, así que no tiene problemas en no contar conmigo a tiempo completo, sabe que mi prioridad es la escuela y el equipo.

Con ese trabajo pude juntar dinero para el coche que manejo, solo que me faltaban mil dólares para cubrir el pago a su totalidad, cuando le dije a mi padre de mi interés por comprar un automóvil aprendí que no solo era el costo que tenía pintado en el parabrisas el Jeep de segunda mano del que me había enamorado desde que lo vi estacionado a las afueras del concesionario, todavía a ese precio se le sumaban los impuestos, las placas y el seguro.

Mi papá conociéndome, sabiendo de la manera en que él y mi madre me han criado, que soy una persona honesta, íntegra, que jamás le he faltado el respeto ni a él, ni a mi familia, a nadie. Propuso que él pondría el resto que faltaba, pero yo al escucharlo me sentí incómodo, deseaba vanagloriarme diciendo que yo sin la ayuda de nadie había comprado mi propio automóvil, por esta razón al principio no lo acepté, aunque después consideré la opción y accedí prometiendo que le pagaría todo el préstamo que se ofreció a costear, le pareció justo, sin embargo, de igual manera puso condiciones y reglas a cumplir, pidiendo que fuera responsable y ante la primera falta de mi parte quedaría el coche confiscado, esto incluía notas académicas, rendimiento en el campo y un sinfín de cosas que casi me hace firmar aquella tarde que hablamos del tema, pero por fortuna hasta este día jamás había recibido ninguna infracción y mis notas estaban en su totalidad con buenos grados, esperaba que todo siguiera igual, si no, el Mayor Smith me mataría sin meditarlo dos veces.

A la hora de partir aquella mañana rumbo a la preparatoria, abracé a mi madre con fuerza y deposité un beso en su cabello sedoso, me subí al coche ante su atenta mirada y antes de alejarme, bajé la ventana y le grité sin vergüenza que la amaba demasiado, ese detalle le instaló al instante que me escuchó una preciosa sonrisa en su rostro, mi corazón vibró de felicidad ante la mujer que más amaba en la vida.

—Robert, si te sigues mirando así pensaré que te estás enamorando de ti mismo. ¡Maldito enfermo! —Mi amigo Bert se acerca y me despeina el cabello con sus nudillos poniendo presión en mi cabeza, lastimándome el cuero cabelludo, a continuación, y sin pleno aviso me hace una extraña llave que me desbalancea y casi me hace caer.

Albert Pencer, es como mi hermano. Su mamá es la mejor amiga de la infancia de la mía y aunque no viví en la ciudad por largas temporadas, desde que nuestras madres nos presentaron nos caímos bien y en cada oportunidad que visitábamos a nuestros familiares o cuando pasábamos vacaciones en Nashville disfrutábamos jugando sin ser conscientes del tiempo hasta que alguna de nuestras mamás salía de casa para gritarnos que ya era hora de la cena, éramos inseparables, nos buscábamos mutuamente, la afición por el deporte nos unió aún más y desde que mi padre nos anunció de los cambios de planes al pedir su traslado, fue muy conmovedor que comenzáramos a buscar una propiedad cerca del vecindario de mis abuelos, así que ahora vivimos en la misma zona, por esa razón asistimos a la misma escuela, nuestro pasatiempo favorito sigue siendo el fútbol americano, por lo que, ahora jugamos para la misma preparatoria, yo soy el quarterback y Bert se encarga de cuidarme la espalda, jugando la posición de fullback.

—¡Qué cojones, Bert! ¿Sabes cuánto tiempo me llevó peinarme? —me quejo exageradamente pasándome los dedos por mi cabello mojado.

—*Dude,* no seas mariquita. Te estoy esperando, ya cámbiate, cabrón, si fuera por ti estoy seguro que saldrías con esa maldita toalla envuelta en la cintura por toda la *high school*, ¿no tienes suficiente? No nos quieres dejar nada —reclama abriendo su casillero de donde saca su chamarra deportiva en la que se lee en la parte trasera su apellido y el número dieciséis.

Sin hacerle caso me voy directo al mío, rápido me pongo el bóxer, agarro mi pantalón de mezclilla y con la mirada de desesperación de mi impaciente amigo, me coloco los calcetines y mis tenis, me levanto de un salto, tomo la playera blanca sin estampados junto con mi chamarra que es idéntica a la de mi inseparable, pero claro que en la mía se lee Smith junto a mi número de la suerte, cero cuatro.

—Vámonos. —Bert no contesta, solo toma su mochila del suelo y me sigue hasta posicionarse a mi lado.

Nos vamos caminando directo a nuestros casilleros, nosotros no tenemos que traer libros, pero sí cargamos con nuestras maletas deportivas, es muy molesto tener que acarrearla por la cafetería, así que la dejamos en las casillas que utilizamos dentro de la preparatoria. Varios de nuestros compañeros, los más descuidados, ni se bañan, porque básicamente lo único que hacemos es comer y regresar al campo, pero nuestro grupito tiene una reputación que mantener, y venir sudorosos y llenos de lodo no entra en discusión.

Después de acomodar una que otra cosa, ya que con el casillero del gimnasio no es suficiente, el espacio es reducido y nosotros con tanto material deportivo, utilizamos los dos. Al terminar y darme por satisfecho me acerco a Bert, quien todavía sigue hincado empujando cosas que se desbordan, objetos que si pudieran hablar comenzarían a quejarse, porque vomitar ya lo hacen.

—No jodas, Bert, ¿desde cuándo no limpias ese cochinero? —le grito desde la distancia al ver la escena, gira su rostro para verme y levanta los hombros de manera despreocupada.

Me encuentro caminando hasta él, al llegar me recargo en el casillero de al lado y cruzo los brazos, me pierdo por unos minutos observando pasar a todos los alumnos que se dirigen al comedor. Una que otra vez saludo con la barbilla o levanto la mano en forma de cortesía al escuchar que gritan mi apellido.

—Si te digo que no me acuerdo estoy seguro de que me creerás. —Saca un suéter hecho bola y pregunta ofreciéndomelo—. ¿Tendrás un poco de espacio en el tuyo?

—Ni lo sueñes, ¡apúrale! —apuro inquieto—. Te estás tardando un chingo. —Sin esperar su respuesta comienzo a caminar dejándolo atrás.

No pasan muchos minutos cuando escucho que corre tras de mí, me da unas palmadas en la espalda y se vuelve a posicionar a mi lado como es nuestra costumbre.

Donde está Bert, estoy yo y viceversa, tenemos muchos amigos, pero nosotros siempre nos mantenemos juntos cuidándonos la espalda.

En el camino poco a poco se juntan más compañeros del equipo, cada quien va platicando de sus cosas y mientras cada uno va en lo suyo, inesperadamente un grupo más pequeño de chicos que no conozco nos pasan corriendo y empujándonos en el camino, siguen sin detenerse ante las quejas de mis acompañantes, en ese momento cuando estoy a punto de gritarles un improperio a los malnacidos estúpidos que nos han aventado, me llama la atención un cabello rubio muy largo.

Una chica menuda se encuentra a varios metros de distancia y con una sensación extraña percibo lo que sucederá antes de que pase, segundos después como en cámara lenta observo cómo unos libros salen volando, y la joven que ha robado mi atención hace solo unos cuantos minutos atrás cae de rodillas, con suerte tiene tiempo para meter las manos y puede con ellas detener el impacto antes de que se rompa la cara.

Nadie hace nada a su alrededor, todos siguen su paso sin detenerse a ayudarla, sin embargo, yo por instinto salgo corriendo y al llegar hasta el accidente me agacho a su lado. Ella ya se encuentra abriendo la mochila para comenzar a aventar con impaciencia todo lo que se regó. Cuando levanta sus ojos verdes amielados hacia mí, lo único que puedo ver con fascinación es su profunda mirada, radiante, inocente y delicada. Me percato de que al percibir mi presencia su rostro precioso se ruboriza aún más como si eso fuera posible, pero en ese mismo instante la tonalidad de su mirada cambia, claramente lucha por no sentirse más avergonzada frente a toda la escuela.

Imitándola en silencio y a ciegas trato de recoger las cosas, pues no puedo alejar mis ojos de su presencia, tiene un rostro único, inigualable, indescriptible, está lleno de pecas, salpicado por todas partes. Al sentirse observada sin vergüenza por mí, pues está claro que no puedo apartar la mirada de su aspecto, baja su rostro apenado, mueve su cabello para que quede una cortina entre los dos y comienza a darse prisa, sus movimientos son torpes al echar a la mochila todos sus lápices y plumas que se han esparcido por el piso.

De pronto, mis compañeros llegan hasta donde estamos, los estudiantes que pasan junto a nosotros tienen que rodearnos para continuar con la fila de la comida.

—¡Venga, Bobby, vámonos! ¡Ni creas que te voy a esperar! —comenta Bert agachándose y queda en cuclillas por unos segundos, observa receloso sin entender qué es lo que me está llevando tanto tiempo en solucionar.

Sin hacerle mucho caso, sigo según yo ayudando a la chica a recoger sus cosas en silencio, aunque si soy honesto conmigo mismo, creo que estoy estorbando más de lo que ayudo, pues me encuentro en medio del desastre, dificultando la tarea para que ella encuentre todas sus cosas regadas y salga pitando del lugar como es evidente que quiere hacer.

—Adelántense, *man*, dame cinco minutos —contesto sin ni siquiera mirarlo, lo único que quiero es que desaparezca y que me deje a solas con la chica misteriosa.

Sigo concentrado en mirarla de reojo, estoy analizándola. Es todo un misterio, al instante me pregunto si será su primer día de clases, después de ese pensamiento las preguntas se enfilan una tras otra en mi cabeza: ¿cómo se llama?, ¿la iré a tener en alguna clase al comienzo del ciclo escolar? Nunca la había visto y me llena de curiosidad de una manera impulsiva y un tanto perturbadora para mi propio gusto y eso me descoloca.

—*Yes Sr.* —Tonteando Bert se aleja haciendo un saludo militar y con sus palabras me saca un poco de mi atontamiento momentáneo.

—¿Estás bien? —Al fin coherente y claro logro preguntar.

Me limito a observarla mientras espero una respuesta, en cambio no lo hace, hasta parece que no me ha escuchado, aunque estoy seguro de que he pronunciado las palabras en un tono regular en el que cualquiera a mi redonda pudo escucharme a la perfección. Evade mi mirada y observa su mochila, para después alargar sus brazos evitando el contacto y con sutileza me quita las pocas cosas que sostengo para ella, con rapidez los trata de acomodar y al darse por satisfecha, se levanta con cuidado y cuando por fin está a punto de verme a los ojos, su mirada antes de tener oportunidad de hacer contacto con la mía, se pierde con algo o alguien que capta toda su atención a mi espalda, si no la estuviera observando con tanto aprecio quizás lo hubiera pasado por alto, pero por un segundo se paraliza y abre mucho los ojos como sospechando lo que viene a continuación.

—Oh no, *pizza face*, ¿no me digas que vas a llorar? —Alguien que se encuentra a distancia la insulta sin piedad.

La bilis me sube hasta la garganta y volteo de inmediato para ver quién jodidos se atrevió a molestarla, solo veo a un montón de *bullies* que, por supuesto, se meten con los más débiles o con

los que no quieren meterse en problemas y solo agachan la mirada como la chica que tengo en frente. Cuando se percatan de que estoy a su lado erguido con mi imponente altura se escabullen como cucarachas asustadas, doy varios pasos al frente para tratar de ver bien de quién se trata, pero se esfuman como los cobardes que son antes de que pueda identificarlos.

A lo lejos veo a mis amigos que llaman mi atención haciendo señas con los brazos, están sentados en el fondo del lugar donde acostumbramos acaparar toda el ala del lado izquierdo de la cafetería, se encuentran ajenos a lo que está pasando. Me giro para enfrentar a la chica, para decirle que no les haga caso, que son un montón de idiotas, y que si le apetece se puede sentar con nosotros, pero cuando volteo nadie está a mi alrededor, giro mi cabeza para todos lados y entre toda la multitud de estudiantes no la encuentro, se escabulló muy deprisa, no deja ni migajas de su presencia para seguir su huella.

Me encuentro completamente solo, parado en medio de la cafetería sin rastros del lince asustadizo con el que me he topado esta maravillosa y misteriosa tarde.



Capítulo 3

Paulina Lawrence

Hoy las cosas fueron de mal a peor, me siento ridiculizada, humillada, frustrada y ahora para acabarla de joder, todo sucedió delante de la estrellita popular de toda la escuela, así que sin darles más tiempo de seguir burlándose de mí de inmediato salí pitando de la cafetería, buscando un lugar lejano y seguro para esconderme de la crueldad de las burlas constantes del día a día.

Cuando por fin pongo distancia me doy cuenta de que me encuentro desconcertada, la estrella de la preparatoria, Robert Smith, mejor conocido por todos sus amigos cercanos como Bobby, se detuvo a mi lado para ayudarme a recoger mis pertenencias, pero en el momento en que me topé con su mirada profunda y curiosa, existió un instante en que sus ojos se trasformaron en algo extraño, me observaron con curiosidad, su instinto educado se llenó de solidaridad y calidez, sin embargo, en vez de poder agradecerle aquel gesto nada conocido para mí, de inmediato me llené de pánico y lo primero que me llegó a la cabeza fueron un montón de alertas que me advertían que su actitud atenta y amable podría tener un doble significado o también, en vez de ayudarme, me podría perjudicar aún más. Hay tantas chicas en la escuela detrás de él que lo último que necesito es que piensen que quiero llamar su atención, cosa que jamás en mi sosa vida se me podría pasar por la cabeza.

Con regularidad los que me molestan son los muchachos que se meten con todos, los que no desperdician ni momento o persona para hacerles alguna broma pesada, decir un mal comentario o una burla hiriente entre dientes, y a eso no deseo también que se le sumen las porristas o las chicas de *varsity*[12]. Solo de pensar en ello se me pone la piel de gallina, que se enteren de que su jugador todopoderoso ha tenido un gesto de educación y cortesía hacia mí, me convertiría en el objetivo de sus insultos, con rapidez suelen distorsionar las cosas, podrían llegar a inventar que anhelo algo más

con la estrella suprema de toda la preparatoria, aunque si fuera esto verdad, estoy segura de que ni en mis más descabellados sueños se cumpliría la fantasía de toda mortal estudiante de Nashville, que es conquistar la atención de esos ojos color cielo y esa sonrisa amplia y amistosa que a muchas incluyéndome a mí les roba el aliento.

Simplemente quien no babea por ese joven atento y atractivo, la podríamos categorizar como una persona demente y mentalmente discapacitada, porque puedo asegurar que se considera un pecado no tener algún tipo de fascinación por él, de menor o alto grado, pero es que simplemente es irresistible, un combo completo. Es amable, carismático e inteligente y aunque es popular y tiene de alguna manera "el derecho" real de ser un patán por su encanto natural, siempre se comporta con educación y respeto, es demasiado descabellado simplemente imaginar o suponer que Robert, la estrella de futbol americano, me vea más allá que la chica pecosa y fea, la invisible para sus ojos.

De nuevo pienso que si tuviera que categorizar a Smith simplemente diría que es de la realeza de toda la preparatoria, es el joven deportista más popular desde que llegó a la ciudad. Las chicas se derriten por él, estoy segura de que le harían las tareas si este se los pidiera, pero hasta eso, es también conocido por su alto rendimiento tanto en el campo como en sus clases. Es un muchacho agradable, sonriente, ayuda hasta la viejita de la tercera edad con sus bolsas de mandado, hasta se convirtió por una larga temporada en el ayudante personal de su mejor amigo Bert, quien se quebró el brazo en el río Harpeth.

Toda la escuela conoció la pintoresca odisea, pues los dos estuvieron implicados, solo que el inseparable de Robert, fue el único que salió lesionado y como era de esperarse, en la preparatoria fueron fuertemente castigados a petición de sus padres, se ganaron estar sentados en la banca por varios juegos consecutivos. Los entrenadores sabían que ese era el castigo adecuado para hacerlos pensar dos veces la próxima vez que pensaran en meterse en problemas.

Mientras sigo caminando viendo el suelo, por mi cabeza pasan un montón de pensamientos revoltosos que recorren como subtítulos sin parar de un lado a otro, no me dan tregua. Primero cavilo desesperada a dónde dirigirme, doy unos cuantos pasos y medito si aguantaré hasta la salida para comer, espero no pasar otra vergüenza por culpa de mis tripas gruñendo en plena clase. Mi mente regresa hacia Robert, me pregunto quién más nos habrá visto, ¿será su actitud una casualidad?, ¿se acercó a ayudarme porque le di pena?

Un golpe fuerte me saca el aire de los pulmones al estamparme contra el cuerpo de alguien robusto y grande.

—Señorita Lawrence, me sorprende de nuevo con su torpeza y tan solo es medio día. —Al escuchar la voz del director de la preparatoria me estremezco.

La vergüenza me sube de nuevo a la cabeza y siento cómo mi cara pecosa se pone roja ante el comentario. No levanto la cara, solo murmuro un lo siento en voz baja.

—¿A dónde se dirige? —cuestiona amenazante, pues es evidente que a esa hora los alumnos tienen que estar en el comedor o en el patio como marca la regla escolar.

—Disculpe, Señor Hankins, me dirijo a la biblioteca, necesito imprimir un ensayo de mi clase de Inglés —suelto lo primero que me pasa por la cabeza. Soy muy ágil para excusarme de mis actos.

—Señorita Lawrence, míreme —ordena con voz profunda y autoritaria.

El director de la escuela no es un hombre malvado, sin embargo, se dirige con rectitud, es duro con todos sus estudiantes, pues es evidente que tiene la presión de sobresalir con el rendimiento académico de la preparatoria, instruye a los jóvenes, los prepara para la vida real, creando fuertes e independientes individuos del mañana, muchachos talentosos del futuro.

En ese momento recuerdo cuando estaba en mi primer año, el señor Hankins me comentó con respeto que pensaba que era una jovencita brillante e inteligente, pero que mi actitud asustadiza y la falta de confianza que existía en mí me hacían ser el objeto de las burlas de mis compañeros, hecho que por supuesto había notado.

Él fue el único que platicó conmigo y esa fue la única vez que hablamos del tema. Como rector del instituto me explicó que podía tratar de poner un alto a esa situación, ayudarme a sobrellevar el asunto, pero era consciente de que si él intervenía podía causarme más problemas. Algunos chicos cuando los padres de familia se quejaban o hablaban con los maestros, después de llamarles la atención en vez de parar los atentados se volvían más constantes y crueles. Era un escenario muy delicado y que en lo único en lo que podía auxiliarme era en tratar de hacerme dura, hasta que yo

misma aprendiera a defenderme porque mientras siguiera con la misma actitud no pararían de molestarme.

Despacio levanto la mirada y veo cómo en mi rostro encuentra lo que se temía, me hallo corriendo, huyendo como siempre, parpadeo de prisa, las lágrimas quieren salir y desbordarse por mis mejillas, pero las retengo con orgullo y dignidad. Todavía hasta este día no me he quebrado ante nadie, aún no he llorado ni he sacado mis sentimientos hechos trizas como los siento a cada momento que me hieren, destrozados por dentro, por ende, agradezco en silencio una vez más por la fuerza de voluntad que poseo.

Se nota que quiere darme un consejo, solo que, como todos, no sabe qué decir, quizás recordarme lo que me dijo tiempo atrás: que no debía dejarme de esos gandallas que constantemente me molestan, esa vez hasta me confesó que él les decía a sus hijos constantemente que no se dejaran de las injusticias, dejando claro que no se refería a llegar con nadie a los golpes, pero que, a veces, solo hace falta levantar la cara y hacerles frente a las situaciones que se nos cruzan en el camino.

Claro que aquí hablamos de mí, de una chica, esa es la diferencia, pero bueno, al fin y al cabo no es de su incumbencia, no se encuentra en posición de darme ese tipo de lecciones, estoy segura de que se pregunta dónde jodidos están mis padres y cómo es posible que no se hayan dado cuenta de los horribles acosos que sufro en la escuela, y algunas veces me pregunto lo mismo, aunque para eso sí que tengo una respuesta y es que me considero una muy buena actriz, pues ante mis papás no existe ningún problema que me quite el sueño.

Hace mucho tiempo llegué a la conclusión de que no sirve de nada mortificar a las personas que no pueden remediar las cosas, pues la única solución que encuentro es volver a nacer y esa no es una opción y aunque esta fuera una posibilidad, dudo tener la suerte de nacer en otra piel.

—¿Tiene algo qué decir, jovencita? —pregunta por compromiso, se nota que no le apetece retomar la conversación que sabe que he recordado, pero al ver que no contesto, agrega—: No la detengo más, vaya… —me despide haciendo una señal con la mano guiando con el gesto el corredor que da hasta la biblioteca y en segundos cada quien sigue su camino sin más palabras.

La tarde sigue con tranquilidad, trato de mantener la cabeza baja y pasar desapercibida. El gesto funciona pues no me topo con ningún otro percance, silencio mis pensamientos y vuelvo a tratar de

ser invisible.



Capítulo 4

Robert Smith

Nos encontramos al otro lado de la escuela, me hallo inquieto, observando para todos lados, buscando a la chica de suéter largo que le llega hasta los muslos. Desde que la vi no puedo sacármela de la cabeza, observo estúpidamente como si fuera aparecer por el campo, algo completamente imposible, pero aun conociendo aquello no puedo dejar de buscarla. Todo fue tan extraño, desde el momento en que me topé con sus ojos verdes, su profunda mirada y su chispeante rostro captaron toda mi atención.

—¡Auch! —me quejo con el pase de calentamiento que me avienta Bert con brusquedad para sacarme de la nube pensativa en la que me encuentro.

—¡Ponme atención, hombre! —me reclama en voz alta.

—*Sorry man,* ¿me decías? —Mi mejor amigo rueda los ojos claramente fastidiado.

Es evidente que se encuentra molesto ante mi falta de interés en esta tarde.

—Te preguntaba, si ya hablaste con tus papás. —Me mira expectante.

Albert sabe que este tema es algo importante para mí y sin la aprobación de mis padres no podremos llevar a cabo lo planeado. Se supone que tengo que intentar hablar de nuevo este fin de semana con mis progenitores para pedirles más firmemente permiso de quedarme en casa para mi cumpleaños. No me apetece viajar como cada año a casa de mis tíos, quiero pasarlo con mis amigos.

El plan es ir al Puente Veterans Memorial para desde ahí disfrutar de los fuegos artificiales, comer un poco y después celebrar mi cumple en la casa de uno de mis compañeros del equipo, tenemos previsto tirar la casa por la ventana, invitar a todas nuestras amistades y celebrar a lo grande.

—No, la verdad no sé ni cómo sacaré el tema de nuevo. —Suspiro frustrado y después agarro impulso, giro el brazo hacia atrás y tiro el balón de regreso con fuerza, para después explicarle en voz alta—: No creo tener problemas con mi madre, pero don Smith, es un caso especial. El día que saqué el tema ni me dejó hablar, solo soltó que el viaje no estaba en discusión. —Pencer cacha el pase sin problema y segundos después me lo regresa con la misma intensidad.

Bert conoce muy bien a mi padre, sabe que esta vez la tengo difícil. Mi papá es un hombre recto de pocas palabras, veterano de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos, que, junto con sus años de servicio se ganó el reconocimiento de General Mayor y ahora trabaja en uno de los centros de información que recluta a chicos jóvenes a enlistarse en las listas de servicio de la nación.

Siempre me ha causado curiosidad que hasta este día nunca haya tratado de reclutarme y cuando intento iniciar alguna plática sobre sus años de servicio, un tema que desde chico me apasiona fuertemente, él se limita a detener la conversación diciendo que la vida en el ejército es dura y que cuando das ese gran paso y te comprometes a servirle al país, el combate, las guerras, la destrucción, la impotencia, jamás te abandonan y viven contigo hasta el fin de tus días.

—Yo que tú me ponía a eso lo más pronto posible —me recrimina mi amigo. Sé que tiene la razón, soy consciente de que contamos con muy poco tiempo y de nada vale darle más vueltas al asunto, tengo que finiquitarlo lo más pronto posible—. Steve dijo que su primo puede comprar el licor —informa—. Marc acaba de cumplir veintiuno y sin problemas se encargará de ayudarnos, ¿ves cómo es importante no perder el contacto con los graduados? —Vuelve a aventar el balón y agrega —: ¡Ah!, y Stein dejó claro que ella se encargará de la comida y de tu torta de cumpleaños y que todavía estaba en pie lo de celebrar la fiesta en su casa. —Mueve sus caderas en giros obscenos como si empalara sexualmente alguna mujer.

Annette Stein, es la capitana de las porristas y mi exnovia, rompimos hace unos meses, no me dejaba respirar, cuando estábamos juntos en todo momento se la pasaba quejándose de las prácticas, del tiempo que me consumían los juegos, sobre todo de mis amigos, solo quería pasársela como chicle pegada a mí y eso me abrumó.

Por esa razón un día tomé ventaja de sus continuos berrinches y rompí con ella. Se enceló acusándome de que estaba viendo el trasero de una chica que ni había visto pasar, en una fiesta en casa de unos amigos, hizo todo un drama, hasta se atrevió a aventarme su bebida en mi chamarra, ni yo mismo lo podía creer cuando lo hizo, o sea, en mi precioso trofeo escolar, era lo último que iba aguantarle, el escándalo frente a mis amigos era lo de menos, pero eso ya era el colmo. Después de su numerito, se giró pensando que iría tras de ella, en cambio, solo me levanté para quitarme la chamarra, la sacudí con una mueca indignada, la puse en el respaldo de la silla y me volví a sentar para poner mi total atención a la plática interesante que tenía Richi, sobre su teoría de cómo pensaba que podríamos sobresalir en la clase de Mr. Williams, nuestro profesor de Biología, para que nos exentaran y nos dejaran seguir entrenando sin problemas.

Así fue como vi la señal que necesité para salir pitando de esa relación. Aquella noche estando en mi recámara meditando sobre lo ocurrido, llegué a la conclusión de que las mujeres son demasiado complicadas y me di cuenta de que no estaba preparado en aquel momento para un compromiso como aquellos, y mucho menos para soportar a alguien que pidiera tanto de mí, que solicitara de mi presencia y que quisiera consumir todo mi tiempo, pues quiero pensar que cuando te sientes atraído a una persona, esa chica no pedirá nada a cambio porque uno estará dispuesto a entregárselo todo sin siquiera solicitarlo.

Desde ese momento he estado soltero y así seguiré, no puedo negar que me sigo viendo con Annette, se podría decir que es mi constante, fue la primera con la que estuve sexualmente hablando, pero las cosas están claras con ella y aunque no deje de intentarlo, estoy seguro de que no volveré a caer, no de esa manera.

—¡Idiota! —replico con una carcajada ante su tontería.

No me gusta hablar de las chicas, aunque mis amigos intentan sacarme información con sus preguntas estúpidas, como las típicas: de qué tipo de ropa interior vestía, cómo eran sus pezones o si estaban depiladas. Me gusta quedarme todos esos detalles para mí, es algo secreto e íntimo, pero con el paso del tiempo también me he percatado de que aunque suene extraño, muchas de las veces son también las mismas mujeres a las que les gusta alardear de que han intimado conmigo, las que hablan de más, no puedo mentir que eso me llena de satisfacción, y mi ego de macho se colma de petulancia y soberbia al comprobar que a mis casi dieciocho años nunca he dejado a nadie insatisfecha, al contrario, un montón de ellas dan sin vergüenza muy buenos comentarios sobre mi rendimiento

sexual.

El silbato del *coach* llama nuestra atención y en un grito da la última orden de la tarde, que es, correr cinco millas alrededor del estadio. Sabemos que después de terminar la tarea podremos partir a las duchas. Ha sido todo por hoy.

Cuando termino estoy molido, observo mi reloj de pulsera y son casi las siete de la noche, me despido de los chicos que siguen alistándose para terminar el día. La mayoría se baña en las instalaciones de la preparatoria para solo llegar a casa, cenar algo rápido e irnos directo a la cama y comenzar la misma rutina a la mañana siguiente. Si fuera un curso regular, mientras ceno tendría la libreta a un lado para ponerme al corriente con mis clases, pero al ser un verano solo estamos concentrados en el futbol.

Recién bañado camino por el pasillo desierto que da a los estacionamientos, llevo la camiseta sobre el hombro, y solo visto unas bermudas de la preparatoria junto con mis sandalias de baño. Al abrir las puertas de cristal me llama la atención ver una bolita sentada en el filo de la banqueta por donde pasan los autobuses escolares, pero es imposible que esa persona espere a esta hora a alguno de los camiones, pues ya todos han pasado.

El pequeño individuo se envuelve con recelo en un suéter café y comienzo a guardar la esperanza de que sea la chica de la mañana. Al cada vez estar más cerca me percato de que estoy en lo correcto y mi corazón comienza a palpitar de prisa, agarro con fuerza la banda de mi maleta para sostener algo e impedir que las palmas de mis manos comiencen a sudar.

Esa melena rubia cobriza me descoloca, es como si temiera hablarle porque sé que saldrá corriendo al escuchar mi voz, como cuando encuentras un animalito perdido y temeroso, pero al mismo tiempo tú estás más alarmado porque salga corriendo y se aleje de ti antes de darte la oportunidad de ayudarlo.

«Pero esta vez no te dejaré huir de mí, mi pequeño lince».

—¿Hola, perdiste el autobús? —Tratando de sonar natural suelto a su espalda con ganas de entablar una conversación con aquella chica desconocida.

No he podido sacármela de la cabeza en toda la maldita tarde. Desde que la vi tengo presente su imagen pecosa, única y especial, se me ha metido en la mente y no hay poder humano que me ayude alejar mi mirada de la de ella. Me siento desesperado, quiero buscar sus ojos profundos y temerosos, esos que en silencio me piden ayuda, que me ruegan ser protegidos, que anhelan respeto y cortesía.

La chica al escuchar mi voz se estremece, se nota que la tomé por sorpresa. Honestamente no me esperaba que alguien más siguiera en la escuela aparte de la seguridad del instituto, las personas de limpieza, nosotros, los chicos de futbol americano y los entrenadores, ya que nuestra práctica es la única que termina mucho más tarde que el resto de las clases de verano.

Sin preguntar nada más, vuelvo a verificar mi reloj de pulsera, se nota que no quiere contestarme, mucho menos levantar su rostro, ni se ha dignado a girarse para verme. Estoy a un lado de ella, miro hacia al frente esperando ver algún carro llegar que me indique que vienen a recogerla, sin embargo, la chica sigue sentada viendo sus manos, su espalda está tensa, visiblemente en alerta al percatarse de que ya no está sola.

—No, mi padre no debe de tardar en llegar. —Por fin después de unos segundos que se me hacen eternos responde muy bajo, casi inaudible.

Creo que termina respondiéndome porque se percató de que no me iría de aquí hasta que me diera una respuesta. Ya son pasadas de las siete de la noche, el sol ya se ha ocultado, de ninguna manera la dejaré aquí sola, ni a ella ni a nadie. Mi lado protector vuelve a sucumbir ante aquella delicada criatura.

—Si gustas te puedo dar un aventón —sugiero esperanzado, cambiando de idea.

Espero optimista a que levante su cara y me conteste, quiero que me deje ver de nuevo su salpicado rostro, ese que me tiene endiosado, deseo comprobar si estoy en lo correcto, si es esa la imagen tierna y tímida que recuerdo, porque para este momento se está volviendo solo un borrón en mi cabeza, una memoria apresurada que pude escanear con rapidez solo unas horas atrás.

—Ummm... No, muchas gracias, mi padre no debe tardar en llegar, viene un poco retrasado —recalca de nuevo y continúa con la mirada gacha acomodándose las agujetas de sus tenis.

Mientras pienso qué más decir, pues no me apetece irme y dejarla aquí sola, recoge sus piernas y se las abraza para a continuación depositar su barbilla en una de sus rodillas, dando por terminada nuestra conversación.

Con claridad puedo ver ahora su perfil, su labio inferior que se nota suave y se ve carnoso y apetecible sobresale más que el superior, aparece en su rostro un delicado puchero angelical, es un gesto natural, que al ser un mohín genuino lo vuelve coqueto y *sexy* para una chica tan joven como ella.

—¿Estás segura? —inquiero un tanto receloso, no me gusta la idea de dejarla aquí sola.

Volteo para todos lados, confirmo que ya son muy pocos los autos que se encuentran estacionados, eso indica que la mayoría de profesores y alumnos ya se han ido a casa.

—Sí, no hay cuidado. —Se apresura a decir, ahora un poco más alerta, se alza para ver hacia la carretera desierta que está frente a la escuela. El coche de su padre tiene que pasar por la calle principal para después girar y entrar a las instalaciones—. Gracias. —Incómoda me agradece de nuevo.

—Vale, buenas noches —me despido sin más que decir.

No quiero presionarla y mucho menos incomodarla, así que comienzo a caminar hacia mi coche y sin poder evitarlo me giro y la pillo viéndome partir. Cuando se da cuenta de que me he volteado con rapidez baja la mirada para despistar con el gesto inocente que ha sido atrapada observándome. Eso me saca una sonrisa y me anima a llevar a cabo mi siguiente movimiento.

—¡Oye! —grito enérgico desde la distancia caminando con cuidado hacia atrás, pero sin dejar de mirarla.

Pienso que, si no consigo un nombre para ese pequeño lince, no podré dormir en toda la noche, es más, no sabré por quién preguntar en la mañana cuando me dé a la tarea de investigar más sobre ella.

—¿Cómo te llamas? —pregunto deteniéndome por completo.

La chica como si no hubiera escuchado la pregunta se pone a desatar las cintas de sus tenis que estaban perfectamente abrochadas y comienza a amarrarlas de nuevo.

—¿*Wow*, en serio, no me dirás tu nombre, pequeño lince? —digo incrédulo ante su actitud.

Mis palabras salen con un tono de broma, aunque honestamente me comienzo a desesperar. Es verdad que la chica es preciosa, pero estoy empezando a pensar que conoce el efecto que propicia en mí y pienso que quizás por esa razón se está haciendo la difícil y, en serio, que estos jueguitos de perrito faldero no me gustan para nada, no van conmigo, así que, cuando estoy a punto de dar la retirada, girarme y retomar el paso, la rubia menuda levanta la mirada con determinación sorprendiéndome.

—¿Para qué quieres saber mi nombre? —cuestiona, y sin dejarme responder continúa—: ¿Acaso quieres saber mi nombre para poder usarlo en alguna de tus bromas? —expresa a la defensiva claramente molesta.

Su voz ha salido fuerte y clara, al fin de todo me doy cuenta de que tiene carácter y eso me gusta.

—Oye, tranquila. —Levanto los brazos en forma de rendición. Las cosas no están yendo para nada como lo deseo—. Solo quería ser amable, no pretendía ofenderte o molestarte. —Por ende, dejo todo en paz y me despido—. Buenas noches, pequeño lince desconfiado. —Giro y me encamino hacia mi automóvil.

Al llegar a mi Jeep aviento con fuerza la maleta en la parte de atrás y me siento en el sillón del conductor, pero cuando estoy a punto de dar marcha al coche, vuelvo a mirar para todos lados. El estacionamiento está en penumbras, solo unos cuantos postes de luz iluminan el lugar, siento malestar solo de pensar en irme y dejarla ahí sola. Así que rebusco en mi mochila por mi *cd player* y me pongo los audífonos, antes de darle *play* saco la revista ESPN del mes para entretenerme por un rato mientras espero a que vengan por la pequeña y menuda rubia, no solo lo hago por ser ella, lo haría por cualquiera, sé que hay vigilancia y que la seguridad cada cierto tiempo hace un recorrido a la redonda, pero simplemente no se siente correcto.

Mientras hojeo y leo uno que otro artículo interesante que me encuentro, cada que pasan unos cuantos minutos me alzo para confirmar que la chica recelosa sigue en el mismo lugar, necesito comprobar que alguien venga por ella para poder irme tranquilo a casa.



Capítulo 5

Paulina Lawrence

Observo el reloj por cuarta vez en los últimos cinco minutos, mi padre no se ve por ningún lado, no hay ni una señal de que venga en camino. No puedo creer que se les haya olvidado a quién le tocaba pasar por mí. Reconozco que el seguir aquí sentada es una pérdida de tiempo, esperando por alguien que sé que no llegará.

Estoy segura de que mi madre a esta hora ya debe estar en su recámara desmaquillándose, pensando que mi padre ya ha pasado por mí, en cambio, él quizás está en su rincón favorito que es el garaje, metiéndole mano a su nuevo proyecto, que es la reconstrucción de un viejo Mustang que encontró recientemente en una subasta, dando por hecho que mamá es a quien le toca recogerme hoy, por mi enano no me preocupo, mi hermano ya tiene que estar cenando o en su habitación preparándose para el día siguiente, pues contamos con una vecina muy amable, amiga de mi mamá, que recoge a sus hijos y a diario le da un aventón a Oliver a casa.

En lo que a mí respecta, nunca sé con exactitud quién pasará a recogerme, todo depende de los seminarios o las citas que tenga programadas mi mamá, es una consultora de belleza así que no cuenta con un horario fijo, aunque es ella la que la mayoría de las veces pasa por mí a excepción de los jueves, en específico hoy es el día en que mi padre se encarga de venir por mí, ya que es más cómodo para todos, pues coincide con su hora de salida.

Sin nada más que esperar, agarro mis pertenencias del suelo y emprendo camino. Lo que más lamento es no haber tomado antes la decisión de irme caminando, pues ahora ya está más oscuro y me tomará como mínimo unos cuarenta y cinco minutos llegar a casa, sin agregarle el pavor que le tengo a los perros, siempre anda uno que otro vagando por ahí y me pone muy nerviosa solo de

pensar que alguno de ellos me vuelva a atacar como cuando estaba pequeña, todavía lo recuerdo y la piel se me eriza del pánico y la impotencia que sentí aquella tarde.

Estaba jugando con mi prima Sally en el patio de su casa, tenían un perro muy bonito color café, era un chucho mezclado de dos razas de caninos grandes, todavía no comprendo cómo sucedió, pero inesperadamente frente a todos me atacó y terminó mordiéndome en el antebrazo, estábamos jugando todos juntos, corríamos y él corría junto a nosotros, mas cuando me agaché para recoger la pelota se me echó encima, mis tíos dijeron que quizás pudo ser porque ya estaba viejo y no veía bien, sin embargo, la manera que sucedió todo fue muy traumático para mí y desde ese día guardo mis reservas con cualquier canino.

A mi aprensión le sumamos mi lentitud, no soy del tipo de chica atlética o deportista, por ende, de solo ver el largo camino que me toca por recorrer empiezo a hacer cálculos en la cabeza y medito en todas esas millas que me apartan de mi dulce hogar e inmediatamente se me baja más el ánimo, como si eso fuera todavía posible, aliento a mis piernas a avanzar, pues no hay muchas opciones más que iniciar la marcha.

«Que cagada de día» bufo.

Cuando estoy por salir de los límites de la escuela escucho un motor ronronear al lado derecho de donde me encuentro caminando, voy a paso lento pero precavido, el automóvil viaja muy por debajo de la velocidad, sin embargo, antes de poder tener la oportunidad de girar mi rostro para percatarme de quien se trata, escucho una voz que me llama en un grito.

—Hey, lince, ¿lista para el aventón? —Una voz jovial y divertida me hace girar la cara y observar recelosa.

Me encuentro totalmente cansada, lo último que necesito en este preciso momento es otra broma pesada y menos viniendo de él.

Necesita dejarme ya en paz para poder seguir mi camino. Mi propósito es llegar lo más pronto posible a mi casa, comer, siento que en cualquier momento me puedo desmayar, me muero de hambre, mis tripas están en una pelea constante por saber quién se comerá a quién, así que me concentro en deshacerme rápido de su presencia.

—¿Me preguntas para hacerme subir y luego bajarme de tu coche en la siguiente esquina diciendo que has cambiado de parecer? —Sin rodeos suelto. No lo dejo que responda y prosigo—: ¡No, gracias! —exclamo a la defensiva sin dejar de caminar, aunque luego me detengo en seco para enfrentarlo—. O no, espera, tengo una idea mejor: para que, cuando me acerque a la puerta y esté a punto de abrirla, presiones el acelerador y me quede como estúpida mirándote partir ¿verdad? Muy buena idea, pero no, gracias. He tenido suficientes bromas pesadas por el día, y créeme cuando te digo que hasta yo tengo un límite ¿podrías retirarte de una vez? En serio que no tengo ganas de ser esta noche tu objeto personal de burlas. —Cuando estoy a punto de girarme para retomar el camino, la pregunta que sale de sus labios me detiene.

—¿Por qué malditamente tienes que ser tan pesimista, acaso siempre estás esperando lo peor de las personas? —Me mira curioso con un timbre de sincera duda en su voz, la cual es profunda para su corta edad.

«¿Quién jodidos se cree para evaluar mi manera de ser?, ¡ni me conoce!».

—Mira, niño bonito, eso es algo que tú nunca entenderás. —Me giro molesta y comienzo a caminar de prisa.

—Pues sería de mucha ayuda si me lo explicas de viaje a tu casa ¿no crees? —Insiste al tiempo que escucho cómo mete el freno y deja el coche estacionado sin apagar el motor—. Hey, mira, —llama mi atención y no tengo otra opción más que detenerme e intentar mirarlo, la luz es muy tenue y no puedo verlo bien—. Vamos a hacer una cosa… —Rebusca en su mochila y saca un teléfono celular que agita para llamar mi atención.

Me doy cuenta de que lo que sacude es el celular que mi padre muere por comprar, es un Motorola DynaTAC, mientras proceso el detalle, el chico deja el vehículo prendido e inesperadamente sin esperar una contestación de mi parte, sale de un salto del Jeep, rodea trotando el coche y me abre la puerta mientras que con la otra mano me ofrece el aparato.

—Puedes llamar a tus padres, diles que el hijo del reconocido General Mayor Robert Smith, director de Nashville MEPS, te dará un aventón y te llevará a casa —dice muy quitado de la pena, como si se la pasara recogiendo personas desconfiadas por la calle—. Estoy seguro de que esa información los tranquilizará y te asegura que te deje sana y salva en tu hogar, si es que todavía lo dudas y pienses que esto es parte de una broma. —Deja claro con una amplia sonrisa.

Lo observo incrédula, lo primero que me pasa por la cabeza es mandarlo al carajo. Jamás, ni siquiera muerta, aceptaría ayuda de uno de esos niños ricos que se la pasan alardeando de lo que tienen sus padres, pero al girar mi rostro observo con detenimiento la calle larga y desierta que tengo delante y antes de poder contestar con una negativa, mis tripas gruñen recordándome el día tan difícil que he pasado y comienzo a considerar de verdad mis opciones. Veo el Jeep y regreso de nuevo la mirada indecisa al tramo que todavía ni llevo a la mitad, muy apenas estoy a punto de salir del límite de la preparatoria, así que sin meditarlo mucho y sin más rodeos tomo el celular sin pensarlo dos veces, marco el número de mi casa, transcurren unos segundos y comienza el teléfono a timbrar.

—Bueno. —Al tercer timbre mi mamá con su voz cantarina contesta.

—Ma… —Observo al chico y me abstengo de decirle mami a mi madre frente a su presencia.

—¿Paulina, eres tú? —atina a decir mi mamá confundida.

Procuro ser rápida, no sé cómo funcionan estas cosas ni qué tan costoso puede ser este tipo de llamadas.

—Sí, soy yo, te llamo solo para avisarte… —Soy interrumpida por mi madre que comienza a quejarse del marido tan despistado que tiene.

—Madre, escúchame por favor, no tengo mucho tiempo, un compañero de la escuela… —Tapo la bocina y observo a Robert que está a unos pasos de distancia y pregunto bajito—: ¿Cuál es tu nombre? —Espero a que me diga, ni loca voy a dejar que se entere de que sé quién es, aunque estoy segura de que sabe a la perfección que la preparatoria entera lo conoce por nombre, apellido y número de playera.

Lo miro expectante y susurra por lo bajo.

—Robert Smith Jr. —Me sonríe como si pasara por alto el detalle.

—Robert, un compañero de la escuela —recalco de nuevo—, me dará un aventón, estaré ahí en unos veinte minutos. Solo quería avisarte para que no se preocuparan. —Eso último lo agrego más para que Smith escuche y no crea que mis padres son unos despistados que ni se han dado cuenta de que no estoy en casa.

Rápido me despido y le regreso el majestuoso aparato a su dueño. Aún desconfiada me acerco más al coche, mientras él me quita las cosas de las manos y las pone en el asiento de atrás junto a su mochila y su maleta de deportes.

—Listo, me indicas por dónde. —Es lo primero que pregunta de manera entusiasmada al ponerse el cinturón de seguridad.

Ya sentada miro hacia el frente y comienzo a darle instrucciones, no me lleva mucho tiempo explicarle entre qué calles se encuentra mi hogar, pues se nota que conoce muy bien los alrededores, después de unos minutos disfruto del silencio que se instala entre los dos y doy gracias a todos los santos por no tener que entablar una conversación, pero cuando por fin me siento un poco más calmada interrumpe mi tranquilidad.

—Oye… —Al escuchar su voz, respiro profundo temiendo lo peor y al instante me pongo tensa.

Mis manos se encuentran en mis muslos, el viaje se me hace más largo de lo normal.

«¿Por qué no se puede estar callado y se limita a conducir?».

Sé que mi pensamiento es maleducado, pero no sé cómo procesar todo lo que me está sucediendo, simplemente no me gusta sentirme perdida y no saber qué esperar de las personas.

Él es todo lo opuesto a mí, yo soy reservada, callada y en todo momento trato de pasar desapercibida ante los ojos de los demás. Por el contrario, él mientras maneja va tamborileando los dedos en el volante al compás de la música. En las bocinas se escucha *take on me* del grupo popular A-ha, adoro esa canción, estoy segura de que si estuviera a solas en mi recámara me hallaría moviendo mi cabeza de un lado a otro con el ritmo de la música o cantando a todo pulmón mientras mi padre o mi madre manejan, no obstante, en este momento solo me permito mirar al frente y dejo

que el fresco aire de la noche azote en mi rostro.

—¡Hey! —insiste un poco más alto para que lo escuche o en este caso para que no me haga como que no lo he escuchado—. ¿Por qué nunca me miras cuando te hablo? —pregunta sin dejar de ver la carretera, se nota que espera que no me tome a mal su observación porque por el rabillo de mi ojo veo cómo nervioso se acomoda en el asiento.

Sin embargo, quiero voltear a verlo y rodar los ojos para que note lo que me importa contestar su estúpida pregunta, ¿acaso es ciego?, está de más su estúpida interrogación, completamente fuera de lugar, pues está claro el motivo por el que no me gusta hacer contacto visual con la gente.

En ese momento me pongo reflexiva, «¿qué tiene este chico al que le puedo hacer frente con tanta naturalidad», con él puedo ser más osada, con los demás solo bajo la cara y dejo que me agredan sin decir media palabra, sin embargo, con él algo en mi interior se agita y quiere dar batalla, no quiero que se burle de mí, no deseo que piense que soy una tonta, porque no lo soy, ante sus ojos quiero ser algo más.

—¿Entonces? —Robert aprovecha que nos encontramos respetando la luz roja del semáforo e interrumpe mis cavilaciones.

Al escucharlo de nuevo, reflexiono y me doy cuenta de cómo existe gente que no entiende una indirecta de cuando alguien desea permanecer en silencio.

—¿Mande? —contesto con una pregunta con gesto distraído, como si no lo hubiera escuchado bien—. ¿Decías algo? —Al girarme para enfrentarlo me percato de que tiene el torso medio cubierto con su playera, esta está solo sobrepuesta, es la misma que traía en el hombro cuando pasó junto a mí, trago saliva ante la imagen que, aunque es muy tenue para la poca iluminación que existe dentro del coche, es divina ante mis ojos.

Al escuchar el timbre de mi voz renuente diciendo que no quiero hablar del tema, a último momento en vez de reformular su pregunta cuestiona algo más.

—Te preguntaba si me dirás tu nombre. —Se le nota curioso, aunque sin quitar los ojos de la

carretera, su voz suena esperanzada.

Intenta otra vez conseguir una respuesta para otra de las dudas que tiene sobre mí. Este hecho de alguna manera extraña me hace sentir un apretón en el pecho, me indica de nuevo que quiere saber mi nombre, sus acciones me dicen que se interesa de algún modo misterioso en mí y aunque la otra mitad de mi cabeza, la que yo creo es la más cuerda, me señala y ahora hasta me grita que todo puede ser parte de una broma pesada y que debo mantenerme en alerta, aun así, es imposible no ilusionarme de alguna forma retorcida ante este gesto poco ordinario en mi vida cotidiana.

«Quizás todos somos un poco masoquistas cuando se trata del chico más guapo de toda la preparatoria».

—¿Por qué es para ti tan importante saber mi nombre? —Trato de hablar con tranquilidad, no quiero que se me note la ilusión que siento en mi pecho ante la posibilidad de que alguien se interese en conocer un poco sobre mí.

Es una tontería, quizás solo es simple cortesía, pero para mí es el mundo entero, más viniendo de un chico como Robert Smith.

—Ah, pues porque estoy seguro de que mañana que te vea en la escuela, no creo que te agrade que te grite desde donde me encuentre, en frente de toda la preparatoria, ¡hey, pequeño lince! Cuando quiera llamar tu atención. —Su comentario hace que repentinamente gire mi rostro para observarlo incrédula, estoy segura de que no sería capaz de hacer esa locura frente a todo el instituto.

—Y si no es mucha mi intriga, ¿para qué quieres tú, el grandioso y todopoderoso Smith, hablarme a mí, una insignificante e inexistente alumna de segundo grado? —suelto de pronto muy intrigada ante los comentarios que hace.

—No sé, me llamas la atención, eres linda —confiesa sin vergüenza.

Cuando pronuncia esas palabras mi corazón cae hasta alguna parte desconocida de mi estómago, jamás nadie aparte de mis padres, me ha dicho que soy linda, sacudo la cabeza en un gesto casi imperceptible para tratar de sacar esas palabras de mi mente.

«No seas estúpida, Paulina, debe de venir en camino alguna broma hiriente, prepárate para azotar de esa nube donde intentas sujetarte con fuerza, porque vas a caer y te va a doler con ganas».

No digo nada, no sé qué responder a sus palabras, solo me volteo a ver la carretera, ya estamos muy cerca de mi casa, nos encontramos entrando en la calle principal de mi vecindario y cuando me hallo contando lo segundos para poder salir de aquel incómodo momento escucho que el locutor anuncia la canción *Come and get your love* de Redbone.

Robert alarga su mano y sube el volumen del estéreo, se da cuenta de que no quiero hablar más al respecto, quizás piensa que más adelante tendrá la oportunidad de sacarme o investigar mi nombre, y a continuación zanjando el tema empieza a cantar despreocupado, como todo lo que hace, imperturbable y natural.

—*Heyyy what's the matter with your head, yeahhh, heyyy what's the matter with your mind and your sign an-aaa oh-oh-oh*…

Al escucharlo fantaseo con que aquellas letras que canta me las dedique a mí, y cuando me doy cuenta tengo una sonrisa estúpida en el rostro, por un momento casi estoy a punto de pasar mi casa, pero cuando veo unos arbustos conocidos y el coche de mi madre afuera del garaje, advierto a Robert cuál es mi vivienda.

—Ahí, donde está estacionada esa vagoneta café. —Indico con el dedo.

Robert con cuidado se estaciona frente a mi hogar, me percato de que es muy cuidadoso al manejar, supongo que su padre lo mataría si consigue cualquier tipo de infracción, son pocos los chicos que cuentan con el privilegio de tener un auto a nuestra corta edad.

Antes siquiera de quitarme el cinturón él ya ha salido de un brinco del coche y revolotea en busca de mis pertenencias, lo primero que veo es que le llama la atención la gran bandera de los Estados Unidos que danza con el aire a las afueras de mi casa, se le queda viendo con veneración.

—Patriotas, ¿eh? —Aquello no es una pregunta irónica, noto que en sus palabras no existe ningún tipo de burla, solo es un simple comentario casual.

Mis padres son como muchísimos estadunidenses de los que tienen su bandera todo el año rindiendo respeto a la nación, venerando a todos aquellos que han peleado por la libertad del país y por los que se siguen esforzando por el honor y la independencia de nuestra patria. Cuando mis progenitores saben que va a llover la guardan o cuando la lluvia los agarra desprevenidos, aunque sea a medianoche salen corriendo a almacenarla en algún lugar seguro del garaje.

—Estoy seguro de que tu papá se llevaría muy bien con el mío —señala mirando de nuevo hacia mi casa.

Al principio no entiendo muy bien su comentario hasta que vuelvo a seguir su mirada y veo que continúa observando la bandera, en ese instante me llama la atención el ruido que surge desde adentro del garaje y me doy cuenta de que no cuento con demasiado tiempo, mi padre sigue trabajando en su coche y en cualquier momento puede salir a recibirme, lo que menos necesito esta noche es tener que presentárselo a papá.

Me bajo con cuidado del automóvil, rodeo el vehículo para encontrarlo con mis pertenencias en sus brazos, alargo los míos, pero el movimiento me sale torpe con la prisa y al intentar agarrar mis cosas, mi actitud inquieta y nerviosa hacen que inconscientemente roce su piel con el impulso de mis manos. Su olor a limpio y fresco cautiva mis fosas nasales, estamos demasiado cerca, y la piel de mi nuca se eriza ante la cercanía de su presencia.

En ese momento es cuando me percato de que sigue sin camiseta y muestra orgulloso su bronceado pecho, lo noté desnudo de cintura para arriba cuando se dirigía a su Jeep, es más, me había descubierto observando su espalda ligeramente marcada para un chico de diecisiete años mientras se retiraba a su coche, pero en el auto sostenía su camisa en el pecho, supongo que al llegar no le dio la gana ponérsela.

«Sinvergüenza».

Mis ojos parpadean por unos milisegundos, mi pulso está desbordado ante su proximidad. No puedo controlar mi cuerpo, y mis mejillas se sonrojan con intensidad bajo la tenue luz que brinda el viejo poste que se encuentra afuera de mi casa. Me concentro en solo mirarlo directo a sus ojos, su cabello melenudo y mojado es seductor, su fleco descansa sobre su frente y me dan ganas de pasar

mis dedos y acomodarlo a un lado para que con la acción me permita ver con más claridad sus hermosos y profundos ojos azules.

Quiero respirar su aroma e impregnarme de él como la chica embelesada y derretida que soy en este preciso momento. Mis piernas están a punto de fallar y temo caer lánguida frente a él, suspiro por última vez y reprimiendo lo que me gustaría hacer, doy un paso atrás para alejarme de su dominante presencia, pero inesperadamente me toma de la barbilla con una fascinación que jamás pensé ver en su mirada.

—Eres preciosa, pequeño lince. —El susurro que emite me envuelve en un momento mágico donde solo existimos nosotros dos, algo extraño y fascinante, un sentimiento especial nunca antes vivido.

«Dios mío, estoy segura de que me quedé dormida por ahí y ahora estoy soñando, por favor no me despierten nunca».

Trago saliva y sin saber qué decir, solo tomo mis cosas con fuerza y me giro sin emitir palabra.

Qué diablos puedo decir, estoy confundida. No me creo que esté pasando todo esto, simplemente parece un cuento de hadas, o una de esas hermosas historias cliché que me encanta leer donde el chico más guapo del instituto voltea a ver a la inexistente y en mi caso, mujer más pecosa y lánguida de toda la escuela. Mi cabeza no para de advertirme que esto es parte de alguna apuesta, que seguramente está jugando a embaucarme, ¿quién jodidos tendría un gesto tan bello como este con una chica como yo?

—Oye, espera. Te encamino a la puerta —suelta tras de mí, aunque ya he emprendido el camino.

—No es necesario —digo mirando sobre mi hombro.

Dejo claro que no estoy acostumbrada a que alguien tenga algún gesto amable y cortés, simplemente no sé cómo reaccionar, solo he aprendido a alejarme y a correr para protegerme de cualquier tipo de daño.

—Venga ya, lince, muéstrame el camino. —Su comentario me hace parar en seco y me giro para enfrentarlo.

«¡Ya es suficiente!».

—Mira, te agradezco el aventón… —pronuncio con seriedad mirándolo a los ojos con el ceño fruncido, sin una pizca de paciencia, quiero que se dé cuenta que hablo muy en serio—. Muchas gracias, pero ya estoy en casa, ya te puedes ir, que tengas buenas noches.

Con esas palabras me doy la media vuelta sin esperar alguna respuesta de su parte, ya he finalizado la conversación y con paso acelerado me dirijo a la puerta principal.

Tan solo entrando a mi casa y al pasar el umbral dejo tirada en plena sala mi mochila, queda esparcida en el piso al lado del sillón familiar y me voy directo al refrigerador, abro la puerta para comprobar qué hay apetecible de comer y al no encontrar nada, solo agarro un agua embotellada y una manzana del frutero.

Parto de prisa hasta mi cuarto y un buen rato después mi madre toca la puerta para comprobar que ya estoy en casa, vuelve a quejarse sobre mi padre y sale balbuceando cosas inentendibles, sin más tiempo que perder me meto a bañar y después de una rica ducha ya con el pijama puesto bajo por mis cosas para llevarlas a la habitación.

Cuando voy bajando los escalones escucho que mi padre plática con alguien, unas carcajadas me llaman la atención y sin poder quedarme con la duda parto hasta el corto pasillo de la lavandería que da hasta el garaje. Cada que me acerco las voces se escuchan un poco más nítidas y al abrir la puerta el ruido advierte a los presentes de mi llegada.

Toda la sangre se me va a los pies al ver a Robert junto a mi padre, los dos están con medio cuerpo metido sobre el cofre del coche, sus cabezas se giran hacia mí y ahora me miran curiosos ante tan imprevista interrupción.

—Hola, princesa. —Papá se alza por completo y con algo de remordimiento dice—: Discúlpame por no haber ido temprano por ti. Tu madre ha salido y me ha metido una buena regañina, pero

Dios sabe que no fue mi intención, simplemente ya sabes, lo olvidé… —justifica notoriamente apenado mientras se limpia la grasa de las manos con un trapo.

No sé qué decir, me encuentro frente a uno de los chicos más populares y guapos de la preparatoria entera, con mi pijama viejo de los ositos cariñositos que está percudido y para colmo es demasiado infantil. Antes de tener oportunidad de poder preguntarle a Robert qué hace aquí mi papá interviene.

—Escuché voces y salí a disculparme, pero solo encontré a este chico tan amable y educado que se ha encargado de traerte a casa —continúa mi padre explicando.

Al escuchar aquello casi se me salen los ojos cuando miro cómo mi papá palmea la espalda de Robert y a este le aparece una sonrisa satisfactoria de oreja a oreja.

—Mi amigo… —Logro decir de manera incrédula, pero soy interrumpida.

—Paulina… —Robert me llama por mi nombre dejando claro y recalcando que ya lo conoce, me mira triunfante directo a los ojos, para que me dé cuenta de que gracias al padre despistado que me cargo ya sabe más cosas sobre mí.

«Santo Dios, quién sabe qué tanto le ha contado mi querido progenitor, no me puedo ni imaginar cuánto tiempo llevará aquí» en silencio, pienso afligida.

—Le decía a tu papá que no tengo ningún problema en traerte a casa después de clases, solo que quizás vas a tener que esperarme…ya sabes, con la temporada, las prácticas son todos los días —expone dando una solución a uno de nuestros tantos problemas.

—Wow, chico, no puedo creer que vayan a regionales, yo también jugué cuando estuve en la preparatoria Nashville, espero que les vaya mucho mejor que a nosotros. —Mi padre interrumpe antes de que pueda negarme, sin embargo, Robert no contesta nada al respecto, se limita a reírse con ganas ante la pulla de su equipo.

—Eso espero, señor Lawrence. —Smith me da un guiño, ahora con claridad demostrando con el

comentario que también ya sabe mi apellido y le sonríe a mi papá que no se da cuenta de todo lo que ha hecho y lo que le ha revelado de mi persona en unos cuantos minutos a este extraño.

Noto cómo con un gesto natural y muy varonil para su edad, observa su reloj de pulsera y comprueba la hora.

—Es tardísimo, necesito irme, fue un placer, señor Lawrence. —Voltea a verme y me guiña el ojo de nuevo, pero ahora con picardía—. Oye, Pau… —Estoy consternada ante este descarado sinvergüenza—. Si gustas mañana puedo pasar por ti.

Mi papá al escuchar aquel comentario que le cae como anillo al dedo, pues es un constante dolor de cabeza ponernos de acuerdo todas las mañanas ante sus complicados horarios de trabajo, sin esperar a que yo conteste se apresura y acepta encantado por mí.

—Hijo, eso sería genial… —Le da una palmada en su hombro para después excusarse e ir adentro por Oliver para que le ayude a recoger todas las herramientas antes de que se vaya a la cama.

Al percatarme de que mi padre desaparece de mi vista y nos hemos quedado solos, exploto.

—¿Qué carajos estás tramando hacer? —Me acerco a él muy enojada, pensando que su descaro está escalando al máximo.

—Oye, lince, tranquila —dice levantando las manos en señal de rendición—. Cálmate, solo trato de ser amable.

—No me gusta tu amabilidad —expreso apuntándolo con el dedo en el pecho—. No me gusta tu comportamiento. —Le vuelvo a dar un toque brusco con el índice.

Ahora ya lleva una playera con estampado del logo de la escuela. Lo primero que pienso al verlo es que resulta muy conveniente que mi padre lo encontrara vestido, a diferencia de mí, que tuve un espectáculo de primera mano, pero inmediatamente antes de desconcentrarme y divagar, retomo mi discurso, necesito dejar las cosas claras de una vez por todas.

—Es mejor que no te acerques a mí, escúchame bien. Tú no eres mi amigo, ni lo serás. —Me giro para dejarlo ahí parado, y murmuro muy bajito esperando que me escuche y rogando para que con eso me deje en paz—. No tienes ni la puñetera idea de lo que me harás pasar con tu presencia al acercarte a mí…

—Hey, Paulina, espera ¿de qué hablas?… —No me detengo, solo musito una respuesta sobre mi hombro.

—Déjame tranquila, Smith, créeme cuando te digo que no necesito más problemas.

¿Quieres leer más de Robert && Paulina?

Polvorón de Canela, está disponible en Amazon.

Puedes contactar a la autora en redes sociales.

Instagram y Facebook: @l.rodriguezoficial

También puedes seguirla en Amazon para estar al corriente de sus próximas novedades literarias:
https://www.amazon.com/author/lrodriguezoficial

Si te apetece contactarte, a través de un email:

Librosquedejanhuella@gmail.com

Sobre la Autora



Apasionada del café, el vino, las redes sociales y ávida lectora de novelas románticas, es como se define la autora L. Rodriguez.

Vive en Texas con su marido, su hijo y su adorado gato Calico. Liz, como es comúnmente conocida, divide su tiempo entre la lectura, el trabajo, atender a su familia y a la comunidad de libros que tanto ama: Libros Que Dejan Huella.

En septiembre del 2017, sale publicada su primera novela *Qué Será de Mí* (misma que en el año 2021 cuenta ya con una segunda edición), en de 2018 lanza *Qué Será de Nosotros*, segunda y última parte de la bilogía *Qué Será De Mí*; para 2019 sorprende con una corta y bella novela de corte *country* llamada *Corrompido*, conmoviendo a miles de seguidoras con tan bella historia de amor; a mediados de 2020 continúa su racha de éxito con la controversial y erótica historia *Mala Saña*, la cual genera nuevamente éxito posicionando a la autora como una de las más vendidas en la plataforma Amazon.

Rodriguez ha colaborado en dos ocasiones en las antologías multiautor del colectivo literario Romance en Tinta, una en el año 2019 con la temática Nostálgico Amor y otra en 2020 con Amor Prohibido.

Libros Que Dejan Huella realiza su primera antología Romances Que Dejan Huella en febrero de 2020 y Liz participa con su relato *Fotos y Recuerdos*; 2021 ve a la luz la segunda antología ahora nombrada Dioses Que Dejan Huella, de la misma comunidad literaria, y *Tormentas en la piel* es la obra con la que participa; 2022 celebra junto a ellos la llegada de la Navidad con la antología Un regalo que deja Huella y escribe *La más hermosa de las casualidades.*

El trabajo de la autora no se limita solo al idioma español, pues a finales de agosto de 2021, su novela Corrompido sale publicada en portugués.

Sus libros han llegado, tanto en digital como en físico, a países que jamás imaginó, emocionando con sus letras a sus queridas "comadres". El presente es su más reciente proyecto, sin embargo, ya se encuentra pensando en la que será su próxima aventura.



Sus novelas bajo el seudónimo de L. Rodriguez

Bilogía: Qué será de mí (2017)

Qué será de nosotros (2018)

Novella: Corrompido (2019)

Antología: Nostálgico Amor *Abrazame en mis sueños* (2019)

Mala Saña (2020)

Antología Amor Prohibido *Fotos y Recuerdos* (2020)

Antología Romances que dejan huella *Polvorón de canela* (2020)

Antología Dioses que dejan huella *Tormenta en el Aire* (2021)

K'ÁAK' Fuego (2021)

Divinas Navidades Antología solidaria multiautor: *Por siempre* (2021)

Edición Especial Que Será (2022)

Antología Un regalo que deja Huella *La más hermosa de las casualidades.* (2022)

Polvorón de Canela (2023)

Redes Sociales: www.lrodriguezoficial.com

librosquedejanhuella@gmail.com

Facebook: Liz Rodriguez

Instagram: l.rodriguezoficial

Otros títulos de la escritora

Bilogía Qué Será



Sinopsis:

Delhy Lugo es una mujer insegura, inexperimentada, sin malicia, un

alma encerrada y vulnerable.

Santiago Moya es un hombre devastador, ambicioso, controlador, poderoso, experimentado, que oculta un pervertido secreto.

Luego de un encuentro fugaz, el destino hace que se vuelvan a ver. Él es tan distinto que ella queda cautivada con su manera de dirigirlo todo; pero hay algo más, algo que no sabe descifrar.

Descubre junto a Delhy qué esconde ese amor que se siente tan

perfecto, pero a la vez tan irreal. ¿Qué es lo que esconde bajo esa careta de hombre impecable? ¿Podrán superar la verdad, cuando sea revelada?

"Él era mi destino, era quien me mantenía a flote en este camino incierto".



Sinopsis:

Tras la locura de un club secreto y una ruptura desgarradora,

Delhy Lugo se encuentra en una encrucijada para decidir su futuro.

Ella se debate entre dejar que su vida fluya,

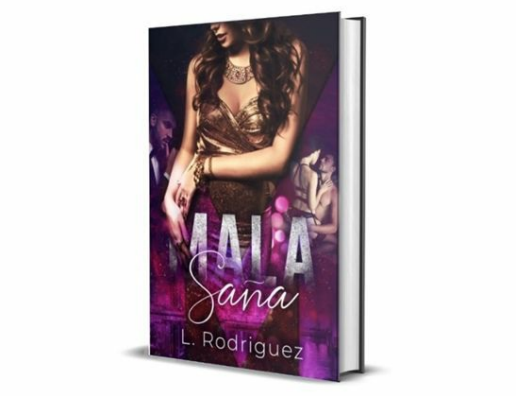
tomando su propio destino o vengando el sufrimiento de un corazón roto.

¿Podrá el senador Santiago Moya perdonar las decisiones erróneas de la mujer que ama y absolver sus propios errores? ¿Podrá Delhy salir de su nuevo estilo de vida?

Descubre el esperado desenlace de esta historia,

donde una mujer enamorada es consumida entre el amor, el odio, la venganza, y sin duda,

la decepción de su felices para siempre.



Sinopsis:

Un juego simple.

Una decisión equivocada.

Una acción imborrable.

Un error trazado.

Un castigo exigido.

Una redención inesperada.

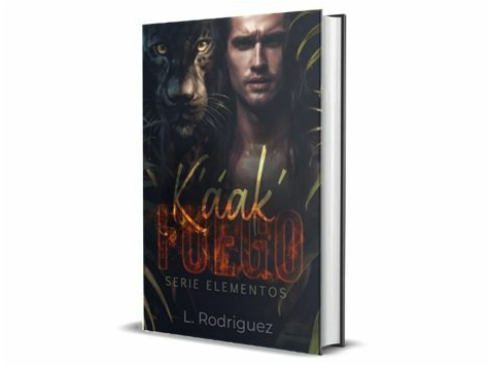
Mario Arizmendi vivió la vida sin preocupaciones,

jugando sin pensar en las consecuencias del mañana,

asimilando muy tarde sus malas decisiones.

Ahora el prestigioso arquitecto y nuevo director de Goddess Society camina cargando un castigo que se le exige pagar y lo llevará directo a navegar por caminos peligrosos donde sus sentimientos codiciosos se trasforman al caer en las redes de una diosa que jamás pensó ambicionar.

No hay más opciones, en cualquier lugar dentro o fuera, estarás muerto.



Sinopsis:

Una maldición.

Una pirámide.

Dos felinos.

Una mujer en busca de su destino.

Ixbalanqué y Hunahpú son dos antiguos guerreros mayas que han sido maldecidos por los Señores de Xibalbá.

Xtabay, hija del Dios Kukulkán, siempre se encuentra en constante movimiento, tratando de averiguar lo que le intenta revelar

la luna de fuego que la llama noche a noche.

¿Descubrirá que los felinos que han aparecido frente a ella no son solamente dos animales salvajes? ¿Podrá darse cuenta de que ese puma y ese temible jaguar son aquellos aclamados gemelos heroicos de su clan de los que hablan las leyendas?

Descubre cómo se entrelaza la vida de estas dos fieras con una de las mujeres más importantes de la historia maya.

Los dioses han jugado con el destino de tres almas, determinando su futuro.

CORROMPIDO

Copyright © L. Rodriguez

Primera edición: 2019

Segunda edición: 2024

Notas

[←1]

Tomas las partes ásperas alrededor de los bordes, nunca dejes que arruine tus plumas, ángel. Sí, estoy perdido de por vida, me tienes envuelto alrededor de tu dedo y me gusta, por si no lo puedo decir.

[←2]

Slang americano al traducir: *ring a bell*

[←3]

Una persona testaruda, tozudo, cabezota que no cuenta los comentarios ni las opiniones de los demás .

[←4]

Cadena de restaurantes establecida en los Estados Unidos especializada en desayunos.

[←5]

Mierda

[←6]

Utilizado para definirla como consentida o mimada.

[←7]

Hermano

[←8]

Ropa interior para hombre parecido a un boxer pero este es más pegado al cuerpo.

[←9]

Frase que se utiliza cuando quieres expresar que están pensando en lo mismo, un tipo de comprensión sobre una situación en particular.

[←10]

Niño pequeño. En la oración es utilizado como para describir a un niño travieso.

[←11]

Organización no gubernamental de beneficencia social privada.

[←12]

Nombre que se les da a los equipos de distintas categorías deportivas que son conformados con los mejores deportistas.